

An aerial night photograph of a city, likely Montevideo, Uruguay. The image shows a dense urban area with numerous lit-up buildings and streets. A prominent feature is a large, modern stadium with a distinctive, curved roof structure, illuminated with green and blue lights. The stadium is surrounded by parking lots and other urban infrastructure. The overall scene is a vibrant display of city lights at night.

SURFERS DE MAR DEL  
PLATA

NOVELA NEGRA

MARTIN ROSS

# SURFERS DE MAR DEL PLATA

NOVELA NEGRA

MARTIN ROSS

Foto de tapa Mariano A. Gemin. Licencia CC BY-SA 4.0.



2019. SURFERS DE MAR DEL PLATA. NOVELA  
NEGRA. Martin Ross.

Todos los personajes son de ficción. Si se nombran nombres de marcas, instituciones públicas o privadas, o personas públicas, geografías, lugares, etc., similares o idénticas a sus equivalentes reales, es por motivos artísticos, pero esto es una historia estrictamente de fantasía, sin ninguna relación y no pretende describir instituciones, empresas o personas del mundo real.

Cualquier parecido con la realidad, es solamente producto de la coincidencia.

## PROLOGO.

La camioneta era una Volkswagen Kombi T2, Transporter, fabricación argentina de los años 80, la carrocería pintada de verde clarito, pero muy desgastada la chapa. Se conseguían algunas en Mercadolibre.com.ar, pero, tal vez, solamente las compraban los que estaban dispuestos a invertir en tecnología vieja y consumo alto de combustible, por razones estéticas.

La furgoneta iba por la calle, perdida entre las luces del tráfico que compensaban las sombras de la noche de Mar del Plata. Estaba media abollada de un golpe reciente, huella del resultado de muchas noches de diversión y desenfreno de una juventud demasiado rica, demasiado aburrida. Los limpiaparabrisas viejos apenas corrían el agua de la llovizna de esa noche.

También, esas huellas del descontento de una juventud extraviada en el siglo de la tecnología, las redes sociales, los teléfonos inteligentes y la información constante, se veían en un graffiti pintado sobre una pared de la calle angosta aquella, una pared que pasó inadvertida en el andar rugiente de la camioneta. El graffiti decía *“El Surf no es Negocio, Basta de marcas de surf”*.

Imposible leerlo sin pensar, inmediatamente, en los estragos y disturbios que causaba la agrupación anarquista del surf a todo el orden de la ciudad de Mar del Plata. Las cosas se habían ido de control. Lo impensado había ocurrido. Y, si alguien hubiera anticipado los revuelos en Mar del Plata de los últimos tiempos, entonces nadie se lo habría creído. Nadie habría podido creer todas las cosas que habían pasado. Las cosas, de verdad, habían ido demasiado lejos.

La camioneta dobló en la calle Peralta Ramos. Eran las cuatro de la mañana de una noche nublada, oscura, lloviznosa, en Mar del Plata, parecida a tantas otras noches de Diciembre, cuando comenzaba la temporada.

Desde atrás, se distinguía apenas que manejaba un hombre joven, bajito, de unos treinta años. Las luces de la calle rebotaban en los vidrios de la Kombi Transporter y ello dificultaba penetrar su interior con la vista. El los seguía a distancia prudencial, pero bien sabía lo que deberían estar pensando

sus pasajeros.

Ellos estaban en plena realización de su plan criminal, uno de los planes criminales más graves e inescrupulosos de los que se tenga memoria. Posiblemente, estarían locos si acaso se pensaban que les iba a volver a salir bien. Las cosas riesgosas te engañan, porque salen bien una vez y ya queda la falsa sensación de que los riesgos ya no volverán a ocurrir. La gente pierde la sensibilidad al dolor ajeno, a la muerte, cuando se acostumbra a ejecutar planes criminales. Y, ya después de hacerlo muchas veces, todo le da lo mismo.

Bueno, en el caso de lo que ellos estaban haciendo, en el caso del plan espantoso que estaban ejecutando, quizá deberían tener algún remordimiento. Ni una persona como él, entrenada en conocer los laberintos de la mente del criminal, podría pensar en todo lo que habían organizado sin sentir náuseas de bronca y de asco.

Venía manejando para seguirlos desde atrás. Estaba solo en el coche. La furgoneta, con el telón de fondo de las típicas casas marplatenses de piedra y de los edificios, pasaba bordeando los balnearios de la Perla, Punta Iglesia, Playa Grande, Cabo Corrientes. A la noche, el mar se veía negro y, a pesar de la llovizna, era como si se oyera el ruido de las olas al romper, olas que tenían el secreto de muchas historias. Muchas historias, como las historias de amor de la infancia que son imborrables.

En ese momento, la furgoneta se detuvo por la luz roja de un semáforo. El, por su parte, frenó algunos coches por detrás. Entonces, aprovechó para buscar sus binoculares de visión nocturna. Sobre el piso que daba al asiento del acompañante, había dejado tirado un cartón de pizza vacío y también una lata de cerveza vacía. Debajo de la caja de pizza, al costado de la cerveza, estaban los binoculares de visión nocturna, junto con un fusil HK33, apoyado al costado para ejecutar, en el momento indicado, su misión.

A pesar de la tecnología óptica, igual no era difícil distinguir dentro de su interior. En el rostro de todos los que iban en la camioneta se veían los nervios, en la mirada que irradiaban sus ojos estaba la más grande incertidumbre. El semáforo cambió a luz verde, la camioneta arrancó y él arrancó tras ella. El sabía cómo pensaba el enemigo. Entre otras cosas que le habían enseñado, años atrás, era el tener en consideración las ambiciones, miedos y temores del enemigo. Ponerse en su lugar. Anticipar sus conductas.



El conductor de la camioneta pisó el freno de golpe y dio un fuerte volantazo. Las ruedas traseras de la Kombi Transporter quedaron en el aire, antes de que pudieran tocar el suelo nuevamente y seguir por la curva hacia la autopista hacia el sur, levantando una nube de polvo que hacía más oscura la noche. Los faros de la camioneta abrían surcos dentro de la negrura de la ruta, rodeado de árboles.

A pocos metros de allí, se alzaba el edificio del temible Instituto de Menores de Máxima Seguridad “Santa Clara”. Un reformatorio que era muy conocido en Mar del Plata por la sangrientos motines y crímenes que se vivían dentro de sus muros. Ni una persona como él, preparada en violencia, se atrevería a entrar a Santa Clara sin un poco de temor. Detrás de aquellas altas paredes, algunas pintadas con murales que no se distinguían en la noche de llovizna, sí que había gente sin miedo a nada. Eso lo sabría cualquiera que hubiera leído los diarios o los portales de internet de los últimos años, los motines, las matanzas, las peleas de pandillas, el “Santa Clara” era un verdadero infierno. En la noche, sin embargo, solamente era un armatoste lejano y sombrío y la camioneta siguió de largo, rumbo hacia la inmensidad de la ruta vacía.

Haría unos meses, la intendencia de Mar del Plata había renovado el camino de asfalto de la ruta. Se le puso señales fosforescentes que se encendían con el andar del coche. Ya estaban a metros de la ciudad, que la abandonaban, mientras se veían, más chicas al quedar atrás, las luces de los edificios.

Entonces, aceleró para colocarse justo detrás de ellos. Cargó el fusil HK33, de fabricación alemana, calibre 5.6 mm, sobre el volante y comenzó a disparar. Disparaba contra la camioneta. Las primeras balas, tras agujerear el vidrio trasero, impactaron sobre el conductor de la camioneta. Luego, las balas continuaron sobre otros integrantes, calando agujeros sobre la chapa. La furgoneta sin conductor perdió estabilidad rápidamente y volcó sobre el costado de la ruta.

Era difícil escuchar el sonido del mensaje del celular en aquel bar porque una mujer, micrófono en mano, interpretaba una canción de blues: Handyman, de Victoria Spivey. Además, si invitabas a una chica a salir, no era bueno estar escribiendo mensajes en el celular o mirando pavadas de Internet, según Mariano. Ni siquiera la cotización del bitcoin. La regla era que no había que mirar el celular ni una sola vez. Por eso, solamente podía notar el mensaje si el sonido era lo suficientemente fuerte.

No obstante, era difícil por la música. La voz de la mujer canadiense que cantaba Handyman en el escenario era grave. “Grave, como toda negra” pensaba Mariano.

Por todo ello, él no debió mirar aquel mensaje. Pero lo miró igual. Estaba el anuncio de que había llegado un wats ap en su celular. “*Seguro que es el Gallego... ¡Siempre hace lo mismo el estúpido!*”

Ya le había dicho muchas veces a su amigo que no le escriba cuando estaba en una cita. Pero no hacía mucho caso. Como si no lo viera todos los días, como si no tomara con él el desayuno todas las mañanas, con la misma máquina industrial de hacer jugo de naranjas exprimidas. El Gallego le mandaba mensajes por wats app o mensajes de texto de chistes, fotos, porno, pavadas sin cesar y a toda hora. Quizá cada vez que estaba fumando marihuana al Gallego se le daba por mandar mensajes. O sea, a toda hora mandaba mensajes. Enfrente de él la mujer seguía callada, mirando el escenario, con el vaso de cerveza en la mano. Miró el celular. El mensaje decía: “*Te llegó algo acá de un juzgado...lo dejo arriba de la cocina*”

Miró de reojo con fastidio. La noticia menos importante para recibir, pensó. Mariano se había recibido de abogado ocho años atrás. Como no tenía oficina propia, colocaba la dirección de aquella vieja casona de San Telmo donde ellos vivían en todos los juicios como su domicilio. Por eso, solían llegar las notificaciones de los juzgados allí. Pensó que era una pavada más y no le dio importancia. Después sí, tuvo una intuición, una especie de pensamiento interior que dibujó un paisaje, un paisaje de vientos y nubes, pero no supo si creer en su intuición. Solamente supo que la intuición, como un rayo

que atraviesa la noche, le atravesó el cuerpo de angustia.

¿Esa notificación anticipaba grandes peligros? No lo sabía. Agarró un poco de pochoclos salados y los sintió crujir en su boca. Le dio un buen trago a la espumosa cerveza fría.

-Estás hablando solo otra vez.

Le dijo la chica. Leonie se llamaba. Culpa de la maldita intuición, pensó y se sonrió para desdramatizar.

-Soy así. Si no me divierte la persona, me divierto a mi mismo con mi propia conversación interior.

Leonie era austríaca. No parecía haber notado cuando Mariano respondió el mensaje diciendo al Gallego con un “*Mañana lo veo, gracias*”.

Hacía quizá ya tres minutos que los dos estaban en silencio. Como a él le gustaba. Le gustaba explorar los mundos de fantasía que se forman cuando dos personas que recién se conocen están en silencio frente a frente un rato largo. Leonie, mientras tanto, estaba mirando el escenario. Sin prestarle más atención que a la música. Mejor mirarla a ella sin duda. Leonie le dijo en un mal castellano:

-Tiene doble sentido –señalaba al escenario, dando a entender que se refería a la canción- Escucha... He shakes my ashes, freezes my griddle. Churchs my butter, stokes my pillow. My man is such a handy man. ¿Se capta el doble sentido?

A Mariano no le avergonzaba reconocer que su inglés no era muy bueno. Sobre todo cuando Leonie el inglés que aprendían en Austria tenía unas inevitables sonoridades rústicas. Estas chicas hablaban bien tres idiomas y él apenas podía con uno.

-¿Podrías decir más despacio la letra?

Ella volvió a repetir las estrofas y dijo:

-Dice que tira la leña al fuego y cuida que el hogar esté caliente. Dice me derrite la manteca y trabaja como nadie – Leonie sonrió- Mi hombre está hecho un handyman...handyman...¿Qué palabra en español puede ser para Handyman?

- ¿Handyman? ¿Un hombre de manos?

-No... más bien un empleado de mantenimiento. Mi hombre está hecho un handyman. Mi hombre está hecho un empleado de mantenimiento. Las letras del blues suelen tener un doble sentido con una intención sexual.

Mariano sonrió. Todo indicaba que ella estaba disfrutando de aquel lugar.

Ambos estaban en el legendario “Samobar de Rasputín”. Un bar ubicado ambientado a la cultura del blues situado en la Boca, en la zona del caminito. El Samobar estaba dirigido por Napo, un hombre bastante calvo y con una trenza para la melena que tenía detrás. Las leyendas más importantes de la música del blues de Argentina alguna vez pasaron por el Samobar y tocaron allí. Hoy la invitada era aquella canadiense y Leonie y él habían coincidido que tenía una espléndida voz. Mariano se tomó otro trago de cerveza fría y le habló:

-¿Ya se te pasó el miedo?

-¿Qué miedo? –dijo ella, sonriendo- ¡Yo no tengo miedo!

- ¡Hace un rato estabas muerta de miedo!

La función en aquel bar empezaba alrededor de las 12 de la noche. El taxista les había dicho a los dos que aquella zona no era segura a la noche. *“Freno el taxi en la plaza y ustedes se bajan”*.

La zona era el Caminito de la Boca. Durante el día, amistoso. Atestado de turistas que sacan fotos y con policías que vigilan que los extranjeros estén seguros. Cuadros de Quinquela Martín, artesanías de Mate, tango y otros productos turísticos. Muchos bares abiertos, muchos artesanos en la calle vendiendo cosas. Negocios y regalerías con tazas con la cara de Gardel, del Che Guevara, y del tango. Pero, durante la noche, era distinto. Quedaba todo sumido en la oscuridad... todo menos el legendario bar de Napo.

Al bajarse del taxi, Leonie, en el medio de aquella plaza, fue como un cartel luminoso en el medio de la ruta que decía en letras de luces “Soy extranjera... Pueden robarme”. Ella era tan blanca, con ojos tan celestes. Tenía un cabello tan rubio que hasta las cejas eran excesivamente rubias. Ella se teñía las cejas de oscuro para que la cara tenga forma. Allí en las calles de la Boca solamente un viejo farol interrumpía la oscuridad, pero los muchachos – unos chicos de once o catorce años con gorrita a pesar de la noche- habían

tirado piedras y lo habían roto. La única luz venía de la luna situada arriba del Riachuelo.

Algunos chicos tirados en la vereda inhalaban poxipol en bolsas. Mariano pensó cómo sería el poxipol condimentado con el olor a podrido y a contaminación que venía del Riachuelo. Leonie, tan rubia, enseguida llamó la atención en aquella cuadra, iluminada tan solo por la luna. Algunos de los chicos que estaban en la vereda se levantaron. “*Amigo... ¿Tenés una moneda?*” le dijeron, pero él la agarró del brazo y la llevó cuerdas adentro. Un joven muy flaco, con la cara chupada por la droga, y vestido de joggings, remera y gorrita le apoyó la mano sobre el hombro y le dijo: “*Facha... ¿Te puedo hacer una pregunta? Buenas noches*”... pero Mariano le sacó la mano de su hombre, con una respuesta un torpe “*No tengo nada*”.

La indicación era una puerta oscura que estaba abierta y que conducía a una escalera. No lo encontraban, pero iba a ser fácil reconocerlo. Solo se veía la vereda semi iluminada por un farol antiguo. El bar de Napo iba a ser fácil de encontrar. Iba a tener motos estacionadas en su puerta. Años atrás, por inspecciones de la municipalidad, a Napo le habían hecho cerrar su bar histórico.

Aquel sí que era el bar histórico, un bar con señales de ruta robadas del camino, guitarras usadas colgando del techo, hasta un cochecito que colgaba del techo en la surrealista ambientación. Todo oscuro y poblado por viejos bluseros que usaban anteojos Ray Ban aviator para tomar cerveza allí dentro. Todo magnífico, pero la municipalidad se lo hizo cerrar por las noches. Aquello no cumplía las normas de recitales y solo podía abrir de día. Entonces, Napo mudó el Samobar a una casa de enfrente. Resultaba necesario encontrar la nueva casa en aquellas cuerdas oscuras de la Boca.

No fue difícil. Alrededor de la puerta había un guardia contratado por el bar que vigilaba las motos estacionadas. Muchas motos que venían los viernes y los sábados al legendario reducto del blues. Había un tipo allí, sobre la vereda, que miraba de abajo de su moto, una YAMAHA YBR, la gotera de un líquido viscoso

-Las motos no pierden aceite. Marcan su territorio

Dijo por saludo al ver que se dirigían los dos hacia él.

-Por supuesto. ¿El nuevo Samobar es acá?

-Sí, tigre. La escalera de allá.

Toda la cuadra estaba en penumbras, pero había una puerta que conducía a una escalera y, desde allí, vieron salir unos melencidos con campera de cuero con tachas. Allí era el nuevo show del Samobar. Al mirar hacia atrás, vio que, en ese momento, se estacionaba un taxi. Apenas vio bajar un sujeto bajarse de allí, no pudo evitar cierto escalofrío. Era un tipo alto, muy desgarbado, flaco, vestido con la camisa oxford metida dentro del pantalón prolija, cabello corto y muy peinado, con unos anteojos de pasta muy grande. El tipo, blanco como un ajedrecista, tenía un aspecto que no daba miedo a nadie, pero a él le produjo una inquietud. Además, creyó haberlo visto en otro lugar y no recordaba ya donde.

Mariano, como no le pasaba hacía mucho tiempo, tuvo una sospecha, una extraña suspicacia. Una extraña certeza de que esa persona no era parte del paisaje.

La puerta estaba abierta y mostraba el inicio de una escalera oscura y con manchas de humedad en la pared. Leonie subió primero que él, pero cuidando de no molestar a dos perros que estaban durmiendo sobre los primeros escalones. Leonie subió aquella escalera oscura de esa casa vieja, casi corriendo del miedo que se le notaba. Cuando llegaron al bar, el escenario se mostró ante los ojos de ellos, y la gente tranquila tomando cerveza –tirada, de barril- en las mesas. Pero igual se la veía mirar hacia todos lados, tratando de reconocer cómo cuerno había ido a parar a un lugar así guiado por ese golfo.

Digamos la verdad. Leonie estaba aterrorizada con el programa del sábado. Venir a un país tercermundista así a meterse en esos lugares. Pero ahora habían pasado ya unas horas de música de aquello. Ya se habían bajado varios copones de pochoclos salados recién hechos. Les ponían un exceso de sal para que la gente tenga sed y compre más cerveza. Ya habían tomado varios vasos de cerveza tirada fría. Y ahora todo era mucho más tranquilo.

-Es muy buena ella cantando. Muy buena.

Ella estaba contenta. Mariano no quería que se enamore.

Maldita sea, que no se enamore. Solamente quería que lo usen por diversión. La misma intención que tenía con todas esas extranjeras. Pero siempre había problemas, porque se terminaban enamorando. Todo terminaba

en un escándalo de lágrimas, culpabilidad y acusaciones si se terminaban enamorando. Y, además, hablaban mal del negocio. En internet había foros de turistas en facebook y en blogs y había críticas al negocio de ellos.

Decían que eran unos acosadores y cosas así. Con esto del feminismo, la acusación de acosador y machista era muy seria. Mariano sospechaba que eran de extranjeras enojadas por despecho. Por eso, si se enamoraban, era malo también para el negocio. Siempre el amor trae problemas. Desde que, Agustina, su novia de toda la vida, lo había dejado (o él la había dejado, según como se entienda), estaba puesto el maleficio: se terminaban enamorando todas, menos la que a él le importaba.

En ese momento, se acercó el mozo con una bandeja. Mariano la miró con complicidad.

-¿Pedimos otra cerveza? –vio el gesto de ella y dijo- Dos cervezas más por favor.

Sobre la mesada, en el medio de ellos dos, habían dejado el “Antipasto Rasputín”. Era una bandeja que contenía aceitunas verdes y negras, rodajas de salame, mariscos, alcachofas, alcahuciles y distintos quesos. Las olivas eran especialmente recomendadas para compensar el sabor anterior de los pochoclos.

- ¿Traes a todas las chicas acá?

- No.... Pero estaba pensando que me gustaría casarme. Eso me gustaría. El matrimonio. Pero la gracia sería casarme con la mujer equivocada. Casarme con una persona ideal es un problema. Lo lindo es la belleza de la imperfección. Me gustaría casarme como una decisión equivocada y, en ese momento, jurar amor eterno en un altar, pero como si fuera una pésima decisión. ¿No tiene una belleza especial el momento en que un hombre enamorado se casa en un altar con la mujer equivocada y jura amarla para siempre? En cambio, ¿No es feo el acierto de casarte con la mujer correcta? ¿No es superior la imperfección en belleza a la perfección?

-Yo nunca me quise casar –dijo ella- No sirvo para eso.

Típica europea que se trata de hacer la moderna, no le creo, pensó.

El bar era el living de una casa, ambientado con posters de distintas bandas. También había posters de deportistas, como uno de Monzón con esa

legendaria izquierda, el directo de izquierda de Monzón. Y también otros de importantes figuras populares. Al recorrer el lugar con la vista, se topó con la figura del tipo extraño. Quizá el problema era que “no era extraño”, cuando allí “todo era extraño”, pero sabía que no era de allí.

Para colmo, pudo detectar, no sin cierto horror, que el tipo justo lo apuntaba con su celular. ¿Lo había estado filmando con el celular? ¿Le sacaba fotos con el celular ese tipo de anteojos grandes de pasta? No era fácil darse cuenta, porque el tipo se había sentado solo en una mesa con una posición tal que la forma en que apuntaba el celular podía ser perfectamente la indicada para leer su contenido o bien, también, para sacarle fotos y filmarlo. Imposible saber desde esa distancia si estaba la filmadora del celular prendida o si le sacaba fotos. Pero Mariano creía que al tipo ya lo había visto antes.

Hubo un cruce de miradas de tensión. ¿Lo estaban siguiendo? ¿Hacía cuanto que lo estaban siguiendo? Mariano se quiso poner los anteojos ray ban, para poder mirarlo con los anteojos rayban aviator puestos. Con los anteojos ray ban se puede conocer mejor a la gente, se perciben cosas que sin anteojos no se ven, creía Mariano. Pero no los tenía. Otra vez, encontró que sus labios estaban en moviendo y salía un susurro de su boca. No tenía que pensar demasiado en sus fantasmas interiores, no tenía que dejarse llevar demasiado por las intuiciones trágicas; el surf, el mar, las olas, las olas del mar lo habían ayudado con todo eso. Debía pensar en las olas del mar, en la tranquilidad profunda de surfear. Acordarse del surf, acordarse de una ola, eso sí que da serenidad y paz interior.

Mariano volvió a mirar su propio celular. Al costado del mensaje del Gallego, había otro mensaje de Gladis. Gladis era la dueña de aquella casona que ellos alquilaban. Le llamaban “Mansion Beverly Hills”, como nombre atractivo, pero se trataba de una vieja casona de San Telmo que le alquilaban a Gladis. Estaban mal con las cuentas, porque, en ese momento, tenían dos habitaciones libres y los números no les cerraban bien. Por eso, habían hecho un pago parcial por este mes y por el mes anterior. Pero Gladis, imperturbable, mandaba mensajes de texto diciendo si no tenían novedades con el pago.

Decía que ya no iba a poder mantener mucho tiempo esa situación. Ellos prometían que iban a pagar. Pero, al mes siguiente, otra vez pasaba que los gastos eran más grandes. Gastos como la medicina prepaga, sobre todo que era



muy costosa si no tenías un trabajo en relación de dependencia como ninguno de ellos dos tenían.

¡Se acordaba de las veces que lo intentó! Buscaba trabajos en las páginas de Internet dedicadas a empleos. Había cargado una foto prolijito y una cara de tonto bárbara. Mostraba allí todos los cursos inútiles que dio como si fueran papelitos que sirvieran para algo.

La única manera de subsistir era con el emprendimiento turístico que habían montado con El Gallego. Además, se turnaban para las vacaciones. A veces, él trataba de hacerse un viaje de mochilero por el sur de Argentina, o de escaparse a una temporada de surf. No iba con El Gallego, sino con un grupo de pibes para el surf con el que organizaban estos viajes. En los últimos viajes que pudieron hacer, habían ido a incursionar con las olas del Pacífico, en Chile y en Perú. En Chile, en Iquique, Mariano se había hecho un corte en los codos con el fondo de roca, al surfear la ola “el colegio”, una ola fácil de de correr, pero que igual él se había golpeado por un surfista local que le tiró la tabla encima. Mariano adoraba recordar las olas en toda ocasión, incluyendo escuchando música en un bar.

En ese momento, otro cantante había agarrado el micrófono. Era un músico gordo, calvo en la parte superior de la cabeza como Homero Simpson, pero con una trenza de pelo largo. Hasta recién solo acompañaba de vez en cuando la música con el sonido del bajo. Pero ahora había agarrado el micrófono y cantaba un blues en español.

La voz gruesa del músico relataba en aquella canción que había conocido a una mujer en un bar y que se la había llevado a su casa. Como cuando la conoció ella estaba borracha le pareció bella, decía la canción, pero a la mañana siguiente al levantarse vio que era muy gorda. Era tan gorda que habían transpirado en su cama y la almohada y el colchón estaban empapados. Además, ella se despertó primero que él y –en esta parte el músico estaba profundizando más honda su voz- se fue a la heladera. La mujer era tan gorda que, mientras él todavía dormía, se comió todo lo que había allí dejándole vacía la heladera. En ese momento, venía el estribillo, y el estribillo era:

-Todo se le perdonó... ¡porque entregó el marrón!

Luego del estribillo, la canción volvía a relatar lo bella que era la mujer durante la noche –cuando estaba alcoholizado- y lo fea que le parecía a la

mañana al verla. Su canto relatava sobre su mal olor, sus dientes sucios, entre otras cosas. Mariano se estaba comiendo una sabrosa galletita salada con una rodaja de salame de aquel Anti-pasto, y la canción escatológica parecía perjudicar aquella exquisita comida. Ella, con una sonrisita, miró el escenario y le dijo con la dificultad que tenía para pronunciar correctamente el idioma español:

- Dice marrón... ¿Marrón? ¿Qué fue lo que le dio? ¿Marrón?

-No te preocupes. Aquí no hay un doble sentido tan sutil y tan elegante como en las líricas inglesas.

Al llegar a la Casona, encontraron sobre la mesa a Anabell, una extranjera colombiana, y también a todas sus amigas. A pesar de que estaba prohibido por las reglas que Mariano y El Gallego ponían, la música estaba puesta a mucha fuerza. Era una canción de Joaquín Sabina “Tan joven y tan viejo” y, mientras la escuchaban, todas aquellas extranjeras fumaban marihuana y se reían.

Según las reglas de la casa, solamente cada huésped solamente podía invitar a sus amigos una vez a la semana, y lo debía reservar al living con anticipación en una pizarra que estaba puesta en la cocina. Anabell invitaba a sus amigas casi todos los miércoles, y organizaban lo que ellas llamaban “una velada”. Colocaban velas dispuestas sobre el pico roto de botellas de plástico, el cual les hacía de cenicero. Las luces estaban apagadas, y a la luz de esas velas, las colombianas escuchaban música fuerte, fumaban marihuana, cantaban y gritaban y hacían chistes ruidosos.

- Ya te dije otras veces que a esta hora tienen que poner la música más baja. Los vecinos me van a echar.

Les dijo Mariano. El entró primero. Habían quedado que iban a entrar en distintos momentos para que no todos se enteren en Mansión Beverly Hills que esa chica estaba saliendo con uno de los dueños. Sobre la mesa del living se veían, con la luz de aquellas velas, ceniceros, cartas tiradas y botellas de cerveza. Todos se reían mucho.

-¡Se nos acabó la macoña! – y apuntándolo con dos billetes de cien pesos - ¿Te queda algo para vender?

Todos aquellos colombianos ahora lo miraban en un instante que parecía

haberse congelado. El silencio de risas y murmullos había invadido, ya que solo se continuaba escuchando la canción de Sabina mientras que todo lo miraban. No se veía bien las caras de todos ellos porque las luces estaban apagadas. Solo iluminaban esas velas y porque había una neblina de toda la mariguana que habían fumado.

El Gallego y Mariano varias veces les habían dicho que jamás iban a venderles mariguana delante de amigos suyos. Solamente les vendían mariguana a los huéspedes. Mil veces se los explicaron: *“Esto no lo hacemos como un negocio, es un favor para que no tengan que acercarse a lugares peligrosos”*.

Mariano nunca estuvo muy favor del negocio de la mariguana. Lo de ellos era turismo estudiantil. Con el alquiler de las habitaciones alcanzaba para vivir y pagar los gastos, además él tenía otro modesto ingreso fijo que lo ayudaba. No era necesario aventurarse en un negocio tan arriesgado como el de vender droga. Por una pavada de esas, y por unos pocos pesos de ganancia, les podían llegar a estropear la vida para siempre. El era abogado y eso le permitía detectar riesgos estúpidos, le dijo a El Gallego.

- La mariguana es ilegal. Pero una cosa es consumirla y otra ya muy distinta es venderla

Se lo trató de explicar a El Gallego, una tarde mientras los dos compartían un habanno cubano y unos vasos de whisky en el balcón de Mansión Beverly Hills. Le explicó que ya vender es cruzar la línea, una línea que permite estar expuesto a la discreción de un juez. Quizá un juez conservador se enoja y, aún sin antecedentes, te da la pena de prisión. Pero El Gallego no estaba de acuerdo.

-No es vender. Es facilitar.

Y, además, aquello, si vamos a decir la verdad, era lo que pedía la demanda. Todos los estudiantes turistas –y sino todos el 90%- le pedían información acerca de cómo conseguir la dichosa macoña apenas llegaban a Buenos Aires. Si no se la daban ellos, tenían que recomendarle alguien, y eso podía ser más peligroso para los turistas.

El Gallego era fanático de Boca Juniors, era socio del club y contaba con unos contactos con la barra brava. Por eso, podía adquirir entradas en el mercado de reventa, en lo que fue el primero de los “negocios extra” que

propuso desarrollar para alimentar esas enclenques balances del proyecto “Mansión Beverly Hills”.

Y sí, la venta de entradas para ir a la cancha a ver jugar a Boca Juniors era un servicio nuevo que habían implementado en Mansión Beverly Hills. Tanto es así que estaba especialmente publicitado en la página web de ellos. Incluía el servicio de guiarlos, acompañarlos, y asesorarlos mientras veían el partido. Sobre todo a las turistas extranjeras nórdicas, les encantaba el servicio, y pagaban cualquier precio con tal de no pasar su estadía en la Argentina sin haber ido a presenciar un partido de fútbol en la cancha de Boca. El Gallego, orgulloso, les mostraba a todas las turistas el tatuaje que tenía justo debajo de la rodilla: “un tatuaje de Boquita”. Luego, las llevaba en colectivo a la cancha, siempre riendo, siempre de buen humor.

El nuevo negocio de las entradas era solamente del Gallego, porque Mariano no tenía tiempo de ir a la cancha siempre, aunque, ocasionalmente, se sumaba.

Lo de la reventa de entradas fue muy bueno. Generó ingresos importantes. Pero siempre que se gana dinero con un contacto, se quiere más. Luego, esos mismos amigos de la barra brava de Boca le conseguían la macoña, y así fue como empezó a venderles también la droga a los turistas. Como compraba mucho podía conseguir precio. Según la explicó a Mariano, era importante la diferencia que se podía hacer con la reventa. No era un negocio tan chico porque los turistas consumían todo el tiempo.

- No pasa nada.... querido. Y si perdemos este negocio, perdemos también todo lo demás. Porque se van a ir a otro lado donde les vendan. Los clientes que tenemos quieren primero ir a la cancha a ver a Boca, después quieren comprar macoña. Es todo lo que quieren hacer en Buenos Aires.

Al final, pudieron establecer un acuerdo. La verdad es que necesitaban esa plata y las cuentas frecuentemente quedaban en rojo. A veces, les quedaban habitaciones vacías y la dueña de aquella casona era muy exigente con el alquiler cuando se atrasaban. Para Mariano, el máximo lujo era poder pagarse la medicina prepaga, una empresa muy cara, y, como ése, aparecían gastos por todas partes tales como Internet, servicio de telefonía celular, comida, bebida, etc.

Con los ingresos de la venta de marihuana a los huéspedes (también les

vendían viagra, “el ayudín”, y éxtasis, la “pepa”, que El Gallego conseguía de su contacto, y también otras pastillas) alcanzaba por lo menos para pagar las expensas. Luego, los ingresos de las ventas de entrada y de los paseos a la cancha de Boca eran solamente para El Gallego. El acuerdo tenía también otros puntos y uno de los puntos fundamentales era que, bajo ningún motivo, se le iba a vender mariguana a personas que no fueran huéspedes de Mansión Beverly Hills. Ello porque, en un momento, se había corrido la bola y venían a tocarle el timbre turistas de un Hostel que estaba situado a tres cuadras a ver sí podían comprar allí unos gramos de mariguana. Aquella vez llamaron a todos a hablar al living y El Gallego, con Mariano al lado, les dijo:

-Nosotros no hacemos negocio con esto. Nos arriesgamos por ustedes para que no vayan a una zona peligrosa a conseguirla. Por eso, esta terminantemente prohibido avisar a personas de afuera que la conseguimos para ustedes. ¿Estamos de acuerdo?

Allí se fijó la regla y no solamente ellos, sino también todos los huéspedes de Mansión Beverly Hills estuvieron de acuerdo en la política nueva del silencio. Por todo ello, por todo lo que se había hablado, es que violaba absolutamente todas las reglas de la casa lo que ahora mismo estaba sucediendo. Aquella colombiana, pasada de cerveza y de mariguana, le estaba ofreciendo unos billetes de doscientos pesos y pidiéndole si no le podía vender un poco de macoña.... ¡y lo hacía delante de 10 personas desconocidas! .

Los ojos de Mariano scanearon aquel living, atravesado por las estelas de niebla de la mariguana, a la búsqueda de las miradas de todos aquellos borrachos y borrachas. Esas personas, en ese momento, para él, fueron testigos... del juicio oral cuando lo denuncien... (siempre pensar en negativo, siempre pensar sobre juicios, todo culpa de esa maldita carrera).

Las cavilaciones estaban durando ya más de treinta segundos, cuando sonó el ruido de una llave en la puerta de servicio. Era Leonie que estaba entrando por el otro lado y le dio la excusa para mirar para otro lado, fingir que iba a recibirla, y sacarse de encima a todos ellos.

-Que tengan unas buenas noches –dijo, sin contestar ni mirar hacia los billetes que lo apuntaban- Por favor, no pongan la música muy alto porque los vecinos ya se quejaron ayer.

Dicho esto, se dirigió directo a su habitación. Ya se quería olvidar de todos esos turistas drogadictos y sucios. Siempre se quieren drogar, siempre, rezongó. ¿Quieren ir a clases de tango? No, quieren droga. ¿Quieren ir al Hipódromo a ver las carreras de caballos? No, droga. ¿Quieren un paseo cultural? No, droga. Los alemanes son los peores de todos, vienen a drogarse.

Apenas tuviera una entrada mayor desde su profesión de Abogado, estaba decidido a decirle al Gallego que él iba a hacerse cargo de los gastos de expensas, con tal de que dejen de vender a los turistas. No le daba tranquilidad ese tipo de negocio, y tampoco era mucho dinero el que aportaba a las finanzas de ellos. El principal negocio provenía de los ingresos del alquiler de habitaciones, especialmente ahora que venían algunos académicos de la Facultad de Derecho gracias a un contacto suyo. Y en eso se debían enfocar ellos.

En eso estaba pensando cuando vio sobre la cama la notificación judicial. Tenía arriba un cartel del Gallego que decía

*“Esto es lo que vi que te llegó hoy. Firmé como que lo recibí yo... Atentamente: El Gallego. Posdata: hoy estoy fisurado y tengo que dormir. Hoy te toca a vos cuidar todo. Trata de que estas colombianas putas no incendien la casa y por nada del mundo me despiertes.”*

La notificación, en papel quizá un poco teñido como si se hubiera mojado, estaba apostada sobre la colcha azul marino de su cama.

Al leer su contenido, una inundación de angustia inundó todo su cuerpo. Desde lo legal, era una inesperada victoria suya. Pero desde la lógica de la vida, que muchas veces tiene otra lógica, era un grave problema.

Luego de tantas veces apelar, la Corte Suprema de la Provincia de Buenos Aires, había aceptado el planteo de Mariano. Había dado vuelta la sentencia de los jueces anteriores, y había decidido reanudar la investigación en aquel expediente penal. El mismo de la muerte del surfista Ezequiel Muñoz, la extraña muerte en extrañas circunstancias. El fiscal había recomendado el archivo de la causa, el juez había decidido el archivo, pero Mariano había apelado y ofrecido nuevas vías de investigación, la Cámara confirmó el archivo, pero fueron a la Corte. Tres años después, llegaba una notificación y todo revivía.

El cielo estaba muy nublado todavía, a razón de la nieve que había caído los días anteriores.

Por eso, toda la superficie del centro estaba cubierta de la nieve polvo, la nieve mejor para la práctica del snobboarding.

Allí estaban bajando la pista Marte los cuatro hombres.

El que iba primero superaba los cincuenta años, uno de ellos era un joven de catorce años y, los otros dos, superarían los cincuenta. A pesar de que Marte es una de las pistas más emblemáticas del centro Las Leñas, y de que tenía, en esa tarde, nieve polvo que se levantaba alrededor de las tablas en cada curva ( saltaba la nieve, como si fuera la espuma de las olas del mar de una playa australiana), solamente eran esos cuatro los que estaban allí. Septiembre no es mes de temporada alta y a “Marte” se la considera una pista negra, de tanta belleza como peligro.

Es más, antes de llegar allí, los deportistas intrépidos habían bordeado unos carteles con calaveras que advertían sobre los riesgos de lanzarse, (unos carteles que rememoraban también los carteles de peligro tiburones que se pueden ver en algunas playas australianas, advirtiendo en vano a los surfistas).

Los carteles, con calaveras y huesos como los frascos de veneno, que ellos habían visto, situados al inicio de Marte, decían “*Peligro. Fuera de pista. Sólo bajo responsabilidad del esquiador*”.

Muchas veces la vida debería tener estos carteles, pensó él, Martín Taglione. O quizá... los tiene. Sin dudas los tiene, pero él fue siempre una de esas personas que siempre los ignoró. De hecho, no cualquiera llevaría a su hijo adolescente colegial a bajar la pista n Marte, pero a él le parecía más importante la experiencia. Y su hijo Felipe, era una de las cosas que más valor daba Martín Taglione.

*“Si no vives peligrosamente, entonces no vives”.*

Así pensaba Martín Taglione. Cuando se acabara el peligro, cuando llegara la seguridad, sería un signo de que estaba perdiendo la vida en la nada de la seguridad.

Tras pasar los carteles con las calaveras de advertencia, los cuatro se deslizaron por entre las rocas hasta caer a donde estaban ahora. Un valle bastante amplio situado justo debajo de Telesilla de Marte. En las rocas de más arriba se veían las crucecitas. Rememoraban a distintas personas que habían perdido la vida en la pista Marte.

Ahora, sin embargo, los tres estaban en una zona tranquila.

Un valle amplio de nieve honda sin excesiva pendiente y de enorme belleza, rodeado de lejanas paredes de roca. Podían ver los pasajeros de la Telesilla de Marte, iba justo por encima de ellos.

Más abajo, observaron los dos itinerarios más emblemáticos y más directos a los que permite acceder la pista negra Marte. Algunos dicen que también son los dos más dificultosos. Eran dos gargantas bastante angostas revestidas por murallones de piedra que tenían forma curva.

Felipe, el más joven, había tomado la delantera en velocidad. Iban todos a buena velocidad disfrutando de las dobladas de la tabla de snowboard, mientras dibujaban una huella límpida tras su paso. Se detenían solo por minutos, siempre con cuidado de respetar al mayor, a Taglione. Así fue que él, Martín Taglione, uno de los empresarios de surf más conocidos de Mar del Plata, se detuvo justo delante del inicio de estas dos gargantas de roca.

Era el inicio de la llamada “bajada de Guillermo”. Tenía ese nombre en honor a un esquiador que había muerto años atrás, al estrellarse contra esas paredes de rocas. Taglione se sacó los anteojos de sol y los miró a los otros desde abajo.

- Hacemos la prueba. ¿Nos tocó un lindo día no es cierto?

Tras ello, se quitó los guantes y sacó de su mochila un termo repleto de nieve aguada y, del interior del termo, una lata de cerveza bien fría. Luego, volcó el agua del termo sobre la nieve, cuidando con su mano –que tenía tatuaje de signos egipcios- que no se caigan las otras latas de cerveza que estaban en el interior del recipiente. Introdujo su mano en la nieve honda a manera de pala y cargó de nieve todo el termo para luego guardarlo nuevamente en la mochila.

- ¿Una cerveza quieren?



Se los estaba diciendo a los otros dos, que, en tanto, ya se habían acercado hasta su altura y estaban detenidos justo al principio de la garganta de Guillermo.

-Dame una, es buena idea.

Dijo uno de los dos, que ellos le decían Ruby. El era un “rider” (deportista patrocinado) de la marca Almeja Amarilla, emblemática marca de Martín Taglione, vinculada a la cultura del surf y el snowboard que fabricaba tablas de surf, de snowboard y de skate, así como toda una gama de equipamiento para esos deportes, y, sobre todo, ropa informal.

Taglione solía invitar a los riders a practicar snowboard y surf en distintas partes del mundo. Procuraba estar en contacto con lo que pensaba la gente joven, porque la suya seguía siendo una empresa dirigida al público más joven. *“De los jóvenes tengo mucho que aprender, los escucho porque ellos me enseñan, siempre les digo ¿y vos que pensás?”*.

- Foto para el instagram

Dijo Taglione y con su celular Apple Iphone 7 les apuntó a sus compañeros. Siempre él procuraba estar en contacto con las tendencias de los más jóvenes. Se había abierto una cuenta en la red social Instagram donde ellos solían subir fotos de sus viajes.

Por lo menos unas cinco veces el año, el dueño de la Almeja Amarilla invitaba a algunos de sus socios o empleados jerárquicos a realizar viajes de surf o de snowboard a distintos destinos del mundo. Pagaba todo él, no les dejaba pagar absolutamente nada. Quien a veces no podía concurrir a la cita era su hijo Felipe, porque María Laura, la ex esposa, bautizada por Taglione como “La Feminazi”, se lo impedía, con excusas escolares o de responsabilidad de progenitores.

Subían siempre las fotos de los viajes en la cuenta de Instagram de Taglione. Debido a la pendiente del lugar, era difícil colocar el Iphone 7 sobre la nieve para sacar la foto. Lo pusieron encima de un guante y salió la foto para la red social, con el paisaje de las paredes de roca de fondo y la nieve brillante con las empinadas pendientes.

Taglione era de pocas palabras. Hablaba muy de vez en cuando. Miró hacia las dos gargantas de piedra –la bajada de Guillermo y la otra- y habló

de nuevo.

-Antes de tirarnos nosotros, creo que es mejor saber lo que le va a pasar a esta amiga.

Dicho esto dejó caer la lata de cerveza ya vacía sobre la nieve polvo. La lata se hundió en la primera fracción y quedó a salvo de la pendiente. Pero Taglione la impulsó con un golpecito de su dedo que ya tenía los guantes puestos. Tras ello, la lata alcanzó la altura de donde comenzaba la garganta aquella y empezó a deslizarse sobre la nieve cada vez más fuerte y más rápido.

El viento pegaba muy fuerte por esa zona. Sumado a la pendiente tan pronunciada, el viento provocaba pequeños derrumbes de nieve honda que pulía la superficie de la pista. Debajo de la superficie de nieve honda y de nieve polvo, quedaba otra nieve más dura compuesta por nieve derretida y congelada, parecida al hielo. Inevitable que los derrumbes provocados por la pendiente se lleven las capas de nieve polvo –fácil y cómoda- y dejen el cemento blanco que estaba debajo. No llegaba a ser el implacable hielo –que hace temblar a la tabla de snowboard y que la vuelve ingobernable-, pero sí era una nieve tan dura como una pared, y, por consiguiente, mucho más resbaladiza.

Cuando la lata encontró esa pendiente, empezó a tomar envión sobre la superficie de nieve dura. Rodó la lata cuesta abajo por el itinerario que ellos miraban. Era una lata de cerveza Quilmes. La vieron descender por la pista blanca, en saltos musicalizados con su sonido de metal de aluminio, cada vez a mayor velocidad. Finalmente, se chocó sobre una roca emitiendo un fuerte sonido metálico.

Eso nos va a pasar a nosotros Jefe. Y si no queda otra, la bajamos sentados, como el papu.

Quien lo decía era El Halcón. No era Rider, sino guardia personal de Taglione y un verdadero “mano derecha” en la Almeja Amarilla que solía participar de las reuniones de directorio. El Halcón se llamaba, en realidad, Guillermo Maldonado, pero “Guillermo” era un nombre muy largo y le decían “Halcón”.

El apodo se lo había ganado porque Maldonado había pertenecido a la División Especial de Seguridad Halcón —coloquialmente conocida como

«Grupo Halcón»—, una división de elite que se ocupa de operaciones especiales, perteneciente a la Policía de la provincia de Buenos Aires. Maldonado era practicante de karate (tercer dan) y también instructor de tiro. Como casi todos los íntimos amigos de Taglione, también era aficionado al surf y al snowboarding. Y, por eso, estaba allí junto con ellos.

Ahora que los cuatro estaban detenidos justo al pie de las dos gargantas de la pista Marte, resultaba muy intimidante la pendiente. Y más lo era luego de ver el espectáculo de la lata de Quilmes que parecía premonitorio de lo que les podía suceder a ellos. Era una bajada tan pronunciada que las máquinas para nieve no la subían.

Y “el papu” era un amigo de ellos que había ido al viaje también. Más que un amigo, era el gerente de marketing del sector surf de Almeja Amarilla. Como todos los empleados jerárquicos, “el papu” también era invitado a esos viajes de deporte extremo. El papu era valiente con las olas, pero no pasaba lo mismo con la nieve. Aunque sabía de snowboard, “el Papu” respetaba más a la montaña.

La vez anterior que fueron a la pista Marte, el papu se había pegado tal susto frente a las gargantas de roca que las bajó sentado. Se sentó sobre la nieve, apuntando la tabla de snowboard para la pendiente y fue avanzando de a centímetros, conteniendo cada avance con el miedo de tomar velocidad. Tardó más de cuarenta minutos en bajar esas gargantas, no como un deportista, sino sentado. Desde entonces, fue objeto de cargadas de aquel grupito, pero nunca más volvió a intentar bajar por Marte.

Cuando Martin Taglione vio a su empleado bajar la pista Marte sentado, sonrió paternal, pero en lo profundo lo odió. Eso es porque él odiaba a los intelectuales. De chico, odiaba al mejor alumno de la escuela, no sabía por qué, pero lo odiaba tanto que le pegaba siempre. Más tarde, se dio cuenta de su odio. El odiaba a los intelectuales porque no tienen sentido del honor. El mismo, Martin Taglione, antes muerto que bajar la pista Marte sentado, antes muerto, pero allí estaba el Papu, conservando su pellejo de esa manera tan vergonzosa, acostado para atrás sobre la majestuosa pendiente blanca, descendiendo de a empujoncitos... ¡sentado!

Un hombre puede tener miedo, mucho miedo, pero nunca perder el sentido del honor, pensaba Martín Taglione. El Papu iba a todos esos congresos internacionales de marketing y publicaba artículos en revistas

académicas, pero no podía darse cuenta que un hombre nunca podía bajar Marte sentado. No tenía sentido del honor. A pesar de eso, Taglione ocultó su profundo desprecio y solamente procedió a aplicarle las cargadas de rigor. Y, desde aquel día, cada vez que bajaban por Marte se reían de la patética escena del Papu, cuando tardaron más de 40 minutos en esperarlo a que termine de bajar esos cañadones rodeados de piedra sentado.

Los tres se sonrieron por el chiste. Como si fueran cómplices de las cargadas que le hacían desde entonces al gerente de marketing de Almeja Amarilla.

Taglione se seguía riendo, con los anteojos negros apoyados sobre el cuello. A sus cincuenta años largos, parecía que el snowboard no era un deporte para él. Debía dedicarse al golf.

- ¡Bajarla sentado nunca! ¡Eso nunca!

Entonces, la comenzó a bajar. Había entrado en la zona de sombras de la canaleta. Sabía que, por una cuestión de respeto, ninguno de los otros lo iban a pasar. Aunque tuviera menos técnica que ellos, era el líder y tenía el respeto de todo el grupo. Se mantenía, según sus palabras, como joven de espíritu.

Taglione era uno de los empresarios más ricos e influyentes de Mar del Plata pero, después de los negocios, lo que más le gustaba eran estos deportes extremos.

Nunca iba a admitir cómo fue el primer impulso de su carrera de empresario. Nunca iba a admitir que ni siquiera fue por una idea suya.

Tan solo él estaba sentado en un bar de la Universidad Católica Argentina y se le sentó al lado un viejo amigo que conocía de la playa. Quizá la palabra “amigo” es mucho decir, pero debía estarle agradecido: gracias a él, Taglione comenzó su vida en los negocios.

Se trataba de uno de esos porteños “caretas” que se mueren de ganas de decir que surfean pero que, en realidad, solamente van a pisar las playas de Mar del Plata para sacarse fotos con una tabla. Pero, en ese momento, se trataba de alguien importante: uno de los ejecutivos más conocidos de Pollos Alberto S.A. El chico coqueto de Buenos Aires había hecho una ascendente carrera en la fábrica de productos alimenticios, impulsado por sus padres ricos, y porque tenía también unos “caretas” estudios de posgrado en Estados

Unidos. Un típico nene mimado por el destino, pero aquella vez se sentó frente a él y le hizo a Taglione la propuesta que cambiaría su vida.

- Nosotros estamos revisando con el gerente financiero los proveedores de la empresa a ver si alguno tiene demasiada rentabilidad, controlando los costos. Vimos que uno de los proveedores tiene una rentabilidad neta aproximada de más de trescientos mil de dólares por año. Es un proveedor de uniformes y equipamiento para el personal. Las políticas de la empresa son cambiar los uniformes una vez cada bimestre. Y son más de tres mil empleados.

Taglione no entendía. Ni siquiera lo escuchaba bien. Desviaba su vista hacia las estudiantes que se sentaban en otras mesas de aquel bar.

El hombre continuó:

-Vamos a proponer un cambio de proveedor. Los que tenemos el poder de decisión sobre eso somos el gerente financiero y yo.

Entonces le explicó el plan. El plan que le abriría la mente a toda una carrera de hombre de negocios. El plan que despertaría su visión comercial mucho más que esas charlas que él daba sobre emprendedores a los universitarios, cuando lo invitaban. El plan magnífico que comenzó su vida de negocios.

-Vos hacés una empresa proveedora de este equipamiento, yo te explico todo porque ya lo tengo preparado. Nosotros vamos a lograr que se apruebe el cambio de proveedor y del total de las ganancias anuales que vas a tener, nos tenés que dar un tercio para mí, un tercio para el gerente financiero y el otro es para vos.

Funcionó perfecto. El gerente financiero, además, impulsaba que se gestionen los pagos al día, cuando a otros proveedores les tardaban en cancelar la factura hasta seis meses. Incluso Taglione no tuvo que poner plata para arrancar porque ellos dos se lo financiaron.

La empresa, al principio, solo era un pasamanos que tercerizaba la actividad en talleres textiles del rubro, pero luego Taglione fue comprando máquinas, y fue creciendo. El gerente financiero planteó que había más recursos y que podían “mejorar la calidad” de los uniformes, así que subieron el precio del producto y la ganancia neta para los tres fue todavía más alta.

Además, hubo una propuesta al directorio de que, por cuestiones de “higiene”, era necesario aumentar el ritmo de frecuencia de descarte de la indumentaria y ahora compraban los uniformes una vez por mes. Ellos mismos lo contactaron con gerentes de otras empresas industriales que reclamaban estos uniformes, y lo primero que Taglione decía a los ejecutivos en la reunión era *“Acá no es toda la plata para mí. Es para repartir. Si esto sale, les doy la mitad de lo que gano a ustedes”*.

No le importaba si les tenía confianza, ni si lo miraban mal por la propuesta poco ética o lo que fuera. El llegaba a la reunión, dejaba su tarjeta sobre la mesa y aclaraba que tenía plata para los ejecutivos si ellos aceptaban que él fuese el proveedor. *“No se trata de que gane yo solo, sino que a todos nos vaya bien”*. Algunos lo rechazaron, pero en la mayoría obtuvo una notable aceptación.

Décadas habían pasado desde aquel negocio, pero seguía irradiando, desde el pasado, la certeza de que había sido el inicio de su carrera como empresario. Así lo explicaba Taglione:

-Hay que entender de mecánica. Para que un coche funcione se necesita aceite.

Y era verdad: a todos los altos ejecutivos de las empresas donde él quería ser proveedor les hablaba muy claro del “aceite”. *“La idea es que tenemos que ganar todos”*. Los bolsos con dinero los dejaba directamente en la oficina de los ejecutivos que tomaban la decisión de aceptarlo como proveedor. El “aceite” fue la clave de su ascendente y rápida carrera empresarial que comenzó cuando, en un bar de la UCA, le habían ofrecido formar aquella primera empresa.

En las últimas décadas los negocios del grupo empresario de Taglione habían entrado en una zona gris que requería poner más plata en distintos lugares. Era un embudo difícil de salir, explicaba, porque la maquinaria, para seguir funcionando, requería que se le siga inyectando más plata todos los meses.

En ese momento, Taglione ya estaba llegando a la roca grande donde terminaba la garganta de la pista Marte. En descubierto de las paredes de roca, se sentían intermitentes ráfagas de viento muy seco y muy frío que levantaban polvo de nieve por el aire, a pesar de ser Septiembre. Algunas veces, en

Septiembre, se podía salir a correr pistas en remera porque las temperaturas subían lo suficiente.

Ya había recogido la latita de vacía de Quilmes, abollada por el impacto del golpe de las piedras.

La había guardado con cuidado en su mochila. A Taglione no le gustaba ensuciar la naturaleza. Miraba a la montaña como a veces había mirado al mar: con respeto semi religioso. Segundos después, su hijo Felipe, que contaba ya con una importante destreza en el deporte, estaba a su lado.

Mientras tanto, venían bajando la garganta izquierda de Marte esos dos subordinados. Uno era un “rider” y el otro, El Halcón, era una verdadera “mano derecha” suya.

La montaña era inmensa, bañada con polvo de nieve y rocas. Una belleza monumental, que te abrazaba con su aire fuerte y con sus ecos. A Taglione le gustaba mucho viajar, pero no a destinos culturales. No le gustaba ni Nueva York ni Paris. No le gustaba ir a museos. A él le gustaba viajar, pero a donde estaban los paisajes. Hacía unos meses que había ido a surfear con su gente a las islas Maldivias, por ejemplo, un destino de los que más le gustaban. ¿Por qué si él era ecologista esos muchachos lo estaban hostigando?

A sus pensamientos habían llegado las imágenes de la agrupación “*Los Rebeldes de las Olas*”. Unos activistas de ideas anárquicas y pseudoecologistas que subían videos a Youtube con consignas en contra de las marcas relacionadas con el surf e instrumentaban distintas protestas para boicotear. Si fuera por esos niñatos, las únicas marcas fuertes de surf serían las extranjeras. Le habían hecho perder una fortuna de dinero con esas niñerías, pero no se quería ni acordar de todo ello. Taglione rápido se sacó ese pensamiento de su cabeza, como quien espanta a un ave negra muy molesta.

A su costado se había detenido Ruby, quien ya había terminado de bajar la garganta con mucha más facilidad que la suya. Ruby era una de las imágenes más importantes de la marca Almeja Amarilla, sus fotos surfeando estaban en muchas de las imágenes de la casa, y participaba en todos los torneos de surf que se realizaban. Era un “rider”, un deportista que servía para promover el producto. Le pagaban, como a todos los riders, con ropa, descuentos y algunos viajes. Pero, en el caso de Ruby, que además se había hecho amigo de

Taglione, ligaba algunas invitaciones a destinos surfers, o a practicar deportes extremos.

El único que se estaba retrasando era Maldonado, alias “Halcón”. Maldonado, tras abandonar la División Halcón, había sido Jefe de Habilitaciones en Mar del Plata. Luego, estuvo procesado por la Justicia Federal, acusado, junto a otros, de venderles protección a las bandas locales de narcotraficantes y de la prostitución organizada. El escándalo amenazaba con trascender hasta los grandes medios con injerencia en la política nacional. Aunque no se veía salpicado por el escándalo fue el mismo intendente de Mar del Plata que lo llamó a Taglione.

El intendente le pidió al empresario del surf le podía dar un trabajo privado a “Halcón” en la empresa ya que no se podía sostener más en la función pública, debido al fuerte alcance mediático que venía tomando el escándalo. Taglione, como siempre que pasaba con esos “pedidos especiales” del intendente, le consiguió un buen empleo en Almeja Amarilla, con ingresos en blanco superiores a lo que era su sueldo anterior. A los pocos años, el ex funcionario escaló posiciones en la empresa hasta convertirse en su “mano derecha”

Como otros miembros del Grupo Halcón, el oficial Maldonado estaba muy bien adiestrado en peleas callejeras, asaltos armados y uso de armas.

Martin Taglione le encargó todas las tareas vinculadas a las relaciones crecientes de Almeja Amarilla con el bajo mundo de la política, de las bandas en Mar del Plata y con las fuerzas de la policía. Algunos secretos había allí en los que no quería pensar porque le traían un pinchazo de angustia. Una vocecita que decía que aquello era una bomba de tiempo y que de momento a otro podría estallar.

“Halcón” no tenía buena técnica de snowboarding. Bajaba la pista con dificultad, ante el rigor de aquella nieve tan dura que tenía aquella garganta, en tramos era hielo pelado por la sombra. A pesar de ello, no iba a tener problemas porque era un deportista nato. Era aficionado al karate desde muy chico, practicaba también boxeo recreativo y, además, era instructor de tiro. Taglione, desde una mirada paternalista, iba tomando nota de sus errores técnicos al bajar la montaña. Hasta que terminó de bajar y estuvo a su lado, Taglione le estuvo prestando mucha atención a sus movimientos.



- Vas muy parado –le dijo- Eso te perjudica el equilibrio. Los cambios de dirección los tenés que hacer con los hombros –mientras lo explicaba, Taglione movía sus propios hombros- Los hombros son tu timón. Y tenés que ir con las piernas un poco flexionadas, es la posición del cazador, porque eso es lo que te da el dominio sobre la tabla.

Ahora los tres estaban parados sobre la nieve, justo debajo de los corredores de Marte, pasando una roca. Ya fuera de peligro.

Quedaba una bajada con pendiente hasta la base, pero nada que los pudiera preocupar. Quizá podían hacer allí otro descansito. En esos días en que tenían nieve honda por las recientes nevadas, era un placer la montaña, pero también cansaba muchísimo más. La nieve honda hundía la tabla en importantes trayectos y exigía un esfuerzo mayor a las piernas. Tomarse otra cerveza era una opción porque estaba cansado. Desde esa altura, también pasaba por encima de ellos la telesilla de Marte con distintos pasajeros que los miraban. Ellos se sentían orgullosos, habían bajado Marte.

En ese momento, algo raro sucedió. Sonaba el Iphone 7 de Taglione, con los primeros acordes de “Back In Black” de AC DC Lo sacó de su mochila, con cuidado de no volcar el termo con las cervezas y vio que tenía varias llamadas perdidas. Tuvo fastidio de que se trate de María Laura, su ex esposa, “La Feminazi” y que le estaba investigando a él con un juicio de alimentos.

Pero no. Era su abogado que lo estaba llamando. Dado que él les prohibía a todas las personas a sus órdenes que lo molesten cuando estaba en vacaciones o en viaje de placer, el llamado anticipaba un peligro importante, o una noticia digna de considerar. El celular sobre la mano con guante de Taglione estaba mostrando diez llamadas perdidas con ese brillo fulgurante que tenía el nuevo modelo de Apple, el Iphone 7. Había dejado ya de sonar.

Taglione iba a sacarse el guante para llamarlo a su abogado allí mismo, pero quizá era hora de terminar de disfrutar el paisaje y hablar en un rato. Aunque estaba un poco cansado, había que apurarse.

- Sigánme

Les dijo a sus dos compañeros en broma. Y enfiló con la tabla hacia la pendiente. Ya habían pasado la parte de la pista más empinada. Otra vez era un placer ver enterrarse la tabla entre los algodones suaves de la nieve honda,

dejando huellas de curvas y pequeños derrumbes de nieve a su paso.

Pocos minutos después, estaban los tres en el Parador “*La Roka*”, situado a la salida de la telesilla de Neptuno que desembocaba justo debajo del final de Marte. Allí estaban más a cubierto. No se sentían ya las ráfagas heladas que golpeaban en la parte alta de la montaña.

Se sentaron en una mesa afuera, donde se podía ver la legendaria telesilla de Marte y, debajo, las dos gargantas que ellos habían bajado hacia ya unos minutos. Había otras mesas afuera que estaban ocupadas también por esquiadores, y ruidosas familias de turistas, disfrutando del día. Unos nenitos jugaban con un muñeco de nieve al que le habían puesto anteojos negros, y una zanahoria de nariz, justo al lado del espacio a donde todos los esquiadores dejaban sus esquís y sus bastones. El calor del sol pegaba sobre el piso de tablas de madera del parador, derritiendo la nieve que caía de las botas de esquí o de snowboard de toda la gente que caminaba apurada y hambrienta para comerse un sandwich, o un panqueque con dulce de leche caliente. El sol pegaba fuerte en aquella tarde por el reflejo de la nieve y era imposible sacarse los anteojos negros.

¿Acaso todas esas personas que comían en el parador con vista a Marte sabían que ellos tres venían de bajar la pista negra? ¿Acaso los habían visto, desde allí, tan pequeños como fosforitos por la distancia, deslizarse por aquellas paredes blancas rodeadas de roca? ¿Por esas mismas gargantas bordeadas de roca y que tenían la muerte de tantos de deportistas? ¿Nadie les tenía respeto por lo que venía de hacer ellos tres?

Como cuando fueron a las islas Maldivias a surfear hacía ya unos meses, Taglione se ponía chistoso con las camareras. Ahora volvía a pasar lo mismo.

-Te hago el pedido si primero me das un beso.

El empresario pasaba los cincuenta años, pero con su cabello gris, su bronceado de la nieve, sus tatuajes, su cuenta en Instagram y su estilo aparentaba conservar el niño interior. Al parecer, pretendía estar en la misma onda que aquella pasante vestida con remera y minifalda color verde. La chica sólo se sonrió como si no fuera tan gracioso. El Ruby, rider de Almeja Amarilla sólo atinaba a festejar la broma. El Halcón miraba su teléfono celular sin darle importancia. Sin explicaciones, Taglione cambió de tema.

- Te pedimos una cerveza grande de litro, que sea bien fría. Y...¿las hamburguesas completas vienen con papas fritas?

-Tienen huevo frito, panceta, lechuga. Y vienen con guarnición.

El miró a sus compañeros callados.

-¿Pedimos tres hamburguesas completas entonces? -vió que asentían- Bueno te las encargo muñeca –se rió-. Mentira te digo muñeca en broma, si podrías ser mi hija.

Apenas la chica se alejaba de la mesa rumbo al interior del parador, Halcón dijo:

- Me quedo toda la vida con la chinita de Aspen –hacía alusión a otro viaje de snowboard -

En ese momento, comenzó a vibrar el Iphone de Martín Taglione sobre la mesa de plástico. Y sonaba con Ac Dc otra vez. El empresario del surf se acercó al teléfono y vio que era otra vez su abogado que lo estaba llamando.

Iba en el tren a Mar del Plata, de noche. El mismo tren que sale desde la estación Constitución, aquella zona de travestis, prostitutas, vendedores callejeros y descuidistas. En el medio del amontonamiento de gente apurada, sin descuidar a su presa, el chico surfista rubio aquel, ella se había comprado una garrapiñada caliente. El tren atravesaba, como el cuchillo del asesino sobre panza de la víctima, la noche de la provincia. Surcaba campos oscuros con alambrados, villas de emergencia, canchas de fútbol con paredes pintadas con consignas políticas y niños en cuero que juegan al futbol, murallas con vidrios rotos de botella encima.

Analía Belen se llamaba. No quería recordar mucho de sí misma, ni bucear dentro de sus paisajes interiores, porque algo perturbador estaba allí dentro. Algo iba a pasar. Algo que no la tenía tan segura de si lo aceptaba. A pocos pasos estaba de arrepentirse de ejecutar su plan y ser otra vez, recuperar otra vez, su lado de persona buena. ¿Era una persona buena? Al menos, tenía culpa de lo que iba a hacer. Las personas buenas tienen culpa.

Seguro que el tipo la estaba mirando. Se había sentado dos asientos justo atrás suyo. Analía sabía que, aunque sus tetas no eran grandes, las manejaba de una forma que lograba atraer el interés de los hombres. Ella se imaginó lo que, buscaba, lo que todo tipo busca. Pero en este caso, no estaría desesperado. Hacía un tiempo que lo había estudiado, primero con fotos y datos, luego con un seguimiento que hizo de sus hábitos, hasta el plan de cruzarlo en el tren a Mar del Plata. Ezequiel Muñoz se llamaba. De un metro ochenta aproximadamente, atlético por la práctica del surf y otros deportes, cabello rubio desprolijo, no debía estar muy “necesitado” para una seducción fácil.

En la fila del tren, en la estación, antes de subirse, ella le preguntó la hora y trató un intercambio, una breve conversación. El tipo no contestó mucho, pero parecía amable. Ahora Ezequiel, su presa, estaba en el pasillo, tres asientos más adelante, tenía los ojos completamente cerrados y, por un movimiento de la boca, parecía que roncaba. El otro pasajero miraba hacia la oscuridad de la ventana, con un sombrero puesto. A pesar de que era un tren avanzaba la provincia de Buenos Aires en plena noche y que la luz del vagón era titilante, el tipo llevaba puesto un sombrero.

Hacía un rato ya que habían pasado los pueblos cercanos a la ciudad. El tren se internaba en el medio del campo oscuro. Por la ventana solo se veían campos, alambrados, vacas, árboles y una ruta vacía que, de vez en cuando, tenía algún camión.

Analía Belen desde chica había aprendido sobre los hombres. Los conocía tanto que ella era el espíritu de un hombre en un cuerpo hermoso y sensual de una mujer.

Se juntaba con muchos hombres en la playa, La Pepita, donde iban los chicos de la playa. No a todas las chicas del barrio les gustaba el surf, pero ella era distinta. Una persona sin moldes.

Al menos desde que, con doce años, Analía se hizo el tatuaje de Racing en la pierna. Su familia, de clase media baja pero con intenciones de ascenso en base a estudio y esfuerzo, había querido que ella estudie, y no que se interese tanto por los partidos de futbol, por ir a la cancha a ver a racing, por los recitales del under, y, finalmente, por el surf. Pero no la podían domar.

Además, no tenían dinero para financiarle un departamento en Buenos Aires, como lo hacían los padres de los ricos que los enviaban a estudiar a la Universidad, pero los ayudaban desde Mar del Plata. Analía Belén quería estudiar en algún momento la carrera de Oceanografía, pero sus padres no pudieron financiarla y se frustró para siempre el proyecto.

Tal vez porque su camino no estaba en la ruta trazada por la sociedad, sino en el submundo. Donde solamente triunfan los que tienen la locura necesaria, y se acercan a las drogas, y a los chicos pesados, los chicos temidos. Ella los admiraba desde lejos, sentada sobre la escollera de la playa de la ola La Pepita. Los veía surfear en esas olas que, aunque rompían de bella manera, podían resultar peligrosas.

Algo en el fondo de su corazón le decía que debía acercarse a ellos, pero no a los surfers chetos de Playa Grande o de Waikiki o de La Serena. Había que acercarse a “los locales”. Los chicos de Mar del Plata, los de la tierra, los de la villa. Donde estaba el verdadero asfalto de Mar del Plata: en las olas de la playa “La Pepita”. Donde están los que surfear la ola de fondo que rompe de costado de las piedras, sin temerle a las fuertes corrientes marinas que amenazan con arrojarte contra los acantilados de la escollera de Punta Iglesias.

Estos chicos surfeaban en La Pepita, es cierto, andaban en skate por el pavimento ardiente de la calle Peralta Ramos también es cierto... pero, sobre todo, eran respetados en los bares, en las esquinas. No era para todo el mundo ser aceptado por esas banditas de surfistas pesados, pero, para una nena bella como ella, no era imposible, y menos si se comienza con humildad.

¿Me pueden enseñar a surfear?

Dijo un día que ellos estaban tirados en la arena, con una ronda de mate y bajo un cielo de nubes que arrojaba una tenue llovizna.

Pasaron muchos veranos desde entonces, pasaron muchas olas que se “corren” sobre una tabla vieja, como un desafío a los edificios altos de Mar del Plata, al Casino que se veía desde esa ola, la ola “La Pepita”. Pero, como se lo indicaba su corazón, esa vez un nuevo camino se abrió. Los surfers de La Pepita la adoptaron como mascota. Pronto se hizo atractiva para todos ellos. Fue reconocida por todos por su indumentaria peculiar. Llevaba una vincha a la playa con un toque fosforescente que permitía que la reconocieran desde lejos, cuando se acercaba con el mate, caminando por la arena.

Luego, llegó el momento. Convertirse en la novia oficial de uno de los más pesados de todos de esos niños pandilleros, Mauro Nicolás, alias el Pan Duro. No podía evitar la enorme decepción de su familia cuando lo llevó un día a la casa a Pan Duro, un chico que había pasado su infancia en un Reformatorio por problemas sociales de sus padres y que tenía más tatuajes que ella. Panduro surfeaba como todos allí en Mar del Plata, pero sobre todo peleaba. Y peleaba muy bien. Y cuando un adolescente pelea muy bien, la playa es suya.

Además, con el tiempo, Panduro llegó a ser pesado en serio. Aunque no estuvo en el Reformatorio por sus problemas con la ley, aprendió allí las mañas de niños delincuentes y consiguió respeto en las playas. En aquellos años La Pepita, como se llamaba a la zona de olas al borde de la escollera de Punta Iglesias donde todos ellos surfeaban, se transformó en la playa del Pan Duro. Sin la anuencia suya, era arriesgado ir a surfear allí.

Para Analía Belén, la ola profunda, larga y peligrosa de La Pepita, esa ola que no surfeaban los chetos ni los porteños, era un símbolo importante de su vida. Por eso, se la había tatuado todo a lo largo del hombro derecho. Un dibujante callejero de Mar del Plata, de esos que colmaban la calle peatonal

en los meses de verano, le retrató de manera muy delicada y artística, la ola de La Pepita en un atardecer. Ella le llevó el dibujo a los tatuadores, se pudo hacer un buen trabajo sobre su brazo. Se veía la ola, la escollera, los colores desprolijos y fuertes como un fantasma de rojos fulgores del atardecer sobre el mar, expresaban la magia del lugar.

Aquellos tiempos de La Pepita, estaban presentes en Analía Belen. A partir de la puerta del tatuaje, de las historias, invadían la mente en un tiempo muerto como lo es un largo viaje a Mar del Plata en tren. Donde solo se escucha el ruido de las vías. Las luces están casi todas rotas y se siente el olor del vómito o de los linyeras tirados entre vagón y vagón. En un viaje de esos, no queda otra que recordar.

Fue por una idea suya, o tal vez a imitación de su entonces novio –Pan Duro ya había caído por robo y estaba recluido de nuevo en el Instituto de Menores “Santa Clara”-, que comenzó a llevar una navaja a la playa. Esa era la playa del barrio y, desde que se fue el Pan Duro, era como si hubiera libertad para la anarquía. Cualquier turista ostentoso de colores flúo, gorrita con emblema de playas de norteamericanas, acento canchero y sobrador, no podía hacer suya a la ola de La Pepita. Porque era la ola de los pibitos del barrio. Ir a esa playa era romper los códigos.

En aquellos años, Analía Belen se ponía un buzito con capucha, y caminaba despacio por la arena, arrastrando los pies. Seguida por tres chicos más, menores aún a ella, pero dispuestos a todo (los chicos no superaban los 13 años). Era su bandita. Los turistas, especialmente los que se vestían con ropa de marca y usaban equipos de surf recién comprados, daban todo sin inconvenientes. Como si ellos supieran que habían cometido un pecado contra la ola derecha de La Pepita.

Como si supieran que merecían ese castigo por ir a surfear a esa ola y no a los puntos de los chetos, como Biología o el Yacht Club. Por lo común, estas bandas de irrespetuosos iban a surfear a La Pepita y dejaban las cosas en la playa con alguno que las cuidaba. Ella llegaba caminando con su buzito con capucha, envuelta en los ocasionales vientos marinos de esos que tiran arena en la cara. Escoltada con los nenes que la seguían.

-Dame todo y raja.

La primera vez que robó fue una funda acolchada para tablas de surf.

La funda era un elemento muy importante para resistir golpes a la tabla al salir del hogar o al volver de la playa. Además, la funda de la tabla sirve para protegerla contra el calor. Por ejemplo, dejar una tabla de surf en un auto con las ventanillas cerradas bajo el sol es equivalente a dejar un helado. El calor puede llegar a destrozar una tabla y, por eso, resultó tan importante ese primer robo de una funda naranja, de buena calidad. La robó cuando los chetos irrespetuosos estaban en el mar y ella pasó corriendo y se la llevó. Mucho tiempo después, Analía Belén dejaría los hurtos (pasar corriendo) para comenzar a animarse a robar con navaja (llegar caminando).

Por aquellos tiempos, con Panduro en el reformatorio y ella con el control de la playa, también robó equipos de música, una tabla longboard marca, anteojos de sol Marc Jacobs, billeteras, mariguana, entre otras cosas. Una vez, un chico de su bandita lo dijo: *“Ir a robar a la playa es como pinchar una piñata: nunca sabe qué premio te podés encontrar”*.

No se olvidaba, en aquellas épocas, de ir al Instituto de Menores de Máxima Seguridad “Santa Clara” a verlo a su novio. Se las ingeniaba para llegar bien al horario de visita. Cuando llegaba, se oían los gritos de los pabellones con piropos por la llegada de una mujer. Le traía arena de La Pepita a su pedido. También le contaba sobre cómo estaban las cosas en la playa. A su manera, lo amó. Hasta que la cárcel lo amansó, el sistema lo convirtió en un tonto manso y perdió su atractivo.

Pero había algo, algo del pasado de Analía Belén que no podía recordar y que no debía recordar. Sobre todas las cosas, el plan. El plan en marcha, el plan era para gente demasiado mala, ella no era tan mala y se lo decía su culpa y su lástima. Era algo oscuro, perturbador o contradictorio lo que le pasaba.

Miró de nuevo hacia adelante, el asiento de Ezequiel Muñoz. Seguía dormido. A pesar de que solamente una bombilla colgada titilante iluminaba de forma muy débil el vagón, a pesar del sombrero brasileño que llevaba puesto, se veía su cabello rubio despeinado. A ella, le dio un poco de lástima y de calentura. No podía animarse a ejecutar todo el plan.

Cuando el viaje tranquilo del tren la empujaba hacia sus mundos interiores, poblados de recuerdos con violencia y con olas, pero, sobre todo, con el rostro sombrío del plan que iba a ejecutar, el plan horrible que ella iba a realizar, trataba de evitar esa zona. Si tenía tanta culpa, es que no era tan mala.



Ezequiel Muñoz se había despertado y ahora miraba hacia la ventana, con los ojos pegados al vidrio y el vidrio estaba roto por el golpe de una piedra. El vidrio, roto igual, dejaba ver el paisaje de pobreza de la Argentina, de las casas precarias. Tan golpeada la Argentina por las diferentes crisis como el vidrio por el golpe de la piedra. En muchas partes del trayecto, había gente que le tiraba piedrazos al tren.

Era usual en los viajes a Mar del Plata en tren escuchar el ruido de las piedras golpeando. Las ventanas tenían rajaduras de los piedrazos. Pero, con riesgo de piedrazos y todo, su presa, miraba hacia fuera.

Ahora, los dos estaban despiertos. Tanto Ezequiel Muñoz como el otro pasajero, un hombre de unos setenta años, que usaba anteojos. Era el momento de comenzar el plan. No se animaba, le daba pena. Ella sacó del bolsillo un llavero, que tenía un adorno grande de aluminio de unos 50 mm, lo abrió y, dentro, extrajo una pequeña botella de vidrio con polvo blanco. El pasajero de su asiento estaba despierto. Simuló que se le caía algo del asiento para agacharse y aspirar un poco sin ser vista, luego guardó de nuevo la botella en el recipiente de acero del llavero.

Entonces, se acercó caminando hasta donde estaba el hombre de anteojos

-Permiso señor... ¿Me puede cambiar el asiento así puedo hablar con él?

Ahora, bajo la penumbra del tren en movimiento, dos miradas asombradas focalizaban en ella. El hombre y la presa.

-No hay problema

Dijo el pasajero, buscó su equipaje de arriba y se fue caminando hacia el asiento de atrás.

Ahora, estaba junto a Ezequiel Muñoz, el tipo se sonreía con su sombrero puesto. La desfachatez femenina siempre ponía incómodos a los hombres.

-Este tren tendría que tener un vagón para las tablas de surf.

Le dijo. Sabía que Ezequiel Muñoz surfeaba, entre muchos otros datos suyos. El solamente se sonrió.

-¿Por qué te sentaste acá?

-El otro asiento era muy aburrido no había nadie. Pero decime la verdad, tendría que tener un vagón para tablas de surf, ¿es un tren a Mar del Plata!

-¿Ah surfeas? Cada vez más mujeres surfean. Me parece muy bueno.

-Sí.

-Qué bueno. Yo también. Es otra temporada que voy a Mar del Plata a trabajar, pero puedo surfear por las tardes.

Ella ignoró lo que él le decía.

-¿ Por qué me estabas mirando tanto?

El tipo se sorprendió.

-¡ Pero si eras vos la que me miraba !

Ella se rió de vuelta y se acomodó tranquila sobre el asiento de cuero roto pintado con inscripciones en birome del tren. Al ratito la miró fijo. Dejaba, tras su espalda, la ventanilla donde pasaban paredes pintadas con grafitos de casas humildes.

-Nos queda un largo viaje.

Ella no respondió nada. Y él chico volvió a hablar.

- ¿ Venís mucho a Mar del Plata en tren ?

- Es la primera vez en muchos años. ¿Y vos?

Analía Belén habló, habló con tono de niña. Sin violencia no sabía el tono que podía salir de su boca. Su voz era como una caja de sorpresas.

-Antes venía todas las semanas. Me conozco este tren de memoria. Es como un tren fantasma. Y sé muy bien todas las cosas que pasan acá adentro.

-¿Sos de Buenos Aires?

- Soy de Mar del Plata. ¿Me viste cara de porteña?

Se interrumpió. No le iba a dar muchas explicaciones. Era peligroso hacerlo. Tal vez un día, dentro de muy poco, iba a contar todo. El silencio de ella se mantenía en sus reflexiones.

Ahora, la ventana del asiento del tren mostraba los arcos de una cancha

de fútbol llenos de las sombras de la noche, tal vez en un baldío. Sí, era un baldío entre casas de chapas. Había muchos asentamientos precarios en la provincia de Buenos Aires. Cada gobierno que entraba llegaba con promesas de una mejor vida para todos ellos, pero dejaba más pobreza. Las paredes pintadas con graffitis, las murallas de cemento con restos de botellas de vidrios rotos, las luces quemadas o rotas eran la provincia de Buenos Aires que pasaba el tren. Ahora otra vez se veían casas. Y ya era el momento de responder la pregunta.

-¿Vos qué haces en Mar del Plata?

-¿Me tratás de vos? ¿No es mejor que me trates de usted?

¿Por qué? ¿Por qué usas sombrero?

-Vine por un trabajo.

-¿Y qué trabajo?

-Voy a trabajar a un local de venta de productos de surf. Vine muchas temporadas ya.

Ella sabía a donde iba. Conocía perfectamente cuál era el local donde Ezequiel Muñoz iba a trabajar esa temporada. Pero se fingió sorprendida.

-¿Ah te gusta el surf?

-Poco, pero es una buena oportunidad para venir a la playa en el verano.

-¿Se venden productos de surf?

Entonces el tipo se despachó. Era un tema del que le gustaba hablar.

-Muy poco. Los que más compran son los chicos de quince años y compran lo que dice la moda. A mí me da culpa. Viene un chico de doce años y dice “¿Perdón señor cuál es la zapatilla de moda este verano?” y nosotros tenemos orden de señalar a la más cara de todas. Entonces, el padre que está al lado, saca a tarjeta de crédito y compra la zapatilla que señalamos. Casi siempre es la del año anterior, o de una mercadería que no se pudo vender. O sino la moda del momento. Sacaron la “remera con filtro rayo uv” y todos los chicos vienen corriendo al local y dicen “¡la remera con filtro uv!” “¡la remera con filtro uv!” y no importa nada, gritan eso, compran eso, los padres sacan la billetera y pagan. Pero si esta remera vale 10 veces menos y es tan gruesa que no pasa el rayo. No importa, pagan, porque la onda del momento es la remera

con filtro uv y nadie se la puede perder. El tema del surf no son las ganancias principales del local. Pero si ponés una tabla de surf en la puerta, entra más gente, aunque esa gente quiera comprar otra cosa.

Los dos se quedaron callados hasta que ella volvió a hablar. Algo imprevisto salió de la boca de Analía Belén, con tono de anciana. Con tono de anciana que dejó que la vida le pase por encima y está desconcertada.

-Me están buscando.... Mi vida es un desastre...Me están buscando... ¿Vos tenés a dónde esconderme?

- ¿Quién te busca?

-Nadie... es una broma de esta mujer solitaria. Mar del Plata es una ciudad peligrosa. No tendrías que ir para allá.

Los ojos de Analía Belén, algo pintados de azul, las pestañas recargadas, las uñas de rojo, y el maquillaje sensual... daban una combinación muy fuerte. Despedía un intenso perfume de baja calidad. No estaba planeado que ella le de advertencias. Su costado de buena luchaba contra su costado de mala, en una perturbadora lucha anterior y salían esas frases. Cada vez que lo miraba, tenía pena. El silencio que se había formado, que dejaba escuchar los ruidos del tren al andar por una vía maltrecha, era angustiante.

-¿Cómo te llamás?

-Ezequiel... ¿Vos?

-Analía...

El tren pasaba al costado de un pueblo. Las paredes de las casas estaban pintadas con aerosol y en una de ellas se leía "*Pediste aire y te dí el cielo... pediste agua y te dí el mar... pediste libreta, depto, niños..., y te mandé a recagar*".

Entre vagón y vagón, había mendigos tirados. Algunos borrachos, algunos destruidos y con mucho olor pestilente a orina. Había pasado un rato. Analía Belén iba con su presa algunos vagones hacia atrás a la búsqueda de los vagones que no tuvieran ninguna luz. No era difícil de encontrarlos. La mayoría de las luces de ese cacharro de viejo tren estaban quemadas.

Algunas puertas de los vagones estaban cerradas y mojadas. Y sobre el pasillo, en una parte, se cruzaron con un vómito, con burbujitas marrones y

espesas. Entre vagón y vagón, había que tener cuidado de no pisar a nadie, porque los mendigos estaban tirados sobre el piso, al costado de las puertas del tren que a veces estaban abiertas y se veía la oscuridad y los campos pasar.

Pasaron por el baño y después entraron al vagón comedor. En alguna época, Analía pensó que el vagón comedor del tren a Mar del Plata tuvo una pretensión de elegancia. En alguna lejana época, distante de esa. Argentina, un país que estuvo entre los diez primeros países del mundo en economía, pero ahora se hundía con la corrupción, la pobreza. Y el deterioro, como el musgo, crecía por todas partes. En las horas esplendor de la Argentina, aquel tren que atravesaba pueblos en la noche con paredes pintadas y casas de chapa, había sido majestuoso. Las cortinas rojas tapaban algunos trechos de las ventanas con vidrios rotos por el impacto de las piedras que le arrojan al tren en algunos trechos y un tapizado rojo recubría las paredes.

Había un mozo, dormido. Petrificado. Analía Belén lo miró: canoso, con cara de resignado, con cara de callejero y le gustó. Extraído de los mitos de una canción de tango. Sobre otra de las mesas, estaba sentado un hombre bastante calvo que se tomaba un café con leche, mientras que miraba la oscuridad de la noche por la ventana.

Analía Belén pasó por el vagón comedor y verificó para mirar para atrás: venía aquel chico detrás suyo, la presa. Hacía rato que lo tenían estudiado. Ella lo esperó antes de abrir la puerta que cruzaba al otro vagón. Analía Belén miraba para todos los costados, con movimientos bruscos.

-¿Te trajiste el bolso hasta acá?

Ella no le contestó.

-Vamos dale.

Abrió la puerta del otro vagón y cruzó rápido frente a los pies del hombre que estaba tirado sobre el piso. Al costado de las zapatillas sucias y mal olientes, se veía un cartón de vino. Y entre los dos vagones, se escuchaba más fuerte el ruido del tren.

Pasaron al otro vagón y continuaron caminando por entre los pasajeros. Había familias, padres, chicos y madres ubicados con sus bolsos en algunos asientos. Había ancianos y también algunas parejas jóvenes. Los vidrios de las

ventanas estaban rotos con las piedras que los chicos le tiran al tren y los asientos también estaban rotos y deteriorados. Las paredes estaban pintarrajeadas también con graffitis. Uno de los graffitis que pintaban esos chicos del surf que atacaban las marcas de ropa, Los Rebeldes de las Olas, una agrupación política anarquista.

Algunos asientos estaban vacíos. Tuvieron que pasar dos vagones más, caminando hacia el fondo. Un borracho tirado les pidió monedas y luego les dijo algo en palabras indescifrables. Caminar por aquel tren (cuyo trayecto era Constitución- Mar del Plata) hacía pensar en una película futurista triste y melancólica. Una película que retratare un futuro pos-nuclear con lugares con personas ricas y normales y otros lugares con sub-personas, estropeadas por la contaminación, abandonadas a la indiferencia general, golpeadas por la radioactividad.

Como si fueran zombis de una película de terror que no hablaran bien el idioma. Así era pasar de un vagón (con luz titilante, pero con personas) a la zona donde estaba el intermedio de vagón y vagón (con sub-personas tiradas en el piso, acreedoras de indiferencia fría del resto, que no pueden hablar ni siquiera y con olor a orina, vistas desde la poca luz y la suciedad) para, luego, retornar al vagón siguiente, donde todo sigue oscuro, pero hay personas tristes de nuevo.

Al pasar para atrás varios vagones, encontraron uno donde ya no había ningún tipo de luz. La luz estaría rota y nadie nunca se tomó el trabajo de repararla. De vez en cuando, pasaba un guardia con una linterna. Ello levantaba los rostros humanos de la oscuridad y mostraba familias, trabajadores, niños, turistas y bolsos. Luego, al quedar atrás la linterna, volvía de nuevo la oscuridad.

El ruido del tren se escuchaba más fuerte en el vagón oscuro. Era el primer vagón oscuro, atrás venían muchos más. Avanzaron en la penumbra tratando de buscar dos asientos vacíos y solo encontraban más pasajeros, más familias, más chicos, más ancianos.

Pasaron al otro vagón. Analía Belén miraba hacia todos sus costados. Se toparon con un guardia que venía caminando tranquilo, con una linterna en la mano, cruzaron otro vagón más.

Entonces, por fin, encontraron un lugar con dos asientos vacíos. No

había casi luz. Apenas él se sentó, Analía Belén llevó su mano directo como le había enseñado su tío abusador, tantos años atrás. Ezequiel Muñoz era alto, flaco, vestía un pantalón de jean azul que apenas se veía, cuando le llevó la mano por arriba del pantalón y la apoyó allí, él no reaccionó. Después, ella comenzó a frotar por las piernas, se sentía al tacto por el jean que eran atléticas, desde abajo hasta arriba. Ella le colgó el brazo por sobre el hombro, le sacó el sombrero y acarició su cabello rubio y le dio un beso, sintió el gusto de su lengua dentro en su boca, mientras sentía el cambio de forma sobre su mano en el jean. Dentro de ese vagón de la parte final del tren, no había mucha gente, pero ahora pasaba de nuevo un guardia con una linterna. Así que faltaban quince minutos o media hora para que vuelva a pasar un guardia. En ese momento, las manos grandes del chico le estaban recorriendo el cuerpo. Era el momento, hasta que vuelva a iluminarse el vagón con la linterna del guardia faltaba un poco. Entonces, rápidamente le desabrochó los botones del pantalón y se montó arriba suyo, mientras no paraba de besarlo. Rápido, antes de que vuelva un guardia con una linterna que desproteja de oscuridad el vagón, se lo quería coger bien y ahora era suyo, la parte más linda del plan.

-Chupame las tetas

Hacía rato que ella deseaba intensamente tenerlo dentro suyo. El chico reaccionó, cambió sus ojos mientras los dedos de ella se internaban en el pantalón. Nadie los veía. En esa parte del tren estaba rota la luz del pasillo. Pero había que ser silenciosos para que en los otros asientos no se escuche.

No hicieron ruidos para quedar tapados bajo los sonidos del tren golpeando contra las vías viejas en la noche. Nadie se fijó en ellos. Un rato más tarde, ella se había sentado de nuevo en su asiento, se habían acomodado, se había prendido un cigarrillo y le decía:

-Estas cosas pasan siempre en el tren a Mar del Plata.

Habían abierto la ventanilla -de vidrios rajados por las piedras- para tirar el humo.

-¿Viajas mucho acá?

-Muchísimo.

- ¿Y por qué viajas?

- Tengo que hacer unos trámites.

- ¿Qué trámites?

- Trámites... dejas unas cosas y vuelves. Temas de trabajo. Nunca es bueno preguntarle cosas a las desconocidas. Pueden darte una respuesta peligrosa.

Le dijo, con una sonrisa. Se quedaron callados un largo rato. El reloj digital de muñeca marcó más de media hora.



Caminaban por la arena mojada de Playa Grande. Era la segunda semana de Diciembre. Tenían una botella de champagne de la noche anterior. El sol los había sorprendido porque la noche les había quedado corta. A esas horas, de a poco, venían los surfistas a la playa y se sumergían en las aguas frías de Noviembre.

Muy lindo era cuando la arena estaba vacía. Las campanadas de las olas rompiendo sonaban, como siempre, al mismo ritmo. Ella estaba arruinada, arruinada como cuando tomaba alcohol, vino, luego de ingerir un poco de cocaína. Como otras veces le pasaba, tenía, a esas horas, corrida la pintura de algunos dedos. Ezequiel Muñoz, el del tren, enfrente suyo.

Las semanas atrás habían ido a surfear juntos a distintas playas de la costa de Mar del Plata. Estuvieron los primeros días en las playas del centro. Había fuertes vientos del sur, pero el resguardo que daba el cabo Corrientes y el Torreón del Monje, permitía que puedan ir allí. Un termo y unos mates los acompañaron todas aquellas tardes. Pero había que cubrirlo bien porque, de tanto en tanto, alguna ráfaga de viento del sur llegaba con arena levantada.

Las primeras tardes fueron a una playa del centro de la ciudad, la Popular 1, desde donde se veía el tradicional muelle de los pescadores. Ezequiel Muñoz dejaba de trabajar en el local surfer Teahupoo, a las 2:00 pm, horario en que lo reemplazaba su relevo.

Por allí lo pasaba a buscar Analía Belén, que le dijo que estaba parando en un departamento cerca –aunque nunca le dijo donde era, ni lo pudo visitar-. Sobre aquella galería, justo enfrente del local Teahupoo, había una casa de empanadas, muy rústica, pero alguna vez ellos pararon allí a almorzar. El tatuaje de ola de La Pepita en el hombro de Analía Belén, estaba casi siempre al aire, aunque él nunca le preguntó qué significaba ni por qué estaba allí. Apenas llegaba hasta Teahupoo, descansaba un rato por el esfuerzo de cargar la tabla. Y después, los dos arrancaban por la avenida Luro, con las tablas de surf a cuestas y el sol en la cara, rumbo hacia el muelle de los pescadores.

Allí había lío a raíz de un mini campeonato de surf realizado la semana anterior, intercolegial, donde probaron fuerza la selección de surf de distintos

colegios marplatenses y de la costa de la provincia. Los Rebeldes de las Olas, activistas políticos del surf, habían estado allí tratando de boicotear el torneo, con pintadas. Se oponían a los campeonatos, porque decían que el surf es un arte y no hay campeones. Pero de todo el despelote formado la semana anterior, cuando Analía Belén y Ezequiel Muñoz fueron a la Playa no quedaba nada. Solamente los restos.

Antes de llegar allí, estuvieron en un rápido bar. Cervezas corona frías con maní sobre la espuma.

-Te voy a proponer un pacto.

Así fue que le dijo Analía Belén al chico aquel, Ezequiel Muñoz. El mismo que trabajaba en “Teahupoo”, un local surfer situado dentro de una galería, sobre la avenida Luro, en Mar del Plata, que vendía zapatillas, remeras y todo tipo de cosas a los turistas, además de equipos y tablas de surf. Tuvieron sexo en un tren es cierto, pero ya estaban juntos desde hace varios días.

-¿Cuál es el pacto?

-Voy a ser quien yo tenga que ser, pero antes te voy a dar una oportunidad.

-¿De qué hablás?

-Que no soy una persona buena. Vos tenés el corazón puro. Yo alguna vez lo tuve, pero ahora es mejor estar lejos de mí.

-No me voy a alejar.

Dijo Ezequiel Muñoz, ignorando el destello de sinceridad desesperada que brotó de los ojos de Analía Belén en ese momento. Tal vez pensaba que se trataba de romanticismo.

Aunque la arena estaba mojada, ellos igual se sentaron. No habían dormido en toda la noche.

-Quiero que seamos amigos siempre, pase lo que pase.

-¿Me estás dejando?

Dijo él. Lo decía entre risas, pero quizá con un poco de preocupación.

- No, seguimos saliendo.

- Que gente se conoce en un tren. ¿Amás surfear?

-Sí. Por eso, vengo a Mar del Plata. Por el surf.

-Me habías dicho que no te gustaba mucho.

-Como todo en la vida. A veces gusta y a veces no. No gusta cuando hay mucha gente en la playa, cuando no respetan los códigos o no los conocen y te sacan la ola.

- Yo surfeo desde chica. Conocí muchos chicos en la playa. En mi época era muy raro que una mujer surfee

Tampoco ella quería acercarse demasiado a lo profundo de sí misma. Se quedaron sentados sobre la arena un rato más. Estaban pasados de sueño.

Uno de los que estaba surfeando salió del mar. Lo vieron emerger entre las espumas, con su traje de neoprene y la tabla. Se acercó hacia la parte de la arena donde estaban sentados ellos. Analía Belén se sonrió al verlo.

-Sabía que ibas a estar acá. El es Ezequiel Muñoz. De él te había hablado.

-Sí... -lo miró a Ezequiel- ¿Vos estabas en el tren de Mar del Plata?

-Sí, la conocí allí.

Dejó la tabla sobre la arena y se sentó al lado de ellos. Ya eran las nueve de la mañana y estaba comenzando a llegar gente a la playa. El se había sentado al lado de Analía Belén.

- ¿Venís hoy a la reunión?

-Sí, vamos.

Ezequiel Muñoz no sabía nada de ninguna reunión. Estaba pasado de vueltas. El amanecer sobre el mar ya había terminado para comenzar la mañana. Cuando no se duerme, no se tienen buenas reacciones.

- Pero falta un rato. Empieza a las once. Lo hacemos con desayuno.

Luego lo miró de nuevo:

-Vení. Vamos a surfear. No tengas miedo.

Al decirle ello, se sonrió. Analía Belén sacó el pantalón de jean y se

quedó en bombacha en el medio de la playa. El cuerpo dejaba ver tatuajes, uno de Racing. No solamente el que tenía sobre el brazo, parecía la escollera de punta Iglesias, con las olas de La Pepita, sino otro más pequeño.

-Dale, parate. No tenés cara de ser un cobarde. Vení conmigo.

Pero él no quiso levantarse. Se quedó sentado sobre la arena. Ella se puso el traje de neoprene sobre la bombacha. Luego, se internó en las olas con la tabla. Pasó un rato mientras ella surfeaba las olas de la mañana de Playa Grande. Por fin, el hombre habló.

-¿Vas a venir a la reunión de los Rebeles de las Olas?

-No sabía nada de ninguna reunión.

El hombre siguió hablando, tranquilo.

-Analía Belén nos dijo que estabas preparado para venir. Que podíamos confiar en vos.

Una hora después, los tres estaban subiendo por cerca de las rocas de la Playa Grande. Llevaban la tabla. Caminaron por al costado de las filas de carpas. Había también allí unas piletas. Luego pasaron por encima de una escalera de cemento caliente que daba hacia la calle. De ahí, al paso V. Ocampo, que a veces había muchos autos, pero que en Diciembre, a las 10:30 de la mañana, se lo veía completamente vacío. Enfrente de ellos, se veía el Hotel 5 estrellas Costa Galana, porque ya estaban en la calle.

Ezequiel Muñoz prestaba mucha atención a lo que estaba pasando. No sabía a dónde esa extraña mujer del tren lo llevaba, pero no quería dejar de ir. Como esas veces donde el destino marca una dirección y la dirección es irreversible. Iban caminando con la tabla por la calle Peralta Ramos.

A la altura del Mc. Donalds de la calle Rodriguez Peña, ella se dirigió a una camioneta Kombi estilo Transporter, fabricación argentina de los años ochenta, que estaba estacionada. Desde la ventana del conductor, un hombre le dijo algo, alcanzó a escuchar qué era. Una pregunta:

-¿El es Ezequiel Muñoz?

-Sí –dijo ella.

Entonces pusieron la tabla arriba de la camioneta. La carrocería de la furgoneta estaba pintada de verde clarito. Tiraron adentro el traje de neoprene

y colocaron las tablas en el portatablas encima del techo. Analía Belén lo sujetó del brazo.

-Pasá. Vos primero.

La camioneta Kombi Transporter arrancó. Avanzó un trayecto más por la calle Peralta Ramos y luego, tras dar un volantazo ruidoso que hacía sospechar ebriedad en el conductor, dobló por la calle Julio Argentino Roca. Rumbo hacia el interior de la ciudad de Mar del Plata. La camioneta iba a un ritmo inesperadamente rápido, como si estuvieran en una persecución. Otro volantazo en curva lo dio en la calle Gral. Rivas.

-Tenés que ponerte esto. Es por seguridad.

Le puso una bolsa oscura en la cara. Ahora ya no podía ver nada, ni por donde estaban yendo.

-¿Es un secuestro?

-No, es para que no veas donde está nuestro escondite. Cuando tengas la confianza de todos los miembros vas a poder mirarlo bien.

-¿No me puedo sacar esto?

La voz femenina y tranquilizadora de Analía Belén volvió a sonar.

-No, todavía no. Confiá en mí.

Era muy difícil saber ahora por donde estaban yendo. La camioneta parecía seguir avanzando a la misma velocidad apresurada que antes. Creyó sentir en su interior un resto de olor a marihuana. En ese momento, deseó otra vez la marihuana.

A la mañana siguiente debería ir a trabajar al pequeño local. No podía hoy quedarse hasta cualquier hora. “Teahupoo” tenía un solo empleado para abrir el local por la mañana, porque a la mañana había poca gente, muy poca gente en Mar del Plata. No podía defraudarlos. Esta temporada había comenzado una nueva moda para fanatismo de los adolescentes y niños de Mar del Plata que entraban al local surfer.

Era la locura del “pin” en las alpargatas “croc”. Las alpargatas “croc” eran una forma de alpargata de goma que tenía agujeros por encima, una alpargata de goma de distintos colores que se usaba mucho para ir a la playa. El “pin” de las croc era un adornito de plástico que se amarraba sobre alguno

de los agujeros de la punta de las crocs. En una alpargata crocs típica, de goma, de color negro, con la parte superior recubierta de agujeros, se podía colocar varios pins. Se presionaba sobre la punta de las crocs el adornito hasta que la goma dejaba de aguantar la fuerza y entraba por el agujero sin poder ya salir de allí. Había pin con la cara del ratón Mickey y de su novia Daisy. Pin de estrellas de mar o de olas. Pin de cualquier cosa. “*Ponele onda a tus crocs*” decía la firma que las vendía y que ya habría levantado una millonada.

Desde que empezó la temporada, una avalancha enfervorecida de nenes y adolescentes que entraban a Teahupoo, local de surf, decían una sola cosa “*¿Tenés el pin de las crocs?*”. Eso era lo único que importaba en la vida. Habían dispuesto remarcarlo en un 1200% para tratar de contener a la demanda, pero era imposible porque no había precio que detenga a esa locura de nenes y adolescentes. Además, estaban los de siempre, los que venían con el papá a su lado con su billetera y sus tarjetas de crédito, y decían “*¿Cuál es la zapatilla de moda esta temporada?*”. El debía indicar a la más cara de todas, una que tenía una ruedita tipo roller en la parte de atrás. Entonces simplemente se vendía-.

Así que, mientras lo llevaban en la furgoneta Kombi T2 aquella, Ezequiel Muñoz pensaba en lo que sería el día de mañana. Toda la mañana, desde las 9 de la mañana, hasta las 2 de la tarde, le tocaba el turno de atender el local y fumarse a todos los chicos con su locura nueva del pin de las crocs. Lo único que importaba en la vida en esa maldita ciudad era el pin de las crocs.

La ciudad de Mar del Plata con los ojos tapados, en el interior de la Kombi Transporter, que producía ruidos en su motor porque había sido fabricada en los años 80, podía vivirse de manera distinta. Se escuchaba, se sentía en el aire marino característico, pero era difícil adivinar dónde estaban aún.

Se dirigía a conocer a unos activistas. Los “Rebeldes de las Olas”, un grupo político de tipo ecologista, anarquista, que publicaba videos en Youtube con convocatorias con consignas extremas a favor del surf y en contra de las empresas, la basura en las playas, las competiciones profesionales, etc. Después de haber surfeado con Analía Belén y su grupo de amigo de la playa unos días, iba por fin a conocer a toda aquella gente.

-Ya llegamos. Yo te guio.

Primero, se escuchó el ruido de la camioneta al detenerse. Luego, el de la puerta al abrirse

Dijo Analía Belén.

-Ya llegamos. Yo te guio.

Se bajó tras ella. Tuvo cuidado de no tropezarse con un escalón. Aunque no veía nada, por la forma del escalón parecía tratarse de una de aquellas típicas casonas de Mar del Plata. Muchos años atrás, Mar del Plata fue la ciudad de la clase alta de Buenos Aires, se hicieron casas grandes para ellos. Pero luego, con el peronismo, los sindicatos hicieron en Mar del Plata grandes hoteles y con la llegada de las masas, entonces los ricos se retiraron. Y ya no era tan usual que pasen allí sus vacaciones. De todas maneras, quedaban los barrios residenciales, residuo de aquellas épocas anteriores y esas típicas casonas características. Le dio la sensación al caminar hacia su interior que estaban entrando dentro de una de ellas.

El ruido de la puerta al abrirse para recibirlos parecía insinuar también el de una puerta grande. No obstante, tras la puerta se vieron más escalones. Analía Belén le apoyó el brazo en el hombro.

-Tené cuidado. Acá hay una escalera.

Empezó a subir de a poco los escalones, pero entonces el otro habló.

-Ya se lo puede sacar. No es necesario que esté con los ojos tapados.

-Es cierto –dijo Analía Belén.

Entonces le sacaron aquella venda blanca. Pudo ver que no era una mansión de Mar del Plata como había pensado, sino más bien el interior de un edificio viejo al menos de tres pisos. Las paredes de la escalera eran grises, con la pintura descascarada. Se veía una sola ventana que era más bien un respiradero. Había poca luz.

-Ojo con la escalera –le dijo Analía Belén- Mirá bien a donde pisás.

El se sujetaba de una baranda de la escalera, una baranda de madera vieja, carcomida por el paso del tiempo. Más arriba, se veían los vestigios de un vitral. Sobre la pared había inscripciones en pintura de graffitis, aquello estaba muy abandonado entonces. Se escuchaban voces que provenían del piso

de arriba. Las paredes pintadas con graffitis hacían recordar los baños de los estacionamientos de la ruta 2 con leyendas.

Cuando por fin llegaron, los recibió un adolescente vestido con ropas deportivas.

-¿El es el tipo que nos contaste?

-Es el —contestó Analía Belén- Muy buen material. Le tengo fe.

Adentro de ese piso, se veía una tabla de surf colgada a manera de adorno. Había banderas rojas con la “A” de la anarquía. Había una bandera grande que decía “LOS REBELDES DE LAS OLAS” en colores verdes y negros. Imágenes del activista “Mumi”, el apodo del Líder de la Agrupación, que estaban repartidas por las paredes. Pero, como pasaba en los videos, no se conocía la cara del Mumi porque en sus imágenes estaba cubierto con un pasamontañas. Un cartel decía “*Bienvenidos a Los Rebeldes de las Olas*”.

Sobre la pared, con forma de pergamino y con dibujos de olas que rompían, se veía un escrito. Decía así:

*“Nuestra sociedad actual es el resultado de la astucia, engaño, codicia y la mala voluntad del hombre. Y para crear una nueva sociedad hay que examinar y comprender la estructura que se está desintegrándose y para comprenderlo, tenemos que comprender el proceso psicológico del ser. Sin conocimiento propio no puede haber revolución, que es la única verdadera y permanente.*

*....Hablo de la necesidad de una revolución total, de un cambio psicológico completo, de no vivir en el viejo patrón de las fórmulas, de la lucha, el dolor, la imitación, la conformidad y todas estas cosas que el hombre ha vivido durante milenios... que ha creado este maravilloso y confuso mundo.....*

*Para producir un cambio social, religioso, humano, tiene primero que haber comprensión de toda la estructura del pensamiento.”*

Más abajo, en letra más chica, se veía el nombre del autor: Jiddu Krishnamurti. Un hombre salió de adentro del recinto.

-Ezequiel, te agradezco que hayas confiado en nosotros para estar aquí. Ahora necesito que te pongas este traje blanco.



Era como un traje de práctica de judo o de yoga. Alrededor había cinco o seis personas más, casi todos adolescentes y todos tenían puesto ese traje.

-Vamos a pasar al cuarto de al lado.

Cuando entraron, pudo verlo al famoso youtuber y líder de los activistas: “El Mumi”, a quien algunos periodistas habían apodado con el sobrenombre en inglés de “El Wave Rebel”, que quiere decir “El rebelde de las olas” y el apodo se debía al nombre de la agrupación.

Estaba como dando una clase, con el pasamontañas puesto que utilizaba en sus famosos videos de protesta. Quien creería que hoy los movimientos políticos podrían ser liderados por personas que abren una cuenta en la página Youtube y suben videos con proclamas. Al estar tan cerca del héroe anónimo daban ganas de sacarle el pasamontañas y ver su verdadero rostro, pero posiblemente muchos de los allí supieran realmente quién era.

Al verlo entrar, el rostro del Líder dibujó una sonrisa detrás del pasamontañas.

-¿Te pensás que soy el Sub-comandante Marcos no es cierto?

Todos allí se rieron.

-Me cubro, pero ya nos vamos a conocer sin máscaras. Como corresponde. Me contaron que surfeás bien. Vení, sentate acá. A ver si le hacen un lugar ustedes a nuestro amigo.

Sobre el piso, había una alfombra azul de plástico. Alrededor del recinto, estaba lleno de imágenes de olas, algunas de las olas más grandes del mundo. Ezequiel se sentó en el piso. El Wave Rebel estaba hablando.

-Bienvenido a Los Rebeldes de las Olas, si estás acá es porque nos pareciste confiable. Nosotros somos una organización anarquista. Luchamos contra el negocio en las playas y las marcas de surf que pudrieron el verdadero espíritu de amor con el mar y del ritual con las olas que significa el surf. Practicamos la magia de la naturaleza, el sexo tántrico y la psicodelia.

-¿Cuál es su objetivo político? ¿Anarquista?

-Buscamos subvertir el orden y liberar la conciencia humana.

Algunas horas más tarde, Ezequiel Muñoz estaba de nuevo en el local Teahupoo. Como si no hubiera vivido nada la tarde anterior.

Le dolían los hombros y la cara, porque no se había puesto la suficiente crema de sol. Sobre todo, caminar por al costado de la Avenida Luro, rumbo a la playa, al costado de su compañera, con la tabla auestas, con el sol de las tres de la tarde pegando fuerte, era lo que le había deshecho el cuello de dolor.

Entró una familia al local Teahupoo. Aunque la galería era media mugrienta, ya era temporada y había tantos clientes como hormigas, así que de vez en cuando alguno llegaba hasta el pequeño sucucho. El padre, con la sombrilla, cara de mal humor, deshecho, como pasado por encima por la vida. La madre, más fuerte de carácter, una matrona. Y el nene, de unos ocho años. Apenas habló el nene, hizo la pregunta que ya ese verano estaba por todas partes.

-Buenos días, tiene el pin de las crocs

-Sí, acá está –mostró una bandeja con distintos pins para colocar en los agujeros de la alpargatas crocs-.

Cuando le dijo el precio, el padre casi le da un síncope. No era para menos. El pin de las crocs tenía un costo inferior al de una goma de borrar, pero en el localcito surfer Teahupoo lo vendían más caro que si se tratara de un pantalón de jean. Era un verdadero atraco.

-Aceptamos tarjetas señor, inclusive con cuotas.

El pobre tipo miró a la madre del nene quien le devolvió una mirada furiosa y amenazante. Una mirada que decía: “¿Quieres ir a la guerra”? La guerra era tratar de resistirse a ese desalmado atraco, porque entonces ella iba a hacer causa común con el nene, lo iban a señalar como desalmado e insensible. Un mal padre y un antiguo que no entiende la importancia que podía llegar a tener el pin de las crocs esa temporada. Era una guerra que iba a perder, pero además iba a perder de manera humillante. Así que aceptó el plan de las doce cuotas para comprar un objeto. Un objeto que, en verdad, no tenía un costo superior al de una lata de gaseosa, pero en Teahupoo lo estaban usando para recaudar y recaudar fuerte.

El surf estuvo prohibido muchos años en Mar del Plata, le contaba su padre Jeremías Araldi, quien había fundado una pequeña academia de surf. Pablo y sus dos hermanos crecieron en Mar del Plata, con las olas, escuchando las historias de su padre sobre los inicios del surf, sobre los pioneros en las playas de la ciudad, cuando ni cerca estaban de conseguir zonas reservadas para el deporte. Jeremias no era de Mar del Plata, era de Buenos Aires, pero se escapó de su casa y se fue a vivir a Mar del Plata. Luego, se casó con su madre y pusieron la legendaria primera escuela de surf.

Durante la dictadura militar, el surf estuvo prohibido por el intendente de Mar del Plata, un sujeto que obviamente había sido puesto en esa función por la dictadura. Los gendarmes, cuando veían surfistas en el mar, solían disparar unos tiros al aire amenazantes, para indicarles que salgan del agua rápidamente. Había que estar allí, en el agua, con aquellas tablas inmensas que se usaban a fines de los 70 y escuchar el sonido de los disparos desde la orilla. Nunca mataron de un tiro a ningún surfista esos matones. Pero, si no les hacían caso en la indicación de salir del agua, les ponían multas, los dejaban en el calabozo de la comisaria una noche, o les sacaban las tablas.

Durante los últimos años de la dictadura, los pocos surfistas que había en Mar del Plata terminaron muchas veces en alguna de las comisarías de la ciudad, se lo contaba su padre. Estaba mal visto, como promotor de una cultura que –supuestamente- acercaba al marxismo o a las drogas o la guerrilla. Recién a finales del año 1979, se había levantado la prohibición de surfear en Mar del Plata. Recién entonces ya era un hecho imposible que un inspector municipal moleste a unos chicos por disfrutar de las olas legendarias de la ciudad.

A fuerza de torneos de surf, se logró mostrar que no era una cultura de droga. Con mucho esfuerzo se derriban los prejuicios. El surfista de Mar del Plata no era el estereotipo de la mitología de los años 60 y de Timothy Leary. Leary era un psicólogo que recomendaba el uso medicinal del LSD por los efectos beneficiosos que le atribuía a la psicodelia, a la revolución de la conciencia interior. Fue ícono para algunos surfistas de la costa oeste de Estados Unidos. Se construyó un estereotipo. Y luego a todos los surfistas les costaría alejarse de esa imagen. La dictadura argentina los vinculó al comunismo, pero no era así.

No era un deporte de personas marginales y con ideas comunistas.

Era un deporte que se podía practicar en familia e impulsar el turismo en la ciudad. Era un deporte al aire libre y los torneos de surf en Mar del Plata ayudaron mucho a levantar el estigma o la sospecha y a crear las condiciones para que los gobernantes se viesen obligados a levantar la prohibición.

Puros prejuicios el estereotipo de las drogas. Su padre creía firmemente que el surf, como deporte, inducía una vida al aire libre, una vida lejos de la noche y una cultura del entrenamiento. Aunque algunos años más tarde tuvo que cerrar la academia de surf, le impregnó el amor por este deporte y fue él quizá el único de sus tres hermanos en hacerlo, quien se animó a dar todo de sí para convertirse en profesional. Ellos dejaron Mar del Plata para alquilar un departamento compartido en Buenos Aires y darle con todo a una carrera universitaria apenas terminaron el colegio –uno contador, otro médico-, pero él no quiso seguir otro destino. Pablo incluso había dejado el colegio.

Ni él ni su padre eran consumidores de drogas. No tomaban alcohol casi. Se había preparado de muy chico para el deporte de alto rendimiento, quería jugar entre los profesionales y vivir del surf. Aunque, a veces, dudaba. ¿Era un sueño propio, o injertado por su padre?

Como sea, lo pudo ver a su padre muchas veces, muy orgulloso, con el primer *take off* (el movimiento inicial, pararse sobre la tabla), hasta ya desplegar una técnica mucho más avanzada, de giros más artísticos o de saltos sobre las olas (aéreos), junto con desarrollar un estilo destacado por sus reentries imponentes.

Conocía muchísimos surfistas en Mar del Plata, sobre todo los que quería estar en el deporte profesional, que no tocaban ni una droga. Al contrario, vivían muy sanamente. Hasta se cuidaban en las comidas para elegir muchas verduras, carbohidratos complejos como la avena y los cereales que dan fuerza, correr todos los días a la mañana, hábitos sanos en general. Hacía ya unos cinco años que no solamente cuidaba su constante entrenamiento, sino también su alimentación: para permanecer varias horas dentro del agua, fuentes de energía como cereales, quinoa, pasta integral, arroz y frutas rojas eran importantes. La hidratación, de suma importancia. Permanecía varias horas expuesto al sol, con esfuerzo físico fuerte y sin beber líquidos. Bebía medio litro de agua antes de entrar al mar.

Muchos otros, que estaban metidos en cualquiera, desorden de drogas y mala comida, empezaron a meterse más al agua, como forma de salir de todo eso y el mar los tiraba y los rescataba de todo lo malo. Mucho más te metés al mar, mucho más te alejás de todo tipo de basura. Y comenzás a preocuparte por la salud, hasta por los detalles de la alimentación.

Pablo Araldi no entendía a los activistas que querían terminar con el surf profesional y con el sueño que significa ser por fin un deporte olímpico. “Los Rebeldes de las Olas”, dirigidos por el enigmático “Wave Rebel”, habían cobrado notoriedad con sus proclamas, subidas en video a Youtube. El tipo renegaba del apodo de los periodistas, se hacía llamar “El Mumi”.

Recién en los últimos años este movimiento había tomado fuerza. Querían aniquilar todo lo que significaba la industria del surf; los torneos, los campeonatos, las marcas de ropa vinculadas al surf, todo eso,

Absurdo. Eso parecía inverosímil, pero era cierto. ¿Qué extrañaban? ¿Las épocas de la dictadura, cuando el surf estaba perseguido, cuando era imposible que un chico pueda soñar con competir por la Argentina en los torneos internacionales?

Estaba cayendo la noche en la casona de Almeja Amarilla y Pablo Araldi se disponía, por primera vez, a hacer algo que ninguno de ellos: hablar con el mismo dueño de la empresa y pedirle que lo financie. Se disponía, en efecto, a hablar con Martin Taglione y decirle la verdad de todo lo que le estaba pasando.

Como tantos otros veranos, “Almeja Amarilla”, en Enero, reclutaba a todos sus surfistas como Pablo Araldi –o “riders”- en una casona de su propiedad situada en una estancia en las afueras de Mar del Plata. Se llegaba a la casona tras diez minutos de camino de tierra desde la ruta que bordea el mar. Les pagaba todo, la comida, la estadía, la organización de los entrenamientos constantes, la participación en el Campeonato de Surf de Mar del Plata que organizaba Almeja Amarilla todos los años.

Había de todo en aquella casona, incluso los hábitos estrictos de entrenamiento se relajaban, pero lo más divertido era el surf nocturno. Bajaban con camionetas 4 \*4 a alguna de las playas más al sur, alejadas de la ciudad, con los reflectores de los vehículos y con linternas halógenas, apuntaban a las olas y los distintos riders de Almeja Amarilla se sumergían a

las aguas. Luego, solían filmar todo, de acuerdo a los productores de video especializados en surf que trabajan para la firma y lo sumaban a alguno de los videos institucionales.

Taglione para él, como para tantos otros jóvenes surfistas de Mar del Plata, era un mecenas, un mentor. Quizá era el que más impulsaba las oportunidades de reinserción laboral para los amantes del surf en Mar del Plata, para los que no querían alejarse de las olas. Taglione decía que no quería acercarse nunca –ni muerto- a la ciudad de Buenos Aires, mucho menos a las oficinas, al ruido del tráfico, los colectiveros y taxistas de mal humor y todo eso. El vivía casi todo el año en Mar del Plata y, sino, estaba de viaje por lugares mucho más interesantes. Como Aspen, Colorado, donde se iba todos los Eneiros a practicar snobboard, ya que Enero era el único mes que no le gustaba de Mar del Plata, porque se llenaba de gente.

Algunas Fundaciones de Taglione sostenían programas ecológicos en la costa, también tenían un programa educativo donde financiaban profesores de surf y de la cultura del mar en los colegios –no enseñaban surf en el aula, pero sí a respetar el mar y sus valores, la importancia de la alimentación sana, y algunas nociones básicas para empezar-, para promover esta cultura. Además, había donado algunos toros mecánicos con forma de tabla de surf a prisiones de Buenos Aires, para incentivar el surf también entre los reclusos. Pero, sobre todo, de “Almeja Amarilla” se financiaban los proyectos de hacerse profesionales de muchos surfistas de Mar del Plata.

Allí estaba él, Pablo Araldi, el segundo hijo de Jeremías Araldi, con su proyecto –que tan orgulloso lo pondría a su padre- de ser el próximo Kelly Slater. Estaba caminando por las afueras de esa casona, la casona de Almeja Amarilla, donde se desplegaba toda una actividad surfera. Aunque no estaban en la playa, sino a unos diez quilómetros de camino de tierra, de todas maneras había banderas de Almeja Amarilla y de marcas de cerveza auspiciantes que flameaban allí.

Ya empezaban los primeros días de Enero y Mar del Plata explotaba con el aluvión de gente que llegaba en Enero. “Almeja Amarilla”, como lo hacía todos los años, concentraba el interés en aquella casona en las afueras de Mar del Plata, donde iban todos sus “riders”, o surfistas pro reclutados por ellos, a imbuirse del espíritu de la marca. Entrenaban juntos en la playa “Serena”, o en otras playas más situadas en las las afueras de Mar del Plata, donde había

mucha menos gente que en las playas centrales, aunque había muchísimo más de viento.

A la mayoría de ellos no les pagaban con plata, sino apenas con ropa y objetos de Almeja Amarilla, además del beneficio de financiarles la estadía en Mar del Plata durante todo Enero, la comida con esos asados espectaculares a la noche que organizaban, los desayunos con jugo de naranja y mucha avena, entre otras cosas. No les tenían que pagar, no era necesario. La oportunidad lo valía. La oportunidad era ser Rider (así le llamaban a los surfistas que sponsoreaban el producto) de “Almeja Amarilla” y de estar en el semillero de donde podría surgir el gran campeón mundial argentino de surf que la playa buscaba. La cantidad de chicas que se iban a conseguir solamente por estar parando en aquella legendaria casona rodeada de banderas de “Almeja Amarilla”, era suficiente paga para todos ellos. Para todos, pero no para Pablo Araldi en ese verano.

A decir verdad, cuando fue reclutado como “Rider” de Almeja Amarilla, sintió un inmenso orgullo. Como si todas esas mañanas de frío, donde en pleno otoño, en plena primavera, se sumergía en esas aguas heladas de Mar del Plata, a las 7 de la mañana para practicar, todos los días, todos los días para mejorar, hubieran sido escuchadas. Decían que la vieja técnica de orinar en el traje de neoprene servía para las aguas heladas de Mar del Plata en Otoño, en Invierno, pero no: era muy poco. Solamente servía comer muchas frutas, aceitunas verdes y bananas para estar hidratado y prevenir los calambres.

El sueño de ser surfista profesional parece lindo, es lindo. Pero es mucho sacrificio también y la gente no lo ve. Como si hubiera sido reconocido como lo que de chico, desde su familia, quizá se sabía que podía ser él: el gran surfista, el próximo Kelly Slater. El que lleve bien alto a todas las playas del mundo la enseñanza de las olas de Mar del Plata y la bandera argentina. Cuando fue reclutado como rider de “Almeja Amarilla” tenía 16 años. Ni siquiera había terminado la secundaria y vivir aquella experiencia, pasar un verano entero durmiendo en las habitaciones de la famosa casona que usaba “Almeja Amarilla” para sus riders, era como tocar el cielo con las manos.

En Mar del Plata, en Enero, venían chicas de toda la provincia de Buenos Aires, de la Ciudad de Buenos Aires, de la provincia de Córdoba, de Santa Fe, especialmente de Rosario, eran un aluvión. Para todas ellas, cogerse

un surfista de los que estaban entrenando en aquella casona era equivalente a sacar el premio mayor. Una medalla de la cual jactarse como si hubiera tenido sentido pleno no solamente el verano, sino toda su vida.

Además, no importaba que sean lindos. No importaba que sean inteligentes, no importaba nada. Solamente que sean “riders” de la Almeja era suficiente para todas ellas. Había en la ciudad una jauría de chicas cazadoras dispuestas a arrojarse sobre el premio, coger no era lo importante, lo importante era sacarse una foto en la playa y mostrarle luego la foto a todos sus conocidos –sus conocidos de Rosario, de Bueno Aires, de Córdoba- como si fuera su presa que demostraba su indiscutible valía femenina por sobre cualquier otra rival.

Así que, aunque la paga no fuera en plata, en total contabilizaba una buena paga: temporada gratis, comida gratis, ropa nueva gratis para comprar en todos los locales de Almeja Amarilla, chicas desesperadas y enloquecidas abundantes y, además, mantener vivo el sueño. El sueño que había comenzado a nacer –como certeza- en la mirada de orgullo de su padre, al salir de las olas, con la tabla en el brazo, tras haberla roto, haberla roto de maniobras espectaculares. El sueño de estar en camino de llegar al surf profesional de verdad, estar en camino de ser el próximo Kelly Slater.

¿Quién podría decir que todo eso no sumaba una buena paga? Casi todos ellos eran surfers de ola chica, como se dice, no los que se ven surfeando en Hawaii, o sosteniendo el equilibrio sobre las olas Maverick, sino otras olas, pero lo importante es como rompen, como cortan al romper. Por eso, durante las dos primeras temporadas, para Pablo Araldi ser rider de Almeja Amarilla, lo fue todo, fue algo inmenso.

Recordaba cómo impactó en él a mística que se vivía en aquella casona, fue algo espectacular a los 16 años, a los 17 años. Los fogones que se organizaban en las playas, las bandas rock que se acercaban hasta allí a tocar con ellos, o a acompañarlos a entrenar, en las preliminares de los campeonatos de surf. Las jornadas nocturnas de “Moonlight surfing” (surf a la luz de la luna) sobre las playas del sur, con las banderas y los vehículos 4 \* 4 sobre la arena. Ahora, caminado por allí, podía vivir, podía respirar todo ese espíritu, toda esa cultura del surf, que estaba más presente allí que nunca.

A la gran casona de “*Almeja Amarilla*”, iban artistas plásticos, pintores que trataban de reflejar en cuadros la cultura surf de Mar del Plata. En esos



cuadros estaban las olas más conocidas de la ciudad y se los veía exhibidos sobre rocas o troncos durante varios días. También, iban marcas de cerveza que regalaban cerveza a los riders para los fogones nocturnos que se organizaban sobre las playas. Fotógrafos también iban, aunque todos, de una manera o de otra, surfeaban. Por ejemplo, muchas de esas fotografías que estaban allí, tratando de capturar la pasión en una ola, en un momento, dejaban la cámara y corrían algunas olas también. Había gente vinculada al surf de todos los tipos, como surfistas residentes, comercios, shappers, escuelas de surf, etc.

Un tacho grande de hierro oxidado llevaba en su interior querosene y pedazos de leña, emitía una llama que iluminaba por aquellas noches e irradiaba algo de calor. Distintos productores de cine de surf mostraban sobre grandes pantallas también por allí filmaciones. Muchos de ellos habían dedicado tiempo a surfear en las mejores olas del mundo y a filmarlas, eran documentales cortos de surf, de viajes de surf. No eran solamente olas filmadas, también un poco de arte, jugar con los planos, usar alguna toma mezclada en blanco y negro, los edificios del fondo de Mar del Plata. Había un poco de expresión artística y un poco de profesionalismo en esos videos, porque después podían ser contratados por las marcas para producir las filmaciones de sus respectivos riders.

Muchos de ellos, dejarían atrás ese tren de vida de entrenamientos duros, vivirían quizá unos años de dar clases de surf en las playas de Mar de Plata, de Necochea, de Miramar o del exterior como Barcelona –cuando cambia la temporada-, tendrían tal vez algún ingreso por ser coordinadores en viajes de egresadas a Bariloche.

Pero....aunque los sueños queden truncos, aunque los sueños se apaguen y la vida los deposite en una oficina, rodeados de paredes grises de edificios y ya no más por las paredes de agua, como lo decían sus sueños, ¿Quién sino ellos? ¿Quién, sino ellos, tendría, en sus corazones, a las olas de Mar del Plata, al ruido de león que ruge de las olas?

¿Quién sino ellos, no tendría, en el fondo de su corazón, esos recuerdos de olas, esos recuerdos de amor con el mar, para sobrellevar y refugiarse ante cualquier tormenta de verdad que les deparara la vida? Si todos esos años, todas esas horas, todos esos sacrificios y entrenamientos, los habían puesto en su amor al mar, el mar, entonces, alguna vez, los iba a compensar. Aunque más

no sea con el recuerdo del rugido de una ola que espanta un desengaño amoroso, o algún otro fantasma de sombras de esos que pueblan el alma.

Pero, a Pablo Araldi, esa vida del Rider de Almeja Amarilla ya no le conformaba.

Al entrar a la habitación donde estaba Martin Taglione, lo encontró solo.

- Viniste puntual.

Dijo Taglione, con cierta sonrisa paternal.

- Me estaba acostumbrando ya a los que me piden una reunión, mis secretarias les hacen un lugar en la agenda, y después llegan tarde. Como si yo tuviera todo el tiempo del mundo. Si un día querés ser empresario...¿Sabés cuál es el elemento más importante de todos?

Pablo Araldi nunca había pensado en ser empresario.

-¿Cuál es? La plata, los estudios, las inversiones.

Continuó Taglione, se respondía él solo su propia pregunta.

-No, lo más importante es esto –señaló una agenda que tenía de librería, una agenda común y silvestre de tapa negra-. Esto, porque si no tenés esto, no podés organizar tu tiempo, las reuniones, los planes, los compromisos. Y en tu generación pareciera que la puntualidad ya no es un hábito. Por eso, te voy a decir que me sorprendiste por este simple gesto. Quedamos a las 20:00 y a las 20:00 en punto estás acá. ¿Querés un vaso de whisky?

Martin Taglione se había parado. Busco una botella de Black Level etiqueta azul que estaba sobre un armario, en el armario había varias copas de surf, correspondientes a distintos campeonatos. Se tiró un chorro de whisky sobre su vaso, con roquitas de hielo.

-Un hombre es exitoso cuando la mujer que se coge es más joven que el whisky que bebe

Dijo Taglione con satisfacción, mientras la botella de whisky dejaba caer los chorritos sobre el hielo. Pablo tomaba muy poco. Desde hacía varios años que entrenaba muchísimo todos los días, mucho sacrificio y el alcohol estaba afuera de su lista de placeres comunes. Pero le aceptó igual con un gesto y Taglione le sirvió otro chorro en su vaso. En ese momento, sonó algo dentro del escritorio de Taglione, era música, AC-DC, Taglione sacó de allí el

IPAD suyo, tocó unas teclas para apagarlo.

-Cosas sin importancia. El celular es un muy mal invento moderno. Uno de los peores.

Sonrió Taglione, se acomodó la gorra.

- Señor yo quería hablar con usted por algo que para mí es muy importante...

-¿Me viste cara de viejo? Dale hombre, tratame de vos. Nada de usted.

Taglione tomó un trago de whisky en las rocas y se acomodó la gorra levemente, como un tick. Taglione solía usar gorras en ambientes cerrados, incluso durante la noche, como ahora. Obviamente que no había sol dentro de la casona de Almeja Amarilla, tampoco había sol afuera. Pero Taglione tenía puesta una gorra igual, eso tampoco se justificaba por su edad: Martín Taglione superaba los cincuenta años, ¿qué hacía con una gorra deportiva? Como sea, era típico suyo, verlo con gorra durante las noches. Taglione continuó hablando.

-Me gustó mucho cómo estás progresando en tu técnica. Vi los videos de la surfeada nocturna de ayer. Los giros son tu marca de fábrica. ¿Sabés? Cada vez que te veo, me hacés acordar mucho a tu padre. El fue para todos nosotros un líder, porque fue una de las personas que más hizo por el surf en Mar del Plata, nos despertó el bichito. A fines de los años 70, no surfeaba nadie acá, éramos muy pocos y el loco puso una academia de surf. Ante todo creo que un Líder es eso, alguien que tiene coraje, innova e inspira a los demás. Ahora todo el mundo dice que por que tengo plata, porque soy empresario, tengo algo distinto, pero para mí soy un líder como tu viejo, un tipo que me enseñó el surf, pero también lo que es tener personalidad en la vida, lo que es decir *“no todo es así, puedo hacer algo nuevo”*.

-Bueno. Quería justamente hablarte de eso. Yo estoy muy agradecido con la empresa por todo lo que me dio e impulsó mi carrera. Pero hace dos años que soy rider, quería empezar a buscar otro horizonte. Concretamente, me gustaría que me sponsoreen para participar de la World Surf League, todo los points. Necesitaría un sponsorship fuerte, porque no lo puedo financiar solo. Mis padres les pedí y ellos no tienen recursos para eso.

-Pablo me gustaría mucho hacer lo que vos me pedís. Yo cuando tenía tu

edad era igual, quería liberarme un poco de las ataduras. Pero no podemos darte toda esa financiación. Si te la damos a vos, se la tendríamos que dar a todos los riders. Ahora que me hacés pensar, creo que sería bueno establecerlo como un premio, el rider de la Almeja Amarilla que obtenga dos campeonatos nacionales de Surf, lo bancamos para que pueda jugar en la WSL. Además, estamos pensando en hacer un campeonato de snobboard, ahora estamos hablando con la gente de la Asociación Argentina de Instructores de Esqui y Snobboard. ¿Qué te parece la idea? Querríamos hacer un campeonato nacional de snobboard en Usuahia, el campeonato de snobboard más austral del mundo...

Pablo Araldi lo interrumpió.

-¡Pero necesito eso ahora! ¡Ahora es mi momento! ¡Estoy desde hace tres años publicitando a la Almeja y solamente me pagaron con ropa! Así no puedo seguir apostando a mi proyecto de vida de vivir del surf.

Taglione bebió un trago de whisky antes de contestar.

-Nosotros pagamos con vouchers de ropa y accesorios, pero también con promoción de tu marca personal. Y cuando crece tu marca personal surgen oportunidades de laburo. Vos acostúmbtrate a pensarte a vos mismo como una marca. Cada deportista de alto rendimiento es una marca. Al estar acá, la marca de tu nombre sube de valor. Tenemos convenios con agencias de viajes de egresados a Bariloche. Muchos chicos que trabajan con nosotros consiguen trabajo como coordinadores de viajes de egresadas. Te puedo anotar en esa si querés cobrar más que ropa, se gana bien por una semana en Bariloche. A las chicas de quinto año que hacen viajes de egresadas, les gusta saber que el coordinador es un surfer pro. Eso es otra salida laboral que surge y tenemos muchos chicos que consiguen trabajo de coordinadores de viajes de egresadas. Van a Bariloche, hacen snobboard, se garchan un par de pendejas borrachas y encima les pagan. También tenemos convenios con organizadores de despedida de solteros, están haciendo viajes de despedida de solteras y quieren llevar un surfer para que las entretenga.... ¡Vamos che! ¡Ustedes ya son taxi boys, para la calentura que tienen las minas! Otra, estamos logrando convenios con balnearios para trabajar de guardavidas y profesores de surf. Tenemos convenios con balnearios en España, algunos chicos se van allá y trabajan todo el invierno. Hay vida después de ser rider de Almeja Amarilla, no se cierran puertas, se abren...porque la Almeja no es la única marca que

crece con el surf, crece la marca personal de cada deportista del alto rendimiento y eso significa...

-¡Pero yo no quiero ser coordinador de viajes de egresadas y cogermependejas borrachas! ¡Yo quiero ser deportista profesional! Quiero ser surfer.

Te entiendo, pero es todo lo que podemos ofrecerte en este momento.

Una hora más tarde de ello, Martín Taglione salía de la gran casona de la Almeja Amarilla. Manejaba su camioneta 4\*4, la misma que usaba para entrar en la arena durante las exhibiciones de surf nocturno en playas abandonadas de las afueras de Mar del Plata. “*Si le pasa algo a alguien, vos sos el responsable, tendrías que tener un seguro*” le decía el abogado de la firma de abogados que tenía contratada: “*Achaval, Rosatti & Torino Abogados*”.

El Dr. Rossati se llamaba su abogado interno de la firma, pero tenían un convenio no escrito muy importante. La Almeja Amarilla le pagaba las facturas mensuales a “*Achaval, Rosatti & Torino Abogados*” por quince mil dólares por mes –porque los condenados cobraban en dólares-, pero luego, Rosatti hacía llegar un sobre en papel madera a nombre de su secretaria, la Srta. Angeles, en el interior del sobre habían cinco mil dólares en efectivo. De esta forma, inflar las facturas por quince mil dólares le servía para bajar impuesto a las ganancias y los cinco mil dólares en negro que venían perfecto para los gastos menores de sus viajes a Aspen, y para mostrarle a la angurriente Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP) unos papелitos más con que no pagar tantos impuestos. Pero, además, sobre todo, ese sobre mensual con cinco mil dólares que inflaba la factura de Achaval, Rosatti & Torino Abogados le servía para sacarle un poco de dinero a sus socios, los muy condenados que no hacían nada por la Almeja Amarilla, pero cobraban los dividendos igual. Y no solamente sus socios, sino también María Laura Martínez, su ex mujer, quien le hacía juicio para subir la cuota alimentaria y miraba siempre los dividendos de la empresa para tratar de aumentar su porción.

La abogada de María Laura, una militante del feminismo radical más rabioso, tenía contactos en la justicia, era respetada y una hiena en cuanto a informática para detectar ganancias que justifiquen aumentar la cuota alimentaria. Increíble, pero esa abogada de su esposa, tenía un servicio de computación clandestino en el cual colocabas el documento de cualquier cristiano y salían todos sus datos financieros, todas sus propiedades, todo el detalle de sus cuentas bancarias. Y con eso, supervisaban sus ganancias para tratar de aumentar la cuota alimentaria.

A partir del sistema de inflar por 50% todas las facturas de todos los

proveedores de la Almeja Amarilla se podía perjudicar a todos los parásitos de este mundo: sus socios, los accionistas minoritarios, su ex mujer litigante y a los cobradores de impuestos.

No solamente con Achaval, Rosatti & Torino Abogados se procedía de esa forma, sino casi con todos los proveedores. Los sobres cerrados en papel madera a nombre de su secretaria privada, la dulce srta. Angeles, llegaban en pilas a fin de mes. La Almeja Amarilla cerraba sus balances apenas con ganancias todos los años –sino incluso a pérdida- porque todas las facturas tenían su 50% de precio inflado acorde con el trato. Pero algunos accionistas que sabían de esa movida no les quedaba otra que tolerarlo, porque era cierto que parte de esa plata negra servía para darle a policía, a los jueces, a la política.

-Vos parece que no sabés nada de mecánica. ¡Pretendés que un motor funcione sin lubricante!

Era una las frases de cabecera de Martín Taglione para explicar el trato que le había enseñado todo lo que hay que saber para ser un verdadero empresario, algo más importante que los conceptos de liderazgo que le decía a ese rider, aquel adolescente surfista de Pablo Araldi, alias “el próximo Kelly Slater”. Esas nociones sobre liderazgo las enseñan en los cursos de coaching y los cursos de coaching él también los había contratado a una empresa proveedora para todos sus gerentes, pero sabía que una cosa es ser un gerente y otra ser un empresario, porque para ser un empresario hay que tener sangre en las venas. Los cursos de coaching tenían un trato similar: diez mil dólares facturados en concepto de talleres de coaching y liderazgo, tres mil dólares en el sobre papel madera para la srta. Angeles, secretaria privada de Taglione. ¿Qué le iba a explicar a ese chico Araldi? Algún día se iba a dar cuenta.

Así pensaba Martín Taglione, quien ahora salía de la casona de la Almeja Amarilla, en una noche de Enero, en un camino de tierra, con el viento que entraba por la ventana sin llegar a moverle su gorra y traía el aire marino de Mar del Plata.

Manejaba una camioneta 4\*4 Amarok V6 Extreme, de la Volkswaguen. Con 252 hp empujando las cuatro ruedas, una nave, pero no lo suficientemente ostentosa como para agredir a la cultura surfer. Levantaba 245 kilómetros por hora, una verdadera maravilla tecnológica.

Aunque eran las nueve de la noche, la jornada de trabajo suyo no había terminado aún. Un llamado del intendente de Mar del Plata a la tarde lo había descolocado. Debía ir a verlo porque, al parecer, había una importante noticia que ellos la tenían que hablar personalmente.

En los últimos años, los negocios de Taglione, así como sus inversiones estratégicas, en Mar del Plata habían crecido tanto que era prácticamente una persona que, junto a otras personalidades destacadas, co-gobernaba la ciudad. Tenía no solamente intereses y participación en su empresa más famosa, La Almeja Amarilla, sino también en el puerto, porque tenía acciones en las empresas pesqueras. Todo ello mediante sociedades fantasmas que ocultaban su participación a partir de consultoras que tapaban sus ganancias y quedaba todo como Dios manda: en efectivo, invisible para los acreedores, incluso para el lince de la abogada de su ex mujer. A partir de su estudio d Achaval, Rosatti & Torino Abogados, consiguió la afluencia de unos capitales negros que venían de Mexico, Colombia y Bolivia, sus abogados, expertos en impuestos y en legislación de lavado de dinero, sabían dejar más limpios que una tabla de surf recién lavada con manguera de agua dulce.

- ¿Cuándo vamos a hacer otro viajecito en barco a pescar tiburones?

Decía el intendente. Aludía a la semana anterior, cuando fueron en el lanchón deportivo de Pizzo, un empresario pesquero de la zona. Al intendente de Mar del Plata, quien le debía muchísimo a Taglione al menos en cuanto a financiación de la campaña, le fascinaba la pesca de tiburones. Iban, a veces, a pescar al Faro Querandí, una zona agreste, ventosa y de un mar profundo, situado a no muchos metros de la orilla.

- Tendríamos que organizar alguna salida en cualquier momento. Sobre todo en estos días tan lindos que están llegando, el mar esta planchado y sale mucho mejor el pique.

-Es cierto, es importante. Bueno te quería contar lo que pasó hoy antes de que salga mañana en todos los diarios para ver si organizamos una estrategia porque el problema nos puede salpicar.

-Te escucho.

-Parece que secuestraron y mataron a un chico. Ezequiel Muñoz se llamaba. Fue un secuestro de horas. Pidieron un rescate de dos millones de dólares. Una cosa muy extraña porque la familia nunca podría pagar esa cifra.



Luego lo asesinaron. No se sabe más qué pasó.

-¿Otro secuestro más? ¿Será la misma gente?

-Hablé con la comisaria cuarta, que es la que tomó el caso. Hasta que no vengan los datos de la autopsia, no vamos a tener mayores informaciones.

Algunas horas más tarde, después de todo ese día de trabajo, Martin Taglione volvía a su casa. Era una casa residencial en el centro de Mar del Plata, porque él no dormía en la casona de la Almeja Amarilla, sino en una casa propia. Lo esperaba su mujer Constantina, veinte años menor que él y quien se ocupaba de la división de mujeres de Almeja Amarilla. Almeja Lady se llamaba, creada dos años atrás a idea de Constantina, una chica surfera que había estudiado administración de empresas y que conoció en una charla motivacional para emprendedores.

Era muy importante buscar una mujer en un sitio de emprendedores. Porque no iba a pasar como pasaba con su ex mujer, Maria Laura, que le reprochaba, siempre, volver tarde a la casa. Trabajar, para su ex mujer, alias “La Feminazi”, era una especie de placer prohibido. Aquel matrimonio anterior había sido un dolor de cabeza. Cada vez que volvía tarde de trabajar, Maria Laura, reloj en mano, le quemaba la cabeza con un sermón de lo poco que estaba con su familia, de sus hijos, de que no la quería a ella. Para María Laura, vivir al lado de Taglione, era una especie de maldición. Según lo que decía en sus reclamos, ella era profundamente infeliz todos los días de su vida, a causa de que él estaba pocas horas en la casa.

Ahora, tras un divorcio carísimo, María Laura se había quedado con una casa en el barrio privado Nordelta y vivía con sus dos hijos allá. Igual estaba en pleno juicio porque reclamaba más de los 30 mil dólares por mes de cuota alimentaria que habían arreglado, aduciendo que él había escondido parte de sus bienes (era cierto, pero injusta la ley que mandaba a reconocer tamaña barbaridad) y los reclamaba con una abogada gritona que vociferaba insultos en cada mediación y hasta dejaba mensajes telefónicos por teléfonos.

Al llegar a la casa, a pesar de ser tan tarde, no lo recriminaron. ¿Por qué? Porque Constantina, la fundadora del sector de mujeres de la Almeja Amarilla, tenía mentalidad emprendedora y sabía que, a veces, los negocios nos sacan las horas de la vida. ¿Sabía también Constantina la enorme mala noticia que acababa de recibir del intendente de Mar del Plata y el

impresionante y grave impacto que esa noticia tendría para Taglione?

El Instituto de Menores de Santa Clara no era el mejor lugar para tener una niñez cuidada. Todas las historias de vida más sórdidas confluían allí. Muchos arrastraban los golpes de las muertes, de los asesinatos que salpican sangre fresca. La sangre de la vida reciente que se perdió de un balazo en la cara, de las venganzas a balazos de pandillas, de los padres drogados que mandan a robar.

Las historias de vida tienen imágenes y las imágenes te acompañan siempre. Aunque esas imágenes sean el dolor del desempleo y de la falta de oportunidades, ver a tu compañero de clase inhalando paco, crack o poxipol. Tan roto por la droga que recuerda un zombi de una película que camina bajo la lluvia y quiere dañarte.

La certeza de la falta de esperanzas, de esas conversaciones que se tienen en la esquina y se habla de eso, de que no hay esperanza ni futuro. Ser decente o salir robar, pero ser decente es trabajar por putos dos centavos para un patrón que te odia y que un día, después de muchos años trabajando como perro fiel, te va a despedir por viejo, con una patada en el culo y sin ni un centavo en el bolsillo.

Así traen las historias de vida esas imágenes. La sabiduría terrible de las esquinas. Esas imágenes que te acompañan, pueden ser ver a tu padre drogado que te golpea para que no te resistas. O ir al penal, en el horario de visitas, a visitar a tu tío que cayó por robo y que va a quedarse siempre ahí. O ver a tu hermano que sale a robar a los semáforos con una nueve milímetros, que le grita a los conductores de coche “quedate quieto hijo de una gran puta” cuando les apunta la nueve en la sien. Y luego todo lo que gana se lo gasta en coca.

No importa cuánto corras para escapar de un destino de muertes, asesinatos, violaciones crudas a la luz del día, porque el destino puede un día, de todos modos, llegar hacia ti. Ello ocurrirá si el destino es llegar al Instituto de Menores Santa Clara a los ocho años de edad.

Fue por la orden de un juez la primera vez que Mauro, alias “El Panduro”, cayó allí. No se acordaba mucho de por qué. Era una sucesión de imágenes de personas mayores preocupadas que dicen pocas palabras y toman decisiones drásticas. Explican sus decisiones mal y rápido, convencidos de

que el pequeño igual no las entendería.

Su padre, Carlos Federico, trabajaba para unos punteros políticos de la zona de Mar del Plata. Debía ir a marchas, cortar rutas y hacer manifestaciones con pancartas dos o tres veces por mes y con eso ligaba un plan de atención social. Después de eso, no trabajaba en todo el día, pero casi todo lo que ganaba con el trabajo político se lo gastaba en cartones de vino. Le pegaba siempre a su madre, le pegaba tanto que ella lloraba, con el puño cerrado le pegaba. Esos eran los recuerdos que venían, pero a él también le pegaba, le pegaba y lloraba. No se acordaba bien más que pasó, porque pasó todo muy rápido, pero un día un juez decidió apartarlo de su familia. Al principio le buscaron una familia sustituta, pero fue rechazado y un juez decidió que vaya al Instituto de Menores de Santa Clara, con sus ocho años no tenía idea de qué era todo eso.

Allí convivían chicos muy neños como él, huérfanos de la vida, que no habían hecho nada malo, junto con otros neños que estaban por sus problemas con la ley penal. Entonces un compañero de cuarto, algunos años mayor que él, le explicó cómo eran las cosas allí.

-Los que están acá sin haber hecho nada son los giles. Los que están por haberse cargado a alguien son los poronga. Los que están por robo, nivel intermedio.

En ese momento él estaba orgulloso de no haber robado nunca, pero la extraña explicación comenzó a calar. Preguntaban en el patio por qué caíste y decir que no eras delincuente era una especie de vergüenza.

Un lugar chico, sombrío, húmedo, sobrepoblado, que es como un río de historias de vida que cargan mucha, mucha violencia, donde las miradas que te cruzás, son miradas que ya vieron muchas veces la muerte de cerca.

“El Panduro” le decían algunos años más tarde en las esquinas de Mar del Plata, sobre todo en la playa de La Pepita que iba a ser suya años más tarde, cuando buscó en el mar consuelo de tantas historias de mierda. Pero nadie es duro. Nadie es duro si llega por primera vez al reformatorio a los ocho años de edad. Sobre todo si no hiciste nada, como no sea ser hijo de unos borrachos que se golpean todos los días entre ellos.

Un día, cuando te querías dar cuenta de donde iba tu vida, ya tenías una nueve milímetros en la mano. Se conseguía los datos para los distintos

trabajos que salían. Una mujer te daba la llave de un edificio y el horario para entrar y desvalijar todo lo que había allí en el departamento marcado. Todo estaba hablado con la portería, el momento indicado para entrar, el momento para salir, las cámaras no funcionaban y no había riesgos, estaba servido.

Para comprar droga. Se dibujaban estrellas de cocaína sobre una mesa con las líneas, listas para poder aspirarlas en una fiesta. Cuando vas puesto, cuando estás duro, se roba más fácil. Aunque tengas once años, sos invulnerable como un dios, cuando vas puesto y con una nueve milímetros en la mano. Entrenaban el tiro en la ruta, disparar con el coche andando. Se disparaba a los carteles, los carteles de curva y las señalizaciones de la ruta estaban ya van todas agujereadas a los balazos.

Una personalidad importante, en la vida de Panduro, era el comisario de la Comisaria tercera de Mar del Plata, Flavio Napolitano. Lo recibía en su despacho principal, con la bandera argentina al costado. Al principio por punguear en la playa, robar con navaja o robar tablas y equipos de surf en la playa, pasaba unas horas en el calabozo y después salía. Pero, con el tiempo, Napolitano le tomó cierto afecto paternal de tanto verlo: *“Otra vez por acá Panduro, cuando vamos a mejorar un poco”*.

Más tarde, fueron socios. Napolitano siempre, de manera repetitiva, se quejaba del mal negocio que había hecho con esa comisaria.

- ¡Trescientos mil dólares me costó esta Comisaría! Me empernarón con eso...¿Te das cuenta? Quedé endeudado con todos mis amigos y familiares.

-¿No se recupera eso?

-¡No te digo que me empernarón! Me dijeron de entrada las condiciones. El negocio de las putas es de la comisaria primera y los locales nocturnos de la segunda y la cuarta. Las drogas tampoco me puedo meter. A esta comisaria nadie la quiere porque no podés meterte en esos temas. ¡Trescientos mil dólares y todavía no recuperaré ni un cuarto de eso! El mayor negocio de Mar del Plata son las putas, así que una comisaria sin esto es que te empernarón.

Después arreglaron que le tenía que ayudar al pobre hombre a recuperarse de su mal negocio. *“Vos sos menor, con esto del garantismo, los jueces a ustedes no los tocan, podés matar a todo Mar del Plata, aprovechá para hacer caja todo lo que puedas”*. Haber pagado esos trescientos mil dólares por hacerse de la peor comisaría de Mar del Plata era un mal negocio.

Si robaba en su jurisdicción, traerle algo para el comisario. Una vez le llevó una billetera completa y Napolitano, al ver su contenido, se sonrió y dijo “*No seas malo*”.

Entre las primeras actividades que hizo con la nueve milímetros estaba custodiar la Gran Feria de Mar del Plata, que era de los pocos negocios que estaban bajo la jurisdicción y protección de Napolitano, uno de sus mayores ingresos. La Gran Feria de Mar del Plata consistía en unos galpones inmensos que estaban situados a pocas cuadras de la Terminal de onnibus, donde se vendía ropa de marcas falsificadas, mercadería obtenida de los robos que los piratas del asfalto realizaban a los camiones, productos todos muy baratos en cada uno de los cincuenta puestos de mercadería.

La Gran Feria de Mar del Plata era como un gigantesco shopping, pero de pobres. Al igual que en un Shopping, los comerciantes tienen que pagar el espacio para poder tener su negocio dentro, de igual manera los feriantes que querían vender allí debían pagar y, si vendían mucho, podían recuperar su gasto.

La mayoría de los que contrataban un espacio allí eran extranjeros de Paraguay y Bolivia. La Madama, así le decían a Mercedes, era una mujer de unos cincuenta años, cabello de pelo rubio teñido, un montón de anillos, gestos displicentes y soberbios, que estaba al comando de todo aquel lugar. Para poder vender allí, debías pagar el “*valor llave*”, unos setenta mil pesos y, luego, el alquiler, cuando el alquiler mensual era más caro en el piso de abajo –quince mil pesos- y más barato en el piso de más arriba –ocho mil pesos- donde había mucho lugar para instalar un pequeño local.

Sin embargo, ello tenía una pequeña trampita que generaba altercados con los nuevos comerciantes que alquilaban uno de esos espacios para vender su mercadería. La trampita era conceptos adicionales que no estaban en el “contrato” (contrato le decían al acuerdo de palabra). Los pobres peruanos caían en la trampa y le pagaban el “valor llave” de setenta mil pesos por instalar su pequeño negocio allí, con la esperanza de que el único gasto fijo fueran los quince mil pesos del alquiler. Sin embargo, pocos días después de instalados, venía la Madama y les informaba que, si vendían marcas, tenían que pagar veinte mil pesos por mes más por “uso de marcas”, que, además, debían pagar diez mil pesos más por la “seguridad” privada del lugar y diez mil pesos más todavía por la “policía”. Eran diez mil pesos más para dejar

tranquilos a los policías –esos veinte mil por puesto iban directo para Napolitano-.

Entonces, con todos esos gastos imprevistos muchos se daban cuenta de que el negocio no era rentable, pero ya era tarde porque la Madama no devolvía los “setenta mil pesos” de “valor llave” que cobraba previo a dejarlos instalarse allí.

El Panduro, entonces de trece catorce años de edad, pero con la nueve milímetros en el pantalón, la acompañaba a la Madama, feriante por feriante, a controlar que paguen la renta y, de vez en cuando, aparecían altercados. Todos los días iba a esos grandes galpones “*La Gran Feria de Mar del Plata*” que era como un gran shopping de pobres y acompañaba a la Madama a cobrarle a los feriantes el pago mensual. En cierta oportunidad, un individuo de voz aguda y mirada pacífica y honrada, comerciante, de origen paraguayo, baja estatura, tez morena, que semanas atrás había puesto todos sus ahorros seguramente en el “valor llave” para poder instalar un puestito allí, estaba enojado.

-¡Pero me has dicho que solamente tenía que pagar el alquiler de ocho mil pesos por mes! ¡Eso es lo que me has dicho! ¡Ya pagué setenta mil pesos por poder instalar aquí mi comercio! ¡Aquí tienes tus ocho mil pesos por el mes! ¡No le debo nada más señora!

La Madama, con un mal humor enorme, con un desprecio gigante que irradiaban todos sus anillos, sus aros, sus tatuajes, contestó.

- Es cierto, son ocho mil pesos de alquiler. Pero, además, hay que pagar veinte mil pesos de marcas porque estás vendiendo marcas. No son marcas auténticas. Y, además, falta para la policía y también falta para...

-¡No quiero vender marcas!.

Entonces Panduro pensó que era el momento de sacar la nueve milímetros y ponerlo a ese enanillo gritón en su lugar. Pero la Madama le hizo un gesto para indicarle que no lo haga. Ella cogió un equipo de radio e hizo un llamado. Segundos después, había un policía uniformado, allí, delante de todos ellos y enfrente del local. La Madama le habló al policía.

-Este es el que no quiere pagar la contribución a la policía y no quiere pagar marcas.

-¡Pero no me dijeron que tenía que pagar eso! ¡Me dijeron que era un alquiler nada más!

El policía se sonrió.

-¿Ah no quiere pagar el señor? Qué bien el señor. ¿Dé donde es? ¿Paraguay? Bueno, vamos a ver qué quiere vender. Acá tenemos mercadería china, juguetes, cochecitos, que lindo coche a mi pibe le encantan estos coches, así con el control remoto le encanta jugar, que lindo es tener pibes. A ver qué más tiene. Remeras, pero remeras Lacoste, el cocodrilo. Dígame señor, ¿Tiene el acta de importación para vender esta mercadería china?

-No, pero yo, pero sabemos que acá todos venden esto...

-Vamos a levantar un acta de infracción marcaria. Esto es mercadería falsificada, es un delito federal.

-¡Acá todos venden mercadería con infracción marcaria! ¡Me cobraron setenta mil pesos por valor llave y no me dijeron que había que pagar más!

- No he visto a ninguno en infracción. Se ha metido en problemas. Muy grave. Tenemos que ver qué fiscal está de turno, porque también hay delitos impositivos.

-Pero señor todos venden acá mercadería robada. Yo pagaría el dinero, pero ella me ha estafado. No me ha dicho nada.

-¿Mercadería robada? – el policía seguía anotando en el acta- Dígame, ¿es mercadería robada? ¿Y de dónde la ha sacado?

El policía había sacado unas esposas y se las quería colocar al sorprendido hombre en las manos. Además del Panduro, habían venido otras personas que trabajaban con la Madama alrededor.

Así era como los comerciantes esquilmados muchas veces se iban, lo que dejaba algunos lugares vacíos para poder volver a cobrar el “valor llave”. Panduro también se ocupaba de las mecheras, algunas que iban a robar a la feria, las identificaban, las encerraban en un cuarto del sótano, se ponían buzos en las manos para no dejar rastros y les pegaban entre todos.

“*No vuelvan más por acá o mueren*”, les decía. Algunas volvían y las ejecutaban a balazos. Nadie preguntaba por ellas ni las extrañaba.

Además, tuvo que ocuparse de cuidar algunas casas de prostitución. Eso



no dependía de la jurisdicción de Napolitano, pero fue contratado por bandas que operaban en otras jurisdicciones. Tenían encerradas algunas chicas que las traían de Paraguay. El cuento era la promesa de una carrera de actrices en Mar del Plata, en las obras de teatro importante que se estrenaban durante las temporadas. Les prestaban plata y después les decían que tenían una deuda y que tenían que “trabajar” para poder pagar la deuda. Les vendían cocaína a cuenta, pero eso las hacía adictas. Ellas nunca terminaban de pagar la deuda y, por eso, debían seguir allí, sin poder escaparse de la trampa a la que habían caído.

Un día el muchacho del desarmadero le dijo *“Mirá, vos estás trabajando bien, te quiero presentar a alguien”*. En un viejo barsucho de Mar del Plata, esos que tienen cortinas y es todo oscuro afuera, quedaron en verse con esa persona quien le dijo *“Me contaron que estás trabajando hace tiempo”* y le puso unos fajos de billetes de dólares arriba de la mesa, *“Querés empezar a laburar en serio, Mirá que te queda poco tiempo, después cuando ya pasas los 18, vas adentro”* Entonces, se empezó a contactar con algunas bandas que operaban en la zona, distintos delitos como asaltos de casas, asaltos de coches. El estaba profugado de Santa Clara, pero con la amistad del comisario Napolitano no pasaba nada. Eran profesionales porque la organización incluía inteligencia, cómo saber en qué casa había billetes, qué casa estaba vacía, etc.

En una oportunidad, un hombre mayor, de unos setenta años, había vendido un terreno hacía poco y la chica que limpiaba la casa batió el dato para que ellos puedan entrar. Era una suma importante, treinta mil dólares. Panduro llevo al “Toti”, un punga que conocía de surfear en la playa de Punta Iglesias, la playa que era de ellos. Cuando entraron, el hombre estaba desnudo con un chico joven, de unos veinte años como mucho. Se disculpó y dijo que lo consiguió de internet. Pero que no sabía nada de la plata, que en ese departamento no había nada de plata. Entonces el “Toti” se descontroló de la furia y le empezó a gritar “viejo puto” y le pegó un culetazo en la cabeza, cayó un hilo de sangre sobre el piso. A la salida del robo, la banda le prohibió a Panduro que vuelva a traer a “Toti” a trabajar. Le dijeron *“nosotros no queremos lastimar a nadie, solamente lo hacemos por la plata”*.

Las olas de Mar del Plata también eran un escape para él. Dejó claro que, en el skate y en el surf, no debía dejarse a entrar a los chetos. Algo que fue inmediatamente seguido por los pibitos de la playa. Las primeras tablas de

todos ellos eran pungeadas, pero las habían pintado con mezclas de colores para que no sean reconocibles por sus dueños originales. Aprendieron el “take off” (movimiento de pararse arriba de la tabla) mirando, pero con muchas horas de práctica llegó, como todo llega.

En la arena, en las olas, en los atardeceres cuando se escucha una rompiente de una ola, cerca del mar, los sentimientos nacen y se hacen fuertes, duraderos. Surfear la ola de La Pepita, al lado de la escollera, era algo magnífico. Curaba todo el dolor de esas historias de vida. El le enseñó una vida de vagancia, andar en skate, pungear en las playas, el amor a la música del rap que también sonaba en Santa Clara. La ola de la Pepita solía ser crítica, requería técnica, porque, al mínimo error, podía mandarte de cara al banco. Y empujarte luego la corriente contra la escollera de Punta Iglesias, pero con días y horas de práctica todo se domina. Y esa ola era de ellos.

Al principio, era ella la que le pedía que dejase de robar. Pero ya no podía abandonar todos esos trabajos que le encargaban. Siempre le traían todo el negocio ya armado. Casi lo más importante era la piratería del asfalto, robos de camiones en las rutas. Un tema que no era para iniciados. Los principiantes enseguida son identificados y expulsados del mercado por las fuerzas de seguridad.

Un día le habló a Analía Belén, sentado sobre la arena de la playa.

-¿Qué te gustaría trabajar cuando crezcas? ¿Si te rescatás?

-A mí me gustaría estudiar en Buenos Aires –contestó ella- Una carrera universitaria, Oceanografía, pero mi familia no me la pueden pagar el viaje a Buenos Aires. Me gustaría estudiar el mar, ser científica. Yo si tengo hijos voy a pagarle los estudios. No voy a ser como mi familia que no da oportunidades.

-¿Qué vas a ser científica vos nena si te la pasas pungeando?

-Qué decís nene. Me gustaría estudiar el mar. Voy a robar todo lo que sea viste y si tengo pibes ellos van a estudiar. No van a ser punga como yo. Van a tener un futuro. ¿Querés estudiar oceanografía? Acá esta la plata, tomá. Así va a ser. Voy a juntar plata y ningún hijo puta que salga de esta panza va a tener privaciones.

-Dejate de joder, tarada. Apenas podemos tener que salir de esta.

-No me dejo de joder. Yo voy a seguir robando y voy a tener plata y a

mis hijos no van a tener privaciones.

-A mí me gustaría ser pirata. Yo en otra vida seguro que fui pirata. Me gusta el mar y la piratería.

-Pirata del asfalto.

-Exactamente.

-Qué vas a hacer pirata vos chabón. Te hundo el barco en un minuto.

Pero la piratería del asfalto requería de mucho estudio. Requería de muchísima inteligencia previa. No la había inventado él como capitán, sino que era grumete. Se habían acercado a una banda que ya estaba operando en la zona y que eran muy técnicos. Cuidaban de todos los detalles, hasta gestos humanitarios como dejarle mil pesos al camionero para que se pueda financiar el viaje de vuelta y no tuviera problemas. Se reunían con la banda en la casa de campo en Costa Esmeralda de uno de ellos. Ponían un mapa grande la provincia de Buenos Aires arriba de la mesa, las rutas marcadas, el punto exacto del robo, el tipo de mercadería que robaban. Allí discutían bien el plan, con unos vasos de vino, un asado y los equipos tecnológicos arriba de la mesa.

Lo más difícil era tener vendido el camión. O sea, ya tener una logística para vender lo que se robaba. De qué te servía tener un camión robado guardado si no lo podías colocar en el mercado. Por eso, seleccionaban bien la mercadería, dentro de la planificación. Una vez llegó al lugar el vendedor de armas, con una camioneta y les puso sobre la mesa un bolso con mercadería y habló.

- Es una subametralladora UZI, fabricada en Israel.

-¿Cuánto tira?

-600 balas por minuto. Es un arma de guerra, ingeniería israelí.

El Panduro habló.

-¿Cuánto está?

-Mil dólares.

-Vamos a llevarla –contestó uno de ellos.

Mientras el negocio era rentable, esa banda seguía invirtiendo en

equipamiento tecnológico. Dentro de la inteligencia previa, se incluía elegir bien el camión, pensando en las posibilidades de reventa de su contenido. Bebidas alcohólicas blancas de alto valor económico que iban para Brasil estaban entre los preferidos, porque las podías insertar bien en Mar del Plata.

Era complicado llevarlo a cabo, pero muchas veces salía fácil porque la misma empresa transportista estaba metida en el negocio, para poder cobrar el seguro. Usaban un inhibidor satelital de alta potencia que tenía la capacidad de “perder” el recorrido del camión y de obstaculizar toda señal de teléfono celular, inclusive botón de pánico, por un radio de hasta un quilómetro a la redonda.

Otras veces, el que estaba en el negocio era el propio chofer al cual lo sobornaban y él, simplemente, les daba la llave del camión en un punto estratégico. El Panduro lo dejó a un chofer corrupto en una estación de servicio de la ruta.

La organización tenía unos galpones importantes en el Partido de Lobería, donde guardaban los camiones para evacuar la mercadería y después conseguir revenderla, si se podía revender. Para los camiones de ropa, zapatillas caras. Ellos podrían revenderlas dentro del mercado de las ferias ilegales, como la Gran Feria de Mar del Plata que comandaba la Madama. Sin embargo, antes de comenzar la reventa “dormían” la mercadería unos meses.

En los galpones de la banda, el Panduro y varios de ellos revisaban minuciosamente las cajas de la mercadería. Buscaban el “bicho”, es aparatito del tamaño de una garrapata, enganchado a las cajas de cartón que coloca la empresa para rastrear el robo, emite una señal y puede revelarlos. Aunque un potente bloqueador satelital siempre estaba prendido allí en galpón, era muy peligroso de todas formas. Abrían todas las cajas con cuchillos, sacaban los vinos, las zapatillas, los vodkas o bebidas blancas, con cuidado. A veces lo encontraban, un aparatito muy chico adosado al cartón interno de una caja, y lo reventaban de un martillazo. El desarme de los camiones no era difícil, porque había tenían un hombre que se encargaba de eso, de llevar el camión a ese tipo de talleres para reventa de accesorios internos de los camiones.

El Panduro era el sicario, como todos los menores despiertos que podían actuar de manera profesional y beneficiarse de la no imputabilidad. Tenían ropas y uniformes de policías de seguridad vial. Triángulos y elementos que colocaban en la ruta para detener la marcha del camión y,

cuando lo lograban, lo asaltaban. El Panduro iba, junto a otros, en la caja de la camioneta con armas cortas y largas. Si había algún problema, el que disparaba tenía que ser él y, con sus quince años, le pagaban bien.

Cuando iba a la playa a surfear, tenía su propio coche, tenía sus tablas, su propia nueve milímetros, era respetado en La Pepita por los pungas de ahí. Cuando iba a surfear el Panduro, podía dejar todo arriba de una lona, sobre la arena. Nadie se atrevía a tocarle nada en la playa al Panduro. Era la Playa del Panduro.

Un día volvían en el coche, el camión ya se lo había llevado un cómplice. Vieron un patrullero detrás de ellos que los seguía y que les pedía que se detengan, posiblemente una inspección de rutina. El patrullero les hablaba con el megáfono. Decidieron no oír el pedido, porque tenían demasiados elementos dentro que los podían delatar. Optaron por acelerar el coche a toda velocidad y el patrullero, entonces, prendió la sirena y comenzó a ir tras de ellos.

Tenían una bandeja de “miguelitos” caseros para este tipo de situaciones. Consistían en frasquitos de témpera repletos de clavos de ferretería y rellenos con cemento. Todos prolijamente pasados con trapos con alcohol para borrar las huellas dactilares. Cuando abrieron la ventana y vaciaron la caja, vieron los frascos de témpera atravesados por clavos caer en la ruta, rebotar en el asfalto desordenadamente e invadir toda la ruta a los saltos. Pocos minutos después, el patrullero se detenía, habían resultado a la perfección, las gomas desinfladas. Pero, sabían, que iba a ser por corto tiempo. Seguramente ya habían usado la radio para buscar más coches de policía.

Quince minutos después vieron, a lo lejos, que estaba la ruta cortada por más patrulleros de policía. Decidieron doblar por un camino de tierra. Estaban en un campo que era de uno de ellos y que lo solían utilizar de bases de operaciones. Corrieron por el campo, había girasoles sembrados. Corrieron, pero detrás de ellos venía un camión de policía que les pedía que se detuvieran. Entraron a la casa, pero ya había patrulleros por toda la zona.

Panduro sabía que tenía que alejarse de la casa. Corrió por el campo, cerca del molino. En una de esas hectáreas el pasto era muy alto y le dificultaba la marcha. Corrió, esquivando los hormigueros y las bostas de las vacas. Corrió y trató de guarecerse en un pequeño bosque de árboles. Arriba de uno de esos árboles esperó no ser descubierto. No obstante, la tarea era cada vez más difícil porque venían policías con perros rastrellando toda la zona.

Poco tiempo después, iba esposado en un patrullero. Su novia Analía Belén, entre lágrimas, lo fue a visitar al calabozo de la comisaria de Mar del Plata, quedó preso en la primera, dirigida por el comisario Miraflores, pero ya nada se podía hacer. Miraflores era honesto, decían. Hacía bastante que era comisario y no toleraba la corrupción de los suyos, pero pronto lo iban a sacar de allí. Aunque otras veces estuvo ahí, por hurtos y robos, y tenían una ficha con sus huellas y sus fotos, esta vez era distinto.

Los cargos eran más pesados y lo derivaron con prisión preventiva al Instituto de Menores de Alta Seguridad de Santa Clara, un lugar que recibía a un Panduro de quince años y que era completamente distinto ya al sitio que él abandonó a los once, cuando se fugó y nadie más lo buscó. Cuando se fugaba un menor sin antecedentes no lo buscaban mucho era la verdad, ni siquiera buscaban demasiado a quienes había cometido delitos.

Ahora las cosas eran distintas. Ahora iba a los sectores de máxima seguridad. Los tiempos habían cambiado. Como su piel tenía algunos tatuajes -sobre las piernas olas, las olas de La Pepita-, su alma también era distinta y se había vuelto más dura.

Apenas llegó a la cama en la celda que le habían asignado, encontró que otros reclusos dejaron sobre las sábanas una faca. Era una faca muy pequeña, junto con un buzo. Ya sabía lo que eso significaba. Debía pelear con la faca de bienvenida. .

En el patio del reformatorio salió otro adolescente, el Tuco. Le decían el “Tuco”, porque era muy parecido a un narcotraficante de la serie de ficción “Breaking Bad”. El Tuco tenía una faca en la mano lista para pelear con él, en el duelo de bienvenida.

-Vení gato. Vení vas a ser el gato acá.

Tuco, con la manta en la mano, no era simpático. Alrededor, decenas de reclusos miraban el espectáculo. Era un “picadito” inagural. Una pelea carcelaria donde lo habían tratado con honor porque le dieron una faca y un buzo, a modo de manta, para poder cubrirse. La manta que usaba el Tuco tenía hojitas de afeitar enganchadas y también tuercas que le daban disparos de luz con el reflejo del sol.

El Panduro corrió hacia él, sin darle tiempo. Cuando llegó, le tiró el buzo sobre la cabeza y trató de apuñalarlo con la faja. El Tuco esquivó su embate y le clavó su faca cerca de la costilla. A pocos centímetros de perforarle el pulmón. Ya había unos guardias allí que los separaron y lo llevaron a la enfermería.

Era una herida menor. Estuvo unas semanas con unas vendas. Pero ya había pasado la prueba. La primera prueba.

Después, en el pabellón que le tocó, había problemas. Es un problema tener allí cualquier cosa que los otros puedan desear -como unas zapatillas buenas-, como también es un problema no tener nada.

La primera noche no durmió casi nada. Durmió con un ojo abierto lo que es lo mismo que no dormir nada. La segunda noche si durmió, pero lo despertó un grupo de tres chicos, mirada desfigurada por la violencia.

-Dame un cigarrillo.

-No tengo.

-Bueno, sino tenés un cigarrillo me la tenés que chupar. ¿Tenés un cigarrillo o me la chupás?

-Si te la chupo te la muerdo.

Se rió el que le hablaba.

-Me dijeron que vos sos pesado afuera. Panduro te dicen. Sos mafia me dijeron, pero acá no. Acá mafia somos nosotros.

Le pegó un cachetazo sobre la cara y después ellos se fueron.

Trató de integrarse a las actividades del lugar, empujado por los límites de una rutina rígida que era como un tubo. Horarios fijos para despertarse, bañarse, comer, todo. Alrededor del Instituto Santa Clara había un parque importante antes de llegar a las rejas inmensas, se desarrollaban actividades

de horticultura -tomates, cebollas, zanahorias, otros cultivos-. También, actividades de limpieza, panadería y cocina. En el horno del taller de panadería se tiraban las pizzetas que ellos primero debían amasar.

Si se anotaba todas actividades durante el día, se le pagaba unos pesos por sus horas de trabajo. Había que respetar y ser muy limpio con todo, porque se enojaban los otros. Un tiempo después, en uno de los patios al aire libre del reformatorio, se acercó uno a hablarle. Venía con un cigarrillo colgado de la boca. Parecía con buenas intenciones.

-¿Así que sos nuevo y ya te cagaste a palos? Te cortaron poco, la sacaste barato. Igual ya saben que caíste por robo de camiones, por eso te van a respetar.

-¿Saben?

-Sí, acá, se sabe todo. Te doy un consejo, no niegues que caíste por robar camiones. El pibe que entra por robar una bicicleta es el gato. Robar camiones te van a respetar más.

- Si, respetar más. Llegué y ya me cortaron hasta la cara jefe.

-Tranquilo, vos estuviste acá antes. Después pungueabas en la playa de pibe. Después creciste y te hiciste ladrón en serio. Te conocen acá, tenés un nombre afuera y te van a respetar, pero yo te voy a dar consejo. Viste el Sandokan. Es el poronga del penal acá, maneja todo.

-No hablé mucho con él.

-Es una persona de códigos. Ayuda a que todos se bañen, quiere que todos se laven los dientes, tengan el pelo corto rapado. En su pabellón no hay armas, porque él no quiere. Es un pabellón más tranquilo. Vos si conseguís guita, andate con él y pedile protección.

-Te da protección.

-Te da protección si le pagás. Si tenés gente afuera, que te traiga guita y se la das todos los meses. Todos los que tienen su protección la pasan bien acá, como un hotel. Ni los guardias te molestan. Nadie te toca, pero le tenés que pagar a Sandokan todos los meses por la protección.

-Sí, pero yo no estoy en ese pabellón -señaló hacia el suyo- Estoy allá.

-No te conviene. Allá no hay disciplina. Tenés que ir al pabellón de



Sandokan. Nadie tiene una faca ahí, nadie tiene un arma porque Sandokan no quiere. El loco pone disciplina. Hace que se bañen a la mañana todos los días, se laven los dientes y tengan el pelo corto y ordenado. Y te da protección.

-Sí, pero ya me pusieron en el otro pabellón.

-No te preocupes, si tenés billete se lo das a Sandokan y él consigue que te vayas a su pabellón que queda lugar ahí. Vos sos un delincuente no podés juntarte con esos pungas de mierda. Te faltan el respeto. Conseguite billete afuera y buscá la protección de Sandokan.

La palabra “delincuente” sonaba con cierto respeto en Santa Clara, como si fuera una actividad importante y seria. Así fue que consiguió dinero de El Pollo, así se llamaba quien manejaba la banda de piratas del asfalto. Logró la protección de Sandokan.

Sandokan era un recluso de veinte años. No tendría que estar en Santa Clara porque era mayor de edad. Pero igual permanecía allí porque le convenía a las autoridades del penal para mantener el orden.

Afuera no se habían olvidado de él y le prometían que iban a hacer todo lo posible para sacarlo rápido. Había talleres de pintura, de poesía, de artes y él se acercó a un taller de hip hop. Le gustaba mucho el rap y el hip hop, desde muy chico. Compró un cuaderno y con una birome escribía, la profesora del taller lo corregía. Horrores de faltas de ortografía y de gramática, pero igual lo alentaba como a otros chicos que escribían allí.

Vino a visitarlo varias veces su novia de la playa, Analía Belén.

Les permitían dirigirse a una celda autorizados para una visita íntima. Esto sucedía los sábados, los días de visita. Se escuchaban los ruidos de las puertas metálicas de las rejas a las diez de la mañana, luego golpeaban sobre su celda y lo llamaban si lo venían a visitar. Lo llevaban a un recinto grande común para las visitas. Pero, si se le pagaba a los guardias, se podía tener una visita con una celda propia privada con derecho a tres horas juntos y, si se le pagaba más, podían quedarse toda la noche allí hasta la mañana siguiente.

Era una celda con un colchón sin sábanas, que desprendía pedazos de goma pluma, pero con muchas manchas de suciedad. Panduro sacaba de su bolso sus propias sábanas limpias que eran suyas para poder recubrir el colchón. Pero todo indicaba que tenía chinches. A veces, se quedaban un rato

los dos sentados solos allí y hablaban.

-Te van a sacar rápido de acá. No te preocupes.

-¿Cómo está la playa ahora? Necesito ver el mar urgente.

-Está bien, pero todos me preguntan por vos.

Sacó una bolsa con arena.

-Acá tenés. Es arena de la playa, donde está la ola de la Pepita. La saqué del fondo del mar, justo donde rompe la ola. ¡Es arena!

-¿Te dejaron pasarla?

-Sí, pero les di una moneda. Sabés como son.

Le pidió permiso a Sandokan, el dueño de su pabellón y pudo hacer un tajo con la faca de Sandokan (único autorizado a usar armas en el pabellón aquel, el mismo Sandokan) en el colchón de su celda y allí guardó la bolsa con arena de la playa. Esa playa que ahora estaba siempre con él. Además, al costado de su cama, tenía un portaretrato con la foto de Analía Belén y le daba un beso a la foto antes de dormir todas las noches. Hacía ya un año que estaba encerrado allí, sin ver ni una ola y mucho menos una tabla de surf.

De todas maneras, había algo parecido al surf en ese instituto de menores. Algo que no estaba antes y que era un cambio importante. La conocida empresa de surf “*Almeja Amarilla*” había donado una máquina eléctrica para jugar al surf y que estaba instalada en un sector parecido a un galpón, donde había también pesas, un metegol y ajedrez.

La máquina consistía en una especie de toro mecánico, pero, en lugar de un toro, había una tabla de surf que se movía para todos lados y tiraba al piso al surfista sin equilibrio. Rodeaba la tabla de surf un espacio de colchonetas inflables con formas dibujadas de olas. Desde que la “*Almeja Amarilla*” hizo esa donación al reformatorio, había siempre una fila de reclusos para poder subirse a esa tabla movediza y probar el equilibrio. Todos gritaban cuando la máquina, con alguno de sus movimientos, tiraba al surfista de arriba de la ola.

Así pasaban las semanas, un poco más tranquilas desde que se le pagaba la cuota de protección a Sandokan, pero tristes. Hasta que una noche escuchó un ritmo que le llamó la atención. Lo atrajo como una fuerza de pasión del destino.

Era complicado levantarse, salir del pabellón, ir al otro a ver qué pasaba. Debía pedir autorización de los guardias. Algunos días después, pudo ver de qué se trataba. Eran competencias de “free style” entre los reclusos. Un tipo de música rap de improvisación.

Se desafiaban a versos rítmicos, unos a otros, improvisados, al ritmo del rap. Cada cual trataba de defenestrar a su oponente y, así, ganarse el aplauso de los otros pibes que festejaban las rimas picantes con gritos y aplausos.

Había uno de ellos que hacía el ritmo. Cerraba el puño de la mano y, como si se tratase de un instrumento, emitía desde allí adentro un sonido a ritmo. Y ese sonido acompañaba la voz de los cantantes. A veces, colaboraban al espectáculo otros instrumentos. Una caja de plástico duro de herramientas, se golpeaba y sonaba como si fuera una batería. El sonido del golpe a la caja se combinaba con un chasquido de dedos, un golpe a la caja, un chasquido, un golpe a la caja, un chasquido... y comenzaba el ritmo.

Se acercó y rapeó, porque pudo practicar en la soledad de su celda el sonido de sus cuerdas vocales. Era cuestión de soltar las sílabas y las sílabas salieron.

*“Portate bien en Santa Clara, no seas un cachivache, si sos rapero nuevo, no faltes el respeto a los que tienen el flow, hoy estás con uno nuevo, me presento, mucho gusto ¡ soy el mago mandrake!”*

Todos dijeron “ehhhh” o “ehhh mago” para festejar. El tipo continuó.

*“Cuando llegaste a Santa Clara te hacías el mafia, te agarraste una faca para hacerte el pancho, pero te hicieron la carpa, te curaste despacito, pero te portás bien, y desde allí que estás callado y mansito, porque este es nuestro rancho”*

Todos dijeron “ehhhh” de nuevo y aplaudieron. Tras que se callaron los vivos y los aplausos, el rapero continuó:

*“Te dicen el Panduro, te la vas de pesado, pero nosotros te conocemos, si acá en Santa Santa Clara eras el gatito que hacía los mandados”,*

Remató otro rapero, mientras decía la palabra “mandados” se señaló en un gesto sexual. Todos los que estaban allí gritaron con “ohhh” para festejar la rima. Aplaudían, contentos. Panduro tuvo que contestar, pero no podía porque

a todos le gustaba tanto la rima sexual que aplaudían y se escuchaban las carcajadas y festejos y eso le impidió poder improvisar bien.

Después, le dieron una palmada de derrotado y quedó mirando cómo seguía la batalla de esa noche. Pero, a partir de esa vez, practicó y practicó todas las horas que estaba allí y comenzó a ganar algunas contiendas de gallos, con una personalidad particular.

Entonces se hizo conocido dentro del Instituto Santa Clara. A tal punto se hizo conocido que comenzaron a llamarlo de distintos pabellones y cuando él rapeaba se juntaba la gente a escucharlo. Había demasiado tiempo para estar solo, mirando la ventana de su celda.

Hasta que un día llegó la ocasión de su gran error.

El estilo era agresivo en todas las “batallas de gallos”, como le llamaban a los duelos raperos que hacían entre ellos. Los insultos al otro rapero eran corrientes, se decían “gato”, “chorro”, “rati”, “gil”, entre muchos otros. La gracia era terminar la rima con un insulto, lo que ellos llamaban el “punchline”. Además, daba gracia cuando el rapero insultaba al mismo público y eso era común en esos duelos que realizaban. Muchas veces el rapero se hacía le distinto a los chorros y se daba el gusto de insultarlos a todos, aunque fuera uno de ellos. Uno de los raperos, cierta vez, exclamó *“ustedes no son ninguno buena gente, escuchan cumbia y no tienen cultura de rap, no tienen ya códigos para salir a robar, matan a las viejitas buenas por un celular, te discriminan si no sos un delincuente, se creen unos porongas porque viven en la villa, pero yo les digo que me la chupen todos, esto es el rap, acá se dio vuelta la tortilla”*

No obstante, a pesar de que insultar al público era común, hay códigos. No era Santa Clara un lugar cualquiera para improvisar. En una de esas vueltas, Panduro se dejó llevar por el momento. En aquella ocasión, se dejó llevar por el espíritu de la magia del arte. Allí, transportados por la mística de fantasía de la música, todos se olvidaban que estaban encerrados.

Esa vez, a Panduro le tocaba rapear contra “El Toro”, tal como le decían a su rival que, a pesar de las rimas con la infidelidad que debía soportar, solía salir airoso de las batallas por su ingenio agresivo. Había cerca de cien reclusos mirando el espectáculo del duelo, los dos contendientes parados encima de una caja de madera que hacía de escenario, un participante

que marcaba el ruido con la mano contra la boca para marcar el ritmo, otro que acompañaba con el golpeteo de una caja de plástico y los dos contendientes se batían a duelos de rimas agresivas uno con el otro.

*“Los sabios me dijeron salí de la ruta Panduro, porque no siempre se puede escapar y te va a agarrar la yuta, y yo no los escuché. Ellos me decían hacé una vida con honor o vas a terminar en una prisión rodeado de todos criminales hijos de puta. No se equivocaron los sabios -dijo mirando a todo el público- están todos bien encerrados acá, no están acá porque los atrapó la yuta, sino que están bien atrapados... ¡todos ustedes son asesinos, ladrones, criminales, los delata bien su cara de hijos de puta!”*

Pero cuando dijo eso, no se lo festejaron como otras veces. Tampoco fue igual a las ocasiones en que se insultaba el público. Hubo risas y gritos de aprobación como “ehhhh”, pero fueron muy pocos. Al contrario, lo mayor fue el silencio que se produjo. Toro lo miró con una cara transformada, una cara que ya no era la del jugador que se divierte. Tardó tres segundos en contestar, cuando ya se habían callado los pocos festejos que desató su ritmo.

*“No seas un logi irrespetuoso, no soy hijo de puta, yo cometí un error somos personas, no digas cosas de otario, no seas irrespetuoso, El respeto es todo, el respeto es hermoso, el respeto lo aprendés en la esquina, porque si no tenés barrio ni tenés esquina ¿Qué hacés acá en la esquina cantando tus canciones?”*

*No me digas hijo de puta, porque yo hice maldades, pero mi viejita no es puta, mi viejita lo es todo, ella todas las noches me da sus bendiciones,*

*Vos le faltas el respeto a mi vieja, esto no es rap, esto no es chiste, cómo vos sos tan gil, vos no sos un rapero, vos sos un gil – y ya repleto de furia-... ¡vos sos un bigote vestido de civil!”*

Entonces, vinieron los guardias porque había terminado el tiempo de la recreación. Al bajarse de la caja de madera, Panduro vio que ya no era todo como antes. No lo miraban igual.

Una noche después, los problemas comenzaron a llegar. Se escuchaban golpes en la entrada del pabellón. Golpes fuertes de varios que procuraban forzar la entrada de la celda. Sandokan salió a recibir a los enardecidos que estaban afuera. Pudo escuchar lo que decían. Era el Cuervo, el líder de uno de los pabellones más pesados de allí.

-Queremos que venga el rapero que está engomado en tu celda. Es con él la cosa. No es con vos. Prestalo un ratito.

-¿Y qué pasa con él?

-Tenemos que hablar con él. Se hizo el logi. Nos faltó el respeto.

-No hay trato.

-Llamalo a él, no es con vos.

Sandokan se puso firme.

-Cualquier problema con alguno de los de esta ranchada es conmigo. El problema es conmigo. ¿Quién tiene problemas conmigo?

Entonces ellos se fueron. Sandokan era muy temido en el Instituto Santa Clara. Pero los problemas no terminaron allí. Vino uno y se le acercó y le dijo que ya no vaya más con los pibes del rap, que la cosa estaba mal. También, tuvo problemas en el comedor que, al pasar a servirse lo suyo, uno de los que estaba ahí grito “ahí viene bigote” y todos se rieron. Poco a poco notó que algo había cambiado. Muchos de ahí que antes le hablaban ahora le escapaban, trataban de estar muy lejos suyo. Era una especie de Paria, solamente lo tranquilizaba la foto de su novia Analía Belén y la arena de la ola de la Pepita, pero estaba solo. En la sala del gimnasio, en las actividades de horticultura de la huerta, en la granja de pollos, en el deporte, en todas partes, era como si él tuviera una enfermedad y nadie se le quisiera acercar para no contagiarse.

Pocos días después, el mismo Sandokan le pidió hablar. Se sentó al lado suyo en la cama con una cara tan severa y preocupada que nunca le había visto.

-Me dijeron que estás sentenciado.

Eso quería decir que lo iban a matar. En algún descuido de los guardias, lo iban a matar de un golpe con una de esas armas caseras de allí, con esas facas. Ya habían matado varios en Santa Clara en años anteriores. Ahora la cosa estaba más tranquila, pero eso era que lo iban a ajusticiar- Después Sandokan prosiguió.

-Yo no te puedo dar más mi protección. Voy a tener que pedir que te saquen de este pabellón. Vas a ir al pabellón del Cuervo. Si tenés gente afuera tenés que pedir que te trasladen porque la vas a pasar mal acá dentro. Ya

mañana te sacan. No te puedo tener más acá dentro porque se puede dar una guerra. En la última guerra murieron como quince pibes. Tengo que proteger a los demás. Vos estás sentenciado.

-Tengo gente afuera. Puede ser una semana más.

-Yo puedo aguantarte una semana más, pero me vas a tener que pagar el triple, porque está muy complicado lo que hiciste.

-¿Qué hice?

-¿Cómo qué hiciste? Vos estabas acá de pibe y no sabés que hay una palabra que nunca se dice. No sabés que hay una palabra prohibida. ¿Sabés como se llama este Instituto? Santa Clara, Santa Clara era la madre de San Agustín. No sabés lo importante que es acá la madre, la vieja. ¿No sabés que no podes usar nunca la palabra hijo de puta?

-Sí, ya lo había escuchado. Fue el momento de la improvisación.

-La madre es todo para los pibes que están acá. La madre es lo único que tienen. La madre es la que los viene a visitar. La que los sigue bancando. Todos estos pibes piensan en su madre todas las horas del día y su vieja los viene a buscar. Es todo para ellos. ¿Cómo vas a faltar el respeto a la madre de todos acá diciendo eso?

-Es rap, en el rap hay improvisación y los raperos insultan al público todo el tiempo.

-No importa. Estás sentenciado. No puedo hacer nada.

Sandokan le dio una palmada en la espalda y se fue. Se quedó pensativo toda la noche. Él notaba que la mayoría de los otros chicos que estaban allí lo miraban no con odio, sino con verdadera compasión, pero que nadie se atrevía siquiera a estar cerca suyo, mucho menos a hablarle. Mucho menos a compadecerse.

Hasta en los mismos guardias creía detectar que le tuvieran lástima. Panduro vio escrito con marcador indeleble en un baño grande, cerca del sector de deportes, del Instituto de Menores de Santa Clara, algo que le llamó la atención. Estaba firmado por un tal “cochi” y decía un año, el año 1995, en ese año Panduro ni siquiera habría nacido. Quién habría sido Corchi, el que escribió aquello en el baño, pero todavía estaba allí. Decía así:

*“Cuando estás arriba, todas las manos te agarran, te sujetan, te dicen “no dejaremos que caigas”. Cuando estás abajo, todas las manos te sueltan, te huyen, te escapan, te dicen “no me acuerdo de quién eres” y solo tienes a los pies que te pisan para hundirte más. Y si te vuelves a levantar, las manos te agarran, te sujetan, te dicen “no dejaremos que caigas”*

Lo leyó y pensó que ahora le tocaba estar abajo. Abajo de abajo de abajo y la parte de la gente que veía era la parte de los pies. Los pies que te pisan.

Por ese tiempo, Analía Belén, que había ido a visitarlo, detectó en él los nubarrones de la preocupación que lo agobiaban.

-Te veo distinto

Ella estaba vestida con una musculosa que mostraba los hombros de los brazos donde se distinguía la tinta de los tatuajes.

-No es nada, no te preocupes.

En los ojos de ella vio la admiración. La misma admiración que seguramente le conservaban los chicos de la playa, los que surfean en la ola de La Pepita, donde él, Panduro, todavía sería recordado como un líder. Por eso, podía recordarse, como una imagen viva, el respeto que irradiaba cuando se acercaba a la playa con su tabla, todas las miradas se daban vuelta.

Todos lo respetaban como el dueño de esa playa y de la ola de La



Pepita. No sabrían ellos cómo había sido desbordado en el Instituto de Menores Santa Clara, donde no recibía sino miradas de desprecio y bronca. En un lugar, líder, en el otro lugar pobre diablo, así es la vida y así es la gente. El desprecio que se le tiene, en un lugar así, a todos los ineptos que no saben sobrevivir, porque les falta “esquina”.

-¿Te están tratando bien acá dentro Panduro? Nunca te vi así. Estás desmoronado.

-Este lugar es una mierda. Este lugar no puede corregir a nadie.

-Vas a salir y rápido. Y cuando salgas vamos a formar una familia nosotros, pero antes vamos a dar un golpe. Tiene que ser un solo golpe que ya nos salve a nosotros y a nuestros hijos de caer en esta mierda. Después ponemos una panadería, un almacén, un hotel, pero necesitamos capital. No podemos ser obreros. Tenemos que ser patrones.

-Dejate de joder. Salí de toda esta mierda. Volvé a una vida decente. Vos no sos así, yo te hice así.

Horas más tarde Sandokan, sentado con calma sobre la cama de su celda, lo esperaba para hablar.

-Tengo un plan para vos. Ya hablamos con la ranchada acá.

Se refería a otros compañeros de ese pabellón, el pabellón de Sandokan, todos afeitados, con el pelo recién cortado, limpios de bañarse todos los días como quería Sandokan, prolijos con el cabello corto como quería Sandokan, todos estaban allí. Sandokan, sentado sobre la cama, ante la admiración de todos los que lo escuchaban, bajo como Napoleón, con palabras en tono bajo, explicó el plan que él había decidido para salvarlo.

Se notaba que los otros chicos del pabellón de Sandokan también querían protegerlo de lo que le iba a pasar. Creían que él era muy pelotudo, pero buen pibe y que no merecía estar sentenciado.

Aparentemente, había sido El Cuervo, el líder de otro pabellón, un tipo alto, flaco, lleno de tatuajes de calaveras con cuchillos, uno de los más pesados de Santa Clara, con control de las drogas en la institución y con varios asesinatos a costas, quien lo sentenció. El Cuervo no habría ido al recital de los raperos, pero algún dron (así le decían a los buchones de los

líderes) le habrá informado lo que pasaba y, apenas le dijeron que trató de “hijos de puta” a todos los chicos de la prisión, El Cuervo, simplemente, lo sentenció. Sentenciado. Eso quería decir que iba a morir rápido. Pero Sandokan no estaba tan contento de que desafien así su autoridad. Panduro era uno de sus pollos y la regla era que a los pollos de Sandokan “no se tocan”.

Pocos días después, Sandokan y todos los de su pabellón se pusieron en marcha para realizar el plan. Habían transmitido a la idea a todos los reclusos de Santa Clara. Era un recital, a organizarse cerca de la zona de la huerta, un recital de rap organizado por Sandokan y donde iba a cantar Panduro. Otros internos iban a emitir los sonidos rítmicos -con puño cerrado contra la boca- para acompañar la música.

Panduro estuvo practicando para la ocasión todas las horas. Sus rimas fueron cuidadosamente supervisadas por el mismo Sandokan, de manera de asegurarse que cumplan lo que él pretendía con su plan. El recital se hizo en horario de recreación, con anuencia de los guardias -que seguían indicaciones de Sandokan-, se pudo convocar a todos los de todos los sectores a asistir allí. Panduro estaba vestido con un buzito capucha. El mismo buzo con capucha que usaba en la playa de Punta Iglesias y que imitarían siempre los pibes de las playa.

Un rapero, con un sonido bucal con su puño, marcaba el ritmo junto con una caja de plástico que usaba a modo de batería.

*“Todos los guachines saben acá que la canción pasada dije hijo de puta, una palabra que nunca debí utilizar. Tiene el sentido de criticar la maldad y la violencia que se respira en este lugar, de los gorra y de los chorros que andan por acá, pero nunca de no respetar lo más importante que hay en la vida: la mamá. Igual, con este flow, con este rap, yo le quiero pedir disculpas a todas las mamás, por si entendieron mal, las que están afuera, las que nos vienen a visitar, ellas son lo único que importa en esta sociedad. Hay tanto dolor por las noches quiero llorar, pero despacito para que nadie me pueda escuchar. Por eso, yo les digo a todos los ortivas que me miran mal que vengan a pelear, los voy a esperar con el 22 y voy a defender mi honor, pero también igual voy a pedir disculpas, por lo más importante que tenemos todos acá, que es nuestra viejita que llora cuando nos viene a visitar. Las juntas ya no vienen más, cuando caes en este lugar, en el pueblo dicen que estás privado de tu libertad y ya nadie más te*

*recuerda, no te conocen y se olvidan de lo que fue la amistad, porque ellos no te vienen nunca a visitar. Pero la que siempre viene es la mama, lo más sagrado de esta puta sociedad, rindo mi homenaje respetuoso a todas las viejitas.... ¡lo más sagrado de esta puta sociedad! ¡lo único que respeto en este lugar!”*

Todos gritaron celebrando la rima.

*“No tengo esquina y calle como todos los demás, es algo que no conozco desde que sigo la ruta del Mal, yo caí en esta prisión a los ocho años porque un juez lo decidió y nunca entendí muy bien por qué... ¡es que yo no tenía problemas con la ley penal!”*

Cuando terminó, Sandokan empezó el aplauso y miró muy bien a todos. Controlaba, con una mirada terrible, que aplaudan también, porque, sino, se las iban a tener que ver con él. Se sabía que cualquiera que no osara aplaudir después de él, sería interpretado como una declaración de guerra.

Sandokan decía que siempre iba a proteger a los de su ranchada (su pabellón), porque eran sus pollos (aunque les cobraba la cuota de protección) y, con esa mirada, estaba diciendo que todos tenían que aplaudir esa canción. Después de eso, Sandokan caminó entre la gente, con pasos lentos como los de un león y le dio la mano a Panduro delante de todos. Apenas estuvo a centímetros suyo, le dijo, mientras le clavaba los ojos a cinco centímetros de los suyos y le agarraba la cabellera con la mano en gesto paternal:

-Nunca más vuelvas a usar la palabra hijo de puta. Ni en rima, ni en chiste, ni en rap, ni en una mierda. Esa palabra no se usa en Santa Clara.

Entonces, detrás de Sandokan, tal como estaba planificado, uno a uno, los reclusos de su pabellón se acercaron a felicitarlo y a palmearlo en gesto de amistad. Cuando ellos terminaron, se comenzaron a acercar a saludarlo y a felicitarlo los de otro pabellón, el que manejaba El Cordobés. Pero ni El Cuervo ni ninguno de ese pabellón se movían de su lugar. Era importante el gesto de que vayan a saludarlo, pero era un gesto que no pensaban hacer. Entonces Sandokan, con pasos lentos que reafirmaban su autoridad, se acercó hacia donde estaba El Cuervo.

-Andá a saludar al cantor. Dale que es un buen pibe. Terminemos con esto.

Pero El Cuervo se quedó en su lugar, sin moverse. El Cuervo era muy alto, flaco, repleto de tatuajes, pero con una mirada muy fiera, congelada de frialdad. No se movía de su lugar. El lo había sentenciado. El recital no había cambiado esa circunstancia. Sandokan, que tenía más edad que los demás y todos respetaban, se acercó más hacia donde estaba él.

-Dale, andá a saludar. No seas pancho que es un pibe piola. Pidió disculpas.

El Cuervo se alejó unos pasos. Contestó.

-Vos respetá. Yo te respeto. Nosotros no vamos a saludar a ese cantor. No es contra vos. Hizo algo que no debió hacer.

Entonces, El Cuervo sacó una faca que tenía en el bolsillo y la apuntó. Al ver le brillo de la faca, que provocaba por el reflejo sobre el filo de las luces altas de Santa Clara, Sandokan se transformó de la furia. Cuando se enojaba, hablaba en tercera persona.

-¿Qué la carpeteás con ese berretín si el recital lo organizó Sandokan? ¿No sabés que a Panduro no le gusta ? Yo los invité a todos. Esto es mi casa. ¿Cómo me faltás el respeto así a mí y a todos mis invitados?

Se acercó más y con una voz bajita que haría llorar de miedo a los más valientes le dijo:

-Dame eso.

Sandokan tendió su mano para pedirle la faca.

-Dame eso.

Pero el Cuervo se alejó unos pasos. Sandokan avanzó hacia él.

-Dame eso.

Insistió y de un manotón le sacó la faca de la mano. Entonces, sin más le saltó al cuello y de un salto le clavó la faca en uno de los ojos al Cuervo, que cayó sobre el suelo de pasto. Sandokan se tiró encima y le clavó la faca en el otro ojo hasta que salió muchísima sangre. Luego en la panza. Luego se paró y le pateó la cabeza al cuerpo con furia.

Todos estaban callados, inmóviles ante la ejecución del otro líder. Pero Sandokan estaba furioso.

-¡Pendejos mal educados! ¡No aprenden educación! ¡No aprenden de códigos!

Todos los demás se iban de allí, mientras el cuerpo de El Cuervo desparramaba un charco de sangre a su alrededor. Después de eso, se inició una guerra de bandas dentro de Santa Clara, porque la matanza de un líder de un pabellón rompió el pacto de tranquilidad que había entre ellos. Le quisieron clavar una faca por la espalda al mismo Sandokan, pero pudo frenar el ataque y le rompió el brazo en un instante.

Panduro, por ese tiempo, cuando el clima en Santa Clara se había enrarecido una vez más, encontró una oportunidad de fuga.

La Madama, aquella dueña de la Feria de Mar del Plata, lo requería y ayudó a financiar su salida, junto con el comisario Napolitano que pretendía, o al menos había prometido, poder ayudarlo.

-Te vamos a ayudar. Solamente dejanos que llegue la oportunidad.

Le dijo la Madama, que lo había ido a visitar allí. Y la oportunidad estuvo, porque el juez pidió una ampliación de la indagatoria a raíz de nuevos testimonios que se habían arrimado al expediente.

Lo trasladaron hacia el juzgado de Mar del Plata, situado a pocos quilómetros de allí. El Instituto de Menores de Santa Clara, se alzaba a unos quilómetros de Mar del Plata, en zona urbana aún. Lo fueron a buscar para llevarlo al juez.

Panduro iba en un móvil del servicio penitenciario, un móvil donde lo trasladaban apenas dos efectivos. A pocos minutos de la estación de servicio, Panduro pidió ir al baño, dijo que tenía diarrea y no se aguantaba más. Tal como era el plan, los tipos aceptaron el pedido humanitario y se detuvieron en la estación de servicio de esa ruta. Aceptaron quitarle las esposas para entrar al baño. Como estaba organizado, Panduro se dirigió al tercer inodoro para buscar en el tacho de papeles el arma que sus cómplices habían dejado allí escondida.

Les había pedido que pongan papeles higienicos con barro en el tacho para no meter la mano en medio de tanta mierda. A lo mejor algunos papeles sucios con barro había, pero igual el olor era muy fuerte. Muchas veces les pidió que sean considerados, que saquen todos los papeles con mierda del

tacho, los tiren en otro tacho y los reemplacen con papeles con dulce de leche o barro o lo que sea. Pero al ver el tacho de basura, se notaba por el olor que no habían tenido esa consideración.

Cuando sumergió la mano en el tacho para buscar una pistola enterrada en el fondo debajo de todos los papeles, una pared de baranda a mierda lo tapó, pero así era el plan y así se iba a ejecutar. Salió de allí con el arma en la mano y les apuntó a la cabeza a los guardias. Les sacó las radios, los teléfonos y los dejó en la ruta, a dos kilómetros de la estación para que puedan volver caminando.

Entonces, con el coche del servicio penitenciario bonaerense, se dirigió a una casa en las afueras de Mar del Plata, donde la gente de Napolitano lo estaba esperando. Dejó el coche a quince cuadras de allí y luego entró. Accedieron a que se de una buena ducha, porque estaba con todo el brazo lleno de olor a mierda.

Pocos días después, como lo que buscaba hacía mucho, fue a la zona de “*La Pepita*”, donde rompen las olas sobre la escollera de Punta Iglesias. Se metió en el mar solo, sin nada, sin nadie. Como si el mar pudiera lavarle todo su pasado, dejarlo nuevo y darle una nueva oportunidad. Unos pibes de la playa de allí lo reconocieron, pero ya no lo trataban como antes. Dos años habían pasado desde que no pisaba esas arenas. A lo mejor, ya todo era distinto. Con desilusión vio que Analía Belen, su novia, estaba distinta, estaba en cualquiera.

Eso tal vez era mejor. Usó los dineros que le dio el comisario Napolitano, su amigo, con mucha austeridad, para que no se le vayan. Después, aceptó la pistola que le dieron (nueve milímetros, Bersa, robada) para hacer guardia en la Gran Feria de Mar del Plata, al servicio de La Madama. Con eso le alcanzaba apenas para comer, pero, extrañamente, le dieron un lugar en la casa que le prestaba el comisario Napolitano. Estaba prófugo, pero de todas maneras con la protección de Napolitano nadie lo iba a molestar. Aprovechó para alejarse de “las juntas” como le habían recomendado allá.

Buscar otro lugar, otras referencias, era importante para una vida nueva y, aunque trabajaba como matón para La Madama apretando a los comerciantes que no pagaban los ingresos de la corrupción judicial, se prometió que no iba a robar más. Esa promesa comenzó a ser puesta a prueba

en “La Pepita”, cuando los viejos amigos de la playa se juntaban allí en la arena, por las noches, a tomar unas cocas, a fumar unas mariguanas, a hablar de mujeres y a planificar futuros robos. Ya no lo respetaban tanto y, cuando dijo que él no quería estar en esa ya, entonces lo felicitaron todos. Pero detrás de la felicitación estaba el gesto de la desaprobación.

No fue más a la playa de punta iglesias, sino a otras. Iba a surfear con un longboard a la playa El Cabo. Una playa con una buena ola de derecha, de fondo de piedras y arena. La escollera tapaba un poco las olas, pero, de todas maneras, con un longboard eso estaba bien. Iba por las mañanas, a las siete de la mañana hasta allí. Antes del mediodía, ya volvía de nuevo al departamento que le prestaban.

Un día, el comisario Flavio Napolitano lo llamó para darle un “trabajo”. Vino a visitarlo a la casa que él le prestaba, vestido de civil, con ropa elegante sport y náuticos, vestimenta habitual de Napolitano. Casi nunca vestía con el uniforme de policía.

-Piratería del asfalto -le dijo-, pero es un golpe importante. Son unos camiones de bebidas blancas que van para Brasil.

Panduro estaba en cueros, porque dentro de la casa solía sacarse la remera. Había una botella de cerveza sobre la mesa de madera.

-Paso esta vez. Yo te hablaba en serio cuando dije que ya me quería rescatar.

-Pero es un golpe importante. Va a dejar mucho. Y es gente muy profesional, muy detallista. Yo pensé en vos, porque hoy en día hay muy pocos profesionales. Es bebida blanca, es mercadería de mucho valor y ya le tenemos la novia. Lo hacemos plata enseguida. Un golpe de estos y puedes estar tranquilo unos años con lo que vas a juntar.

-Gracias Flavio, pero ya está. Me rescaté. Ahora quiero estar en la música. No tocar más un mango ajeno.

-Pero igual esto lo paga la aseguradora. Los camiones están asegurados. Nadie va a perder.

-Gracias, pero paso.

-¿Sabes qué? Me alegro que hayas decidido una nueva vida. Te felicito de corazón. Voy a buscar otro pibe, pero te felicito.

Tres días después de eso, cuando estaba en la parada del colectivo rumbo a la Gran FERIA de Mar del Plata para ir a su trabajo con la Madama, un coche de policía se detuvo a su lado. Bajaron cuatro policías, lo detuvieron y, pocas horas después, ya estaba de nuevo encerrado en el Instituto de Menores de Máxima Seguridad de Santa Clara.

Unas semanas después, las malas noticias siguieron. Ya no le iban a pasar teca (dinero) desde afuera, según dijeron porque la cosa estaba dura. Así que lo trasladaron del pabellón de Sandokan a otro pabellón y vivió el cambio. Ya no durmió en una cama, sino en un colchón tirado en el piso. Tuvo que tener cuidado con los chicos de allí, para hacerse respetar, pero no hubo problemas porque ya lo conocían.

Le habían contado que ya nadie lamentó la muerte del “Cuervo”. Cuando muere un soldado del líder, hay venganza. Cuando muere el líder, todos se escapan. Al Cuervo los guardias lo enterraron en la tierra con un pozo. No tenía familiares afuera. Era muy malo para Santa Clara reportar que habían asesinado a uno dentro de sus muros. Máxime si se abría una investigación interna e ingresaban detectives del servicio penitenciario a investigar y se reportaba que el asesino había sido Sandokan, el cual hacía tiempo que no debería estar encerrado allí porque era mayor de edad. Eso significaba un escándalo mayúsculo, sumarios graves para todos los que habían tolerado sin denunciar la presencia de un mayor allí en Santa Clara, organismos de derechos humanos que vienen a quejarse, eventualmente jueces que vienen a recorrer el penal personalmente y ver las instalaciones, sumarios para muchísimos penitenciarios, un desastre.

Mucho mejor, no decir nada. Desde Santa Clara reportaron que El Cuervo se fugó, el cuerpo lo enterraron dentro de allí y nunca más se supo nada, ni nadie más preguntó. Es cierto que, por la fuga, hubo que abrir sumarios a dos guardias de adentro. Pero negociaron que ellos acepten los sumarios, a cambio de un ascenso en tres meses. Además, los sumarios por fuga eran de menor gravedad, iban a una carpeta y el Director de Santa Clara tenía contacto con la gente de allí. Cuando cambiaba la dirección política de la Provincia de Buenos Aires, esa carpeta la vaciaban y quemaban todos los sumarios en trámite, para “ayudar a los compañeros”. Así que todo se negociaba y lo mejor era, como otras veces que ocurrieron matanzas dentro de reclusos que no tenían familiares, reportar que se fugó y enterrar su cuerpo allí dentro. Incluso, había una especie de cementerio dentro del Instituto Santa



Clara, sobre un espacio verde, con árboles, lejos de la zona de la huerta. Allí improvisaban unos pozos y enterraban reclusos muertos. Nadie preguntaba por ellos.

A Panduro lo invitaron de nuevo los free stylers del rap. Tarde tras tarde fue mejorando sus técnicas, su arte para la improvisación, el “doble tempo” y también lo que decía la “metralleta”, como era tirar palabras seguidas al doble de velocidad. Se fue destacando. Analía Belén lo había olvidado hacía ya mucho tiempo. No lo visitaba ya y él era un ser sin convicciones perdido dentro de aquellos muros, pero el rap lo ayudó. El rap podía llegar a rescatarlo.

Con el paso de los meses, se convirtió en el rapero free styler más importante y famoso del Instituto de Menores de Santa Clara. Tenía talento, combinaba sus versos raperos con imágenes de las playas, de las olas, de sus tiempos de surf y eso atraía distinto.

Así llegó el momento cumbre de su ascenso artístico muros adentro. Se hizo una competencia de rap entre prisioneros y, tras ser elegido campeón en el Instituto Santa Clara, fue a cantar a un penal de Máxima Seguridad de la Provincia de Buenos Aires.

Habían montado un escenario en el patio y se realizaba la máxima exposición de rap free style en prisión. Los campeones iban allí, pero la transmisión se iba a pasar a otros penales que también estaban compitiendo con la música del free-style. Panduro miró hacia abajo del escenario, vio cientos de reclusos que lo escuchaban y, más allá, las paredes altísimas de la prisión, recubiertas con alambre en la parte superior. Un cielo nublado sobre el escenario, él estaba con su gorra puesta para atrás y, antes de la competencia de improvisación, debía recitar su presentación y explicar por qué él merecía ganar en la competencia.

Las primeras palabras que dijo no se escucharon, porque todos los reclusos gritaban y el micrófono no funcionaba bien. Luego, hubo un ajuste en el micrófono y, por los parlantes de aquel penal, se comenzó a escuchar lo que venía cantando:

*“...Me fui por la delincuencia porque yo quería tener monedas de oro y poder comprar la felicidad. Nunca la conocí y yo sali a robar porque la quise comprar. Pero la felicidad solamente es un hada que camina por*

*encima de las olas del mar y se escapa cuando la quiero besar.*

*Ahora sí que tengo mucho tiempo en la celda para pensar y como tengo mucho tiempo me di cuenta que tengo dentro mi la poesía, que tengo rap, que las palabras son mis amigas y tengo flow. Pero lástima que no tengo nada lindo para contar, porque en este puto lugar todo es violencia y maldad, ya solo mi poesía traza las sombras de demonios y salen a danzar, se despiertan y salen a danzar con esto.... ¡¡¡¡con el flow de mi rap!!!!*

*¡Esto no es una pradera de amor y bondad, es una puta cárcel de máxima seguridad!*

*Los odio a todos ustedes y me odio a mi, ustedes estan todos muy bien encerrados y son un peligro para la sociedad, porque en su alma, como una enredadera, crece solo la maldad!!!*

*Y yo soy igual, si miro dentro de mi alma solamente veo destrucción, cuando niño vi un ángel de sueños que me dijo por ese camino vas a la perdición, pero seguí igual por ese camino del infierno y de la violencia y del dolor, me hice criminal, me hice ladrón, me hice una mierda que es un peligro para la sociedad.. Yo tenía una alcancia donde guardaba de pequeño la ilusión, de ser alguien que tiene luz en esta sociedad, pero ahora veo que se rompió el alcancia, porque estoy en una puta prisión de alta seguridad, esta es la respuesta a tantas preguntas de las tierras de la perdición. Tengo ahora tanto tiempo y no quiero mirar el abismo de mi interior, está todo lleno de recuerdos de vergüenza y de dolor, vienen los fantasmas por la noches y me dicen “mira lo que hiciste Panduro, ahora te tendrás que suicidar, no eres más que la puta mierda de esta sociedad”.*

*Tuve una novia de chico y nosotros fuimos juntos a surfear, pero ella me olvidó porque sigue perdida en una vida de maldad. Yo, en cambio, quiero un destino nuevo, porque lo merezco, porque tengo flow, tengo doble tempo y tengo rap y esta estrella en el cielo de los raperos, ya comienza a brillar y me dice Panduro, hay un camino con baldosas de poesía que quiere que lo camines, te espera flotando por encima de las ilusiones que tuviste y de las alas negras de los ángeles del mal.*

*El gobierno roba sin ninguna empresa criminal, pero roba sin vergüenza ni dolor, porque robar esta bien si es el gobierno y eso es lo que dice la ciencia, la ciencia que te dice que con monedas de oro se compra la*

*vida de verdad que se muestra en los anuncios de la publicidad. Escucha mi flow, eso es mentira. Escucha a Panduro que canta con este rap, eso no es verdad. Esas son las cosas que te dice la publicidad. No me juzgues si me equivoqué, tengo honor y mi castigo lo voy a aceptar porque es el castigo de la sociedad, aprendí el escarmiento y voy a vivir en paz con Dios.*

*Tengo mucho tiempo y dentro de mí está la poesía, la poesía que tiene la voz dormida de los dioses antiguos, y que trae, como un cofre escondido en las raíces los tiempos, la sabiduría. Escucha esta voz; Con monedas de oro ya nunca se consigue lograr el beso del hada de la felicidad..”*

Y exclamó:

*“¡es el hada que camina por sobre las olas del mar!”*

Mariano de Rose se encontraba acostado sobre la sábanas –color blanco, con dibujos de hojas- de “Hotel Emperador”, un viejo hotel de carretera, situado a diez kilómetros de la ciudad de Mar del Plata.

Azares que trae el destino, le habían dado el caso sobre el secuestro seguido de muerte de un joven que practicaba surf en Mar del Plata y que se llamaba Ezequiel Muñoz y ahora estaba allí.

Trataba de acercarse al terreno de los hechos para aprender un poco más sobre cualquier información que pudiera servir para eso. El caso era de lo más extraño, el joven había sido secuestrado, pero, a pesar de que su familia era de clase media, pidieron un rescate dos millones de dólares. Como no lo pudieron pagar, a Muñoz lo mataron sin piedad.

Hacía unos días ya, Mariano se presentó en el Juzgado Federal de Mar del Plata N° 3 con un escrito firmado por él y por los padres de Ezequiel Muñoz, indicando que se presentaba como querrela y pidiendo sacar fotocopias de toda la causa para tener más informaciones. Las fotocopias estaban allí, sobre la mesita de luz de la cama matrimonial de la habitación del hotel. En el expediente se notaba que no habían hecho mucho trabajo, sino que cumplieron con los pasos de rutina para apuntar a quitárselo de encima rápido.

En el expediente vio las declaraciones de las personas que lo vieron en las últimas semanas, sobre todo era importante el tal Miguel Antunez, un surfista que tenía un local de accesorios de surf “Teahupoo” Ezequiel Muñoz todas las temporadas solía ir a Mar del Plata a trabajar en Teahupoo. Según los datos del expediente, en los últimos días antes de morir, había visto a una mujer, una especie de noviecita que había conocido en el tren, pero las tareas de investigación no habían logrado dar con ella.

Cuando no hay celular por medio, es muy difícil encontrar a una persona o, quizá, da mucha pereza tanto a los policías como a la fiscalía o a la gente del juzgado instrumentar las investigaciones necesarias. De hecho, había en el expediente un rastreo de todos los números telefónicos utilizados por el celular de la víctima con llamadas entrantes y salientes de los últimos tres meses. Se habían traído a declarar a todas las personas propietarias de esos teléfonos y no había aparecido ningún dato interés. Además, las filmaciones de las pocas cámaras callejeras que podrían servir, no decían nada.

Tras todas aquellas tareas, y un corrido de traslado para la opinión de una fiscalía perezosa que sostuvo que no había elementos de convicción para impulsar la investigación, el juzgado había dispuesto el archivo de la causa. La decisión se la habían notificado al mismo domicilio que él fijó en Buenos Aires –en ese entonces, vivía en la casa de su madre- y tardó en enterarse. Por lo tanto, a Mariano le quedaban unos pocos días para presentar un escrito en el juzgado, apelar la decisión del juzgado, demostrar que era “prematureo” el archivo de la causa, sugerir nuevas pruebas y vías de investigación con las cuales fundamentar que aún no había que archivar y, con ello, terminar su tarea en ese expediente. Posiblemente, lo suyo era también ser un engranaje perezoso y rutinario en la maquinaria lenta e inútil de la Justicia. Iba a meter algunos papeles en el expediente, se iba a justificar así su tarea y, por lo menos, podía decir que había hecho algo.

Pero era importantísimo poder hacer una investigación que le permita ofrecer nuevas pruebas. Si se producían las nuevas pruebas, la causa no moría. Con eso se podía ganar tiempo para más investigaciones o, al menos, para ir a hablar con el fiscal y sacarlo de su siesta. Y, si se lo rechazaban, al menos para apelar, volver a apelar y llegar hasta donde sea necesario sin que la causa muera.

Sobre la mesa de luz, aquellas fotocopias del expediente le recordaban lo importante que era que no se le venza el plazo y que presente un escrito allí y sugiera nuevas y nuevas pruebas, aunque más no sea una pericia psicológica a cualquiera de los que declararon que sirva para perder tiempo.

Al aire libre, sobre el estacionamiento rudimentario del hotel, había dejado su auto: Chevy Sedan 250, modelo 1973, con GNC. En rigor, el auto no era suyo. Mariano le estaba llevando el “concurso de acreedores” a un cliente. Entre las cosas que estaban dentro del concurso, se incluía dicho automóvil viejo. Hasta que la oficial del juzgado lo encuentre se podía utilizar.

De todas maneras, sabía que el Chevi iba a ser rematado y el dinero repartido entre los acreedores, porque no se habían pagado las primeras cuotas. Pero...¿Quién puede conocer el destino? Mientras tanto, Mariano podía usar un auto. Ya era su forma de viajar. Para ir hasta allí, a Mar del Plata, el Chevy se comportó muy bien, si se deja de lado el ruido a chapa que hacía en las frenadas.

Era una noche de Septiembre, y Mariano estaba tirado con la Laptop

sobre sus piernas. Contestaba por Chat lo que le escribía Agustina, su entonces querida novia.

*“Son las típicas estrategias que nosotras las mujeres sabemos ver.”*

Tal era el mensaje que se veía en el chat. Acusaba a una chica de querer robarle el novio. Mariano, de su lado, sacaba la vista del monitor hacia el techo del motel, pintado a manchas de varios colores por la humedad. Enfrente suyo, había una televisión de doce pulgadas. Vieja y colgada de un soporte en la pared.

Era su segunda noche en aquel hotel de carretera: “Hotel Emperador”, un nombre muy pretencioso para el precio. Situado a diez kilómetros de la ciudad de Mar del Plata, era el lugar indicado para instalar su bunker de investigaciones. Cuando entró a su habitación, tras volver de una jornada de entrevistas con el Chevy, encontró que la mujer de limpieza estaba dejando en el baño, como limpias, las mismas toallas mojadas y sucias que él había usado la noche anterior.

Le preguntó si tenía limpias, y la mujer, con muy mal humor, le dijo que no, que no. Tenía un balde con un agua con detergente y un trapo de piso que irradiaba olor a humedad. Mariano entonces dejó la laptop sobre las sábanas de la cama y fue la recepción. Allí había una mujer, con anteojos muy grandes, que miraba en una televisión vieja el sorteo de la lotería, mientras marcaba números en un papel con una birrome.

-Me pusieron las mismas toallas mojadas que usé ayer. ¿No tienen toallas limpias?

La mujer, sin dejar de mirar el bolillero en la pantalla de la televisor, le respondió con desinterés.

-Las reglas del hotel son que las toallas se cambian cada dos días.

Volvió de nuevo a la habitación. Tal vez era mejor bañarse una vez cada dos días porque, en la ducha, el agua salía a chorritos.

Había mucho olor a humedad. Las cortinas de la ventana expelían polvo de tan viejas. Era mejor no moverlas. Desde allí se podía ver la ruta y el restaurante. Mariano iba a almorzar allí porque lo que le daban en ese viejo Hotel dos estrellas no lo conformaba.

Se pedía pastas con pesto y una copa de vino de la casa. Iba con la

Laptop y permanecía sentado largo rato, siempre en las mesas de la ventana, anotando cuestiones de sus pocos expedientes, contestando consultas. Miraba por el vidrio a los coches que entraban y salían de aquella estación de servicio. O miraba el Chevy, bañado por cortinas de tierra levantada todavía estaba más lindo.

En un subdirectorío de su notebook estaba la carpeta de la causa que lo había traído hasta allí. El subdirectorío decía “EZEQUIEL MUÑOZ”, y allí dentro estaban distintos directoríos. Uno de ellos, con la palabra “FOTOS” donde se encontraban las imágenes del cuerpo que encontró la policía, y otras fotos que Mariano había tomado de lugares clave para la investigación -o para darle ideas- como el edificio aquel de la calle Peralta Ramos, cerca del Casino de Mar del Plata, donde Ezequiel alquilaba su departamento antes de morir. Otro subdirectorío con la palabra “ACTIVIDAD JUDICIAL”. Allí estaban reproducidos todo lo que había encontrado en la causa, las imágenes que había scaneado (tenía un scanner portátil pequeño como una regla) con las resoluciones desde el expediente aquella vez que le dejaron ver el expediente en los Juzgados Federales de Mar del Plata, así como el modelo de escrito a presentarse.

En los últimos días una mujer joven aparecía a almorzar en ese viejo restaurante todos los mediodías. Se sentaba justo enfrente de su mesa. Mientras comían, cambiaban algunas miradas. Era como si esa mujer lo estuviera observando.

Durante los días anteriores, Mariano había intentado comunicarse con un tal “*Inspector Lopez*”. Según lo que indicaba el expediente, era quien había realizado “tareas de inteligencia” en el lugar del hecho, las cuales habían dado con resultados negativos.

-Necesito conocer el nombre de sus compañeros y su dirección para proponer que los traigan a declarar.

Le dijo Mariano a su tutor, el abogado experimentado que lo ayudaba en ese proyecto de patrocinio de causas.

-Estoy de acuerdo. En la medida en que consigas más información, vas a tener más tela para cortar y apelar después sino te reabren la causa.

El tutor lo había invitado a su estudio jurídico, situado en la calle Talcahuano, a media cuadra del edificio emblemático de Tribunales. Lo

recibió en su despacho, una oficina de abogados que irradiaba majestuosidad. Era un departamento de techos altos con sillones antiguos en la sala de espera. Las curvas de las sillas eran muy acentuadas en patas y brazos de sillones. En las cómodas y consolas, revestidas de telas en toda la tapicería, se veían los motivos de cestos y flores. Ya en el despacho mismo del abogado, había un reloj antiguo grande de madera. El tutor se sentaba en un sillón para escucharlo.

-¿Te molesta si pongo un poco de música?

Dijo el Tutor. Y a renglón seguido, prendió a bajo tono música clásica, como Mozart. En ese mismo ambiente que irradiaba paz y estrategia, Mariano le agradeció la ayuda brindada y le comentó sobre este caso.

- Así que pienso ir a Mar del Plata, ir a los lugares que visitó. Tomar nota de las personas que conoció, entrevistarlos.

Lo miró con interés el Tutor. Dejó pasar unos segundos. Y después dijo:

-Y también deberías hablar con el inspector que figura en el expediente.

El tutor se refería al policía que realizó las primeras gestiones antes de que archiven la causa.

Y así era el plan. Mariano necesitaba averiguar que le den el nombre de sus compañeros, y también tener más información, cualquier detalle, que pudiera sugerir una hipótesis de investigación. Todo eso podía sumar a ese escrito que iba fortaleciendo con paciencia de hormiga.

Su novia Agustina se opuso al plan.

-¿No te das cuenta la edad que tenés? Muchos que ya tienen tu edad están pensando en casarse, en tener una familia, tener hijos. Te fuiste del hilo de la vida. Se te va el tren, despertá porque se pasa volando.

Por aquellos años, Mariano vivía en la casa de sus padres.

Todavía faltaba un tiempo para que su amigo “El Gallego” le diga de alquilar juntos una vieja casona y montar el proyecto turístico que iban a bautizar “Mansión Beverly Hills”. Entonces tenía 28 años y, para la familia de su novia, era ya el momento de salir de la casa de papá. Los fines de semana iban siempre a comer allá a una casa situada en San Isidro. En realidad, estaba en Bulón, pero ellos decían siempre San Isidro. Había asado, pero con buen



vino de marca, ensaladas y papas fritas. Razón más que suficiente para fumarse a todos ellos. Y el padre de Agustina, siempre, siempre, encontraba la ocasión para comentar que él había dejado la casa de sus padres a los 19 años.

El padre de Agustina lo quería ayudar. Y le decía “*Lo que pasa que, cuando vas a pedir empleo, tenés que poner una cara que te comés el mundo, que vas con cara de ganador*”. En una oportunidad, hasta le compró un traje nuevo, marca Yves Saint Laurent. Aquella vez fueron con toda la familia a recorrer casas para poder comprar un buen traje. El padre de Agustina entró al probador para ver si le entraba bien el traje, y, mirándolo por el espejo, le dio una palmada en la espalda:

-Decílo... ¡Yo me como el mundo! ¡Yo soy un ganador!

Debía agradecerles porque lo querían mucho. Lo describían como “un chico sin aspiraciones”, pero le tenían afecto. Se gastaron una buena cantidad en comprarle ese traje. Era permanente la crítica a su “falta de aspiraciones” y de “ambiciones”. Ser distinto a los otros muchachos de su edad, los cuales “se comen el mundo”.

Al final, utilizó el traje nuevo, cuando se presentó en un concurso de abogados para patrocinar causas penales. Lo organizaba el Colegio de Abogados en conjunto con el Ministerio de Justicia.

El concurso no fue tan complicado como aquellas entrevistas laborales de estudios grandes en los que les pedían que haga un dibujito de la familia o de un hombre debajo de la lluvia –seguramente, porque era un trabajo pro bono-. Lo citaron para que se presente un miércoles, a las 14:00 horas. Antes de ir, su propio padre (que no era abogado) le tomó examen de derecho procesal penal en la mesa del living de la casa mientras se tomaban una coca cola. Se le hizo tarde y tuvo que tomarse un taxi. En el segundo piso del Colegio de Abogados, situado sobre la calle Corrientes de la Capital Federal, y sobre un banquito, estaban sentados unos diez aspirantes. Esperaban a ser llamados. Casi todas eran mujeres.

Cada vez había más mujeres en la profesión, aunque hacía ya años que superaban en número a los hombres. Lo cierto es que, si no eran más inteligentes, por lo menos eran más estudiosas porque tenían notas mucho mejores.

Iban haciendo pasar a una sala paralela en donde el Director del Instituto de Derecho Penal, el Dr. Martinez Raimonda, un abogado muy conocido en el fuero y también jurista de renombre, les tomaba examen a los participantes. Mariano les preguntaba a las abogadas si ya tenían experiencia en penal.

Cuando lo hicieron pasar, Martinez Raimonda, de barba prolija, cabello canoso, y gesto severo, le hizo unas preguntas muy difíciles. A todas las pudo contestar bien: resultado de haber estado estudiando todas las semanas anteriores. Le preguntaron: ¿Usted cuánta experiencia tiene en casos penales? Le contestó que todavía ninguna, pero que era su interés.

-¡Y sin ninguna experiencia se quiere largar a hacer algo tan delicado como esto! Imagínese un cirujano que se postula para hacer cirugías y dice que no tiene ninguna experiencia. ¿Le gustaría que sea su cirujano?

Luego de semejante severidad, los jurados se tranquilizaron. Le dijeron que lo bocharon por su falta de experiencia, pero que no se desanime. Debía cursar primero un curso de práctica especial en derecho procesal penal. El curso fue gratis, los profesores ni siquiera cobraban, sino que lo hacían por pasión de ayudar a otros jóvenes. Asistió durante cuatro meses. Imposible olvidar aquellas salas llenas de jóvenes profesionales que hacían preguntas de derecho procesal penal. Sobre la tarima, con el gesto de seriedad y de importancia que caracterizaba a quienes triunfan en la parte académica del derecho, el Dr. Martinez Raimonda, Director del Instituto de Derecho Procesal Penal, les hablaba de la parte práctica del ejercicio del derecho. Criticaban mucho a los fiscales que archivaban las causas sin investigar. Les llamaban “burócratas”. Fiscales sin pasión que van a sus despachos a cobrar un sueldo

Para finalizar el curso, y como graduación, se hizo un simulacro de un juicio oral penal. Los adustos profesores hacían de jueces. Distintos equipos: unos por la defensa, otros por la acusación. Se juntaron en una vieja casona de Recoleta a preparar el trabajo, fumando cigarrillos en el patio.

Luego de eso, por fin aprobó el curso de preparación y Mariano pudo ingresar entonces al programa de querellas. Le designaron un tutor y los casos comenzaron a llegar.

Una causa que le tocó fue la de los padres de Giselle, una chica de Lugano que había desaparecido. Primero, la causa estuvo en un juzgado penal

común y los padres de la menor estaban representados por el servicio gratuito de la Facultad de Derecho de la UBA. Son los alumnos de Derecho que, justo cuando terminan la cursada, deben atender allí gratuitamente a personas sin recursos para completar su formación. Están siempre en el piso más alto del edificio viejo y sucio de Tribunales. Ese mismo edificio donde seres muy cobardes, sin ningún tipo de entusiasmo ni de gusto por el derecho, sin mucha cultura, pero con habilidad para las relaciones sociales, trepan peldaños y se convierten un día en juez. Esos mismos jueces que hacen las sentencias con errores de gramática y muchos más gruesos errores jurídicos.

En aquel momento, daban en televisión una serie sobre trata de personas, era una serie que trataba sobre uno de los fenómenos reales más tristes y deplorables: esclavizar mujeres para prostitución. El tema estaba muy de moda. La cuestión que los alumnos de Derecho presentaron informes diciendo que la desaparición de Giselle podía ser “trata de personas” y, aunque no tenían fundamento para esa sugerir ese extremo, consiguieron que el juez haga lo que a todo juez más le gusta: sacarse el expediente de encima. Si era trata de personas, no era la Justicia Penal ordinaria. Entonces mandaron el expediente a la Justicia Federal y el juez federal rechazó el caso diciendo que no era “trata de personas”, sacándose de encima el expediente y las horas de trabajo del juzgado que un expediente significa. Al volver a la justicia penal ordinaria, llegó a la Cámara Penal que también decidió sacarse de encima el expediente y entonces volvió a la Justicia Federal. Cuando estaba en la Justicia Federal de nuevo, los padres de la menor fueron con el caso al Colegio de Abogados y se lo asignaron a Mariano.

Giselle era una chica de 17 años de Lugano, que tenía un amigo admirador que se llamaba Gonzalo. Según el testimonio, Gonzalo era su amigo que iba con ella a las hamacas y que trataba de alejarla de las malas compañías y del consumo de paco. A veces, ella iba a comprar paco a la villa y Gonzalo no la acompañaba.

Según Gonzalo, se había hecho amiga de un hombre de unos cuarenta años largos, que le llamaban “Ardilla” y que no tenía trabajo, sino que, a veces, reparaba piletas o hacía trabajos de plomería. Antes de eso, había salido con otro hombre de cuarenta años largos que le llamaban “El Ninja” y que había estado preso con graves antecedentes penales. El Ninja, según la foto que se veía en el expediente, no podía tener mucha habilidad para las artes marciales, debido a la enorme panza de cerveza que tenía, pero así le

apodaban. No hubo unos episodios de violencia muy confusos en el pasado, pero ahora ella no lo veía más.

Un día su amigo El Ninja le dijo que le iba a conseguir un trabajo a Giselle, que la esperaba esa tarde en la plaza de Lugano, cerca de la Villa, cerca del Elefante Banco (aquel enorme edificio abandonado de Lugano), y que vaya “bien vestida”. El Ninja declaró luego que la vió, que estuvo con ella, y que ella se volvió sola a su casa. Pero muchas veces volvía con su amigo Gonzalo que la acompañaba. Gonzalo declaró que la intentó llamar por teléfono, pero que ese día ella no contestó. La verdad es que nunca más nadie supo de ella luego de esa tarde, y como El Ninja había pedido que esté “bien vestida” la especulación de los chicos de la Facultad de Derecho era que la vendió a una banda de trata de personas.

Mariano fue a al edificio de Comodoro Py 2002, donde estaban los tribunales federales para sacar fotocopias del expediente. Al subir la escalera de Comodoro Py, no pudo evitar recordar las imágenes de los noticieros. Por esos mismos escalones solían subir los ex presidentes de la Argentina, o los ex ministros de economía, aquejados por las numerosas causas de corrupción. Rara vez se condenaba a alguno. Decían por allí que el aforismo que resumía la jurisprudencia de Comodoro Py era “Un político exitoso es inocente, aunque se demuestre lo contrario”.

Tras subir las escaleras y entrar al templo del poder, fue al juzgado que le tocaba y le sacó fotocopias al expediente. Lo estuvo mirando un rato sentado sobre un banquito.

Al volver del edificio de los Tribunales Federales, que se situaba en la calle Comodoro Py, pasó por una tienda ambulante de sandwiches de bondiola y choripán. Los árboles de la zona escupían unas pequeñas flores violetas y el viento movía las hojas sobre el asfalto. Se pidió un sandwich de bondiola, le puso salsa criolla, mucho picante y se tomó una botella de gaseosa, mientras miraba las fotocopias del expediente y las flores violetas sobre el suelo.

El diálogo con el de la mesa de entradas no había sido muy provechoso.

-Los padres necesitan sacarse la duda de si no están los restos enterrados allí en la casa.

El oficial del juzgado le contestó, casi con bronca.

-Es verdad, es una posibilidad. Todos los indicios indican que se trata de un simple asesinato. Esto no es un caso de trata de personas. Pero nosotros no podemos investigar esa hipótesis, aunque se trate de la verdad, no la podemos investigar. Así que si usted pide la prueba, la vamos a rechazar porque eso no se puede investigar.

-¿Y por qué no se puede investigar?

-Porque ya la Cámara resolvió que nosotros somos la Justicia con competencia en el caso, la Justicia Federal y, para eso, decidió que se tiene que investigar la trata de personas. Nosotros solamente debemos investigar esa hipótesis. Esto no es trata, pero tenemos que seguir así.

Son las cuestiones formales del derecho, pensó mientras disfrutaba el gustito de la bondiola con salsa criolla. Si los chicos del examen práctico de la Facultad de Derecho de la UBA lograron convencer que era “trata de personas” y, tras una larga pelea de jueces por ver quien se sacaba el expediente de encima, se terminó con esa carátula, ahora no quedaba otra opción que ir por aquel camino -aunque no lleve a ninguna parte-.

Además de estos casos, les tocaron sorteados más casos penales. Algunos de ellos por abuso de menores, donde Mariano debía impulsar la querrela para tratar de investigar el posible delito y dejar tras las rejas a los acusados.

Otro de los casos que le tocaron a Mariano por ese servicio de patrocinio gratuito de causas penales fue el de Ezequiel Muñoz. Uno de los casos que sería más importantes en toda su vida, un caso realmente siniestro y muy triste, porque se investigaba una de las modalidades criminales más horribles y deplorables de todas, un secuestro y encima con muerte.

La culpa fue suya. Alardeó diciendo que tenía la matrícula federal –una matrícula de color amarillo que entregaba la Cámara de San Martín- y que, con ella, podía actuar como abogado en todos los tribunales federales del país. Cuando la madre de Ezequiel Muñoz fue al servicio de patrocinio y demostró que no tenía recursos para poder pagarse un querrelante por su cuenta, el mismo Director del Instituto de Derecho Penal del Colegio, el Dr. Martínez Raimonda, asignó el caso a Mariano de Rose. Había muchos filtros para entregar un caso a ese servicio gratuito de patrocinios, porque solamente se lo daban a quienes no podían pagar un abogado y se indagaba mucho sobre

la situación económica de esas personas.

Fue una excusa para viajar a Mar del Plata con más frecuencia, para que su novia y la familia le digan que ha perdido “el hilo de la vida”, para que el padre de su novia le diga que no se comporta como “un ganador” y para estar en aquel hotel de mala muerte tratando de jugar un poco al Sherlock Holmes.

En la ventana del Hotel le pareció ver una mujer que lo estaba expiando desde afuera. No se podía ver bien por aquellas cortinas viejas llenas de polvo, típicas del Hotel Emperador, ese hotel de mala muerte. Se acercó a la ventana y ya no estaba ella. Pero le pareció que se trataba de la misma mujer que había encontrado, tantas veces, en el Restaurant de enfrente donde Mariano iba siempre a almorzar. En el techo del dormitorio, sobre un rincón repleto de humedad, vio una pequeña lagartija. Estática, parecía embalsamada. Se acercó para sacarle una foto con el celular, pero el bichito se escondió en una grieta antes de poder apuntarle.

Lo primero que debía hacer era contactarse, personalmente, con los distintos vínculos que tuvo Muñoz antes de su dudosa muerte de su raro secuestro. Uno de ellos era el surfista (Mariano decía “surfer” que es surfista en inglés) Miguel, un amigo de Muñoz de la Playa, dueño del local Teahupoo en el que estaba trabajando Muñoz en esos días.

Había que tratar de buscar nuevas pruebas de investigación, para preparar un escrito, apelar el archivo de la causa dentro del plazo, y así, fundamentarlo en esas pruebas. Eso, sí, dentro del plazo.

¡Lo más importante era el plazo! Si no presentaba en plazo la apelación con las pruebas y rutas de investigación nuevas, entonces se vencía y todo iba a ser inútil. Primero, buscar las pruebas. Luego, sugerir rutas de investigación. Luego, presentarlo dentro del plazo.

Aparentemente, Muñoz surfeaba con un grupo de gente de allí de Mar del Plata. Por lo tanto, Mariano lo anotó entre sus apuntes y lo guardó en el borrador de ese escrito que iba a presentar en el juzgado.

- Necesito que me digas quienes son las personas que Ezequiel más vio en los últimos tiempos para buscar pistas, impulsar la investigación, y sobre todo, para proponer pruebas que nos den tiempo, para que no se cierre el caso

La madre de Ezequiel Muñoz le había señalado al tal Miguel como uno de los amigos. Uno de los que más había estado viendo en los últimos meses. El dueño de aquel lugar de surf “Teahupoo” donde Muñoz iba a trabajar todas las temporadas.

Ahora que lo tenía que ver eran la una del mediodía. Pleno Septiembre. Mariano fue con un traje de baño largo, una remera y unos zapatos náuticos. En Noviembre no había mucho tráfico en Mar del Plata. Por las ventanas del Chevy, se veían las olas rompiendo sobre orillas de arena con poca gente, y carpas vacías, mientras avanzaba por la calle Peralta Ramos.

Cuando Miguel le abrió la puerta, vio un departamento desordenado, las colchas con las sábanas descompuestas. Miguel era un hombre muy alto, en traje de baño y en musculosa, con los músculos marcados y la piel despellejada por el sol. El hombre estaba tomando un vaso de jugo de naranja. Había un perrito beagle en el departamento que le lamía la pierna a Miguel... y Miguel lo acariciaba de vez en cuando. Más atrás de los sillones, estaba tirado un bodyguard. Sobre una mesa de madera del living, al costado de numerosos vasos de cerveza vacíos, un cenicero con ceniza tirada, colillas de cigarrillo de una noche anterior, había una computadora portátil con un pen drive. Una intuición fuerte le dijo a Mariano que debía apoderarse del pen drive.

-Justo estaba saliendo para la playa “La Paloma”... Vamos a ir con unos amigos.... ¿No me querés acompañar y hablamos allá?

Subieron sus cosas a una camioneta de caja grande de trabajo. Esas que usan para llevar materiales de construcción o para mudanzas. Miguel la tenía estacionada en un garaje situado justo enfrente de su casa. En ese momento, se dieron cuenta que no había tabla para Mariano.

-Vení. Acompañame. Vamos a buscarte una tabla a la baulera.

Apenas salieron, de un movimiento furtivo y sigiloso, extrajo el pen drive de la computadora que estaba arriba de la mesa, una mesa con moscas, una caja de cartón de pizza vacía con manchas de grasa, envases y muchos vasos de cerveza vacíos. Miguel no llegó a descubrirlo. Cruzaron la calle, con el sol que pegaba fuerte sobre el asfalto y ese aroma característico de Mar del Plata. El perrito daba vueltas alrededor de ellos. Fueron al ascensor del edificio rumbo a la baulera.

En la terraza del edificio, con una puerta de hierro, se entraba al recinto a donde se agrupaban todas las bauleras de los diferentes departamentos. Miguel se detuvo y miró hacia el mar. Era un piso décimo. Desde allí se veían las olas del océano atlántico con blanco en la punta sobre un manto azul.

-Está soplando viento noroeste. Esperemos que las olas rompan bien. Yo las veo más grandes.

Unas nubes negras, muy densas, estaban cubriendo de a poco la superficie del cielo. La sal marina que traía el viento oxidaba todo. Segundos después, los dos estaban frente a la jaula de 8 \* 8 que componía la baulera de Miguel. Parecía esas jaulas de protección que usaban los turistas en el mar de Sudáfrica para bucear frente a los tiburones.

Tenía apiladas por lo menos unas cinco tablas de surf. La que estaba más al fondo era la más grande y alta. Con lo justo entraba dentro de aquella jaula de hierro ubicada en posición diagonal. Era un “longboard” de colores verdes brillantes con frases punk en azul y en rojo, con un poco de arena. Y había tres tablas viejas más apoyadas, un poco ralladas. Había arena por todas partes, trajes de goma, sillas de playa, salvavidas, entre otros objetos. El perrito daba vueltas alrededor y lamía las piernas de Mariano.

Miguel se dio vuelta y lo miró.



- En la Paloma hay rocas. No es ideal para alguien que no está muy entrenado. Hoy a la mañana salimos con los chicos a las 6 para allá y había olas. Vamos a ir donde rompen que es un fondo de roca liso en el pico mayor. Pero si me vas a cuidar la tabla y te animás, elegite una tabla para vos y hablamos en el agua...

El perrito estaba aburrido y daba vueltas alrededor de ellos.

- Me animo a meterme, pero prefiero no poner en riesgo ninguna tabla.

Miguel se sonrió. Había sacado un jabón de parafina de una bolsa que estaba tirada en el suelo. Rozó con el jabón de parafina la superficie de una de las tablas y la golpeó con una palmada como un entrenador que alienta a un jugador.

-Te puedo dar esta 6 - 3.... con quillas fijas... La usé mucho, pero todavía tiene mucho que dar... ¿Ves? -señalo el medio de la tabla- Tiene arreglos, pero están bien hechos. Y no le entra ni una gota de agua. Es una shape tradicional. Hoy en La Paloma puede andar muy bien. Si la querés, es tuya.

-Me gustan estas tablas, la tomo.

-Sí, son mejores. Viste las fotos viejas de surf, antes las tablas eran enormes. Larguísimas. Los australianos fueron los que empezaron con las tablas más cortas en los años 70 y tenían razón. Los australianos están locos todos, pero en esta tenían toda la razón. Las tablas cortas te permiten mejores giros. Todo el surf moderno se lo debemos a los australianos.

Acarició el perro y luego dijo agregó:

-Todo sea por Ezequiel. Era un buen pibe, venía todos los años y vendía bien. Andaba con un sombrero en temporada, era un tipo muy particular. Surfeamos juntos también. La verdad que se lo extraña mucho.

Miró para abajo Miguel. Luego, acomodaron esta tabla de surf 6-3 contra la pared. Miguel extrajo de una bolsa de la baulera una cadena de metal oxidado y unos candados.

-Mejor llevo otra sogá más porque está haciendo mucho viento. Prefiero sujetarlo bien.

Abajo, en la camioneta, ya estaba enganchada la tabla de Miguel. Pero

ahora iban a agregar una tabla nueva y era mejor darle nueva protección con esa cadena, negra como torta de chocolate por el óxido. Luego apoyó sus manos señalando sobre una de las tablas apoyadas sobre la reja de la baulera.

-¿Te parece mejor sino una 6- 2?

El había surfado siempre con una 7 -2. Es decir: era una tabla más grande la que él utilizaba. Una tabla más chica podía ser más difícil de manejar, aunque más fácil para pasar la rompiente. Mariano no quería ser menos que esos chicos de la playa. No le iba a decir que él prefería una más grande –lo mismo que decir que su técnica en el deporte no era tan buena-. En ese momento, sonó el celular de Miguel.

-¿Me aguardás un segundo?

Dijo el hombre. Y se alejó camino hacia el pasillo interno con el teléfono en la mano. Lo vio de espalda alejarse. Miguel tenía un tatuaje de una calavera mexicana en el cuello debajo de la nuca. Lo dejaba ver mientras se iba pasando por el costado de las numerosas bauleras correspondientes a otros departamentos. El perrito Beagle caminaba detrás moviendo la cola. Al parecer, Miguel no quería hablar por teléfono allí. Mariano quedó solo en el pasillo de aquella sala de bauleras.

Frente suyo, la gran caja de rejas que componía la baulera del departamento de Miguel. Ya habían puesto sobre la pared la tabla 6-2. La que iba a usar Miguel, más nueva, en cambio estaba abajo, en el garaje, bien sujeta a la camioneta con sogas. Era una 6-2 de marca “Almeja Almarilla”, una importante fábrica local de ropa y equipos de surf, que comandaba el legendario empresario del surf Martin Taglione.

Adentro de la baulera, se veían muchos objetos desordenados. Dos cañas de pescar, sillas de playa de plástico, una valija vieja de cuero recubierta de polvo, todas esas tablas viejas, una bicicleta, entre otras cosas.

Había una placa de madera tirada con una frase de la película “Rebelde sin Causa”( 1955):

*“Este va a ser un día fantástico, aprovéchalo porque quizás mañana no vivirás”.*

Miguel estaría lejos porque no se escuchaba ya su voz en el pasillo. Todo estaba silencioso. Tuvo que prender de nuevo la luz.

Utilizó su Smartphone para sacar algunas fotos. Le puso flash para que salgan bien porque estaba todo bastante oscuro. Al observar con más atención en los detalles, pudo ver, detrás de unas cajas repletas de velas, al borde de una cama vieja, una inscripción sobre un fondo de madera, ¿Qué era lo que decía? Se agachó y estiró el brazo por debajo de aquella cama, sobrepasando con su piel las distintas capas de telaraña. Pero no alcanzó a agarrarla. Estaba más lejos. Entonces, con cuidado de que no se caigan las cosas, movió una de las cañas de pescar. Apuntando con la punta de la caña por debajo de aquella vieja cama, consiguió moverla.

Decía:

*“Las necesidades básicas para descubrir aquello que está más allá de la medida del pensamiento, para descubrir algo que el pensamiento no ha producido son tres: 1) se debe producir un estado de altísima sensibilidad e inteligencia en la mente; 2) ésta debe ser capaz de percibir con lógica y orden; 3) finalmente, la mente debe estar disciplinada en alto grado. Jiddu Krishnamurti”*

Acomodó las cañas de pescar de nuevo como estaban. Le sacó algunas fotos a las cajas con velas. Eso le llamaba la atención. Una de las velas la levantó para evaluar su textura. Por influjo de las películas malas de Hollywood, o de noticieros de contrabando, quería indagar si había droga dentro de las velas. Eran velas comunes. No se animó a guardarse una vela en el bolsillo. El traje de baño que Mariano usaba, si bien era largo hasta las rodillas, no admitía guardar dentro una vela, sin correr el riesgo de que se advierta a simple vista. Acomodó todo de nuevo en su lugar. Segundos después, Miguel ya estaba allí de nuevo.

- Disculpame era un llamado de uno de los chicos. Me dijo que no va a venir. Bueno...-señaló la tabla, que todavía estaba apoyada contra la pared y le dio una palmada- ¿Te animás con esta entonces?

Minutos después, estaban en el garaje de nuevo. Mariano necesitaba una excusa para deshacerse del pendrive.

-Aguardame que voy a buscar crema al auto.

-No te preocupes, nosotros tenemos.

Pero no lo escuchó. De un pique, ya estaba frente al Chevy. Con la

fuerza de los rayos del sol, la chapa del Chevy se había recalentado. Al entrar, una cortina de calor le dio la bienvenida. Buscó sus anteojos *Ray Ban Aviator* y una crema con protección ultravioleta en la guantera. Dejó el pen drive debajo de las alfombras del asiento trasero.

Segundos más tarde, la camioneta salió hacia la calle Peralta Ramos con las dos tablas arriba enganchadas con sogas. El perro iba atrás en la caja de la camioneta. Se asomaba para sentir el viento que le movía las orejas marrones para atrás. Miguel manejaba la camioneta. Exhibía sus músculos que también tenían tatuajes.

Mariano estaba sentado a un costado suyo con las *Ray Ban Aviator* de marco dorado puestos. Con los anteojos negros puestos, sentía que podía captar algo del tipo aquel. Había algo escondido, como un lago demasiado calmo que esconde algo debajo del fondo.

-Ezequiel era un buen pibe. Hacía la mañana en Teahupoo.

-¿Teahupoo?

-Es el nombre de un local que yo tengo. Vendemos accesorios, ropa. Lo contrataba a Ezequiel para todas las temporadas. El hacía la mañana y yo la tarde. Creo que había salido con una chica en estos días, estaban surfeando cerca del muelle de los pescadores.

-¿Quién era esa chica?

-No tenemos datos.

- ¿Vos sabés quiénes son estos que están atacando a las casas de ropa?

- Una agrupación anarquista.

Mariano se dijo que era crucial conocer a estos activistas y tener con ellos una entrevista personal. “*Surf no es un negocio*” le ponían a las marcas. Atacaban los campeonatos de surf. Atacaban y boicoteaban todo.

- ¿Y si ellos me pueden decir algo del tema?

Miguel bajó la música y su dedo gordo mostró un anillo plateado al mover el volumen. Lo miraba con aire distraído.

- La mayoría de los que se unen a ese grupo son nenes.

Al decir esto, Miguel se quedó callado. Se produjo un silencio donde se

veía la ruta que iba hacia el sur. La camioneta iba yendo para el sur y había pocos autos. Miguel luego continuó hablando. Hablaba de surf, que era su pasión evidentemente. Como muchos en Mar del Plata, no usaba la palabra “surfistas”, sino en inglés “surfers”.

-Hay muchas maneras de surfear –decía Miguel- como hay muchos surfers en el agua. El surf significa algo distinto para cada surfer. Para algunos es un pasatiempo, y para otros es un estilo de vida. Surfear no es fácil. Lograr verdaderas habilidades de surfer puede requerir mucho trabajo. Se aprende mucho mirando. Yo de chico iba siempre a mirar el surf a la escollera de Playa Grande y aprendí mucho mirando. Convertirte en un surfer avanzado y poder correr olas bravas, puede llevarte años. Pero aprender lo básico es fácil y es muy divertido de todas maneras.

Ahora se escuchaba la canción “*Black Dog*” de Led Zeppeling por encima del ruido de las olas. Al escuchar el sonido de la guitarra eléctrica, Miguel subió el volumen más fuerte, más fuerte, más fuerte.....En esa parte de la ruta, había menos autos.... Las nubes estaban poniendo el día cada vez más oscuro. Iban por la ruta 11. Ya se escuchaba “*Inmigrant Song*”. Atrás, el perro parecía loco de excitación esperando bajarse de la camioneta.

La playa “La Paloma” se encuentra en el Paseo Costanero Sur, Presidente Illía. Aproximadamente a 4 km de la rotonda del faro de Punta Mogotes. Al acercarse, pudieron ver esas largas espumas que venían rotas desde muy adentro.

-Los principiantes del surf no van a donde las olas rompen, sino que llegan hasta la espuma y surfean con eso. Surfean “espumas”: son olas que ya están rotas, tienen menos fuerza.

-Lo sé.

Dijo Mariano. El también surfeaba. El surf le había hecho muy bien. En una etapa de su vida que no la quería recordar, estuvo muy nervioso, muy angustiado, le dieron medicación psiquiátrica. El se negó a probar esas pastillas que le indicaron y su madre, ingeniera de profesión, estaba muy preocupada.

-¡Tomás las pastillas por el amor de Dios Mariano ! ¡Vas a terminar como tu padre!

El no se quería acordar de lo que le pasó a su padre, ni tampoco de esas angustias y de todo aquello. Aunque sí sabía el desenlace. Un tipo le dijo que pruebe con el surf. Se acercó al surf, hizo viajes de surf, aprendió a surfear. Primero las espumas, como decía Miguel, pero después su técnica mejoró. Surfeó las olas del fondo, en Brasil, Itakaré, donde aprendió. El surf le transmitió una serenidad poderosa a su alma, pudo escaparse de tantas angustias. La pudo tranquilizar a su madre, ingeniera de profesión, que estaba por ese tiempo muy nerviosa. Mariano hablaba solo, se reía solo, pero, sobre todo, había ideas muy poderosas, muy dolorosas y raras. El surf, hacía muchos años ya, lo rescató de todo eso. Y, desde entonces, Mariano, siempre que podía, se escapaba hacia las olas, viajes de surf a Perú, a Chile, a Brasil, porque las no se beben ya que son saladas, pero si se bebe una tranquilidad interior, una paz que se necesita.

El sabía lo que era el surf. Las olas lo habían ayudado, quizá le habían salvado la vida. No necesitaba que Miguel le explique. Pero tampoco iba a alardear mucho.

Cuando llegaron, vieron que los otros ya estaban allí. Había estacionada una camioneta Kombi Transporter, con un portatablas en la parte superior, que era de ellos. La orilla estaba vacía y se veían las tablas de surf apoyadas contra la arena, como cocodrilos que descansaban. Cerca de ellas, unas lonas, unos mates. Y el grupo de surfistas amigos de Miguel allí sentados.

Para Mariano fue difícil, por momentos, llevar la tabla hasta la orilla, porque el viento levantaba ráfagas muy intensas. Los Ray Ban Aviator le protegieron los ojos de los granitos de arena furiosos que se levantaban. El perro daba vueltas alrededor de ellos. Uno de los que estaba en la orilla se levantó con un mate en la mano para recibirlos. Miguel los presentó.

-Este es Mariano.... abogado de la familia de Ezequiel Muñoz...

Desde sus anteojos Ray Ban Aviator, Mariano se sentía más protegido para saludar a todos esos extraños surfistas. Es importante que la gente no te vea la totalidad de la cara. Cuanto menos sepan, más ventaja tendrás, pensaba.

A Mariano le gustaban las ventanas cerradas con cortinas en las casas, para estar protegido de la mirada de las personas. Le gustaba también los vidrios negros en los coches, porque también eran una forma de no estar expuesto. Si era posible, prefería hablar poco de sí mismo. Cualquier dato

podía ser sacado de contexto y dar lugar a una murmuración. La murmuración iba a ser siempre negativa. Nada peor que estar adentro de las conversaciones de la gente.

Cuando crezca, cuando tenga una familia, cuando tenga hijos, iba a preocuparse por quedar bien con toda la gente. Tratar de mantener una imagen respetable para llevar prestigio a los suyos. Iba a ser uno más de la manada de padres de familia que va todos los sábados a los shoppings y hacen filas comprando cosas innecesarias, atraídos por falsos descuentos de las tarjetas de crédito. Todos apelotonados en las escaleras mecánicas de esos shoppings, buscando endeudarse con cosas innecesarias. Todos vestidos igual, con ropa muy parecida, de personas serias. Todos hablando de los mismos temas. Haciendo chistes superficiales para parecer “divertidos”. Iba a ir de vacaciones a lugares convencionales, a donde hay que ir para demostrar el poder adquisitivo -que, en realidad, no se tiene- para causar una impresión en las gentes de esos círculos -que, de todas maneras, lo iban a despreciar-.

Toda la vida iba a ser así. Veranos que pasan cumpliendo con eso, para contentar a la gente. A la gente que igual siempre te va a despreciar. Y un día iba a ser un viejito. Rápido como una película que se termina antes de que acaben los pochoclos, iba a pasar toda la vida. Ahí, al salir del cine de la vida, iba a darse cuenta que nunca apostó lo suficiente a intentar hacer de su vida lo que se le daba la real gana. Y que todo lo que hizo fue esforzarse por “llegar” a ser una persona que goce de la aprobación y del respeto de sus círculos sociales. Se iba a dar cuenta que toda su vida se esforzó por tener el respeto de la gente alcanzando las metas convencionales....pero que fue inútil. Porque la gente, igual, lo despreció de todas maneras.

Algunos se pararon para saludarlo y otros estiraron el brazo, con justa cortesía. Sobre la arena estaban, recostadas como cocodrilos indios que descansan sobre el barro del costado de un arroyo, todas las tablas. Ya sentado junto a ellos, uno le habló.

- ¿Vos sos abogado? ¿Pero cuántos años tenés?...

Intentaba ser amable. Darles respuestas fáciles.

- Vestido de traje a lo mejor sería diferente. Pero me recibí hace unos años...

El hombre bebió un sorbo de mate. También tenía anteojos negros y un

típico buzo playero.

- ¿Y recién te recibiste y ya te metiste en este quilombo? Un despelote con una banda que organiza secuestros, una muerte, un desastre.

- Seguí la orientación penal. Estudio mucho para ser bueno. Pero es verdad que me falta experiencia. Por eso, me anoté en un concurso para participar en un programa de querellas criminales. No pagan más que los gastos, pierdo plata. Pero gano con la experiencia que no solamente es práctica, sino también académica. La formación es excelente.

-¿Y eso es lo que sos?

-¿Eso es lo que sos en tu vida? ¿Te preguntaste quien sos?

-Algo intento.

El interrogador se relajó. Buscó un termo y tomó de la bombila de mate. Se había quedado callado. Ahora tomaba lentamente mate, como inspirando de la hierba del mate la energía mágica necesaria para poder decir algo filosófico. Por fin lo soltó.

-Surfear es la encarnación de las viejas enseñanzas que estuvieron en el corazón de todas las formas de iluminación espiritual desde los tiempos inmemoriales –dijo- El surf es la utilización de las fuerzas naturales para hacer algo más que la supervivencia.

Todo el cielo estaba negro. Tan negro que parecía que iba a venir un tornado. Las olas que se veían desde ahí eran grandes. Algunas sobrepasaban los dos metros y rompían con ruido de golpes contra esas costas de roca.

- ¿Ustedes lo conocían a Ezequiel entonces?

Ahora hablaba Miguel.

- Conmigo vino a la playa algunas veces. No creo que haya tenido ningún enemigo. Salía con esta chica....

-¿Qué chica?

-No sé, lo tenía medio oculto. Una chica, pero no sabemos quién era.

-¿Hay filmaciones?

-En esta ciudad no ponen cámaras. Es algo que tiene que hacer el



intendente hace tiempo.

El otro lo interrumpió. Hacía rato que estaba callado mirándolos.

- ¿Vos qué haces... sos como un detective que nos hacés preguntas a nosotros?

-No... No... Yo trabajo para la familia... La investigación la hace la policía, y el fiscal.... Me sumo desde afuera a la tarea del fiscal....

Todos se quedaron callados. Parecía que reclamaran más información.

-En un caso penal, en la etapa de instrucción, el motor es la fiscalía. La fiscalía impulsa la investigación con distintas medidas de prueba. El motor es el fiscal. Cuando hay querrela, es como un segundo motorcito que puede dar fuerza adicional si se traba el fiscal o para sugerir más pruebas. Yo vengo a ser abogado por la querrela.

En ese momento, Miguel se estaba poniendo un traje de goma negro, con manchas naranjas y fucsias. Había dejado de escucharlos.

- Está muy bien que te hayas metido con esto a ver si podes dar una mano para que haya justicia.

En ese momento, Miguel estaba en el agua. Se lo veía indefenso entre los edificios azules. Con sus enormes brazos tatuados, luchaba para tratar de pasar la segunda rompiente. Las olas eran muy fuertes y estaban rotas en sus crestas por el viento.

Mariano había sacado su Smartphone. Estaba leyendo un correo electrónico de Agustina, su novia. Empezaba bien "*Amor no sabés todo lo que te extraño en estos días, estoy muy preocupada de que te pase...*" Antes de seguir leyendo, cerró el teléfono. En ese momento, estaba volviendo del agua otro de los amigos de Miguel. Se estaba sacando el traje en la zona de la arena mojada. Mariano se levantó y agarró la que le habían prestado. La raspó con la mano. Estaba poco rugosa.

-¿No tendrás un poco de parafina?

-Sí. Acá tenés.

-Gracias.

Agarró ese pedacito de jabón y lo empezó a rozar sobre la tabla. Se

escuchaba el ruido de las olas al romper.

-¿Vos sos el abogado que está con el tema de Muñoz?

-Si...soy yo.

- ¿Y tienen algo o está parada la cosa? ¿Sabén algo de quien puede llegar a ser?

- Estamos viendo... yo sigo una línea independiente.

Agarró la tabla 6-3 y entró en el agua. Se dijo que debió hacer un precalentamiento antes de entrar al agua, para evitar los calambres. Pero no lo había hecho. El agua tan fría podía generar calambres y siempre convenía realizar el precalentamiento, aunque sea a la orilla de la playa. Ya se había puesto el traje de neoprene.

El cielo estaba cubierto de nubes y el agua parecía ser negra. La tabla se empujaba para el costado por el viento. Empezó a remar por arriba de ese suelo de piedras y arena. Luchaba contra las espumas que venían con fuerza para arrastrarlo hacia atrás. Sabía que esos surfistas lo estaban mirando. Desde el agua, se veía el perro de Miguel jugando con la orilla, ladrando en su dirección.

Con el viento noroeste fuerte, se estaban formando unas interesantes paredes de agua. Adentro del mar, las olas, decía Mariano, son otra cosa distinta de lo que se ve en la orilla. Para el que las mira desde la playa, las olas parecen fácilmente manejables. Tumbado en la tabla es como si aumentaran de tamaño y algunas se convirtieran en monstruos azules.

No estaba con el físico entrenado para luchar contra la fuerza de las espumas que venían en sentido inverso. Era un esfuerzo devastador porque la tabla era un poco grande. Contrario a lo que le dijo Miguel, los arreglos no estaban bien hechos y absorbía agua. Eso la hacía mucho más pesada. Había que aprovechar cada calma que dejaban las olas al máximo y remar fuerte para tratar de pasar la rompiente. Aunque en verdad el ruido que se escuchaba era el bello rugir de las olas, él escuchaba, de forma alucinada, otra cosa.

Mientras estaba remando para pasar la rompiente, él escuchaba la canción *Have you ever seen the rain* de Creedence. Era como si estuviese sonando a máximo volumen con parlantes de tamaño de edificios. La ensoñación auditiva lo acompañaba en cada ocasión en que debía luchar

contra las espumas para pasar la rompiente.

Si las olas rotas que venían eran muy poderosas, se sumergía debajo del agua para pasarlas por debajo y luego tironeaba de la soga para traer de nuevo la tabla. Si, en cambio, eran más chicas, las pasaba por encima. Pero, para pasar por encima de esas fuertes olas rotas, él, justo en la cresta, arrodillaba una pierna sobre la tabla hasta hundirla.

Adelante suyo, podía ver ya cerca la línea de la rompiente. Detrás de ella, estaban, sentados sobre la tabla, algunos surfistas. En eso, vio a uno de los amigos de Miguel agarrar una de las olas. Era pro de verdad. Realizó, a gran velocidad, un magnífico Cut Back (giró a la dirección contraria de la ola y después retornó al sentido normal). Pasó delante suyo y se bajó de la tabla – como quien se baja de un escalón-, sin caerse, con elegancia, a la altura del banco de arena, metros más atrás.

Mariano dio unas brazadas más y pudo pasar la última ola antes de que rompa. Se sentó sobre la tabla para descansar un rato. Estaba detrás de la línea de rompiente. A unos diez metros, sentado sobre su tabla estaba, otro de los amigos de Miguel. Era el mismo interrogador que tantas preguntas le había hecho antes.

Aunque parezca increíble, se había sacado una manzana verde de su traje de neoprene y la estaba mordiendo con tranquilidad. Al verlo, se bajó de la tabla y, acostado sobre ella, remó unos metros hasta su lugar. Luego, se volvió a sentar. Como si no importara el agua salada que envolvió a la manzana cuando sumergió su brazo para remar, la seguía mordiendo. Sentado sobre las olas, cabalgando los monstruos azul amarronados que pasaban por debajo de ellos, se los veía muy tranquilos.

-Con este viento noreste las olas se están poniendo buenas. Hay que ver si no llueve, porque, si llueve, tendríamos que salir del agua.

El hombre terminó de dar un tarascón a la manzana y volvió a hablar.

-Pensá que hace unos meses estaba surfeando con Ezequiel Surfeamos por amor al mar, a las olas. Eso se está perdiendo con las marcas, con el negocio. Escuchá esto: *“A lo largo de la vida, desde niños, desde el colegio hasta que morimos, nos educan comparándonos con otros; sin embargo cuando me comparo con otro me destruyo a mí mismo”*

- ¿Quién lo dijo?

-Krishnamurti, un místico hindú.

-Ajá.

-¿Pudiste hacerte la pregunta?

-¿Qué pregunta?

-La pregunta de quién sos. Es la pregunta difícil, porque mucha gente tiene miedo de hacérsela y así tener que responderse quién es. Mucha gente quisiera ser otra cosa distinta de quién es.

Que raras las inquietudes de ese surfista, pero le sonaba el nombre “Krishnamurti”. Lo había leído en otra parte, aunque no se acordaba donde. Desde allí, detrás de la rompiente, se veía la costa de Mar del Plata y los edificios grandes de la ciudad. La playa La Paloma estaba vacía, con la excepción de ellos.

Era el momento de cazar alguna de esas olas. No era tan fácil siempre hacer eso. Debías estar en el lugar correcto. Si estabas muy alejado, la ola iba a pasar debajo sin romper. Si estabas demasiado cerca, iba a romper antes sin que puedas surfearla.

Encontró el momento y comenzó a remar con todo hacia la ola que estaba viniendo. La ola estaba ya detrás, elevaba su tamaño segundo a segundo, pero no era el momento de dejar de dar brazadas. Había que esperar para saltar en la tabla. Todavía era necesario dar brazadas con toda la energía para no perderla, mientras la bestia azul le besaba ya los pies. En eso, experimentó la sensación del túnel o de montaña rus. El suelo de agua se movió y formó una pendiente fuerte, pronunciada. Estaba ya deslizándose hacia abajo por la cara de la ola. En ese segundo, dio el movimiento – un salto- para caer agachado sobre la tabla, y con las manos rozando el agua.

Ahora, toda las fuerzas del universo, todo las energías del mar, entraban por la tabla hacia él, como si él fuera una fuente de todo lo sagrado y lo místico. Tomó algo de altura. Se deslizó sobre la tabla por lo menos cinco segundos, viendo desde allí la orilla desierta de “La Paloma”, ocupada nada más que con aquellos surfistas. Ahora estaba arriba de la ola. No había tiempo de pensar, sino que era pura energía, pura sensación.

Era religioso, como fundirse y ser parte del mar. Iba a durar segundos,

pero igual lo llenaba de energía para toda la eternidad. De golpe, hubo un movimiento brusco... y cayó al mar. No tocó piedras en el fondo como sí había en algunos trechos de esa playa, sino arena. Quedó sumergido por el violento tornado de agua. La espuma blanca era tan poderosa que no dejaba ver nada. Se cubrió la cabeza de forma instintiva con los brazos, por las dudas de sufrir un golpe de su tabla. Tragó un litro de agua salada de Mar del Plata, hasta que pudo salir a la superficie y respirar.

Intentó hacer pie. La tabla vino en poco segundos junto a él. Estaba en un banco de arena, cerca de la orilla. Al mirar hacia allí, vio que Miguel estaba con un *Smartphone* en la mano. Acercó la vista y corroboró lo que sospechaba: era el suyo. Lo estaba revisando. ¿Qué pretendía el tipo?

Decidió volver para la orilla.

Algunas horas después, Miguel lo traía de vuelta. No había tráfico porque era Septiembre. Mar del Plata es mucho más linda en Septiembre, Noviembre y Marzo cuando hay poca gente y es posible bañarse en el mar. Miguel bajó la música e interrumpió el silencio.

-¿Querés conocer el local? Acá tengo las llaves. Si querés nos mandamos un rato por ahí.

-Sí, me sería de gran ayuda.

El local "*Teahupoo*" se encontraba en una galería que daba a la Avenida Luro. Miles de personas pasaban por esa vereda en temporada. Los grupos de skaters lo bajaban todas las tardes, porque, en ese fragmento de la avenida, había una inclinación que daba una pendiente atractiva para ellos. Cuando estacionaban el coche en la calle, se podía ver el cartel "*Teahupoo*" que lo señalaba, con sus letras inscriptas sobre una forma de tabla de surf.

-Lo compré con una moneda que heredé de mis viejos. Durante el año no ganás nada, esta ciudad está muerta. Lo tengo casi siempre cerrado. En Temporada ganás la guita para tirar todo el año.

-Es lindo.

-Teahupoo es un nombre pegador –dijo Miguel- Me lo recomendó una chica que salía conmigo hace unos años. Teahupoo es una ola muy famosa, es una de las olas más famosas del mundo. La ola se forma en unos arrecifes de un islita cerca de Australia, esos arrecifes están sumergidos y no hay orilla

cerca. Te llevan en lancha hasta donde se forma la ola y te empujan.

-Nunca hice surf con una lancha.

-Empezó Laird Hamilton con eso. Un surfista de olas grandes de la costa oeste de Estados Unidos. Antes no existía. Pero ellos empezaron, las motos de agua en el surf. El nombre Teahupoo es muy importante, a mí me da resultado comercial.

-¿Surfeaste la ola de Teahupoo?

-No –contestó Miguel- pero un día me gustaría ir. Igual hay que animarse a correr una ola así. Es fondo de roca lo que tiene y es grande, grande. Teahupoo era un antiguo rey tahitiano que se llamaba Teahupoo. Su nombre significa muro de calaveras. A mí me dio resultado como marca del local, su nombre da un destello de prestigio. Igual los que vienen a comprar acá la mayoría ni saben de esto. Lo que más se vende es la ropa de playa y las zapatillas deportivas. Ahora las madres, por ejemplo, quieren una zunga para los nenes porque se les engancha el pañal.

Dentro del local, se veía un dibujo grande de un muro de calaveras en honor al rey Teahupoo. Eran las ocho de la noche. Caía la noche y con la luz interna del local igual estaba poco iluminado. Sobre una de las paredes, estaba en un cuadro la portada de la revista “Surfer” con Laird Hamilton arriba de la gigantesca ola de Teagupoo, la revista decía “*Oh my god*”. Había dos tablas de surf que daban a la vidriera y, enfrente, un barsito de panchos, ya cerrado.

-¿Ves? Acá atendía el pibe. El venía todas las mañanas. Terminaba el turno las dos de la tarde.

No había mucho que mirar allí. Ni siquiera se podía saber cómo habría sido la maniobra para raptarlo. Ni tampoco por qué lo habían matado, en un secuestro de una suma absurda. Muy misterioso era todo. El, sin dudas, no lo iba a poder averiguar, tan solo juntar algunas pistas para arrimar a la causa y que no se termine allí la investigación. Sin embargo, esas pistas parecían cada vez más lejanas. Allí, en el local, bajo la inundación de sombras y, más allá, las luces de los coches al pasar, era muy poco lo que se podía saber.

Horas después, Miguel lo dejaba de nuevo en su transitorio hogar, el ilustre “*Hotel Emperador*”.

Lo invitó a tomar unas cervezas con los amigos, pero Mariano no

aceptó. Tal vez, le hubiera divertido viajar en una de estas Kombis Transporter, como la que vio que tenían los amigos de Miguel. Estacionada, con el portatablas vacío, irradiaba abandono y decrepitud. Cerca de la playa, bajo la luz fuerte del día, cerca del mar, su carrocería pintada de verde claro y sus chapas desgastadas, le llamaron su atención. Eran esas furgonetas tan típicas de los hippys, que, como en otras partes del mundo, se habían fabricado también en Argentina en los años 80. Cuando la vio estacionada sobre la playa enseguida le llamó la atención. Pero no era ahora la ocasión para seguir con esos tipos. Algo de ellos no le gustaba. Le resultaba inquietante y no sabía por qué. Algo que debería averiguar, quizá al menos al saber qué diablos había dentro del pequeño pen drive que había quitado

Además, había otras prioridades. Se quería ir a bañar urgente. Odiaba tener el pelo lleno de arena y la piel cubierta de sal. Y más tratándose de la arena de Mar del Plata, que es una arena mezclada con las tierras que traen las corrientes del Río de la Plata. Lo antes posible quería llegar a la pequeña ducha del hotel. Rechazó la invitación y, poco después, cuando se bajaba del coche al lado del Hotel, le habló.

-Te quiero pedir una cosa. Te voy a llamar como testigo en la investigación.

-Pero yo no sé nada del tema de la muerte. ¿Hay algo que te dije que te pueda servir?

-Sí... En este momento hay cosas muy importantes que me dijiste.

-¿Qué?

Que había una chica que estuvo saliendo con él en los últimos días.

Si, exacto. Dentro del precario escrito que iba a preparar para justificar su trabajo, iba a pedir que lo llamen a ampliar su testimonio y a hablar de la señorita que acompañó a Muñoz en sus últimos días. No había mucho para presentar, pero, la menos, debía trabajar todo el día siguiente, buscar información en el pen drive que le había quitado a Miguel por si encontraba algo relevante, y, sobre todo, lo más importante de todo, presentarlo dentro del plazo. Esa profesión de abogado no era para él. Todo dependía de los endemoniados plazos y él siempre, como su padre, vivía dentro de una nube. Lo más importante, el plazo.

Al entrar al hotel “Emperador”, encontró que había una pelea campal en la recepción. Unos huéspedes adolescentes se quejaban de que no había hielos en la heladera. El conserje nocturno les gritaba que se callen, o los iba a expulsar de allí. Les decía que estaban haciendo mucho ruido y que debían volverse ya mismo a la habitación.

Sobre la colcha, lo esperaban, esta vez, las toallas recién limpias. Y dos pancitos de jabón. Con los chorritos mezquinos de la ducha, se tardaba un buen trecho en sacarse la sal y la arena. Además, no duraban mucho porque, al poco tiempo, esos chorritos comenzaban a salir fríos. La ducha tenía pintura en el interior de las paredes, como capas y capas de pintura vieja. Entre los azulejos del baño y atrás de las cañerías, había manchas grandes de moho. La cortina del baño era de plástico, pero vieja y descolorida. Mariano pudo disfrutar igual del baño. Imprescindible corriente de agua dulce –chorrito intermitente- luego de haber surfeado aquellas olas.



Otro medio día en aquel restaurante olvidado al costado de la ruta. No era un restaurante que despertara envidia de nadie, pero tenía buenos precios.

El mozo se acercaba hacia la mesa con una porción de papas fritas. En su trayectoria, tuvo un pequeño tropiezo y parte de las papas fritas cayeron sobre la bandeja de aluminio. Con la otra mano las agarró de la bandeja y las subió de nuevo al plato. La mano del mozo que agarraba las papas fritas semejaba la grúa de esas máquinas para niños, donde el participante debe intentar sujetar alguno de los ositos y premios del interior con las tenazas de acero. Agarró todas las papas caídas sobre la bandeja de aluminio y las puso de nuevo en su correcto lugar dentro del plato. Seguramente ese mozo no se lavaba las manos hace un año.

Mariano trató de identificar con la vista las toqueteadas para evitarlas. Ni en el Hotel de carretera “Emperador”, ni tampoco en aquel Restaurante situado a su costado de la ruta, se podía tener demasiadas expectativas. Lo importante es que le habían conseguido la tradicional salsa de ají picante “Tabasco”. Un elemento clave para las papas fritas que no en todos los restaurantes se encontraba.

Toda la mañana estuvo tratando de averiguar el contenido del pendrive, pero fue imposible. Había un solo archivo en su interior y estaba bloqueado con contraseña. ¿Que habría en el pendrive? ¿Qué escondía Miguel y toda esa gente? Según su presentimiento, no le contaban toda la verdad.

Intentó de mil formas poder burlar la humilde medida de seguridad y no fue posible. Se dijo que iba a tener que contratar los servicios de “Mark”, un pseudo hacker que conocía de haber asistido a charlas de bitcoin. Un tipo de origen inglés que era el único “hacker” que él conocía que podía burlar esa medida de seguridad a tan bajo precio como el que él estaba dispuesto a pagar por eso. No le importaba mucho. Mientras tanto, solamente quedaba disfrutar las papas fritas manoseadas de aquel lugar.

-¿Qué es lo que estás mirando?

Quien hacía la pregunta era la mujer que lo había venido observando en aquella cantina toda la semana. Hasta ese almuerzo intercambiaban miradas sin hablarse, pero ahora ella se había sentado en su mesa, en un inesperado despliegue de total osadía femenina. Era linda, pero con un toque de dureza

inusual que destellaba de dolor.

Llevaba una blusa sin mangas, para poder así lucir gran parte del tatuaje sobre el brazo, en el dibujo del tatuaje se veía una hilera de rocas estilo acantilado y una ola que rompía. Esa tarde se le acercó a su mesa sin más, quedó atrás el juego de miradas de seducción de los días anteriores.

Fue bastante torpe al hacerlo, como si, en su máximo acto de caradurismo, revelara su costado más sincero de niña tímida. Apenas le pidió permiso, como si no fuera una completa desconocida. O tal vez... porque no lo era.

-Nada –no le iba a hablar del asco que le produjo la mano en la comida del mozo- Estoy parando en el Hotel de acá enfrente y me estaba preguntando si no serán los mismos dueños. Cosas raras mías. No me hagas caso.

Estaban comiendo juntos en una de las mesas al exterior. Desde allí se veía la ruta. Nada como el asfalto caliente bañado por el sol. Se habían pedido una botella grande de cerveza fría. Ya había llegado el mozo hasta donde estaban sentados. Mariano se bebió un trago de cerveza fría y luego, desde la protección que le daban sus anteojos Ray Ban Aviator a sus gestos (porque los gestos son la ventana del alma), decidió indagarla.

-¿Por qué hoy te sentaste conmigo? Tantas veces te había visto en este bar. Te vi vestida con jeans, y otras veces con pollerita neo-hyppy. Esas polleritas neo-hyppys que usan las minas marca Rapsodia o de otras marcas top, que simulan rebeldía contra el sistema, pero que valen una locura de precio.

Cada una de esas palabras las soltó con serenidad. Entre frases y frases dejaba espacios, que usaba. Lo que le hacía falta era un buen vaso de whisky, pero no se iba a arriesgar a pedirlo en ese restaurante. La impunidad que daban esos Ray Ban Aviator. Entonces habló de nuevo.

-Porque sí. No hay mayor explicación. ¿Vos por qué estás acá, más tarde que de costumbre?

-¿No viste la película El Señor de los Anillos? Un mago nunca llega tarde, ni pronto. Llega exactamente cuando se lo propone.

- ¿Y vos entonces sos una especie de Mago?

- Algo así. Mirá esto.

El agarró una moneda de 1 peso, se la mostró, la puso en la mesa y la tapó con su mano. Hizo fuerza sobre el mantel, fingiendo que hundía la moneda. Luego, levantó la mano. La moneda ya no estaba. Entonces, desde debajo de la mesa, mostró salir su otra mano, con la moneda en la palma. Según la ilusión producida, la moneda de un peso había atravesado el mantel blanco –manchado, hay que decirlo, con suciedad de otro día- y la madera.

A unos quince metros de ellos, en la ruta que iba a Mar del Plata, pasaban de vez en cuando autos a gran velocidad. Mariano se tomó un trago fuerte de cerveza (Heineken, bien fría).

- Muy bueno. Excelente diría yo. Pero tengo una duda. ¿Me vas a cobrar por esta función?

Mariano evitó sonreír.

-No, soy muy caro porque no cobro en plata mi magia. Cobro mucho más caro que la plata.

-A mi me parece bien la plata. El jueves estuve en el Casino de Mar del Plata. Jugué unas manos oasis poker. Me vendría bien un poco de magia para los naipes.

-Ah... ¿Perdiste? No tendrías que ir al casino. Es un vicio. Como la cotización del bitcoin.

-¿Qué es el bitcoin?

-La moneda virtual. Vale tres dólares y empezó valiendo unos centavos de dólar.

-Nunca había escuchado de eso.

Mariano agarró, de forma instintiva, la cerveza. Sentir el frío del vidrio en la mano era como un refugio.

-Muchas cosas en la vida son un vicio –continuó con el vaso frío en la mano- No solamente el casino ni el juego. El vicio más común es creer que nosotros somos especiales. No lo somos. Somos iguales al resto.

Ella se quedó callada unos segundos. Lo suficiente para ver un camión de nafta que pasaba por la ruta detrás. En su silencio ella aprovechó para comer esos pastitos que se había pedido (una ensalada de perejil, berro, pepinos, etc). Luego dijo:

- Así que sos abogado. Me parece interesante. ¿Qué haces? ¿Civil?

-Penal.

-Me encanta. Siempre veo películas de abogados penalistas.

-Sí, pero son de juicios con jurados. Son más divertidos. Acá en Argentina en muy pocos lugares hay jurados. La mayoría de los juicios orales hablamos con un juez que ni siquiera nos escucha. Está pensando en lo que va a hacer el fin de semana. En los juicios con jurados se habla con el sentimiento, con la Justicia. Pero cuando no hay jurados, se citan artículos del código procesal y penal ante un ridículo juez. Los jueces ven siempre a los mismos chorros, son como de la familia. Les dicen ¿Qué hiciste ahora? Como si estuvieran hablando con un sobrino.

-¿Y ahora que estás haciendo en Mar del Plata?

-Para serte sincero, pierdo el tiempo. Pero hago que trabajo de abogado.

- Ah mirá que bien. Y para eso estudiaste en la universidad.

-De eso se trata, perder el tiempo con la idea de Justicia.

.Aprovecho para dar un trago largo de cerveza antes de seguir.

-Cuando entré a la Facultad de Derecho vi las columnas y la majestuosidad del edificio. Me acuerdo que hablé con las mesitas de estudiantes que hay adentro. La cara del Che Guevara por todas partes. Me dieron indicaciones. ¡Qué sueños tenía yo! Creía en la Justicia. Quería de corazón luchar para que haya Justicia en este mundo de mierda. Antes de eso, en quinto año, en el colegio secundario, una vez nos llevaron a una charla vocacional de la UCA. Había un salón con distintas mesas, cada mesa tenía un cartelito que representaba la carrera. Por ejemplo, medicina decía “curar”. O ingeniería decía “crear”. Y yo fui directo a la mesita donde decía “Justicia”. No tardó esa Facultad, y sobre todo la profesión de mierda, en alejarme de todo eso. Ahora, hago casi todas querellas por hostigamiento y otros delitos menores, me pagan unos pesos que me ayudan, los cobro de una y eso algo sirve.

-Me encanta la carrera de Derecho. Yo hubiera sido una excelente abogada.

Entonces detestaba esa admiración injusta que recibía de ella. Que vea

esa desgraciada el verdadero rostro de quién tenía enfrente. A ver si todavía lo admiraba la muy estúpida. El no era admirable, sino detestable. No era cariñoso, sino asqueroso. Que vea la realidad. Mejor no acordarse de esas cosas. Un poco de misterio era la correcta manera de ponerla en su lugar a esa chica. Cerrar a tiempo el dique de acceso a su mundo interior.

-Si me conocieras mejor, me odiarías.

Tras decir ello, tuvo más ganas que nunca de prender un cigarrillo. Pero había dejado de fumar hacía unos meses. Su problema fue el cigarrillo. Años de fumar varios atados por semana le habían destruido el cuerpo. Fue una gran cosa dejarlo.

El día anterior, al intentar vencer las espumas y pasar la línea de rompiente -con esa tabla 6-3 que el surfer Miguel le había prestado-, sus pulmones deteriorados se lo hicieron sentir. El humo del cigarrillo, que es tan feo y se pega al pelo y a la ropa, te cansa los pulmones. Te cuesta enfrentar las olas para traspasar una rompiente.

- No creo que seas tan desastre como vos lo decís –decía ella- Pasaste un pequeño test que te puse. Y subiste muchos puntos.

-¿Y cuál es el test?

-Prefiero no decírtelo.

-¿Qué tengo que hacer entonces ahora que aprobé el test?

-Algo que tiene que ver con la Justicia.

Esa palabra era terrible. No la quería ni siquiera escuchar.

- No se trata de Justicia, sino de papeles que van y que vienen. Gente caminando vestida de traje. Cualquier cosa menos Justicia. Es una mierda.

-Puede ser que todo sea una mierda como decís vos –le dijo-, pero una causa no está perdida mientras haya alguien con ganas de seguir luchando. ¿Qué estás investigando?

La miró con bronca.. A pesar de que parecía tan ingenua y estúpida como la Familia Ingalls, quizá era una fachada. Se comportaba como si fuera la hija de una familia rica protegida de los dolores de vida, pero parecía una actuación. Detrás de eso, titilaba otra esencia, otra esencia mucho más peligrosa y sombría. Usar anteojos Ray Ban da cierta habilidad telepática

para mirar más allá de las máscaras que pone la gente.

-Yo no soy ese alguien.

- Tal vez no quisieras serlo, pero lo sos. Igual no me contestaste. ¿Qué estás investigando?

-Dos cosas. Primero, no lo quiero ser. Y además tampoco lo soy.

-No me contestaste.

-Es que no te voy a hablar de eso. No insistas.

-¿Es un secreto?

-Es importante.

Miró hacia el plato. Las papas fritas que quedaban eran las que estaban manoseadas. Con un poco tabasco, venían bien igual. Tomo un vaso de cerveza. Ella no paraba de hablarle.

- Cuando era chica surfeaba mucho en Mar del Plata. Aprendés mucho sobre las olas. Una vez me dijeron que nadie puede ser feliz si no se mete dentro del lugar feliz. Pero el lugar feliz se mueve siempre, cuando llegás, se mueve y por eso todos son infelices. El lugar feliz es un trabajo, una carrera, una posición económica, una mayor libertad, una familia, pero si lo tenés, entonces el lugar feliz se mueve para adelante de nuevo y comienza a ser otra cosa. El lugar feliz entonces se mueve. Por eso, nadie es feliz, porque nadie puede serlo si no se mete dentro del lugar feliz.

No dijo nada. Le puso más tabasco a las papas fritas para desinfectar del olor a testículos que seguramente dejó la mano transpirada del mozo y se comió algunas. Ella continuó con las divagaciones. Había que ser simpático. Lo protegían los *Ray Ban aviator*, le cubrían la cara y lo protegían de que se vea su rareza interior.

Pero esta pequeña sabelotodo no le gustaba. Algo había hecho que no le gustaba. No le gustaba, sobre todo, que ella insistiera en verlo como un buen tipo. Un pasado oscuro y reciente, unos hechos que no quería recordar, le infundían la certeza de que no lo era. No sabía bien qué era, pero cualquier cosa menos alguien bueno. Tal vez una rata burocrática más dentro de esa maquinaria de hipócritas, brutos y corruptos que era el palacio de los Tribunales de Argentina. O quizá un engranaje oxidado más dentro de una gran

máquina de pisotear sueños y de aplastar la dignidad del ser humano. Esa máquina que conformaban el Derecho, las leyes, los jueces y los abogados.

En esos momentos, se arrepentía del diámetro de sus anteojos Ray Ban. Los que llevaba puestos, comprados en un free-shop, eran unos Ray Ban Aviator Carbon Fibre. De los tres tamaños que tenía el modelo, él había elegido el mediano. Se arrepentía ahora porque el más grande le tapaba mejor la cara. Lo protegía mejor de la mirada del otro.

-¿Y estás matriculado como abogado en Mar del Plata?

-No, pero tengo la matrícula federal.

Buscó su bolsillo para mostrársela. Le gustaba cómo había salido en la foto. Puso la matrícula arriba de la mesa. Ella la agarró y la miró con atención.

-Estoy segura que sos un gran abogado.

La miraba atentamente, con los Anteojos Ray Ban Aviator puestos. Trataba de que el lente del antejo le proporcione el conocido efecto telepático que otras veces le había dado. Acceder hacia su mente, pero no llegaba a poder, aunque veía en ella algunas sombras. Como quien mira un lago encantado y se ven turbias sombras que no se llegan a distinguir, creía ver en el rostro de ella algunos misterios oscuros que no llegaba a descifrar. Algo que ella le ocultaba y que no era bueno.

Se pidieron tres cervezas frías más. Y luego, Mariano se pidió también un vaso de whisky en las rocas. No le gustaba tomar whisky malo, pero era inevitable allí. Sí se pedía uno bueno, se lo iban a mezclar para bajar el costo. Tomar tanto era otra forma de protegerse. De estar cada vez más alejado de su vida.

Se prendió después de un cigarrillo de mariguana. En pleno día, pero no había nadie. No había problemas y el humo dulce recorrió el aire del lugar. En un momento ella le festejó su borrachera. Un borracho es un descenso hacia el interior de nuestro ser.

Arrancaron el Chevy y fueron juntos a la playa. Mar del Plata estaba a diez quilómetros. La ruta parecía que tuviera olas debajo. La ruta parecía una tabla de surf en el agua. Se ondulaba. Pero era el efecto mixto de la mariguana y el alcohol. Trataba de manejar con el máximo cuidado, consciente de que sus reflejos estaban muy mal.

-Manejo yo que vos estás muy borracho.

-No, estoy bien. Dejá.

El Chevy hacía ruido rasposo más fuerte que nunca, porque no le salían bien los cambios. Estaba cerca de romper la deteriorada caja de cambios. Además, como siempre, algo dentro de los plásticos del tablero estaba flojo. Sonaba como si hubiera una bolita de ruleta girando dentro de su interior. Muy molesto en su sonido de repiquetear. Igual no había muchos autos. Llegaron al centro de la ciudad Mar del Plata a las cinco de la tarde.

Ella, aún en el auto, volvió a hablar.

-Se murió hace unos meses un surfista, lo asesinaron después de un secuestro—dijo—. Habían pedido un rescate de dos millones de dólares. Puede ser que esté relacionado con una agrupación política que hay en Mar del Plata, una agrupación clandestina y anarquista.

Estaba medio borracho para inquietarse. Pero igual se inquietó. Como si la mujer esa, supiera exactamente por qué él estaba allí en Mar del Plata. Solamente atinó a preguntar.

-¿Qué agrupación?

-Los Rebeldes de las Olas se llaman. Son un grupo anarquista que está en contra de las marcas de surf y de los balnearios privados en la playa. Tiran bombas caseras también a los supermercados que usan bolsas de nylon o que no adhieren a sus ideas ecológicas.

El auto arrancó de nuevo, porque dejaban atrás un semáforo.

-¿Y por qué lo ves relacionado?

-Puede estar relacionado, de hecho estuvo con ellos antes de morir. Pero no me respondiste nada. ¿Por qué estás en Mar del Plata? ¿Qué es lo que estás tratando de hacer?

En ese momento, como una chispa, los anteojos Ray Ban Aviator puestos le permitieron acceder, de un flujo telepático, hacia la mente de ella y tuvo una certeza. La chica sabía absolutamente todo y, además, ella no le daba información. Eso era un poco raro.

Siguió manejando, sin darle importancia, rumbo a la Playa de Cabo Corrientes. En la década del 80, las olas de Cabo Corrientes estaban



consideradas entre las mejores de Sudamérica. Pero un día, un intendente de Mar del Plata decidió construir una escollera que cortó el recorrido de las olas. El Cabo Corrientes, un clásico de Mar del Plata, pero que estropeó unas bellísimas olas. Allí se sentaron sobre la arena mojada. Qué lindo que era ver el mar, el mar inmenso, las olas, estar alejado de las cosas cotidianas.

Más tarde fueron al Casino, intentaron entrar. Pero no veía bien. ¿Estaba la mariguana mezclada con otras flores? Se veían unos hombres serios, de traje, que flotaban en unas olas inmensas. Rodeados de estelas de sueño.

Como si el Casino estuviera surfeando unas olas Maverick, esas olas que rompen en la costa de California, que se producen por un arrecife submarino que genera que el agua se comprima y que se eleve tanto como una pared. Tanto se movía el Casino que era como si estuviera flotando encima de esas olas. Los guardias hablaban. Les decían “*No pueden entrar, porque se los ve en estado de embriaguez*”. Tuvieron que salir de allí, pero la risa que tenían los dos era inaguantable. Estaban a las carcajadas.

Había, cerca del Casino, una estatua grande de un lobo marino. Jugaron a tirarle de comer galletitas marca “manon” a esa gran estatua. Le tiraban y el mareo era tan grande que le erraban las galletitas. Eso era tan gracioso que se caían contra las baldosas de la risa. Alrededor había pocas personas porque era Septiembre. Pero las pocas que había era como si les festejaran esa gracia. Otra vez les tiraban galletitas marca manón a la estatua del lobo marino. Y una de esas galletitas golpeó contra el hocico. Se partió en dos. Eso era muy gracioso.

Tiempo después, agarraron el Chevy. Comenzaron a andar por las calles de Mar del Plata. La velocidad era la mínima que podían, porque se imaginaban bestias por la calle. Se imaginaban que el lobo marino de la estatua estaba furioso porque le habían dejado de dar galletitas manón y que la estatua había cobrado vida (como el muñeco pinocho que cobró vida por el hada azul). El lobo caminando por la calle Peralta Ramos era una escena de película de ciencia ficción. No lo veían, pero jugaban a creerlo.

Eso era tan gracioso. Llegaron a chocar un auto estacionado. Le rajaron toda la chapa con el golpe que hizo un ruido agudo, finísimo, que penetró toda la calle. En cambio, el Chevy, de chapa más dura como se hacían los autos antes, no se llegó a romper con el golpe.

Llegaron al hotel “Emperador” con el coche rajado por los golpes. Ella estaba dormida sobre el asiento del acompañante. La agarró con los brazos y la llevó para arriba. Entonces, se despertó, pero no reaccionaba bien, caminaba como si estuviera dormida.

No bien entró, había –como siempre- una discusión en la recepción. Unos pasajeros decían que no les habían respetado las condiciones de la reserva. Ellos habían reservado una habitación con frigobar, la pagaron por anticipado y les habían dado una que no lo tenía. El conserje, a los gritos, les decía que eso no era su problema. El era un simple empleado y que por “*por favor, no me falten el respeto*”. Eso, en todo caso, era un problema de la página web en donde habían hecho la reserva.

Pasaron por el pasillo del hall, rumbo hacia el ascensor. Mariano la llevaba, sosteniéndola con los hombros, porque el andar de ella era vacilante. No podía pasar porque la habitación era individual, pero era tal la discusión campal que sucedía en recepción que Mariano creyó que no lo vieron.

La empujó contra la cama, ella se despertó. Se sonrió, pero parecía tan drogada que no se daba cuenta de lo que hacía. El le tiró un beso en la boca, contra la cama. También estaba un poco drogado, el envión de la noche era imposible de detener. Lamentó sentir el gusto a cigarrillo en la saliva de ella. Había poca luz en la habitación. Una hora después, los dos dormían sobre la cama, semi desnudos, cuando lo despertó un ruido en la puerta.

Se puso una remera muy rápido, la cubrió para tapar su desnudez con la sábanas y fue a abrir la puerta. Era el conserje del Hotel Emperador.

-Señor la reserva suya, es para una persona. La señorita no puede dormir aquí.

Se portó como un caballero, la acompañó hasta el remise. Se veían las estrellas de la noche, mientras esperaban el remise.

A la mañana siguiente, al despertarse, era como si le hubieran dado diez patadas en la cabeza. Le costaba recordar todo lo que había vivido. Maldita macoña, siempre fumando esas porquerías y después te duele la cabeza, qué pedazo de estúpido. Además, ya le habían dicho. Fumar esas cosas hace mal a la cabeza. Por eso, era tan distraído, por eso hablaba solo la mayor parte del tiempo, por eso a veces lo descubrían cuando se reía para sus adentros. Esas cosas le quemaban las neuronas, alcohol y esas plantas. Un estúpido, ahora le dolía todo otra vez.

Cuando miró el celular, se dio cuenta que no era la mañana siguiente, sino que había dormido cuarenta horas seguidas, la cabeza le explotaba. Había consumido algo muy tóxico. ¿Acaso la macoña aquella tendría otro producto? ¿Esa anestesia para caballos que decían los diarios sensacionalistas que mezclaban en drogas? Otra vez, encima, sin usar preservativo. Un desastre todo.

Lo único cierto es que le dolía muchísimo la cabeza, estaba atormentado de sustos y, encima, ya estaba adulto para todas esas estupideces. Los presentimientos negativos estaban fuertísimos, eran como voces interiores que le reprochaban su estupidez, su falta de control y lo mal que manejaba su vida. Su vida era un tren destartado que iba hacia el desastre por la ruta de la estupidez crónica. Al menos, debía averiguar qué había dentro del pendrive. ¿Qué podría verse allí? ¿Qué explicación podría verse en el pendrive a sus presentimientos? Para él, en su convicción, lo seguían, lo monitoreaban, lo seguían de cerca y a lo mejor había algo de datos en el pen drive que le había quitado a Miguel.

La habitación era un desorden, pantalón tirado sobre el piso, remeras tiradas, medias tiradas, el baño lleno de agua de la ducha. Un asco.

Lo que no vio fue la notebook. Con muchísimo dolor de cabeza se dirigió hacia su coche. Debía buscar allí el pendrive que le quitó a Miguel y su notebook. Ahora, desaparecida..

El estacionamiento del Hotel “Emperador” estaba a veinte metros, pasando la ruta. Era un servicio optativo y que se cobraba aparte, pero no era muy caro. Mariano debía llevar la llave para abrirlo que se la daban en recepción a la misma usanza de los baños de las estaciones de servicio. El

llavero era un fondo de palo de escoba con una cadena de perro oxidada que sujetaba en su extremo la llave de hierro.

Con la menor visión que daban sus Ray Ban sucios con arena de la tarde anterior, y la borrachera que aún tenía, el intento de encajar esa llave en el candado de la cadena que cerraba el portón del estacionamiento no fue instantáneo. Duró tanto como dura un round de boxeo. El portón del estacionamiento era resistente para sus debilitados brazos de borracho. Fue un espantapájaros haciendo fuerza para abrirlo, al son de un chirrido agudo que daba erizo.

Había algunos aguaciles volando que, con un ruidito de sus alas, parecían festejar y divertirse de su dolor de cabeza por el consumo de alcohol. Sobre el final de la hilera de autos, estaba su coche: Chevy Sedan 250. A la luz del día, los golpes en la chapa sufridos la noche anterior se veían más fuertes. Todo por culpa de esa maldita estatua del Lobo Marino que los había perseguido por la emblemática Peralta Ramos para pedirles más pedazos de galletitas manon.

Las abolladuras eran pronunciadas. Entró a revisarlo por dentro. Al entrar, el calor del vehículo le produjo una arcada tan fuerte que tuvo que vomitar a su costado. Dejó una mancha de vómito sobre el piso de piedras y cemento. Llegó a evitar que el vómito le ensucie todo dentro. Maldecía sobre todo haber roto su ley de no tomar nunca whisky malo. Ya no era tan joven para patearse el hígado de esa manera.

Revisó el auto, el baúl, los asientos y todo lo que pudo. El volante del Chevy, fino como una aguja, dejaba al descubierto debajo el piso sucio y los asientos de cuero negro. Los indicadores del velocímetro, esos mismos que sonaban con ruido a bolita de ruleta al andar como si estuvieran flojos, estaban tapados casi completamente por la mugre. No había ni rastros de la laptop.

Desde adentro de la ventana del coche, le pareció ver otra persona en el estacionamiento del Hotel Emperador. Raro porque cuando entró estaba vacío. Miró mejor y vio alguien de espaldas, a la altura del portón. Luego, esa persona dejó el estacionamiento y quedó afuera del ángulo de su vista. ¿Sus presentimientos eran correctos? ¿Lo estaban siguiendo? ¿Y por qué?

La notebook no estaba y eso era lo único cierto. Había perdido todo lo

que había investigado hasta el momento. Todos los datos de ese caso. Cuanto estúpido dolor de cabeza por haber tomado demasiado. Qué innecesario que era todo eso. Creía tener más dominio de esas situaciones.

Miró la hora en su *smartphone*. Eran las diez de la mañana, pero fueron como cuarenta horas de sueño seguido. Había sido todo una noche lamentable y nada más. Tanto consumo de sustancias inútilmente. Por el momento, el viaje le había costado veinte mil pesos, no le reportó ninguna ganancia, y además no pudo investigar nada serio. Debía volver a Buenos Aires y darle un giro a su economía, debía tratar de buscar casos que le reporten fondos.

En la sala de desayunos del “*Hotel Emperador*”, se sirvió un café con leche y unas medialunas de manteca. Los mismos que se quejaban la noche anterior de la falta de *frigobar*, estaban discutiendo con el mozo por el desayuno. Como estaba sentado cerca, lo escuchaba.

-En la página decía que servían acá un Desayuno Continental con jugo de naranjas. Lo único que hay es café con leche y medialunas. El Desayuno Continental debe incluir mermeladas, queso, tostadas con queso y jamón, entre otras cosas. Mirá –señalaba la página web desde el teléfono-. Esta es la foto del desayuno del hotel. ¿Ves el jugo de naranjas exprimido? Y acá no hay jugo. La foto miente. Además, no tienen ni siquiera yoghurt. En cualquier hotel decente el desayuno continental tiene yoghurt.

Era cierto: si eso era un “Desayuno Continental”, debía ser de un continente muy pequeño. Oceanía, el continente chico. El café estaba diluido en el termo y no tenía fuerte sabor. Además, las medialunas eran viejas, como recalentadas con microondas. Eso era para quejarse, pero Mariano de Rose sufría suficiente con su dolor de cabeza de la borrachera anterior. La impotencia de haber perdido la laptop era terrible. Tanto perder el celular como perder la la

Sonó su teléfono celular. Era un cliente de Buenos Aires. Apenas lo saludó y le tiró su problema legal.

-Me usurparon el departamento que tenía en la calle Palermo. Lo tuve abandonado tres semanas y ahora se metió una familia de ocupas. Estoy en la comisaría para hacer la denuncia.

Mariano escuchó tranquilo el cuento. Nunca los interrumpía. Mientras tanto, se bebía unos sorbos de café con leche, un café aguado y sin gusto era.

Más tarde iría a la playa. Al menos a trotar con los auriculares del Smartphone –escuchando greenday- para sacarse la resaca y el bajón.

-¿Ya empezaste a hacer la denuncia? ¿Ya te tomaron declaración?

-No todavía.

-Bueno, vas a hacer una cosa distinta. No hagas ninguna denuncia. Yo te puedo asesorar.

El cliente sabía que Mariano podía asesorar por teléfono, pero nunca gratis. Era un tipo que trabajaba en software y en diseño. Por eso, entre ellos se entendían bien con transacciones en bitcoins, la moneda virtual. Por aquellos años, muy poca gente conocía los bitcoins, ni había oído hablar de los bitcoins. Salvo los que estaban en trabajos informáticos o, como el caso de Mariano, tenían este interés.

-¿Al valor de siempre?

-Exacto.

El valor de siempre era veinte bitcoins. Algo más de 60 dólares, aunque luego eran difícil de venderlos, pero él los ahorraba.

-Bueno dale, metele para adelante.

-Escuchame bien. No vas a hacer ninguna denuncia. Ni se te ocurra. No vas a mandar ninguna carta documento. No vas a hablar con ninguna autoridad policial, judicial o administrativa. Si hacés eso, vas a terminar obligado a meterte en un juicio de desalojo.

-Yo pensaba que tenía que hacer un juicio de desalojo.

-Todo lo contrario. Hay que evitarlo. En los juicios de desalojo está lleno de chicanas. Dicen que hay un menor y que tiene que intervenir el defensor de menores. Eso genera apelaciones a la cámara que tardan meses en resolverse. Plantean que tiene que venir el servicio social para que, antes del desalojo, se les pueda dar una solución habitacional a los menores. Después la solución habitacional la postergan, ninguna autoridad administrativa les da una casa y mientras tanto siguen ahí. Y si no hay menores, los inventan. El juicio puede durar hasta cinco años, porque tenemos jueces de mierda que no les jode porque ellos no pagan las expensas y son de izquierda y les importan los derechos del niño, pero que jamás llevarían a un intruso a

vivir a su casa. O sea, son cinco años pagando impuestos, expensas y mientras tanto esa plata no te la devuelven los jueces, olvidate.

-Chicanas.

-Exactamente. Te pasas años de juicio como mínimo. Mientras tanto, ellos están adentro y les pagás las expensas, los impuestos y los gastos.

-Pero soy el dueño de la propiedad. ¿No me ampara la ley?

- Las leyes están hechas para ayudar a los más tramposos. Ni se te ocurra decirle la verdad al sistema, porque sos una persona honesta. El sistema está pensado para joder a los honestos.

-¿Qué tengo que hacer?

-Vas a hacer lo siguiente. Cuando el departamento esté vacío entrás con un cerrajero y le cambias la llave.

- ¿Eso es todo?

-No. Lleva la escritura a mano. Toda la ropa de los ocupas la guardas en bolsas de nylon para que nadie las vea. No debe quedar ningún rastro de que los malditos estuvieron en el departamento. Te quedás adentro esperando con la cerradura nueva y la traba. Cuando llegan los usurpadores, debes llamar a la policía.

-¿A la policía? ¿No me dijiste que no debía decirle nada a la policía?

-Sí, es necesario que hagas la denuncia, pero que mientas. Nunca digas la verdad porque el sistema está pensado para joderte.

-¿Qué le digo a la policía?

-Vas a decirle que afuera hay gente tratando de entrar a tu casa para robarte. Decí que es un asalto. Cuando llegue la policía se va a dar una discusión. Los usurpadores van a decir la verdad y vos vas a mentir. Ellos van a decir que estuvieron viviendo en tu casa y vos lo vas a negar. Vas a decir que ellos están forzando la puerta para entrar porque te quieren robar.

-¿No es más fácil decir que son unos usurpadores y que esta es mi casa?

-Ni se te ocurra decir la verdad. El sistema está pensado para joder a la gente honesta. Si vos le llegás a decir a la policía que ellos son usurpadores, la policía te saca de la casa y se la devuelve a ellos de inmediato. Y después,

te lleva a hacer una denuncia de usurpación. Ahí tendrás que hacer el juicio para sacarlos y puede durar hasta cinco años, hay casos que duraron hasta diez años porque hacen el cuento de los menores y los tratados de derechos humanos y todo ese tipo de inventos. Pagan un abogado para que estire el juicio y el abogado les cobra lo mismo que vos pagas de expensas. Los jueces están siempre, siempre, de parte de los delincuentes.

-Bueno, entonces ahí tengo que decir que ellos me quieren robar.

-Exacto. Tu versión es que vos estabas viviendo en la casa. Que a ellos no los conocés. Y que llamaste a la policía porque te quisieron forzar la puerta.

-¿Y las cosas de ellos?

-Todas las cosas de ellos las tenés que esconder y tirar. Ellos a lo mejor quieren decirle a la policía que dentro estaban sus cosas. Eso también lo negas. Que se jodan. Las cosas tiralas en la vereda o se las regalas a una ong. Pero nunca admitas que hay cosas tuyas porque ahí la policía les va a devolver tu casa.

-Ellos van decir la verdad. Van a decir que estuvieron viviendo. Van a describir el departamento por dentro.

-No importa. Dice la Constitución Nacional que el domicilio es inviolable. Al policía le mostrás la escritura y demostrás que sos el dueño. Ellos son unos ladrones y por eso llamaste a la comisaria. Es tu palabra contra la de ellos y la escritura dice que vos sos el dueño. Estás adentro. Ya tenés resuelto el problema, sin esperar cinco años.

-Bueno, voy a tratar de hacer eso.

La cuenta de bitcoins de Mariano de Rose iba a aumentar más. Así eran los consejos legales que daba el Dr. Mariano de Rose. El sistema es una mierda y el sistema siempre te quiere joder: ésa era su manera de comprender el mundo del derecho.

Se levantó para servirse otra taza de café con leche. Quería comerse de a diez las medialunas viejas que estaban sobre la mesa del desayuno continental que servían en el “Hotel Emperador”.

Cuando devolvió la llave del estacionamiento a la recepción, les comentó que había encontrado una persona dentro.



-Raro –contestó el hombre- porque solo usted tenía la llave del estacionamiento.

-¿Quién pudo estar allí entonces?

-No me lo explico sr.

En ese momento fue cuando se avivó. Se le había vencido el plazo para presentar el escrito. Lo único que él tenía que cuidar que no pasé, fue justamente lo que pasó. Distracciones femeninas, una cabeza en otro lado, problemas, estupideces. El plazo se venció. La sentencia que, por consejo de la resolución de un fiscal perezosos, terminaba el caso de Ezequiel Muñoz iba a quedar firme.

En algún tiempo, allá por el año 1900, Argentina fue uno de los primeros diez países del mundo en economía, cultura, destino de inmigrantes, vías de ferrocarril, etc. etc. Manejaban los hilos económicos y políticos del país un grupo de familias antiguas que se auto-denominaban “la aristocracia”, aunque no tenían nobleza alguna en la gran mayoría de los casos, sino en todos.

El virreinato del Río de la Plata era una colonia despreciada por España. Las colonias importantes eran aquellas donde se extraían los metales preciosos que sustentaban la base del poderío español. Por consiguiente, los hijos ricos de la nobleza española iban a las colonias importantes como lo que hoy es Bolivia, Colombia, Perú.

El Río de la Plata, alejado de los grandes surcos de los viajes internacionales y de los países importantes, estaba condenado a la insignificancia. Por eso, quienes llegaron a esas tierras, fueron de segunda, sobrantes en la mirada de la alta sociedad española. Algo similar a los ingleses colonos que hicieron Australia.

Además, como España quería que se mezclase la raza para sustentar su dominio, no enviaba mujeres casi y los colonos que llegaron al Río de la Plata se mezclaron, entonces, en su descendencia, con los pueblos originarios. En el Imperio Inca, por ejemplo, el Inca (monarca) solía ofrecer alguna de sus hijas o princesas incas, o a las sacerdotisas hijas del sol, a algún aventurero español para sellar el trato donde españoles e incas estaban aliados al fin de someter a los otros pueblos originarios y extraer el oro. Muchas de esas descendencias venían con sus enormes riquezas expoliadas a los pueblos originarios sometidos a lo que hoy es Argentina y con la fuerte de billete eran bien recibidos en la sociedad porteña.

Todo un rejunte de mestizos, descendientes de gente despreciada en el snob Viejo Mundo de Europa y lo primero que hicieron, antes que nadie, fue abolir los títulos de pobreza. No fue un gesto de humanidad, sino que lo que pasaba es que, a diferencias de otras ex colonias, carecían de toda nobleza. Era mejor abolirlos antes que llegase una inmigración con nobleza y pretendiese hacerla valer. A pesar de todo, contra todos los pronósticos, desde esa pobre y olvidada ex colonia española que era Argentina, con ese rejunte

de gente olvidada por las potencias, pudieron organizarse con una Constitución en el año 1853 y lograron colocar al país entre los diez primeros países del mundo. Fue una verdadera sorpresa que, además, otorgó cierto prestigio a esas antiguas familias que habían organizado el país, que digitaban los hilos económicos y políticos y que se hacían llamar “la aristocracia”.

Sin embargo, con la llegada del peronismo y de las dictaduras, se produjo una movilidad social ascendente (de unos) y descendente (de otros) que determinó que nada quedara de aquella llamada “aristocracia” ni mucho menos su (falso) origen de nobleza. El peronismo la eligió como su enemigo perfecto por el resentimiento que tenían contra ella grandes masas de inmigrantes.

Como emblema de la destrucción de esa “aristocracia”, los peronistas quemaron el Jockey Club. Persiguieron e hicieron desaparecer a “La Aristocracia”. Pero, además, el peronismo y los gobiernos militares, hicieron lugar a una nueva aristocracia que tomó su lugar, nuevas familias ricas, sobre todo de empresarios contratistas con el estado que hicieron las nuevas fortunas de la Argentina.

A pesar de ello, el Jockey Club seguía allí. La sede del hipódromo, ubicado en San Isidro, pretendía aglutinar a la aristocracia. A una nueva aristocracia que pretendía ser continuadora de la anterior, de una anterior aristocracia que había pretendido ser noble. No obstante, como los primeros que olvidaron sus orígenes rápido y rehicieron sus árboles genealógicos para considerarse “aristócratas”, los nuevos también se creían unos patricios importantes. A diferencia de la aristocracia del centenario, conjunto de familias que digitaba los hilos económicos y políticos del país para bien, el Jockey Club del bicentenario no tenía tanto para jactarse. Porque el país había descendido en el concierto de las naciones y la decadencia y la corrupción lo dominaban todo.

Dentro de estas nuevas ínfulas de pretensión y snobismo, el Jockey Club, seguía siendo el club campeón de la Argentina snob. A esta aristocracia pertenecían los Perez Randatti, la familia de Agustina, la novia de Mariano de Rose.

Alejandro Perez Randatti, el padre de Agustina, muy orgulloso estaba de vivir en San Isidro y de ser socio del Jockey Club. Agustina, su hermana Mónica Perez Randatti y su hermano menor Rafael muchas veces hacían

chistes sobre los barrios de la ciudad de Buenos Aires que para ellos eran “grasas”. Ellos, exponentes de la pretendida nueva aristocracia, vivían en San Isidro y les encantaba hablar de “los grasas”.

Esa tarde lo habían invitado al Jockey Club de San Isidro a ver las carreras de los caballos. Ellos se sentaban, orgullosamente, en un restaurant que estaba situado en un “VIP”, al que solamente podían acceder los socios del Jockey. Se acercó el mozo y les preguntó si eran socios del Jockey, a lo que el padre de Agustina, orgullosamente, devolvió el gesto con un carnet.

Hablaron algún tiempo de chistes tontos. Los típicos chistes que se intercambian en una situación de esas características. También se comentaba el caso gracioso de un mozo del Jockey Club que lo habían despedido hacía unas semanas atrás, por escupir en la comida de los particulares clientes. Eran tan orgullosos algunos que seguramente daban ganas de tirar un buen verde pegajoso en la especialidad de la casa: los sorrentinos con tinta de calamar. Justamente, era el plato que estaba saboreando Mariano cuando surgió el tema recurrente de conversación. Muy recurrente.

-Estuvimos pensando mucho en vos Mariano. Creo que merecerías un trabajo mejor, pero para eso, tenés que tener más empuje, más fuerza. ¿No probaste con dejar tu curriculum en un estudio de primer nivel, en un estudio corporativo?

-Sí, pero es muy difícil.

Inútil recordar esas entrevistas en oficinas paquetísimas con personas de recursos humanos de anteojitos. ¿Qué hacés en tu tiempo libre? ¿Cómo te relacionás? ¿Qué notas obtuviste en la universidad? Era inútil. No se relacionaba casi con nadie, no tenía buenas notas. Había tantos pero tantos abogados que la única manera de hacer carrera en un estudio de esas características era destacarse y, para destacarse, la única forma era tener una maestría en Inglaterra o en Estados Unidos, en Yale, en Harvard, en una universidad de esas características. Por lo tanto, una persona como él debía internarse en el subsuelo de la profesión para hacerse un lugar y no entrar en esa competencia por los papelitos en inglés que emiten universidades extranjeras. ¿Había que decírselo? Estaría bueno que el tipo ese, aspirante fallido de nobleza, le pagase una Maestría en el exterior de su propio bolsillo.

En realidad, la propaganda contra suya era desgastante. “Otros chicos

de tu edad se comen el mundo, son ganadores” le decía Agustina y era un eco de todo lo que pensaban allí. Le habían comprado ya el traje nuevo y los zapatos para que pueda tener más pasta de “ganador”.

-Cuando yo tenía tu edad lo mandé a la mierda a mi viejo. ¿No te dan ganas de rebelarte? Yo ya vivía solo en un departamento que nos habíamos conseguido con unos amigos. Pero no fue fácil, fue porque me rompí el lomo laburando todo lo que conseguí.

Mariano no podría seguir ese consejo. Su padre, que lo tuvo soltero con su madre, tras una noche de diversión en un camping en “Las Grutas”, Provincia de Río Negro, no lo veía mucho, porque quien lo crió fue su madre, que era ingeniera. Su padre padecía esquizofrenia, había sido internado algunas veces, otras veces requería una potente medicación. A Mariano alguna vez le dijeron que podía él tener lo mismo, pero no les prestó atención. El era un poco “raro” para la gente y un poco “desganado” -desconectado, con la mirada en cualquier parte-, pero eso era todo. Nada de esquizofrenia. Quizá fue la práctica del surf lo que lo salvó a Mariano de caer en la esquizofrenia. A él también le gustaba pasar miles de horas encerrado en un cuarto, lejos de la gente. Mariano había comenzado a surfear en Playa Union, a 5 kilómetros de Rawson, Chubut, donde las olas son más azules, porque están lejos del Río de la Plata, la arena tiene más piedritas y el agua es helada, helada. Las olas de Playa Union, olas del Atlántico, cuando su madre trabajaba como ingeniería en Chubut, fueron las que lo acercaron al surf, cuando tenía quince o catorce años e iba a un colegio de la zona. Pero, no. No se había “revelado” a esa familia especial que tenía. Apenas vivía con su madre.

Y, a la objeción de la falta de trabajo, constante para decir la verdad, optó por contestar con la verdad.

-Lo que pasa que yo pruebo y no paso de las entrevistas. Está muy difícil. No consigo entrar en los grandes estudios.

-Pero es cuestión de actitud –dijo Rafael, el hermano de Agustina, que comía junto a ellos- Yo cuando voy a una entrevista laboral siempre me toman, pero voy pensando que soy el mejor empleado que puede llegar a tener la empresa. Llegó puntual, pero mentalizado que soy el mejor que pueden tomar. Apenas paso la puerta, sonrío, me visto impecable, puntual y pienso de verdad que soy el mejor empleado que puede llegar a tener esa empresa. Nunca me rechazan.

Rafael se llamaba el hermano menor de Agustina. Estudiaba Administración de Empresas en la Universidad del San Andrés y había conseguido trabajo en una consultora prestigiosa. Él decía que ni una sola vez llegó tarde, porque se tomaba con mucha responsabilidad lo que era el trabajo. Además, había popularizado entre ellos un chiste común.

Le preguntás a Mariano “*¿Qué tal la carrera de abogacía? ¿Cómo te va?*” y él decía “*Bien, muy bien gracias*”, entonces decían “*Ah...¿Tenés mucho trabajo, muchos clientes?*”, “*No, ninguno*”, contestaba. Agustina y Rafael solían hacer esa función delante de él. Uno interpretaba a Mariano y la otra hacía las preguntas y cuando decía “*No, ninguno*” estallaban en risas.

- ¿Qué fue lo que hiciste en Mar del Plata?

-Fui por un caso que tengo. Es un chico que hacía surf y murió en circunstancias raras. Lo secuestraron. Pidieron dos millones de dólares a la familia, una familia de clase media baja. Como no pagaron el rescate, lo mataron.

-¿Dos millones de dólares de rescate? ¿A una familia de clase media?

-Así es.

-Que gente de mierda. Ojalá puedas ayudar.

-Me contrató la familia. Estamos tratando de impulsar la investigación así que fui a Mar del Plata. Voy a volver a ir en un tiempo.

-¿Te pagaron por ir?

-No, pero pude financiar el viaje.

-¿Y cuánto te pagan por el caso?

-Es un caso de un servicio para causas sociales. Pagan nada más que los gastos, pero te supervisan y te enseñan. La idea es tener una experiencia que me sirva para crecer, porque trabajé pocos años en estudios jurídicos. Es importante el espaldarazo que da la experiencia.

Rafael –con quien ya había hablado de estos temas- intervino.

-Seguro que lo ponés en los bitcoins...¿No?

-¿Qué son los bitcoins?

-Una moneda virtual. Trato de ahorrar en eso lo que puedo.

-¿Y cuánto vale?

-Había llegado a 10 dólares, pero ahora cayó y está a tres. Hace varios meses que no supera los 3 dólares. Hay una crisis de confianza.

-¿Virtual es la moneda? ¿Y la cambiaste por monedas reales? ¿Quién la emite?

-Si es virtual, la inventó una persona en internet que no se conoce porque usa un pseudónimo, pero no la emiten uno, sino todos.

-¿Ah la inventó uno en internet y vos se lo comprás y es virtual? –se rió con satisfacción, como si hubiera tenido una prueba irrefutable de algo que había dicho él antes acerca de Mariano- Ponés tu plata en internet en una moneda virtual.

Había que contestar semejante provocación con algo que motive más desprecio. Porque para Mariano el desprecio de la gente es irreversible, pero cuando llega hay que buscar más desprecio aún. No tenía puestos los anteojos negros Ray Ban aviator, pero creyó captar el fulgor de la energía del desprecio, que salía desde la piel del hombre en luces, en fulgores de luces especiales que él creía captar. Si lo van a despreciar, que lo desprecien muchísimo más.

-Para mí, un día el bitcoin va a valer 1 millón de dólares.

Alejandro Perez Allati se atragantó la porción de pato a la naranja que estaba comiendo.

-¿Qué es lo que va a valer 1 millón de dólares?

-El bitcoin por supuesto. Solamente hay que esperarlo.

Apenas terminó con esa idea, Alejandro Perez Allati la miró a Agustina, buscando su complicidad, como invocando una vieja conversación anterior y diciendo “*¿Viste lo que te dije? ¡Este tipo es un idiota!*”

El clima estaba un poco hostil ya en esa cafetería del turf del Jockey Club de San Isidro. Pero eso es porque estaban preocupados por su hija. Es normal querer planificar que su hija tenga un futuro más o menos normal y con Mariano de Rose el tema no pintaba muy promisorio. Lo que más le criticaban a Mariano en aquella familia es que vivía en la casa de su madre. El trataba de

explicar que en otra generación, cuando el país era más rico, los chicos se iban antes de la casa de sus padres, pero ahora la cosa había cambiado.

Además, ellos criticaban mucho a los “ambiciosos”. Los “ambiciosos” son las personas que no trabajan o que trabajan poco y quieren ganar muchísimo dinero rápido para salvarse. Los “ambiciosos”, en las historias que ellos contaban, eran siempre unos idiotas que merecían perder el dinero por sus ilusiones o fantasías.

-No te conviene flaco, creer en esas cosas. Parecen nuevas, pero existieron siempre. Vos sabés, yo tenía un primo, el tordo Javier. Nunca trabajó, pero creyó que había que salvarse con una financiera, con la plata dulce. Hipotecó su casa, la única casa que tenía, lo puso todo en una financiera de la city. ¡Te das cuenta! Lo perdieron todo, sabés qué tristeza flaco. Muchas de esas financieras quebraron. No hay que ser ambicioso. Todo lo que se consigue se consigue con muchísimo trabajo. Yo a tu edad me levantaba a las 6 de la mañana. No hay cosas mágicas. Te conviene mirar una película “Plata Dulce”, actua Brandoni. Ahí vas a entender lo que es el bitcoin o la gente que quiere hacerse rica con negocios mágicos. Siempre lo pierden todo. Los ambiciosos siempre lo pierden todo.

En eso se acercó un amigo de la familia. Enseguida ellos se pusieron tensos y contentos a la vez. Era Luis Krauss, un conocido del club. Saludó, hizo unas preguntas sobre los caballos del día y se fueron.

Los Kraus eran muy respetados en el Jockey Club. Mariano se conocía de memoria todo de ellos. Los padres de su novia los reverenciaban y siempre hablaban de ellos, a veces con críticas para disimular tanta fascinación.

La plata buena había comenzado con una vieja fábrica de alfajores nacional que competía con las internacionales y que era muy conocida y característica. Luego de que la fábrica se fundió, huyeron al exterior unos años Kraus y su hermano. Escapaban de la Justicia por una causa de quiebra fraudulenta y otros delitos. Más tarde, volvieron. Entablaron vínculos con la alta política y se adjudicaron varias licitaciones en la Ciudad de Buenos Aires, estacionamientos, concesiones de subterráneos, obras y todo tipo de contratos que dieron ocasión a una floreciente fortuna económica. No importa que se haya pasado por delitos penales graves. Ahí en el Jockey Club eran unas verdaderas estrellas, porque eran poderosos en serio.



Varias veces habían hablado de ellos. Los padres de Agustina se ufanaban de su amistad, o de haber ido a las fiestas que organizaban a veces en Punta del Este. Los Kraus tenían afición por el Polo, llegando a tener dos de hándicap, y a comprar una casa en el club Martindale, un club privado que también servía para el ascenso social de las nuevas fortunas. Más tarde, entraron al Jockey, un club que pretendía ser más cerrado que Martindale, pero que pronto se rindió a sus pies. No era necesario tener dos de hándicap en el Polo para limpiar el origen de su fortuna, porque las fortunas grandes provocan carisma.

-Es muy amigo nuestro el petizo Kraus. Tiene dos de hándicap en el polo.

Mariano varias veces lo había escuchado hablar de Kraus y de su amistad y de que tenía dos de handicap. Rafael de nuevo los interrumpió. Esta vez para bien.

- Ya está la 8 carrera. Juega el petizo Valdivieso.

Se levantaron del restaurante rumbo al hipódromo.

-¿Te dejan pagar la cuenta con bitcoins?

Todos se rieron.

-No te hagas problema flaco, yo invito. Sabés que te quiero y que te considero muy capaz, muy talentoso. Si, a veces, te jodo es porque te quiero – le dijo con una palmada.

Y se levantaron todos del restaurante para acercarse a la pista de las carreras de caballos.

El quería hablar del caso que tuvo en Mar del Plata. La investigación penosa que hizo de todas maneras lo tenía orgulloso. Aunque se le había vencido el plazo, como buen abogado que era ya había pensado un plan para intentar resolverlo, acudir a un contacto de la política estudiantil, “Hipólito Manzanares” seguro que lo iba a ayudar.

En los próximos días iba a ir a Mar del Plata con la apelación lista. A diferencia de otros casos penales que tuvo gracias al servicio de patrocinio de querellas y que le había encomendado el Instituto de Derecho Penal del Colegio de Abogados, dirigido por el prestigioso jurista Martinez Raymonda, había algo en este caso del surfista que le hacía pensar que podía trabajar más.

Era muy enigmático esto del secuestro de los dos millones de dólares de rescate a quien no los podría pagar, pero creía que podía dar más de sí para poder esclarecerlo. Creía que el talento podía aflorar y ayudarlo a dar lo mejor de sí. Que podía dar más resultados de lo que todos creían. El éxito no está en vencer siempre, sino en no desanimarse nunca, decía Napoleón.

No obstante, a la par que lo atraía, el caso también le provocaba cierto temor. La mezcla de atracción y temor es la que se nos hace irresistible, es la que tiene un encanto especial.

Hipólito Manzanares se llamaba el referente político de Mariano de Rose en sus tiempos de estudiante en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Entonces, al menos durante algún tiempo, había militado en las filas de la Franja Morada, una Agrupación estudiantil que disputaba sus elecciones allí.

La Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires estaba cogobernada por profesores, egresados y alumnos, a partir de las elecciones de los representantes de cada sector y había mucha política. Las Agrupaciones políticas se disputaban el dominio de la Facultad y allí se ganaban los concursos para las cátedras. Las cátedras, decía Hipólito, se ganan con los votos, en las elecciones. Después, están los concursos para convalidar el resultado que primero arreglan y negocian las distintas fuerzas políticas. Por eso, como los alumnos son de izquierda, estaba nivelada hacia la izquierda en lo Penal, eso se traducían en el conocido aforismo de la UBA DERECHO “el delincuente, siempre tiene razón”.

Gracias a la Franja Morada, Mariano en su tiempo conoció un contrato en la Justicia de la Ciudad de Buenos Aires. La Justicia de la Ciudad, como la “autonomía” de la Ciudad, era un concepto que habían inventado los radicales para ubicar a sus militantes estudiantiles de la Franja, cuando, varias décadas después de hacer política allí, se recibían de abogados. Pero lo malo es que había poner al Ateneo Radical, el 20% de todo lo que ganaba tenía que poner a los radicales por su trabajo en la Ciudad. .

Mariano de Rose fue a visitar a su referente Hipólito Manzanares a uno de los edificios nuevos que se habían construido por la “Autonomía” de la Ciudad. Eran edificios con una arquitectura moderna, con vidrios a la calle, que hacían recordar a los inmobiliarios de los más caros y prestigiosos de las empresas multinacionales de la informática, por el aspecto sobre todo moderno. No estaban allí los viejos empleados municipales, mal humorados, feos, mal vestidos. No. Al contrario, había unas secretarías imponentes, toda la gente sonreía, la ropa era toda de marca. Había gigantografías donde se mostraban imágenes grandes con sonrisas donde, en general, un adulto escuchaba las órdenes de un joven. Hacían pesas, hablaban de dietas, estaba todo siempre de buen humor. Vestían nunca de traje, pero sí “informal” con una fortuna de plata puesta en ropa. Con náuticos, remera de marca o camisa, a

veces alpargatas. Eran muy amables y muy bien vestidos. Pero, eso sí, para toda esa gente era más fácil agarrar un perro rabioso que agarrar un libro.

Una fortuna de plata, pensó, eso era la Autonomía de la Ciudad.

Hipólito Manzanares se decía que era el Monje Negro de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, porque gran parte de los profesores titulares de cátedra de la Facultad le debían el cargo a él y le ponían, religiosamente, el 20% de todo lo que cobraban como su sueldo. No se quedaba con ese 20%. Eso sería una acusación muy grave, sino que lo usaba para las campañas de la Franja, sobre todo entre los graduados y los estudiantes se aseguraban el control de la Facultad y de todos los concursos de los titulares de cátedra, algunos de los cuales, con el trampolín de la carrera docente, llegaban a jueces. Muchos jueces le respondían directamente a Hipólito, sobre todo los jueces de la Justicia de la Ciudad. Eran jueces militantes de la “autonomía” de la Ciudad, autonomía que significaba hacer más y más de esos edificios nuevos que tenían gente en permanente estado de sonrisa y que usaban remeras de mínimo 200 dólares.

Cuando llegó hasta su oficina, ubicada en el sexto piso de aquel edificio, preguntó por Hipólito Manzanares. Antes un destacado militante de las filas de la Franja, ahora el señalado como el verdadero dueño de la Facultad de Derecho, de todos sus concursos y todo lo que decía. Se destacaban las fiestas Hipólito organizaba en su piso que daba a la Av. Libertador, unas fiestas con disk jockey a las que concurrían no solamente los prestigiosos profesores, sino también jueces y personalidades de la política.

-El señor Hipólito en este momento está en una reunión.

-Pero si me anuncié y me dijo que me estaba esperando.

-A ver, aguarde un minuto.

-Sí, me anuncié ayer. Hablamos por teléfono.

-El señor Hipólito dice que lo espera en veinte minutos. Ahora está en una reunión

Mariano de Rose aprovechó el rato libre para recorrer los juzgados por unas cuantas causas que tenía en los nuevos Juzgados Penales de la Ciudad. Primero, una causa por “hostigamiento”, una figura absurda pensada para peleas judiciales absurdas y ridículas. Una señora, su cliente, había tenido

una discusión con un vecino en una reunión de consorcio. A raíz de eso, la señora, aducía que luego no lo saludaba en el ascensor y que la miraba mal. Hay gente que está tan absolutamente sin nada que hacer en la vida que tiene un radar hiper-sensible para detectar inverosímiles ofensas cotidianas y darles una importancia superlativa.

Cualquier persona afronta, a diario, un río de problemas y angustias cotidianas que hace que una afrenta de ascensor pase inadvertida. Pero, para personas tan pero tan absolutamente sin nada que hacer en la vida, el radar de ofensas superficiales se agudiza mucho y generan conflictos.

Para ese tipo de cosas, estaba la Justicia de la Ciudad y el “hostigamiento”. Estos problemas vecinales podían ser gravísimos y en ese edificio moderno se lo tomaba con toda seriedad. Pidió ver el expediente, Mariano de Rose le había cobrado 200 dólares por acompañarla a una mediación penal.

Una mediación que solo fue un griterío penoso entre su clienta y su vecino, el cual estaba aburridísimo del trámite, con toda la razón del mundo. Ahora, después, como se hizo sin acuerdo, Mariano le cobró 500 dólares por hacer una querrela y, para justificar esa penosa querrela, pidió llamar a varios testigos los cuales engrosaban, con sus declaraciones sobre la discusión en la asamblea del consorcio, ese penoso expediente. Mientras lo leía, Mariano pensaba que habría que venir con una ametralladora, matar a su clienta, a él, al juez y a toda la gente de todo ese nefasto edificio. Y, así, luego utilizar ese monstruoso inmueble para hacer un hotel.

- Tanto tiempo correligionario –le decía Hipólito, con una sonrisa, minutos después.

- Sí, es bueno verte.

-No tendrías que haberte alejado. La militancia es para toda la vida.

-Gracias.

-Yo sin ir más lejos sigo como siempre. Ahora me voy a candidatear para vicerrector de la Facultad de Derecho. Ya tengo todos los votos que necesito.

-Pero si siempre fuiste el rector de ahí, digamos la verdad.

-No, eso dicen, pero no es tan así. ¿Querés un café? – La miró a una

secretaria que estaba allí- Traigale por favor un café a Mariano, un viejo amigo, correligionario.

- Sí, hace mucho que no trabajo con ustedes.

-Estabas bien en el Departamento de Derecho Penal de la Facu. Quedaron muy buenas referencias tuyas.

Se acordaba de ese bodrio de trabajar en el Departamento de Derecho Penal. El Director del Departamento, el Dr. Gimenez Rondatti, les traía grabaciones de su futuro Tratado de Derecho Penal. Tenía una quinta en las afueras de Bella Vista y se grababa a sí mismo hablando del Derecho Penal. El tipo hablaba con un grabador en la mano mientras caminaba por la quinta, o mientras caminaba por un paseo corredor que estaba en el centro de Bella Vista. Luego, dejaba las grabaciones allí para los administrativos del Departamento de Derecho Penal. Ellos tenían que pasarlo a la computadora, se escuchaba el ruido de los palomones; el Dr. Gimenez Rondatti hablando sobre Derecho enfrente de su pileta.

-Sí, qué tiempos aquellos. Realmente la pasé de maravillas. Y, sobre todo, aprendí muchísimo.

Aprendió muchísimo sobre gente que, si fuese eliminada, el país estaría mejor, pensó Mariano. Uno de ellos era un titular de cátedra de una materia sobre filosofía del derecho. Tenía un cargo directivo en el registro de la propiedad inmueble, el cual había conseguido con la política estudiantil y universitaria. Pero, por una discusión política, lo persiguieron y lo despojaron del cargo y lo mandaron a mesa de entradas a poner sellos. Lo único que, por cuestiones de la legislación laboral, era indispensable mantenerle el sueldo y el cargo. “¡Me quisieron perjudicar y al final me hicieron un favor! Gano lo mismo que antes con sueldo de Director General, trabajo la mitad de horas y tengo muchas menos responsabilidades. Solamente poner un sello” se jactaba, siempre que podía, el profesor a los alumnos del Departamento de Derecho Penal. Además, solía mostrar fotos de sus viajes alrededor del mundo.

- Es muy bueno tenerte por acá. Justamente, el año próximo tenemos elecciones en el Consejo de la Magistratura de la Nación. Una campaña muy dura que está en sus inicios.

-Sí, por eso quería hablarte. ¿Es nuestro el juez Leonardo Cagliotti? ¿Podré conseguir una reunión con él?

-¿Cagliotti? ¿De qué juzgado?

-Juzgado Federal N°4. Mar del Plata.

Hipólito tecleo unas palabras en la computadora. Detrás, adornando la oficina, se veía un retrato grande del ex presidente Raúl Alfonsín.

-Leonardo Cagliotti –dijo- Me parece que lo tengo. Igual los jueces federales son todos nuestros. A ver, parate que ya sale. Ya está.

Apareció en la computadora de Hipólito una foto del juez con textos agrupados, por “vida personal”, “carrera académica”, “militancia”, “favores”, entre otras cosas.

-Cagliotti, miralo vos. Sí es un buen tipo, es nuestro. Medio mujeriego. La esposa anterior le contrató un detective y el tipo se estaba culeando a la secretaria del juzgado. Entraron con el detective al telo y le tocaron la puerta de la habitación diciendo “personal de limpieza”, muy gracioso. Además, la secretaria era media bruja, o algo así, porque le tiro unos ritos para enamorarlo. Dejó a la mujer, hijos, todo. Pero buen pibe el flaco Candiotti. Ya de estudiante tenía quilombos de polleras siempre, pero buen pibe, buena persona. Es nuestro... buen, casi todos los federales son nuestros.

- ¿Todos los jueces federales son nuestros? ¿Consejo de la Magistratura decís? Yo pensaba que lo manejaban los políticos, porque la mayoría de los consejeros vienen de la política.

-Sí, pero los consejeros están pintados. Solamente sirven para hacer entrar militantes y recaudar. Lo importante son los jurados de los concursos y esos los manejamos desde la Facultad. Los jurados son todos profesores de la casa. Los ponemos nosotros.

Los profesores los pone este tipo, pensó Mariano. Con razón ganan los concursos de cátedra en la Facultad de Derecho esos tipos que escriben esos libros de mierda, con ese idioma de mierda, que no se entiende un carajo ni qué dicen. Pocos minutos después de hablar con el juez, Hipólito puso un papel escrito con birome arriba del escritorio.

-¿Ves? Es una imprenta en Mar del Plata. Está a diez cuadras del juzgado. Ellos tienen falsificado el cargo y el sello medalla del Juzgado Federal N° 4.

-Uh sabés que me cago todo cuando hago una de esas cosas. No me

gusta.

- Pero sí es por una causa de bien. Además, tranquilo que ya está hablado. Vos andá a mesa de entradas con un escrito ya presentado con el cargo falsificado y acusalos a los pibes de mesa de entradas de haber perdido tu escrito. Está hablado, el juez le va a hacer lugar y queda como que lo presentante en fecha. Pero eso sí...¡No seas pelotudo! Sabés lo que pasó el otro día con esto de los sellos medalla falsos de juzgado.

-¿Qué pasó?

-Un pelotudo puso el sello falso con una fecha que caía un sábado. ¡Los sábados no está abierto el juzgado animal! Ahí no lo pudimos ayudar, tiene una causa penal, lo más probable es que pierda la matrícula. Una barbaridad. No se puede ser tan torpe. Pero vamos a tratar de protegerlo, es de los nuestros. A los amigos hay que bancarlos. Siempre los vamos a cuidar.

El lema de Hipólito Manzanares todo el mundo lo conocía. *“A los amigos, hasta el culo; a los enemigos, por el culo...para todos los demás, la ley”*.

-Sí, habrá que tratar de mitigar estas prácticas y dejarlas para casos más excepcionales. Después nadie cree en la justicia.

Hipólito lanzó una risotada.

-Ah, siempre tan idealista y comprometido. Me gusta que seas así. Necesitamos mucha más gente buena en el partido para mejorar este país. ¿Sabés? Me acuerdo del día que te acercaste a la mesa. Era por un profesor que te tenía de hijo y te maltrataba delante de toda la clase. Dije, este es un buen pibe, lo quiero para el partido. No tenés que dejar que te saquen ese buen corazón, hay que militar siempre.

-Pero...¿Tenemos tanta gente entre los jueces federales?

-Vos fijate los jurados de los concursos, todos profesores de la casa. Sabés como es esto. Siempre alguno tenemos. Negociamos con la política. Tres para ellos, uno para nosotros. Hay que tener buena cintura para rosquear, los peronistas lo tienen a Casares.

Hablaba de un político importante peronista que manejaba el partido justicialista en la Ciudad de Buenos Aires.



- Casares es pillo, es bicho. Te descuidás y te mete cien tipos suyos. Ellos los venden bien a los suyos. Nosotros tenemos que meter los nuestros, sobre todos los jueces. Poder no es un cargo en la Facultad de Derecho, poder es firmar una sentencia. Nosotros tenemos que ser como un virus. Tenemos que infectar todo. Tenemos que meter gente nuestra en la política, en la administración, en los colegios de abogados, en la justicia, en todas partes. ¿Estás buscando algo, algún laburo?

Sabía que le iba a ofrecer un contrato de mierda y que encima le iba a tener que pagar el 20%. Aunque en los tiempos que él estudiaba, Hipólito era solamente un dirigente estudiantil, con el paso de los años había ganado en las sombras un poder muy importante con tentáculos que se extendían hasta los jueces que había logrado hacer nombrar. Muchos catedráticos de la Facultad, a su vez, le debían el cargo de profesor titular. Era una amistad importante.

-No, pero te agradezco. No sé en qué día puedo llegar a estar en esa situación.

-Me alegro que en este momento no lo precises. *“No hay nada más noble ni más eficiente en el hombre que la conciencia de bastarse a sí mismo, en todas las contingencias y los órdenes de la vida”* decía Yrigoyen.

- ¿Y cómo están para las elecciones del Consejo de la Magistratura este año?

-Estamos tratando de lograr consensos para forjar una alianza multisectorial, pero vamos a ser inflexibles. Debe encabezar la lista uno de los nuestros. El prestigio académico es lo más importante de todo, por ende, los concursos de las cátedras de la Facultad de Derecho son lo importante. Vos sos un militante que vale mucho Marianito, porque sos un buen pibe, tenés principios, tenés palabra, lealtad, eso vale y vale cada día más. No te pierdas. Seguite acercando.

-No me pierdo, estamos en contacto. Si sabés algo sobre esa causa que te comenté, llamame.

-Perdé cuidado. Sí se de algo te llamo.

Cuando estaba saliendo, vio que Hipólito corrió tras de sí.

-Escuchame. Cuando pongas el sello medalla falso del juzgado, poné una fecha que sea día hábil. Fijate bien que sea el calendario de este año y el

mes. No llegues a poner el sello como que te recibieron el escrito un día sábado ni un feriado. Hay que tener muchísimo cuidado. Es muy importante que no te equivoques con eso.

Cada día de la vida, como un alado unicornio de colores de magia, parecido al unicornio de “She-Ra”, levanta un polvo de luces de colores de espíritus ebrios y danzarines, espíritus de magia que protestan y bailan al salir despedidos. Luego, se para frente a nosotros, nos mira y nos dice: ¿Te subís a esta montura plateada y construida con ensueños, que te voy a llevar por un camino que tal vez, tal vez tenga sorpresas?

En esa tarde, el día lo llevó a Mariano. Lo llevó aunque no quisiera. Lo llevó para tener un plan nuevo. El plan de ver a su novia Agustina que tenía ganas de examinarlo, porque él no se ajustaba a la expectativa de su familia o algo así. Pobre chica, enamorarse de él. Mariano sentía compasión por los dos y por tanta incertidumbre sobre a dónde iba a dirigirse su destino.

Ya había vuelto de Mar del Plata. Dormía de nuevo en el departamento de su madre. Su cama estaba con las sábanas tan desarregladas como cuando la dejó para viajar a Mar del Plata por la causa, pero al menos pudo ver su colección de discos de magia. Los grandes magos enseñan los mejores trucos. Y eso lo calmaba un poco.

Mariano de Rose estaba triste. No se imaginaba qué explicaciones dar sobre lo inexorable que ya había pasado. Se le había vencido el plazo para apelar la sentencia del juez que dispuso el archivo de la causa. Si bien se había presentado en el expediente de la muerte de Ezequiel Muñoz y pudo llegar sacar fotocopias, cuando se dispuso el archivo de la causa, debía apelar. Pero una noche de borrachera y de drogas hizo que se distraiga lo suficiente. Lo irremediable era lo que había ocurrido.

Pero eso, no se le iba a contar a su novia Agustina en ese momento para soportar una maraña de justificadas críticas. Si ya él mismo se criticaba, ¿Para qué iba a necesitar más críticas?

Se habían reunido en el restaurante “Bellagamba”, sobre la calle Rivadavía, a pocas cuadras del Congreso, en la zona de once.

Bellagamba, un restaurante histórico, con más de noventa años de antigüedad, fotos de los personajes de distintas épocas, como el boxeador Bonavena, el poeta Garcia Lorca, el actor Martin Karadagian. Decenas de fotos en blanco y negro autografiadas rodeaban sus paredes oscuras. Mariano iba allí, porque podía quedar bien, pero con precios bajos. Ningún restaurante

decente en la ciudad lo igualaba en el valor del precio de la cerveza de litro, así como en el de las empanadas de carne frita exquisitas que se encontraban en las mesas del fondo, listas para el auto-servicio.

Era una noche de Lunes y no había mucha gente en las mesas de la vereda de Bellagamba. Ya él se había traído en una bandeja unas empanadas de carne frita y una cerveza Heineken de litro para los dos. Venían hablando de distintos temas y consiguió interesarla en su investigación. Lo que más le llamaba la atención era la agrupación anarquista que venía vandalizando la ciudad de Mar del Plata en los últimos tiempos y trató de hacérselo saber a Agustina.

-Cada vez más personas hablan del Mumi. Para mí él y su banda son un youtuber... Tipos que suben videos a internet.

-¿Quién es el Mumi?

-El líder de la Agrupación Anarquista que te digo. También le dicen el Wave Rebel, porque se llaman Los Rebeldes de las Olas. Hace tiempo que están atacando la ciudad.

-Ah y decime...¿Qué atacan? ¿Quiénes son esos pendejos?

-Están en contra de los balnearios privados que dicen que le sacan terreno a las playas públicas y de todos los negocios en las playas. Suben videos a internet. Atacaban los supermercados que vendían bolsas de nylon por la contaminación al mar. Lograron que muchos de estos supermercados dejen de usar bolsas. Pero son un grupo clandestino. Anarquistas, creo que también ecologistas.

-Ajá. Mirá que bueno. ¿Y sobre ellos averiguaste en Mar del Plata?

-Sí, entre otras cosas.

- Yo debo ser una boluda terrible. Seguro que estuviste con cien minas ahí y me decís que vas a Mar del Plata a trabajar. Los novios de amigas mías, gente normal que conozco, nunca hacen esos viajes solos.

Mariano odiaba cuando empezaba con eso de la “gente normal”. Era una idea que él detestaba. Siempre lo comparaba con la “gente normal” y salía perdiendo –inevitablemente- en la comparación. ¿Cuál era la obligación de vivir la vida como la vive la “gente normal”?

El noviazgo aquel estaba en su fase de declive inexorable, pensó. Se dio un trago profundo de cerveza bien fría, mientras veía la Avenida Rivadavia vacía. A pocos metros estaba una heladería.

-No, no estuve con ninguna. Pero fijate si me podés dar una mano con esto. Un punto de vista distinto. ¿Qué puede buscar una Agrupación anarquista? ¿Te da confianza gente así o puede ser una pantalla que oculte otro tipo de intereses?

-No lo sé.

-Me dan ganas de meterme en el grupo para tratar de investigar más de cerca quiénes son. Pero no pude dar con ellos.

Es verdad, ya el caso estaba, prácticamente, terminado porque se le había vencido el plazo. Pero, con todo, la presencia del grupo lo seguía intrigando. Quería saber más de qué se trataba todo eso.

¿Por qué estaba tan interesado? Ahora, al recordarlo, pensó que el interés se lo pudo haber sembrado aquella misteriosa mujer que se le acercó y que le habló en el restaurante la vez de la borrachera. Ella le había hecho preguntas sobre el caso, le sacó información. Pero, además, ella le había preguntado si sabía algo sobre el grupo y eso fue el detonante que le aumentó la intriga. ¿Era acaso una especie de secta peligrosa?

¿Qué quería aquella mujer que se le acercó? Como quiera que sea, desde que volvió a Buenos Aires estuvo investigando noticias en internet sobre el grupo anarquista. Pintadas en las paredes de Mar del Plata, bombas caseras, videos donde exigían que los balnearios privados retrocedan su espacio y le dejen más espacio de playa a la gente. Ese tipo de cosas y ahora le quería compartir a su novia el fruto de esas investigaciones.

-Los rebeldes de las olas- dijo Agustina, mientras tomaba del vaso de cerveza- Todo muy serio.

-¿Creés que eso puede estar relacionado con mi investigación?

-¿Qué investigación?

-Sobre el caso que me dieron. La muerte de Ezequiel Muñoz. Estoy tratando de buscar pruebas para impulsar el caso.

Ezequiel había muerto durante aquella estadía en Mar del Plata,

mientras trabajaba para el bar Teahupoo. Lo habían secuestrado. Habían pedido 2 millones de dólares con una voz ronca y profunda, en 48 horas. Lo habían matado por no pagarlos dentro de las 48 horas. No se sabía nada más.

En el escrito judicial que, pacientemente, Mariano iba preparando, había escrito ya que era “prematureo” el archivo de la investigación cuando “no consta” que se haya llamado a atestiguar a todos. También, había pedido que lo llamen nuevamente a atestiguar a Miguel y que pidan un segundo estudio sobre las huellas dactilares del local Teahupoo, entre otras pruebas que tenían el único objetivo de meter papeles dentro del expediente y sacarse rápidamente el tema de encima. Una lástima porque se había vencido el plazo, pero, de todas maneras, para ese tiempo tenía preparada una estrategia, una última carta.

-En otras palabras. En el viaje no pude conseguir nada y encima me parece que me robaron la computadora del hotel. Pero creo que la línea de investigación correcta sería averiguar más sobre la banda de activistas.

Mientras él hablaba, su novia Agustina lo interrumpió y le dijo sobre su plan:

-¿No te das cuenta la edad que tenés? Muchos que ya tienen tu edad están pensando en casarse, en tener una familia, tener hijos... Te fuiste del hilo de la vida. Se te va el tren, despertá porque se pasa volando.

Ella volvió a su tema recurrente. Mariano sospechaba que ella repetía las palabras de su familia, ya que él no estaba bien conceptualizado en esa familia. Y empezó:

-Vos vivís en la casa de tu vieja, no buscás trabajo. Te veo tan inseguro, tan chico. Pero no sos un nene, te creés que sos un nene pero la vida se te va a pasar volando. Además, digamos la verdad, eso de ayudarlo al delirante de tu amigo Ignacio con lo de los turistas no es un trabajo.

Ignacio era el nombre de El Gallego. En aquel año todavía no vivían juntos, e Ignacio aún no había alquilado aquella casona de San Telmo que sería “La Mansión Beverly Hills”. Pero ya comenzaba a tratar de hacer negocio con los turistas subalquilando habitaciones. Ignacio había alquilado un departamento y subalquilaba algunas de sus habitaciones a extranjeros. Mariano, de vez en cuando, iba para allí a dar una mano y El Gallego le tiraba unos pesos por la ayuda. Agustina continuaba:

-Y ahora decís que por un caso judicial debés ir a surfear otra semana a Mar del Plata, aunque todo lo que conseguiste la vez anterior fue perder la computadora....¡Dejate de hinchar! Te lo digo porque te quiero, pero vas a terminar como tu viejo. La esquizofrenia es por no trabajar, por no tener un sentido en la vida.

-Lo de mi viejo fue distinto. No me va a pasar. Hablo solo a veces, me río solo, tengo algunas locuras, pero somos distintos. No me saqués ese tema. Ahora, estoy trabajando en un caso legal que me encargaron. Hay un pibe que lo mataron. Yo vi llorar a la familiar cuando me tomaron. Quiero dar algo de mi para ayudarlos.

-Sí, está bien. Siempre me pareciste una buena persona. Está bien que te preocupes por tomarte ese caso legal con mucha responsabilidad. Pero, es un trabajo pro bono, no te pagan. ¿Cuándo vas a pensar en un proyecto para nosotros? ¿Cuándo vas a pensar en un futuro?

-¿Y para qué quiero mejorar? Si ya tengo clientes, tengo casos, hago mis casos.

-¿Qué clientes? Si ni siquiera tenés una oficina.

-Sí, tengo.

-No, no tenés. Alquilás un espacio una vez a la semana en Tribunales y la poca gente que tenés va a verte ahí todos el mismo día y los hacés esperar para hacerle creer a todos que tenés muchos clientes. Pero a mí no me podés mentir, porque yo estoy de tu lado. Hay que buscarse un trabajo de verdad.

-¿Y vos qué trabajo de verdad tenés?

-¡Pero yo soy mujer! ¡Es distinto! Vos sabés qué triste que es un hombre adulto en calzoncillos que se levanta a las 12 del mediodía un día de semana porque no trabaja. ¿Eso querés ser vos?

-No sé que quiero ser, pero no quiero tener un montón de hijos que me reclaman, que me piden tiempo para cosas, con mil facturas que pagar y muchísimo trabajo que nunca sirve para pagar las cuentas. Yendo los fines de semana a comprar porquerías en cuotas a los shopping y trabajando y estudiando como perro para pagar la cuenta de la tarjeta. Así no quiero. No quiero que sea mi vida.

Ese tipo de diálogos daban la nota de que la pareja no iba más.

-Que feo lo que decís. Parece que ya estuviéramos casados. Pero solamente pienso en un proyecto para nosotros.

-Por eso, yo creo que las verdaderas parejas...

-Sí, las verdaderas parejas son los amores platónicos. Ya lo dijiste mil veces.

-Sí, pero estoy corrigiendo mi doctrina. Las parejas son verdaderas al principio, en los primeros meses. Entonces no se conocen. En cambio, después se conocen y se convierten en una sociedad con intereses en común. Ahí es cuando aparecen una falsa pareja más, un falso amor. Los únicos amores verdaderos son los amores platónicos.

-O sea que ya no me amás más. Porque pienso en vos. Porque pienso en nosotros.

-No dije eso.

Ella se tomó un trago de cerveza fría, se sonrió con ternura, y después tomó bríos de su enojo de nuevo.

-Ya conozco tu filosofía barata y zapatos de goma Mariano. Al principio, cuando te conocí, me sorprendías mucho con todas esas frases hechas. Los pactos prenupciales son una calamidad, porque si no hay incertidumbre se acaba el romanticismo dijiste una vez. Otra vez, con eso de que las únicas parejas auténticas son las que se aman en sus recuerdos, las otras son parejas falsas. Pero ya está. Estamos acá y ahora. Estamos en plena vida. ¿Qué vamos a hacer con nosotros Mariano? Si bajamos a la tierra....¿Qué vamos a hacer? Las frases de filosofía son muy lindas, pero hay que tener un proyecto. ¿Cómo vamos a crecer?

No le contestó nada. Agustina no era tan mala, era insoportable, pero algo de ella era bueno. Algo de ella todavía le gustaba. Quizá esa pareja tenía algún futuro. Tomó de un trago todo lo que quedaba en su vaso de cerveza.

Andrew Mark era un inmigrante proveniente de Inglaterra que se hizo conocido por irrumpir, borracho o drogado, en la oficina de una conocida empresa de compraventa de bitcoins de Argentina, diciendo que era hacker y que había descubierto una vulnerabilidad del sitio. La tal vulnerabilidad solamente era un problema de su propio navegador.



No le dieron la recompensa en bitcoins que estaba buscando por revelar ese secreto y tampoco lo contrataron como personal de seguridad informática. Por estas razones, decidió orinar en el tacho de papeles del hall de la entrada del edificio de ingreso a la empresa, aunque parte de la orina cayó directo en el piso y de la máquina donde se colocaban las tarjetas electrónicas para entrar, ante la incredulidad de la gente que pasaba por allí.

Lo tuvieron que expulsar con el guardia. Todo ello en medio de sus gritos de furia e insultos, prodigados en idioma inglés. Además, aquella vez, mientras se arreglaba el pantalón después del orinar y lo sacaban los guardias, amenazaba con que los iba a denunciar a la Reina de Inglaterra. Supuestamente, la Reina iba a tomar cartas en el asunto, porque la empresa tenía una persona jurídica en aquel suelo, porque lo habían golpeado los guardias. La Reina podría proteger a los ciudadanos británicos de aquella desconsideración.

Andrew Mark, según lo que siempre decía, había escapado de su país de origen para no caer en la cárcel por causa de exitosas estafas a bancos por sumas en libras muy importantes, realizadas con sus habilidades de hacker. Si se le creía a las historias que él mismo fanfarroneaba sin cesar, había conseguido vulnerar la seguridad electrónica de importantes bancos ingleses y, por culpa de ello, tuvo que huir del país para escapar de la cárcel. Sería una especie de criminal cibernético internacional de alta jerarquía que escapaba de la ley. En realidad, no parecía tener tantas habilidades informáticas como para lograr aquello. Otras versiones, más creíbles, decían que había escapado de Inglaterra para no hacerse cargo de un hijo que debía alimentar y por una causa de violencia doméstica a su ex pareja. Además, en algún momento habría vendido droga, pero con malos resultados en el negocio porque se la aspiraba.

Mariano de Rose, a pesar de sus antecedentes, creía en algo de su carrera de hacker frustrado. Al menos para saltar la contraseña de seguridad de un pendrive que le había robado al surfer Miguel debería servir. Lo había contactado para eso y quedarnos en verse en un bar de la calle 9 de Julio. Su mal castellano era reconocible por el acento, pero de todas maneras Andrew era simpático. Siempre estaba con un pucho en la boca y una gorra puesta y anteojos negros, con un aire de personaje de serie Western, pero con esos ticks que tienen aquellos que han tomado cocaína demasiadas veces.

-¿Dónde estás viviendo ahora Andrew?

-Vivo prestado en un hostel. En un hostel cerca de aquí, a diez...blocks, ¿cuadras?. A diez cuadras. Me dan el colchón a prestado a cambio de que atienda el bar a la tarde. Igual robo algunas botellas de bebida blanca del bar del hostel. Y, sino, las revendo. Estoy tratando de convencerlos de que acepten bitcoins.

-Y sí los convencés, te robás todos los fondos después...¿No?

-No, bitcoin is a philosopher's dream. Es una de las pocas cosas que hay que respetar.

- Bien, Andrew. Hablemos de negocios. Venía a ofrecerte un trabajo de hacker.

Eso era lo mejor que le podía decir al sujeto ese. Se le iluminaron los ojos al escuchar la palabra hacker.

-¿De qué se trata? ¿Cuánto es la paga?

Mariano de Rose sacó el pequeño pendrive de su bolsillo y lo puso arriba de la mesa. Corrió su tasa de café con leche y una platito con un sandwich tostado para que se pueda ver bien.

-Hay algunos archivos, pero todos tienen una clave de ingreso. Necesito acceder a la información que está acá. ¿Creés que lo podrías lograr?

-Sí. Mañana lo puedo traer. ¿Cuánto es la paga?

-Cien dólares.

-Cuatrocientos y en bitcoins.

-Cien es todo lo que tengo. En bitcoins no hay problemas.

En ese momento, no tenía nadie que acepte cien dólares por vulnerar las claves de ese archivo de word del pendrive, así que no quedaba otra que prestarse a eso. Al cabo, ni siquiera importaba mucho qué tenía el demonio del pendrive ese, ni tampoco demandaba demasiado la causa penal esa.

A la tarde siguiente, en esa misma cafetería, lo vio venir a Andrew con sus anteojos negros y su gesto de película Western y con gran satisfacción.

-Está hecho.

-Vamos a probarlo.

Conectaron el pendrive a la computadora portátil de Mariano y entonces Andrew con el mouse fue directo al archivo de word y lo abrió delante suyo. La sorpresa –un poco terrorífica- fue que lo que primero vio fue varias fotos suyas, lo habían estado siguiendo. Había fotos suyas en la playa, en Varese, en el asfalto, mientras corría, también en el estacionamiento del Hotel Emperador. Ahora lo recordó, cuando se levantó con resaca a la mañana y fue al estacionamiento a buscar su laptop, había un tipo que lo espiaba desde afuera. ¿Por qué Miguel y sus amigos lo habían estado siguiendo? ¿Qué intenciones tendrían?

-Una novia que te contrató un detective -bromeó Andrew cuando aparecieron sus fotos al abrirse el archivo de word.

-No es eso. No te preocupes.

-Mejor, hoy en día la gente está muy celosa. ¿Y el sueldo? I mean: the money.

-Sí...¿Lo querés en bitcoins?

-Sí.

Horas después, llegó a su casa con toda la información que hacía tiempo estaba buscando. Desde que le robó ese pendrive al surfista Miguel, una intuición muy poderosa le decía que iba a encontrar información muy importante allí.

Ahora, solamente sabía que esos tipos lo habían estado espiando. La conclusión era fácil, pero inquietante. ¿Ellos tendrían algo que ver con el secuestro, seguido de muerte, de Ezequiel Muñoz? ¿Por qué lo estudiaban a él? ¿Podrían querer matarlo?

Al llegar, la casa estaba vacía, con la sola excepción de una estudiante que provenía de Francia y que venía a Buenos Aires a estudiar la carrera de Letras. Mariano vivía con su madre, en una habitación pequeña, contigua a la cocina, que se había convertido su habitación, en tanto que las otras habitaciones su misma madre las alquilaba a turistas.

Desde hacía unos cinco años, su madre, ingeniera en alimentos de

profesión, había quedado desempleada por un proceso de reducción de personal, ante el cambio de las condiciones económicas, por algunas políticas nuevas instrumentadas desde el gobierno y el cierre de numerosas fábricas y empresas. Pero pudieron subsistir con avisos de alquiler de habitaciones en internet –negocio que luego él mismo iba a continuar con su amigo El Gallego- y, más tarde, con el aporte del cobro de la jubilación.

A pesar de que alcanzaba, debieron destinar todas las mejores habitaciones de la casa a los turistas y Mariano ir a la de la cocina, la cual era como un armario grande con un colchón y una mesita pequeña, donde él guardaba su colección de cd con las clases de los mejores magos de la historia y quizá, también, algunos libros de derecho. Ese armario/cuarto de servicio era, en realidad, su habitación.

Movió la cadenita de la entrada de la puerta del armario donde estaba su cama y una baranda de olor a transpiración o ropa sucia lo invadió. Al toparse con el desorden de su pequeña habitación, una oleada de tristeza negra y desánimo lo invadió.

Recordó que Winston Churchill decía que la depresión es un perro negro. Un perro negro que te sigue a todos lados y que camina al lado tuyo. Winston Churchill decía “*Hoy estoy con el perro negro*” para avisar que estaba deprimido. A Mariano le parecía genial eso.

En ese mismo cuarto, medias tiradas sobre el suelo, mugre como cabellos caídos, su colección de cd de magia, algunos libros de derecho, vio como si estuviera allí el perro negro. El perro negro lo esperaba, sentado sobre las sábanas desordenadas de su cama. El perro negro crecía y lo invadía todo. Todos los aspectos de su vida. Más estúpido no se podría sentir. No era tanto su novia lo que lo tenía mal, sino toda su vida y además el futuro.

Por ejemplo, que se le había vencido el plazo. Eso era la prueba que ni un solo caso de abogado pro bono podía hacer bien. O, tal vez sí, tal vez era su novia Agustina.

Salió rápido de su habitación para dejar el perro negro allí. Trabó la puerta -una puerta que era de madera, entrada de un armario-. En la mesa del living estaba su madre, que se llamaba Gabriela. Fumaba un cigarrillo, tomaba de una tasa de café y leía el diario “La Nación” sobre la mesa del living. Ella era una tipa muy alta, un metro ochenta, pero ya en esos días estaba un poco

más encorvada y comenzaba a hablar con un tono mucho más bajo.

Al llegar al living, más ordenado, más limpio, con una maceta y una planta, con un cuadro de un hombre enfrente a un lago en la pared, con una ventana que daba vista los árboles de la calle, era inútil. El descanso de la vista de su habitación desordenada no surtió efecto. El perro negro estaba igual junto a Mariano.

El desánimo no lo abandonaba. A lo mejor su madre podría ayudarlo. Se sentaron a hablar un rato y, como pidiendo su auxilio para espantar al perro negro, le contó todas sus penas. Winston Churchill tenía razón, pensaba Mariano, la depresión es como un perro negro que te sigue a todos lados. Hablar con su madre podría ayudarlo tal vez: ¿Podría ayudarlo? También le contó que estaba pensando, muy seriamente, en dejar a su novia Agustina.

Gabriela, su madre, tenía un cerebro privilegiado. Había estudiado ingeniería en alimentos, una profesión muy prometedoras en un país productor de alimentos como Argentina, pero reservada a personas inteligentes como ella. Además, era una muy buena madre. Ella estaba siempre para escuchar a su hijo único. Era una fuerza muy importante para Mariano. Quedó embarazada en un campamento en Las Grutas, hacía muchos años ya, cuando ella era una especie de bohemia adolescente que iba al sur a hacer dedo y conoció a otro chico del campamento. “Las Grutas”, un lugar de veraneo en la provincia de Río Negro, con un mar no tan frío y azul.

En “Las Grutas” había algunos campings, donde los adolescentes alquilaban una parcela para instalar su carpa. Había parrillas, juegos, duchas y muchas fiestas con fogones. Su madre conoció a otro adolescente allí. Ese noviecito, un drogón muy fachero pero que le encantaba la fiesta y que nunca había madurado, pronto la dejó. Ella quedó sola y madre soltera. Pero Gabriela igual siguió adelante con su hijo, trabajó y pudo terminar la carrera de ingeniería. Una carrera asestada de hombres y se abrió paso en un mundo muy difícil. Mariano tenía admiración hacia ella, le reconocía todo lo que ella lo protegió.

Ahora, ¿podría ayudarlo a él a espantar a este perro negro que lo seguía a todas partes? Comenzaron a hablar. Mariano, sobre todo, le contó sobre su crisis de pareja, sentía que Agustina, su novia, no lo amaba. Se sentía una carga para ella. Y es difícil ser un hombre en esta vida si tu mujer no te admira. Gabriela, con ese viejo vicio de fumar que nunca la abandonaba,

decidió contestarle sus objeciones.

-Te voy a decir cómo lo veo yo -le dijo- Vos en tu vida tenés una cosa mal y una cosa bien. Lo que tenés bien es una novia que querés y que te quiere. Lo que tenés mal es que no tenés trabajo. Para salir adelante, deberías mejorar lo que está mal, o sea solucionar el tema del trabajo. Pero, en lugar de arreglar lo que está mal, querés dejar a tu novia y arruinar lo que está bien. Eso me parece equivocado.

Mariano pensó que en la carrera de Ingeniería ven las cosas desde una manera demasiado pragmática. Estos ingenieros los entrenan para detectar problemas y diseñar soluciones. Pero el amor no se ajusta a esas matemáticas. El amor no se puede entender así.

-Creo que no me entendés mamá. Ella me dice todas estas cosas porque hablan mal de mi en su casa y ella se creyó su propaganda. Pero, sobre todo, me las dice porque no me quiere. No me ama.

Entonces dijo lo demoledor.

-Y, además, tiene miedo que yo tenga esquizofrenia, como papá.

-No estoy de acuerdo Mariano. Primero, no heredaste lo de tu padre. Segundo, ella es una buena chica, de una buena familia que solamente se preocupa por el futuro de ustedes dos.

-Sí, me quiere matar. Eso es lo que quiere. Matarme. Como toda mujer.

-¿De vuelta vas a empezar con esa boludez de que todas las mujeres somos viudas negras? -hizo un gesto de bruja en chiste-

-Sí, todas lo son. Y el que no me crea yo se lo demuestro. El que no me crea que vaya a un Shopping y mire lo que hay allí. Maridos, o sea zombis. Ya no son hombres, los hombres que había en ellos fueron ya asesinados por la viuda negra. Ir a un Shopping es como ver la película "The Walking Dead". Está lleno de muertos vivos que son maridos, cargan bolsas de ropa o productos que no necesitan, seres que se arrastran dentro de lo que queda de los cuerpos que alguna vez fueron cuando eran hombres. En "The Walking Dead", los zombis dicen "cerebro, quiero cerebro". Los maridos son seres que dicen "dinero, quiero dinero", piensan todo el día en trabajo y angustias laborales y solamente compran esas porquerías que llenan las bolsas que arrastran en los shoppings con sus pasos lentos. Los ves por cientos,

apelotonados en los Shopping, todos iguales, cargando sus bolsas y con cara de mal humor. Ya no tienen vida, son zombis, no tienen vida en la mirada, no tienen entusiasmo y se los ve siempre tristes. Porque el proyecto de toda mujer es matarte y convertir tu cuerpo en un marido, un zombie que se arrastra por lo que queda de su vida.

-¿De dónde sacaste toda esa ideología anti-consumo ?

-Estoy siguiendo los videos en internet de un grupo anarquista que opera en Mar del Plata. Ellos surfean y mezclan el anarquismo con el ecologismo y tienen proclamas anti-consumo.

-O sea, que mezclaste el anti-consumo con tu machismo de siempre y ahora tenemos un combo nuevo.

-Sino, podrías mirar a la cara a los maridos. No tienen vida en la mirada ya. Solamente piensan en gastos y en dinero.

Su madre, esa mujer fuerte pero con cerebro privilegiado, no tenía mucha tolerancia a la filosofía. Ella siempre iba directo hacia los datos duros.

La ciencia te desmiente Mariano. Hay muchos estudios científicos. Los hombres casados viven más años que los solteros.

Esa mañana de viernes, a las 8 am, el sol pegaba fuerte sobre el viejo edificio de tribunales. Las dos plazas de enfrente a Talcahuano estaban bellísimas, sobre todo porque no había gente. Pasó por un juzgado penal, un caso que tenía sobre abuso sexual, él impulsaba la acusación. Pedía pruebas y más pruebas, pero el juzgado las rechazaba. Nuevos testigos, una pericia psicológica, más pruebas.

En el ascensor viejo se topó, como siempre pasaba cuando iba al sector penal, a unos presos que venían a declarar. Seguramente estaban con prisión preventiva. Estaban esposados, acompañados por un guardiacárcel. Con un poco de instinto, él ya se daba cuenta: delito de sangre. Te miraban y telepáticamente (o por los gestos quien sabe), ya transmitían la certeza de que podrías ser un fiambre en un segundo. Entraban y salían todo el tiempo. Era un trámite al que llamaban “la puerta giratoria”. Así que había que respetarlos, porque ahora estaban esposados, pero en unos días en la calle.

Tiempo más tarde, tras dejar ese escrito, arrancó el Chevy directo a su caso predilecto. Mar del Plata, otra vez a investigar un poco más de qué se trataba eso. Hubo una discusión con su madre, porque ella le pagaba la nafta con su tarjeta, pero, bueno, era parte del trato que ya tenían hace mucho. En las últimas semanas, el tema se había comenzado a complicar.

Su madre era divorciada hace tiempo. Vivía sola en una casa grande cuyos cuartos alquilaban. Pero hace poco había comenzado a salir con una nueva pareja, hombre amable y que se hacía el canchero con “educación dura”. La “educación dura” era cortarle la canilla de dinero, paulativamente, hasta que se viese forzado a dejar de vivir en la casa con él, “por su propio bien” y, con esos consejos del muy imbécil, “viejo canchero”, ahora habían discutido todo el día anterior por el pago del gas que usaba el coche. Hasta entonces estaba claro que se la pagaba su madre, qué tanta innovación.

No importa. Música greenday, ruta a Mar del Plata. Se alquila una tabla de surf y se olvidan todos los problemas cuando estás en el mar. Toda su vida iba a discutir por plata, con los padres, con la esposa, con los hijos, con los jefes. La vida es una serie interminable de discusiones de dinero. Nunca termina. Si se iba a amargar por discutir por plata, entonces, la vida, se iba a pasar rápido, como un rayo con todas imágenes de aburridas discusiones de



plata.

Oswaldo se llamaba el “viejo canchero” que salía con su madre. El viejo era un vividor. La tenía enamoradísima a su madre y le sacaba plata. Oswaldo “quería salir”, “quería divertirse”, entonces, para no ser menos que los otros viejos cancheros, tenían que ir a restaurantes caros y la pobre mamá de Mariano ya estaba raleando su economía. Es cierto, iban a medias con los gastos. Pero “divertirse”, “salir”, “hacer viajes” eran cosas de esa edad, el que no las hace es un idiota y Oswaldo venía con esa imposición. La economía flaqueaba, la educación dura era una disputa por plata y, al final, todo esto lo empezaba salpicar a él. *“Nos tenemos que proponer que, de acá a dos años, tendrías que vivir solo y pagarte todos tus gastos”*

Mariano no era celoso. Le gustaba que su madre tenga una pareja nueva y pueda construir una relación. Pero Oswaldo, alias el viejo canchero, era un clavo. Además, él estaba más enamorado de él que ella de él y eso se notaba.

En eso, detuvo el auto. Era el restaurante Mc Donalds de la Ruta 2 que va a Mar del Plata. Se bajó, como si la protección de los Ray Ban fuera suficiente para ese sol fuerte de las tres de la tarde.

Qué lindo es estar solo, aunque sea en un estacionamiento de un Restaurante Mc Donalds. El cemento caliente de la ruta, bajo los rayos del sol. Qué lindo es estar solo, ser joven, viajar en la ruta a Mar del Plata solo, tener puestos anteojos negros Aviator Ray Ban. ¿Qué más se puede pedir?

Dio una mirada a los coches del estacionamiento. El sol pegaba fuerte sobre la chapa. Nadie lo seguía. Nadie le sacaba fotos. Al menos, nadie en aquel lugar.

Algunos minutos después, estaba dentro del Mc. Donalds. Un legendario Restaurante Mc. Donalds de la Ruta 2, situado en medio de la ruta que iba de ida y la ruta de vuelta, que conocían todos los que iban a la costa. Apoyó la nueva laptop sobre la mesa y se puso a estudiar los expedientes que Mariano tenía. Dentro de los distintos subdirectorios estaba la información relativa a cada uno de ellos. Casi todos ellos eran penales.

Así que se levantó y fue a una esquina del Mc. Donalds donde se encontraban repartidos distintos periódicos. Al acercarse, vio, en otra de las

mesas del Restaurante de comidas rápidas, algo que le llamó la atención. Había dos tipos, de unos veinticinco años, con una computadora laptop sobre la mesa. Sobre la parte de atrás de la laptop, se veía una calcomanía de “B” de Bitcoin. Mariano no se aguantó, se acercó a la mesa y les dijo:

-¡Aguante el Bitcoin carajo!

Lo miraron, sorprendido.

-Aguante

Dijo uno, sonriendo.

-¡Se va a ir a un millón de dólares! ¡Un millón de dólares por bitcoin!

Dijo Mariano, mientras se alejaba de la mesa, entre risas. Entonces se fue, para el lugar donde estaban los periódicos, un sector del Mc Donalds cerca de las cajas.

No solamente había periódicos de tirada nacional, los más conocidos, sino que también podían encontrarse algunos no tan famosos, con tiradas bajas, propios de las principales ciudades turísticas de la costa de la Provincia de Buenos Aires. Tomó algunos periódicos nacionales y dos que eran diarios específicos de la ciudad de Mar del Plata.

Entonces ignoraba que estaba por llevarse una de las sorpresas más grandes de toda su vida. Hizo muy bien en terminarse, antes de leer, la hamburguesa. Porque la pudo disfrutar sin nervios, junto con papas fritas y kétchup, la hamburguesa puede llegar a ser una excelente idea.

Tomó conocimiento, entonces, por primera vez, de la existencia de un medio online que se llama “*Mar del Plata Inquietante*”.

“*Mar del Plata Inquietante*” se llamaba el medio periodístico que más notas y más informadas había publicado sobre la agrupación anarquista clandestina “Los Rebeldes de las Olas”. Era un medio online que se focalizaba en noticias relacionadas con los delitos y con la política, contaba con información muy detallada y precisa en sus notas, aunque era difícil saber si la información correspondía a la verdad o era inventada.

Dentro de “*Mar del Plata Inquietante*”, Juana Iamurri era la periodista que más notas escribía sobre el tema, como quien tenía asignada la tarea de investigar y escribir notas sobre ellos.

En una de esas notas, una de las primeras, la periodista había escrito sobre su participación en una de las reuniones con ellos. Se había infiltrado para poder participar mejor, ocultando su condición de periodista. Iamurri, apasionada del surf como muchos en Mar del Plata, era la periodista ideal para investigar todo lo relacionado con aquel tema. Por eso, no era casualidad que le encargasen aquel trabajo en el periódico digital.

Había brindado detalles sobre las prácticas místicas de la agrupación y las características de sus ritos internos. Igual Iamurri no podía conocer el nombre del líder, porque, aún dentro de la reunión, el llamado “Wave Rebel” aparecía cubierto con un pasamontañas.

Por las noticias que estaban en la bandeja de diarios del Hostel, todos los periódicos locales estaban esa mañana hablando del caso del secuestro y asesinato de Ezequiel Muñoz. Era muy raro porque desde hacía semanas que el tema estaba terminado.

No obstante, mientras el Chevy recibía un baño implacable de sol caluroso en el estacionamiento del Mc. Donalds y se calentaba, mientras quedaban unos sorbos todavía de su gaseosa de coca cola, Mariano pudo tomar contacto con una noticia que había llegado a estado público.

Entonces, en las páginas interiores de aquellos periódicos en papel, se dio una sorpresa que casi logra que se le caiga el vaso de gaseosa al piso. Pudo advertir que, en verdad, todos los periódicos escritos en papel se hacían eco de una investigación original de la talentosa y brillante periodista Iamurri, la promesa del periodismo.

Dentro de esa investigación, había hasta fotos de Mariano de Rose, el abogado de la familia que tenía asignado el caso y que tenía costumbres extravagantes como tirarles galletas mañón a la Estatua del Lobo Marino del Casino de Mar del Plata, detalle que era tan pintoresco que había llamado poderosamente la atención de toda la prensa. El retrato que hacían de Mariano no era sino más y más atractivo para la prensa, “*Un Descreído de la Justicia*” titulaba el cuadrito pequeño de una de tres páginas que hablaba sobre el tema y mostraba una foto suya –tomada de forma ilegal- tomando un vaso de cerveza, con anteojos negros y citando muchas de sus declaraciones. Ella lo había grabado todo el tiempo, porque sino no podía entenderse que reproduzca tan bien sus palabras exactas.

Al buscar en el Google computadora quién era la maldita esa de Iamurri que había hecho la nota original en la que se basaban esos medios, confirmó su sospecha. Era la misma chica que se le había acercado en el bar y que tan amistosa parecía. Seguramente, era la misma que le robó la computadora.

Por eso, habría podido dar a la prensa toda la información más detallada y puntillosa sobre el estado de la investigación y sobre las características del expediente, el cual –para colmo de males- ya estaba cerrado y se había vencido el plazo hacía ya quince días. Lo peor que podía pasarle, luego del papelón de que se le haya caído el plazo, era que tome estado público. Aunque ya tenía un plan para sobrellevar el problema, aquello era terrible.

A la mañana siguiente, luego de tomar el precario desayuno que servían en el Hotel Emperador, fue hacia Teahupoo, el local surfer cuyo dueño era el surfer Miguel. Lo encontró vacío. Pero le pareció que lo estaban siguiendo, como si le sacara fotos una persona que andaba por caminando por la vereda.

No era para menos. En el pendrive, cuya contraseña burló Andrew Mark, pudo encontrar todas fotos suyas en distintos lugares cotidianos. Esa gente lo había estado siguiendo. Le había sacado fotos. Lo había investigado, pero él no podía saber para qué lo habían hecho.

¿Para qué lo seguían? ¿Qué podía tener él de interesante?

Fue a la playa Waikiki vestido con los pantalones de jeans y las sandalias. Se dejó besar la punta de los pies por el final de las olas que estaban llegando. El mar siempre intenta besar a la tierra con cada ola, pero la tierra luego lo rechaza y vuelve para atrás. Así es el movimiento, él vio el restito de espuma blanca como la nieve sobre sus pies ir y volver de nuevo. La respiración, con una bocanada de paz, que le dió mirar el mar.

Luego de ello, Mariano fue directo a la imprenta que le habían indicado. Cuando preguntó por un sello medalla del Juzgado Federal N° 4 de Mar del Plata, se lo entregaron como si estuviera pidiendo un marcador y no un instrumento para cometer delitos penales de defraudación de documento público. Después, se tomó un licuado de banana en una cafetería de la zona, acompañado con un tostado. El sello de un juzgado sobre la mesa de la confitería, al lado de un licuado de banana. Un poema del Conde de Lautréamont era aquello. Le encantaba estar solo en ese momento y poder

disfrutar de un licuado de banana.

A la mañana siguiente, a las 9 de la mañana, levantó la cortina del Hotel Emperador y vió el Restaurante de carretera que estaba a su frente. Estaba vacío, a excepción de una sola persona que había dentro.

Una persona sola. Miró mejor con más detenimiento y vio que era una mujer. Miró mejor y sí, era esta periodista desgraciada. Tenía una notebook con ella y, desde esa distancia, podía distinguirse a verse que llevaba puesta una etiqueta. Inconfundible, era la etiqueta de bitcoin su notebook. La muy desgraciada le había quitado la notebook esa noche de borrachera.

Salió del Hotel, disparado. Apenas con un pantalón de jean y una remera, sin bañarse, sin lavarse los dientes, todo despeinado, sin tomar el desayuno que se servía en el comedor del Hotel, despreciando esas precarias medialunas húmedas. Fue directo hasta donde estaba ella. Cuando llegó hasta su mesa, vio que tenía allí a su notebook.

- ¿Qué hacemos por acá? ¿Me estabas investigando de nuevo? ¡No tengo nada! ¡Nada de ese caso! Van a archivar la investigación.

Ella se sonrió con una mirada apenada.

-No te preocupes. Ya pasó.

Sobre la mesa del restaurante, había un café con leche, una revista Cosmopolitan y su notebook.

-¡Esta es mi notebook!

-Sí, es tuya. Disculpas. Son cuestiones de mi trabajo.

Sin pedirle permiso, él se sentó enfrente suyo.

- ¿Por qué no me dijiste que estabas buscando información para una nota?

Ella se sonrió con cara de maldad y de pena.

- Nunca lo digo. Me da mucha más información la gente si no le digo que soy periodista.

-¡Pero publicaste muchos temas personales! ¡No podés invadir la esfera de privacidad de una persona así! ¡No leíste la jurisprudencia Ponzetti de Balbin, de la Corte Suprema de Justicia de la Nación!

-No, no es un tema personal. Estás trabajando en un caso de alta sensibilidad social, que atrajo mucha atención pública por la cifra que reclamaron del rescate y las circunstancias raras. Y que, para mí, es muy misterioso. ¿Cómo van a pedir un rescate de dos millones de dólares? La gente tiene derecho a informarse y para eso trabajamos los periodistas.

- ¿Viste que choqué el auto? ¿Vos también estabas drogada?

-Yo nunca me drogo cuando estoy trabajando. Tengo unos cigarrillos de mariguana falsos, simulan ser porros, pero tienen tabaco común. Además, tengo drogas sintéticas falsas. Las tomo a veces para crear clima o pasar inadvertida en una investigación, pero solamente son de azúcar. Investigo mucho del ambiente del under.

-Los periodistas son la peor basura de gente se puede llegar a encontrar en este mundo.

-No es tan así. Me preocupé de dar una buena imagen tuya.

-Sí... ¡Buena imagen! ¡Borracho! ¡Drogado!

Ella se rió, divertida. Tenía ojos marrones o verdes oscuros, no llegaba a distinguirse bien.

-No te creas que es malo. Está bien ser un poco transgresor, a la gente le gusta.

-Lo hiciste sin mi permiso. No fue leal.

-Por cierto, cuando me creiste drogda, sin consciencia, ¿Me intentaste hacer algo puede ser? ¿Un beso puede ser? ¿Un hijo puede ser?

-No.

-Ah... Mejor. Ya me parecía. Una persona tan correcta y tan legal, aprovecharse de una mujer drogada.

-Me sacaste información y la divulgaste en medios. Eso es imperdonable.

-Tranquilo, como es personal te resulta difícil de verlo. Pero desde afuera, no quedaste en un mal lugar. Hasta puede que te beneficie la propaganda. Los abogados están muy fuera de época. Lo transgresor es muy bueno ahora.

-¿Y por qué te interesaste en mi caso?

-Es muy interesante. Ya te dije. A mucha gente le interesó y tuvo prensa. El rescate millonario en dólares. No lo termino de entender. Además, no lo puedo afirmar, pero yo sospecho que Muñoz integró Los Rebeldes de las Olas. A lo mejor pudo haber tenido algo que ver. A mí me interesa mucho ese grupo. Publiqué muchas notas.

-Sí, las leí.

-Fue un secuestro en circunstancias extrañas. Sigo mucho a esos locos y algunas cosas de ellos despiertan preocupación. Quisiera investigar más. Hay algunas pistas que me llevan a sospechar que Muñoz estuvo dentro del grupo antes de que lo secuestren.

-¿Qué pistas?

-En este momento no puedo informarte más. Es un trabajo periodístico.

¿Te infiltraste entre ellos?

-Sí, para la primera nota que preparé me infiltré entre las filas de ellos.

-Lo mismo que me hiciste a mí. Eso es deshonesto. Hay que ir siempre con la verdad. ¿Eso no les enseñan a los periodistas? ¿No les enseñan lo importante que es la verdad?

- Me resulta extraño que los abogados le den clase de moralidad a los periodistas.

-Yo nunca me presenté con una identidad falsa. Nunca.. Además, tengo pareja y no puedo estar así con esas fotos, son gente respetable.

- ¡Ah perdón! No me habías dicho nada de la pareja. Mandale mis disculpas a ella que no lo mencioné.

En ese momento, se acercó un mozo del restaurante aquel a donde estaban ellos y le preguntó a Mariano si quería algo, a lo que se pidió un café con leche. Después, volvió a la carga con sus preguntas.

-¿Y por qué pensás que esto puede estar relacionado con la agrupación anarquista? ¿No son idealistas ellos?

- Justamente. Los idealistas y los pelotudos han sido siempre las personas más peligrosas de la historia de la humanidad.

-¿Y qué averiguaste de estos idealistas, ya que sos una periodista tan talentosa como dice la prensa? Ahora que me expusiste y me perjudicaste para favorecer tu trabajo de periodista, podrías darme información al menos que me pudiera servir.

-Primero, no son un grupo de tipo político y filosófico nada más, sino que son algo más pesado. Son una secta. El líder se hace llamar “Mumi”. Nadie de afuera sabe su nombre real, pero dice ser el enviado del mar. Hay contenido de creencia religiosa. El tipo cree que habla como el portavoz del mar.

-¿El mar?

-Exactamente. El mar es un dios para ellos y este tipo dice que es su portavoz.

-Pobre país, con la crisis económica, con la inseguridad, lo único que nos faltaba era un demente.

Ella se sonrió. Se produjo una pausa. Eran los únicos de ese restaurante de carretera. Se dio un trago de café con leche y arrancó de nuevo.

-Es un líder carismático y los que lo siguen, el corazón de la secta, creen en ello. Están formando una especie de ejército del mar para poder dar la batalla contra la sociedad alienada que lo contamina y volver a una especie de estado de naturaleza anterior. Una vez, el Mumi estaba sentado en la playa frente al mar, después de surfear y tuvo esta especie de revelación, si se le puede llamar así. Se sintió elegido. A partir de ahí, comenzó su misión. A los que están adentro de la secta, le dicen que deben liberarse de las fuerzas contaminantes y artificiales de la sociedad y llegar a la esencia de la naturaleza o algo así. Lo hacen surfear, surfear es la manera de comunicarse mejor con el mar.

Tardó su tiempo en decir todo ello. Lo suficiente para que el mozo le traiga el café con leche caliente a Mariano. No era gran cosa, pero tenía mucha espuma porque era “express”. Mucho mejor, por cierto, que lo que servían en el Hotel.

-Vi algunos de los comunicados de ellos en sus videos en internet y no encontré ni una palabra de todo lo que decís. Todo lo que ví es político, más de la anarquía. Nunca escuché ese tipo de mensaje.



-Claro... ¡no te lo van a decir! Ellos creen que la gente no está preparada para recibir el mensaje del mar en toda su pureza. Muestran solamente su cara política: anarquista. Y esconden su parte más perversa y peligrosa, la secta. Pero pasan cosas más raras alrededor de ellos.

-Bombas Molotov en supermercados que usan bolsas de nylon para que las dejen de usar. Ataques a los balnearios de las playas. Boicot a los torneos de surf.

-No, eso no. Eso es lo que muestran. Otras cosas. Aparecieron ya dos chicos surfistas muertos en accidentes en el mar en condiciones muy raras. Como si se los hubiera llevado la corriente y quedaran deshidratados mar adentro, se los encontró en las orillas de las playas del sur a los cuerpos.

-¿Qué decís que los mataron?

-Puede ser que los hayan sacrificado o que ellos se hayan suicidado, pero inducidos por creencias de la secta. O puede ser también un rito peligroso de una secta.

-Una experta en sectas.

-Estuve investigando mucho. Son un problema mucho más grave de lo que parece.

-Qué bien.

-Sí, me preocupa. Yo creo que Los Rebeldes de las Olas son un grupo más peligroso de lo que se piensa. Es muy raro lo del secuestro. Es muy raro también que el mar se lleve surfistas mar adentro durante la noche y aparezcan muertos en la orilla deshidratados. Ya dos veces pasó eso y, por mi investigación, eran surfistas que se habían acercado al grupo.

-No vi que publicaras nada de todo esto.

-Son hipótesis. Los periodistas no podemos publicar hipótesis, pero sirven como rutas de investigación.

Algún rato después, cuando Mariano entraba al Hotel, le pareció que un coche detenido tenía personas que lo observaban. Le pareció que le sacaron una foto, o que lo filmaban, pero no podía estar seguro. En ese momento, él estaba ensayando palabras que le hubiera gustado decirle a la mujer aquella, que los abogados no son tan inmorales como los periodistas, que es injusto

que ella haya volcado a la prensa sus ideas sobre la Justicia sin su consentimiento. Entonces, le preocupó que, desde un coche estacionado, lo hayan filmado. Mariano hablaba solo, se reía solo, esas cosas son difíciles en el siglo XXI, porque la gente puede detectar la rareza con un celular, filmarte y subirlas a internet para deleite de las masas. Esos videos de imperfecciones se difunden viralmente. Ello porque las grandes masas están deseosas de detectar una imperfección ajena, con tal de divertirse un poco y calmar su propia sensación de mediocridad. No debía hablar solo tantas veces, ni reirse solo, ni hacer ademanes de conversaciones imaginarias.

Pero, ¿Lo habían filmado? ¿Lo habían fotografiado? ¿Lo estaban siguiendo? ¿Era la misma gente del grupo de surfistas Miguel y sus amigos? ¿Por qué tenían fotos suyas en aquel pendrive? ¿Por qué lo estaban investigando?

Mariano ya estaba de nuevo en su habitación del hotel. Sobre la colcha bordó, mugrosa y llena de tierra, había apoyado de nuevo su notebook. Pero se le acabó la batería a los pocos minutos. No la pudo cargar porque estaba sin pila.

Más tarde, igual leería en internet una definición en la Wikipedia. *“Los Rebeldes de las Olas son una organización anarquista y marginal de Mar del Plata, Argentina, pero que está creciendo mucho. Recibe donaciones por internet. Suben videos a Vimeo y a Youtube desde usuarios que utilizan a partir del navegador Tor lo que les protege el anonimato. Irrumpieron, por primera vez, en la escena pública con una proclama sobre el espacio de la playa que se quita cuando crecen los balnearios privados”*.

El había escuchado algo sobre la “internet profunda”. En esos círculos de bitcoin que a él le interesaban, esas cosas se escuchaban. La “internet profunda” o “deep web” consiste en una inmensa cantidad de contenido de internet que no está visible en los buscadores tradicionales, sino que se accede a ellos con una herramienta especial, The Onion Router. Allí la tecnología conformada por los onion routers, oculta la identidad de los usuarios

A pesar de ello, no se decía nada sobre su calidad de secta religiosa. Apenas había un escueto comentario que decía *“Ellos están a mitad de camino entre una agrupación política extrema y un grupo religioso. Porque profesan algunos ritos esotéricos vinculados al homenaje hacia la naturaleza”* y poco más que ello.

Sobre el misterioso Líder, se decía que se ignoraba su verdadero nombre, pero él se hacía llamar “*El Mumi*”, aunque los periodistas lo apodaban “*El Wave Rebel*”. Aparecía en los videos con la cara tapada con un pasamontañas y no se lo conocía.

Todo esto, es lo que él había anotado en sus apuntes. No era mucho.

Esa misma noche, con la computadora laptop arrojada sobre las colchas sucias del Hotel Emperador, entró a Youtube a ver videos relacionados con ese enigmático grupo de “*Los Rebeldes e las Olas*”. A él no le cerraba, de ninguna forma, que pudieran tener que ver con el secuestro. Mucho menos que el tal Ezequiel Muñoz haya participado de las reuniones, porque, si habría pasado, al menos alguna información debería estar en el expediente y ello no sucedía. No obstante, algo de intriga le daban con eso.

Con el navegador en Youtube, se reproducía en la pantalla uno de los videos que publicaba esa agrupación. El video se llamaba “*Basta de Balnearios Privados en Mar del Plata. La Playa es de Todos*” y había sido filmado durante la noche vacía, con luces de antorchas.

Allí, el Líder, apodado Wave Rebel por la prensa, con un pasamontañas puesto que le tapaba el rostro, pasaba por las carpas y medía, con una métrica en la mano, el tamaño que tenía el sector de la arena “De todos” y el sector de la arena “Del Negocio”.

Había más de un 75% de la playa que ya la gente no podía usar, en tanto que estaba ocupado por carpas o sombrillas que se alquilaban, o por piletas. El tipo entonces decía que el mar es de todos. Pedía al intendente de Mar del Plata que le devuelva el mar y la playa a la gente, sin negocios y, sino, ellos se iban a tener que ocupar del asunto de la manera en que ellos, los anarquistas, sabían resolver las cosas y mostraban unas filmaciones de bombas.

A continuación, se veía un montaje de tablas de surf preparado, junto con antorchas. Y entonces el Líder, con un pasamontañas que le cubría la cara, recitaba la respuesta de un cacique de pueblos originarios estadounidenses, ante la propuesta del gobierno de comprarles la tierra a los indios.

Rodeado de antorchas y de tablas de surf, leía a la cámara.

*“Cada parte de esta tierra es sagrada para mi pueblo.*

*Cada brillante aguja de un abeto, cada playa de arena, cada retazo de*

*neblina en el oscuro bosque, cada claro de él, y cada zumbido de insecto es sagrado en la memoria y la experiencia de mi pueblo. Las flores fragantes son nuestras hermanas, el ciervo, el caballo, el gran águila, son nuestros hermanos. Las cimas rocosas, las suaves praderas, el calor del mustang, y el hombre, todos pertenecen a la misma familia.”*

Esa mañana, tras disfrutar del café aguado que incluía el menú del Hotel Emperador, salió, rumbo al volante del Chevy, directo al Juzgado Federal N° 4 de Mar del Plata. Algo inusual en él, pero importante para ganar seriedad, estaba vestido de traje.

Pidió ver el expediente. Una chica joven, que usaba gafas de pasta, posiblemente estudiante de derecho, se lo alcanzó. Entonces recorrió las páginas con lentitud para poder comprobar la noticia triste de su propio error. El fiscal había aconsejado el archivo de la causa, el juez lo había decidido y la decisión, según la notificación, no había sido apelada.

-Perdón –dijo- Pero yo presenté esta apelación y no aparece en el expediente.

Había puesto sobre la mesa del juzgado el escrito de la apelación. En este escrito, que había estado preparando todos esos días, indicaba que el archivo de la investigación era prematuro, que faltaban producirse pruebas, entre esas pruebas pedía una nueva testimonial al surfista Miguel, dueño del local Teahupoo, pedía también que se produzca como prueba con la colaboración de la división tecnológica de la Policía Federal un detalle de todas las llamadas entrantes y salientes de su celular en los últimos veinte días, pedía más pruebas de pericia criminal sobre la escena del hecho, entre otras. El escrito llevaba el sello medalla del juzgado y una firma que indicaba que su copia había sido presentada el 10 de Marzo, veinte días atrás, antes de la fecha de vencimiento del plazo.

La joven de la mesa de entradas levantó el papel y lo miró con una enorme sorpresa.

-Pero... ¡Qué raro! A esta hora siempre estoy yo y está. No es mi firma. ¿No se acuerda Dr. quién se lo recibió?

-No, estaba muy apurado con otros temas.

La joven de la mesa de entradas se llevó el escrito para dentro del juzgado, murmurando. A los pocos minutos, volvió y le dijo.

-Sabe qué pasa Dr. Hace unos días trabajaba aquí un chico, un compañero nuestro, que tenía problemas de la cabeza, vio. Tuvimos muchas discusiones. A lo mejor, en una de esas, quiso hacer una maldad. Pero no se preocupe. ¿Tiene otra copia más?

Mariano sacó otra impresión de la apelación que esta vez no tenía sello.

-Sí, aquí.

-Bueno, doc, déjenos esta copia para nosotros. Ahora no está el secretario ni el juez, pero véngase la semana que viene que yo le prometo que voy a hacer lo posible para solucionarlo.

Misión cumplida. Aunque el plazo se había vencido en la realidad, no se había vencido en la Fantasía. Y, en el derecho, a veces la Fantasía tiene tanta importancia como la realidad.

Un informe del secretario del juzgado hablaba del escrito “extraviado” por un “error material” y lo colocaban dentro del expediente como si habría sido presentado en término. Además, hacían lugar a la apelación, lo que permitía a Mariano ir al superior a volver a discutir que era prematuro el archivo de la investigación de Ezequiel Muñoz y que merecía investigarse más.

Algunas semanas después, tuvo que ir a la Cámara de Apelaciones de Mar del Plata a fundamentar la Apelación. Esto se hacía de manera oral. Antes de entrar a hablar, se tomó un vasito de vino en un bar cercano que lo ayudaba a hablar mejor. Entonces, delante de jueces que lo miraban con cara de sueño y desprecio, uno de ellos con una taza de café, argumentó. Volvió a esgrimir que era “prematuro” el archivo de la causa, porque faltaban impulsarse nuevas pruebas a la investigación. Otra vez le volvieron a rechazar la apelación y así terminó apelando y apelando hasta que llegó a la Corte Suprema de la Provincia de Buenos Aires con su mismo planteo. Entonces, el expediente que versaba sobre el secuestro seguido de muerte de Ezequiel Muñoz, aquel expediente que le habían encargado a Mariano en su trabajo pro bono, aquel expediente que el juez lo había archivado y que se había vencido el plazo para apelar, aquel mismo expediente donde una apelación con un sello medalla del juzgado falsificado lo revivió, aquel mismo expediente que tantas cosas raras

le había generado a la vida de Mariano de Rose, entonces quedó quieto allí, sin respuesta, por mucho tiempo...

Mucho tiempo.

Con el tiempo, el recuerdo de una persona se recorta, se mezcla con la nostalgia, se rehace, cobra una forma mucho más enigmática, pero atrayente y, envuelta en paisajes que están alejados de la rutina, puede ser todo más poderoso aún. No es bueno estar enamorado para siempre, tampoco es común. Pero, si eso pasa, va a ser necesariamente algo no correspondido, o algo que terminó de golpe. Una historia que no pudo terminar, que busca algún lugar en el universo para escribir sus últimas páginas.

Muchas veces las parejas de la infancia se rompen. Otras veces, son para siempre. No obstante, a pesar de esa diferencia, todas son para siempre

Porque después de la infancia, la vida pierde todo el poder de volvernos a asombrar tanto. Entonces, cuando se adormece el asombro, ya no se puede sentir con los mitos. Cómo volver a un mundo repleto de enigmas, con fuerzas capaz de asombrarnos a cada instante, cómo volver a amar cuando se ama.

No era extraño que Pablo Araldi, el surfista que logró ser campeón argentino de surf una vez -aunque ello, ni mucho menos le arregló la vida, económicamente-, el mismo que era hijo de Jeremías Araldi, fundador de la más antigua y legendaria Escuela de Surf de Mar del Plata, tuviera estas atracciones nostálgicas. Eran atracciones nostálgicas desmedidas, porque era su misma personalidad la que le había hecho sentirse atraído por la belleza de los paisajes. Podía llegar a ser campeón mundial de surf, pero nadie iba a financiar ese proyecto. Por eso, desde que Martín Taglione se negó a financiar su proyecto, vivía en un mundo de ensueños, de proyectos que nunca se cumplen.

En el surf hay mucho tiempo para recordar, para pensar. El surf es una meditación, porque entre ola y ola, hay mucho tiempo de soledad arriba de una tabla. Muchos surfistas son artistas, o son amantes de la belleza nada más, porque ¿quién es un verdadero amante de la belleza, sino quiere una relación tan intimista con el mar, con las olas?

Pablo Araldi surfeaba casi todos los días, porque para él era un entrenamiento. Un entrenamiento durísimo para un día cumplir su sueño. Amaba el surf, pero nadie que quiere vivir de lo que ama lo puede hacer por placer nada más, hace falta siempre sacrificio, mucho sacrificio. Cuando se

acaba el placer, no termina el entrenamiento. No cesa el esfuerzo. Se sigue, con sacrificio. La disciplina es lo que diferencia la pasión del resultado. Con la pasión nunca es suficiente.

Hace falta levantarte a las 8 de la mañana e ir a surfear unas horas, aunque ese día no quieras. Lo que sus padres habían dicho de chico, la promesa de una familia de surfistas que sueña y no sabe qué peligrosos son los sueños cuando se cargan en los hombros de un joven. No sabe que, quienes no se atreven a soñar por sí mismos, deben tener mucho cuidado de tirar el peso de sus propios sueños sobre la vida de otra persona a quien aman.

Igual Araldi, sea o no sea un surfista profesional, aunque el tacaño y explotador dueño de la *Almeja Amarilla* no le quiera financiar su talento, iba a tener siempre –como muchos de ellos- el rugido de las olas en su corazón. Es el rugido de león de las olas grandes al romper lo que está en el corazón. Un lugar a donde mirar dentro de sí mismo y encontrar esa compañía.

El primer amor puede ser como el primer tubo, siempre se recuerda o, mejor dicho, siempre vuelve en sueños. Y Pablo Araldi no la dejaba de ver a su Ana. Era una chica de una familia de amigos de sus padres.

Su novia de la infancia, apenas un beso y nada más. Pero qué beso, eso no se cambia. No se puede dar un beso en el boliche Sobremonte, borracho, a la tercer chica de la noche que siente el mismo chicle. Esos no son besos. Son noches de reviente. Pero un beso a los once años es otra cosa. Eso no se olvida más, aunque después todo se termine. Ya se había puesto de novia, luego casado.

La primera frustración, el primer dolor que le dio el mar, fue cuando le pungearon la tabla y los equipos por ir a surfear cerca de Punta Iglesias. “*Ahí no se surfea, la playa es de los pungas*” le dijeron después, pero así fue como le ocurrió. De incauto le ocurrió. Los incautos creen en la naturaleza, los prudentes saben que todo tiene dueño, hasta las playas.

Vino una chica, que no parecía ser una punga, pero vino con una navaja y le sacó todo en una tarde, a las siete, cuando ya quedaban las últimas luces de la tarde. Después, se fue caminando a la casa, por la calle Peralta Ramos, sin tabla, sin equipos de neoprene, con todo lo que caro que salen esas cosas. Le dijeron que eran esos pungas, el Panduro. La banda del Panduro, siempre pungueaban allí en Punta Iglesias. La policía sabían muy bien quiénes



eran,pero nunca nadie los llevaba en cana, sino apenas por unas horas.

Cierta vuelta, uno de sus amigos le pasó lo mismo. Fue a surfear a Punta Iglesias, se quedó hasta la tarde. Vinieron unos pungas con una navaja y le sacaron la tabla, los equipos, la billetera, el celular, todo. Pero uno de ellos se enojó. Averiguó quién era el tal Panduro.

Lo fue a buscar. Vivía en casa de cemento, casa de material, pero situada en un asentamiento clandestino, una villa de las que comenzaban a multiplicarse en Mar del Plata. Llegó hasta la villa cargando una caja grande de cervezas a las once de la mañana, cuando había moscas por todas partes y calor. Preguntó dónde estaba el Panduro, el dueño de la playa de Punta Iglesias, explicaba que le habían pungueado su tabla de surf. Al poco rato, le indicaron la casa y dejó el cajón de cervezas arriba de la mesa.

-Esto es para los muchachos, para que repartan acá. Yo la semana que viene vuelvo. Quiero que me devuelvan la tabla loco. Era una tabla muy importante para mí.

El Panduro lo miraba con cara inexpresiva, pero dejaba quizá cierto asombro.

-¿Qué tabla era?

-Una tabla Almeja Amarilla, 6-3.

-¿Dónde fue que te punguearon?

-Al costado de Punta Iglesias. Había ido a surfear con dos amigos.

La caja de cervezas arriba de la mesa. Todas botellas de un litro de Quilmes. A los pocos días, volvió a la casa donde vivía el Panduro y le devolvieron todo.

-La próxima vez que tengas problemas en la playa vos decí Yo soy amigo del Panduro. Decí que yo digo que no quiero que nadie te falte el respeto.

Así había recuperado todo, la tabla y los equipos de neoprene, un amigo de Pablo Araldi. ¿Pero sería verdad? Son cuentos que se relatan en las playas, pero que no se puede saber si es cierto que alguien se fue a visitar al mismo Panduro para que le devuelvan la tabla.

No fue el caso de Pablo Araldi que, cuando lo punguearon, se fue sin la

tabla y sin los equipos caminando por la calle, con la cara llena de tristeza y resignación, como si le hubieran sacado el alma. La cuestión es que no hay que ir a surfear a Punta Iglesias, a la ola de la Pepita, porque es de los pungas. El mar es lindo, pero la gente es mala.

Una vez, caminando al costado de una playa de Mar del Plata, la playa La Serena, con olas que rompían al costado, con la falta de gente que tan necesaria es, tuvo una charla con un amigo.

-Lo que pasa que el surf me respondió muchas cosas sobre quién soy, pero a veces tengo miedo que esa respuesta no sea mía.

-¿Por qué lo decís? ¿Por qué decís que no es tuya?

-Porque mi viejo fue muy importante acá en Mar del Plata, en el movimiento del surf. Tuvo una escuela de surf. La gente lo conoce.

-Jeremías Araldi fue crack. Trajo la primera escuela de surf.

-Sí, por eso. El me transmitió el amor por las olas, desde chico. Entonces ¿Es mía esa identidad que me da el surf?

-El surf es lo único que mantiene mi vida intacta. Pero no es una identidad.

-Es una identidad también. Porque los seres humanos estamos en tribus. Quieras que no, siempre sos una tribu. Nosotros somos la tribu del surf, la que está más vinculada al mar, ¿Quién sos? Sos alguien que le gusta surfear, que le gusta el mar, que se acuerda del primer tubo. ¿Vos te acordás del primer tubo?

- Sí. Me acuerdo cómo vi crecer ola detrás. La ola creció hasta que me cubrió con una voz ronca. Fue mágico. Estar dentro de la ola es tierra sagrada.

- Lo vas a tener siempre en el corazón. Porque la vida te caga a palos. Crecés y la vida te caga a palos. Que el empleo, que las parejas, los divorcios, enfermedades, traiciones, los despelotes, relaciones que son peleas, , abandonos. Necesitás volver a eso, a la verdad de las olas. Tenés que volver a lo que te da paz. Tenés que hacer la inevitable exploración interior. ¿Quién sos? ¿Qué te hace verdaderamente feliz?

Por eso, a partir de ahí, se hacía esas preguntas y la respuesta a todas parecía dársela el surf. Como si las olas le hubieran enseñado que él no necesitaba la casa grande, el auto caro, la carrera importante. Lo único que

necesitaba era el mar.

Con sus dos hermanos, ellos alquilaban una carpa todas las temporadas. Ana era hija de unos amigos de sus padres. Esta historia era así, como las otras, pero en la infancia se sueña de verdad. En la infancia se tienen los sueños importantes. Como estar toda la vida con una misma persona, después se aprende que eso significa una sucesión larguísima de discusiones por billetes, pero en la infancia se sueña con eso, esos sí que son sueños.

Ellos tenían un perro, un ovejero alemán. Todas las veces que podía iba a correr al costado de la playa, con el perro, con su padre, cuando todavía se podía. Antes que aquella ciudad en decadencia, de aquel país en decadencia, se llene de violencia y de prohibiciones, se iba a correr con el perro a la playa. Esos ovejeros alemanes te dan ganas de abrazarlos todo el día, sin parar, sin detenerse.

La casa que tenían contaba con un piso inferior, al que se descendía por una escalera al aire libre. El iba, todas las tardes, con un plato de comida y con agua para darle al perro, que lo tenían allí. A veces se quedaba sentado enfrente del perro. En una de esas tardes, como si hubiera venido por otro lado, cerca de allí, apareció sola caminando Ana.

-¿Qué hacés?

-Nada, le doy de comer a Apolo.

Lo acarició al ovejero alemán, para buscar su refugio en su amigo, porque estaba muy nervioso. Ella se quedó callada. Lo miraba a los ojos. Fueron veinte segundos de mirada. Veinte segundos seguidos. Después se escucharon unos gritos desde arriba. Era Joaquín, un amigo que tenía que le estaba gritando para que suba, porque no se animaba a bajar hasta allí. Joaquín les tenía terror a los perros.

Le hizo un gesto a Ana con el dedo en la boca de silencio. Sabía que el Joaquín no se iba a animar a bajar la escalera. Por el riesgo de que el bueno de Apolo se suelte de la correa y lo ataque. Un riesgo que, a los once años, si tienes miedo a los perros, puede ser comprensible. Además, no podía estar seguro que él estuviera allí. Joaquín seguía gritando, él seguía con el dedo índice en la boca,

Ana se sonrió. La situación era graciosa, por qué no. Los ojos eran

celestes o verdes. La sonrisa era qué sonrisa, ya no podía más de los nervios. Se acercó tres pasos y trató de darle un beso, pero no pudo. Antes de terminar el plan que había empezado, los nervios eran tan fuertes que no pudo seguir. Ella se acercó, le puso las manos sobre los hombros y le dio un beso. Solamente los vio Apolo, callado, como las buenas cosas, el ovejero alemán era tan buen telón de fondo como lo sería la misma ola de su primer tubo que los estuviera mirando.

Apolo los vio, eran dos enanos de once o doce años. Ella se animó a más. Los labios chocados contra los suyos, se animó a más. Pero eso se cortó cuando escucharon pasos en la escalera, Joaquín había superado su terror y con gritos “¡Pablo!” “¡Pablo!” iba, uno a uno, dando prudentes bajadas a los escalones.

Ella entonces se fue sin decirle nada más. Se fue por el jardín que había allí. Era un pequeño jardín de flores ortencias violetas y rosadas. El se quedó acariciando al perro que estaba acostado ya sobre las baldosas blancas, había terminado la comida, trozos de restos de carne y había dejado de beber el agua que él había traído.

-¿Qué hacés acá? Te estaba buscando por todos lados.

Le dijo Joaquín. Después agarraron juntos unas tablas de surf de la medida de ellos, tenían once o doce años. Las tablas estaban tiradas sobre el fondo de aquel pequeño patio inferior. Ayudaron a cargarlas sobre el auto. Pero Pablo Araldi, a veces, volvía a ese momento.

Como le dijo alguien alguna vez un poeta, “*La verdadera patria es la infancia*”. A veces él volvía allí.

Cuando se recuerda la infancia está todo con niebla. Uno quiere recordar, pero no se puede porque está todo lleno de estelas de niebla. Las voces se escuchan lejanas. A pesar de eso, se vuelve una y otra vez a pasar por allí.

A ir con la música puesta a pasar por los mismos lugares, a ir la puerta de la misma escuela, las mismas casas, los mismos lugares. A ver si se puede transmitir el recuerdo. Pero eso es lo que son los nostálgicos. Son como forasteros. Los nostálgicos son fantasmas que deambulan por tiempos que ya no les pertenecen.

Pablo pensaba que le debió haber dicho en ese momento como Jim Morrison “*Amame dos veces, una por hoy, y otra por mañana*”, porque ya no iba a estar. Pero si se habían amado dos veces, una por ese instante, y otra para mañana, entonces habría sido para siempre, aunque nunca más volvieran a estar juntos.

De ese tiempo, se recordaba, inolvidable, la Escuela de Surf de Jeremías Araldi, su viejo. Su padre era originario de la Ciudad de Buenos Aires, pero era una especie de hippy amante del surf en búsqueda de libertad y escapó de los edificios grandes de la Capital. Se fue a vivir a Mar del Plata con ellos, cuando él apenas tendría unos meses de vida. Y, poco tiempo después, con una inversión muy chica y algunas charlas con el intendente, pudieron instalar aquella Escuela de Surf de Jeremías Araldi, en la playa Waikiki, la primera Escuela de Surf de Mar del Plata.

Cuando empezó con el surf, tenía seis, siete, ocho, nueve años. Por su edad, veía a todas las personas mayores desde abajo. La infancia es un mundo lleno de personas muy altas y fuertes. Se preguntaba cómo sería él mismo cuando llegase a los catorce años, a los quince, edades que tenían los chicos surfistas de la playa que él admiraba. A sus ocho, nueve años, aquellos surfistas altos y fuertes le parecían admirables, porque los veía alejarse de la orilla, lejos, y animarse a las olas más poderosas, las olas que rompían detrás del banco de arena. Olas que rugían al romper como si fueran leones.

Además, su padre le prohibía alejarse de la orilla. A sus ocho años, aquellos surfistas que encaraban las olas del fondo, las olas poderosas, le parecían semejantes a dioses altos y fuertes. En cambio, entonces o Pablo surfeaba olas ya rotas –espumas- más cerca de la orilla, con una tabla adaptada en el tamaño para los niños. Pasaron los años, las temporadas, las olas, su cuerpo creció. Y un día, poco a poco, pudo lanzarse a las olas del fondo, ya con una técnica muy cuidada. El mar vio su cuerpo crecer y lo vio convertirse, año tras año, en una personalidad admirada de la Escuela de Surf y en un instructor de surf más dentro del negocio familiar.

-Dejá que la ola haga lo suyo. Estás en la cima de la montaña y decís voy a dejar que la montaña se desacelere. La ola determina cuando hay que dejar la tabla.

Practicaban, sobre la orilla de la arena mojada, un salto de rana de un segundo que era el necesario para pararse. Los que se arrodillaban no sabían

surfear y debían curarse de ese defecto. Un grave error de los surfistas que se inician es no tomar clases para corregir problemas de postura que luego, más tarde, se afincan y son mucho más difíciles de dejar atrás. Por eso, es tan importante tomar clases con expertos en las primeras temporadas.

Pablo Araldi aprendió, de ese tiempo, el sueño de ser campeón mundial de surf y vivir de esa pasión. Su padre llegaba con su jeep todas las mañanas con los equipos y tablas para alquilar, ataba con una correa larga a “Apolo”, el ovejero alemán de ellos, y después se encargaba él o los instructores de brindar las clases.

Años más tarde, Pablo cometió lo que más tarde él entendería como uno de sus mayores errores de su vida, un capricho de joven muy caro. Decidió dejar la secundaria para dedicarse de lleno a lo que le gustaba: entrenar. En la primaria llegó a ser abanderado, obtuvo excelentes notas, eso le costó mucho, es difícil ser el mejor. Es difícil alejarse de la rebeldía, es más fácil ser detestado que ser reconocido. En el fin de la primaria dejó las buenas notas y comenzó una vida difícil en el colegio. No le gustaba la gente de allí y su refugio era, más y más, el océano. Ahí, en el mar, podía esconderse de un mundo con cada vez más problemas, peleas, gente que no entendía.

Encontró la igualdad en el océano. Allí está la verdadera honestidad. El océano es el lugar donde se podía esconder del mundo. El surf le enseñó valor, temor y respeto. Por eso un día, a pesar de todo el disgusto de su madre y de todas las peleas con su padre, tomó la decisión y fue inflexible. Dejó de estudiar y dejó la secundaria para invertir todas las horas de estudio en lo que era su gran pasión, el gran Océano.

Entrenaba con una pelotita de golf debajo del pie para sensibilizar la palma de su pie y trabajar esos músculos de la pisada. También, dando saltos en un gimnasio, sobre unas cajas iba de salto en salto, ejercitando los músculos de las piernas. Pero entrenar era un refugio también, aunque en el invierno era difícil porque llega a Mar del Plata una corriente que viene de la Antártida. Entonces, resulta indispensable precalentar y elongar bien, el riesgo de calambre es más fuerte en el agua helada.

Así habían pasado los meses, hasta que la vida lo trajo a este punto del tiempo.

Trabajaba en un parador de Playa Grande, en el restaurante “Lo de

Goya”, uno de los restaurantes más caros. Entraba a las diez de la mañana, pero con lo que le pagaban alcanzaba para financiar sus gastos.

Fue en ese parador de Playa Grande donde, por primera vez, tomó contacto serio con la agrupación anarquista “Los Rebeldes de las Olas”. Estaba deshecho en sueños, porque su vida tenía sentido de jugar la máxima competencia deportiva del surf, pero nadie iba a financiar el proyecto. Además, porque había dejado todo por representar bien a la *Almeja Amarilla*, porque sabía que lo respetaban a su padre, porque sabía que era un surfista con talento y no se esperaba esa frustración.

Aún entonces resonaban las palabras de Martín Taglione, el dueño de la Almeja Amarilla, uno de sus héroes, uno de los héroes que habían hecho crecer el surf en Mar del Plata. Taglione tenía dinero de sobra para financiarlo, así que no era cuestión de dinero.

Cuando Taglione le dijo que no, en verdad le dijo que todos esos sueños más intensos, esos sueños de siempre, eran falsos, o que la vida, como las corrientes, lo habían llevado a cualquier otro lado. Taglione le había dicho, de alguna forma, que era todo una mentira que él era un verdadero amigo de las olas, que él podía ser un próximo Kelly Slater, el próximo Laird Hamilton, el próximo Andy Irons, o cualquiera de esos tipos. Todo eso eran sueños truncos.

La vida es un lugar raro, un lugar que desorienta, cuando se camina entre los escombros de los sueños que alguna vez tuvimos. Entonces, si no te reconocés en tus promesas, ¿Quién eres realmente? Si no te reconocés dentro de los paisajes de tus sueños más intensos, ¿Dónde estás realmente?

Tomó contacto con ellos por un graffiti que leyó una mañana, escrito sobre la pared del parador. “*Basta de Balnearios Privados, Las Olas son de Todos*” decía la protesta. Pablo Araldi ya había escuchado de ellos. El grupo se había hecho bastante conocido en la época que tiraban bombas caseras a los supermercados que usaban bolsas de nylon, bajo el argumento de que contaminaban el mar y que era necesario que las usen biodegradables.

Por esos días, Pablo Araldi estaba yendo mucho a surfear a “Horizonte”. El iba con una remera de lyra que lo protegía del sol y con tapones de oído, para que el agua no le de otitis. Iba todos los días. Uno de esos días, tuvo un percance con una mujer surfista.

-¡La ola era mía pelotudo! ¡Machista!

Técnicamente, la ola era de Pablo, porque donde él iba a surfearla, se encontraba más cerca del pico. Era una hermosa ola, una ola derecha que venía a romper de manera magnífica y que Pablo, con todo el derecho del mundo, la abordó para hacer su *take off*, su salto sobre la tabla. Y luego realizó una maniobra de *snaps*, que él practicaba mucho. La usaba para competir al desarrollar algunas acrobacias innovadoras sobre la base de esta maniobra. Entonces, la mujer le reprochó y le gritó que era un matón.

Poco tiempo después, otro incidente con la misma mujer. La ola abría tanto por izquierda como por derecha. Por eso, él podría surfearla por un lado y ella por el otro. Pero la chica se le tiró con la tabla encima, lo golpeó y cayó contra el banco de arena. Cuando salió de nuevo a la superficie, ella todavía estaba allí y le gritaba, como si él tuviera la culpa. Era Marzo, un mes donde no había mucha gente en “Horizonte” y esa pelea no tenía ningún sentido.

Algunas horas después, cuando estaba ya volviendo, la mujer se le acercó. Llevaba puesta una musculosa desde donde se le veía un tatuaje de una ola por todo el brazo. De algún lado la conocía, pero no podía recordarlo. Ella le pidió disculpas por lo sucedido en el mar, había tenido un mal día y se cabreaba. Siguió caminando junto a él, le dijo que lo conocía como “rider” de la Almeja. Es cierto, como “rider” de la Almeja, disfrutaba de cierto conocimiento dentro del grupo de la playa. No solamente Pablo era “rider” de la Almeja, sino que tres años atrás, había sido campeón argentino de surf, pero eso ella no lo recordaba.

Minutos después, Pablo experimentó la misma sensación. Le pareció que la conocía, que tenía un recuerdo sobre ella y que no era un recuerdo bueno, pero no alcanzaba a identificar de dónde la recordaba. Hablaron un rato y quedaron en verse para el otro día. Ella le dijo que prefería no darle el teléfono. Según refirió, estaba en contra de la tecnología, pero podrían quedar en la misma hora y mismo día para volver a verse.

Así se fueron viendo con esa misteriosa mujer. Un día, ella le dijo que le parecía que él debía conocer a un grupo que ella frecuentaba, un grupo donde se hablaba de filosofía.

-Es un grupo donde nos vamos a entender. Porque nosotros somos personas distintas. Personas que no encajan.

Ya estaba demasiado desorientado, cuando el porvenir que los sueños le



habían prometido se deshacía en sus manos. Además, había comenzado a tener algunos problemas en el trabajo que realizaba en el parador.

Trabajaba de mozo, pero también lava platos, lava vasos, una pileta de lavar llena de agua con las verduras que tapan la rejilla, detergente y espuma era su vista de todos los días. El encargado de la caja le recriminaba si él se llegaba a sentar en el restaurante - debía estar siempre parado-, así como le recriminaba, sino sonreía lo suficiente a los clientes. Había algunas discusiones también si tardaba en servir los platos. En los últimos días la cosa se había puesto pesada, como si el mal clima comenzara a reinar allí, por tantas discusiones y por un mal humor que a él le crecía más y más tanto como se lo prohibía.

Entonces, aunque la primera adolescencia le había prometido que iba a ser el rey de las olas, ahora que terminaba todo, se veía distinto. Ver el grafiti pintado sobre el parador, desafiando la autoridad de sus empleadores y ensuciando la pared, fue importante. Luego, aquella chica que se le acercó en la playa, que lo transportó hacia discusiones sobre los enigmas del universo, conversaciones que hacía mucho no tenía con nadie. Ahora, de repente, todo era distinto.

Aceptó la invitación de la mujer aquella. Aceptó a ir a una reunión secreta a donde se iban a reunir los “*Rebeldes de las Olas*”. Según ella le dijo, la reunión no era abierta, así que no podía invitar a otras personas, sino que lo habían elegido por algo y porque merecía estar allí. Pablo no se opuso al secreto y aceptó ir para allí a indagar un poco más de qué se trataba, quizá esperando que la vida –que parecía tumbarlo- le de alguna sorpresa.

La reunión se organizó en una confitería abandonada situada a veinte kilómetros de Mar del Plata, llamada “*El Marquesado*”.

Esa confitería, sobre el mar, había sido un proyecto de Balneario de la dictadura militar. Comenzó su construcción en el año 1976, con el plan de convertirse en un barrio elegante para las clases pudientes. La idea fracasó, pero, años después, cuando la dictadura entró en una fase más sangrienta, “*El Marquesado*” se convirtió, según ella le contó, en una base estratégica de a las operaciones de la dictadura en Mar del Plata.

Según ellos le explicaban, finalmente se convirtió en uno de los tantos centros de detención clandestinos donde habían matado y asesinado a disidentes políticos, del “Proceso de Reorganización Nacional”. Los dinamitaban y tiraban al mar. Habían encontrado cuerpos descuartizados por ese tiempo en las orillas del mar. Después de todos esos horrores, ya nadie quería ir a sus playas y se convirtió en un lugar abandonado.

Un lugar de una historia siniestra, pero –extrañamente- a este grupo le gustaba ir allí. A ellos les gustaba estar ahí, en los escombros de esa confitería abandonada. Hasta los caños habían sido arrancados. Se escuchaba el rugir de las olas y las paredes estaban plagadas de gastados graffitis.

Para aquella agrupación, era importante recordar la naturaleza extremadamente violenta del orden de la sociedad y de los intereses económicos que se tapan con ese simulacro. Por estas razones, el grupo solía organizar algunas de sus reuniones allí. Había que recordar a quienes murieron y fueron torturados por luchar por un mundo mejor, para no dejarse engañar de la naturaleza escondida de los intereses secretos que gobiernan la sociedad.

Entonces, las paredes de escombros de la confitería “*El Marquesado*”, abandonada, se llenaban de sus insignias. Afuera, estacionada sobre la ruta, Pablo Araldi pudo distinguir algunos coches de miembros de la agrupación y de nuevos participantes que se integraban. Le llamó la atención una vieja furgoneta Kombi Transporter, de color verde claro, que estaba estacionada allí, al costado de la confitería abandonada.

Entraron con linternas para ingresar, porque el pasto estaba crecido. Pero, una vez dentro, ya estaba todo preparado con sillas que habían puesto, luces de antorchas que iluminaban el sector y distintas frases en las paredes.

*“Cualquiera que niegue la autoridad y luche contra ella, es un anarquista”*, Sebastián Faure.

Más adelante, estaban las banderas de ellos. Eran banderas que ya se conocían porque solían aparecer en sus videos y proclamas. Las banderas tenían dos colores, el negro de la bandera anarquista y el verde de la ecología, sobre esos dos colores la inscripción con el nombre del grupo: *“Los Rebeldes de las Olas”*. Según decía la escueta información que buscó de ellos en internet, era un grupo de tipo político y sectario misterioso que combinaba el anarquismo, la pasión por el surf, el sexo tártrico, el ecologismo y ciertas creencias esotéricas relacionadas con el vínculo con la naturaleza.

Aunque siempre le habían parecido unos estúpidos, ahora algo había cambiado en Pablo Araldi. La intriga por el grupo se hizo más y más fuerte y quizá daba paso a cierta fascinación.

Vio que había llegado a una pequeña sala de reunión improvisada sobre ese paisaje de escombros, con muchas personas que se acercaban nuevas. Al parecer, habían concertado esa reunión para atraer a los nuevos interesados.

Era una reunión con contenido preparado para todas personas nuevas en el grupo. Dentro de la puerta de entrada de esa sala, una chica les tomaba asistencia y, más arriba, en una tarima pintada de verde y negro que habían colocado, había dos chicos más, que acompañaban y agradecían la presencia de todos los que llegaban. La iluminación quedaba a cargo de antorchas, que le daban una reminiscencia mística al evento. Oyó que una de las chicas de la entrada hablaba con radio con alguien de allí no presente y le contestaba *“Ya hay diez personas, la mitad”*.

Pablo siguió sentado en el banco que había elegido para estar. Tenía un poco de miedo, como una intuición que le indicaba que no debería estar allí. Por toda la sala había banderas verde y negras de la agrupación *“Los Rebeldes de las Olas”* y también otras con distintas frases de diversos autores.

*“Leyes: Sabemos lo que son, y lo que valen. Son telarañas para los ricos y poderosos, cadenas de acero para los pobres y débiles, redes de pesca en las manos del gobierno”* Proudhon

*“En una palabra, rechazamos toda legislación, toda autoridad y toda influencia privilegiadas, patentadas, oficiales y legales, aunque salgan del sufragio universal, convencidos de que no podrán actuar sino en provecho*

*de una minoría dominadora y, contra los intereses de la inmensa mayoría sometida” Mijaíl Bakunin*

Un rato después, cerraron la puerta de entrada y llegó una persona con la cara cubierta con un pasamontañas. Era el Líder del grupo de anarquistas, el Mumi, apodo con el que él se hacía llamar. O, el Wave Rebel, como alguna prensa le había puesto, usando un nombre en inglés. Estaba rodeado por dos más que no tenían la cara cubierta y eran más fáciles de reconocer.

Comenzó a hablarles a todos, destacando por agradecer que estuvieran allí. Su tono, al principio de la alocución, era titubeante. Les dijo que, si estaban allí, era porque algo los había atraído. Algo, en lo profundo de su corazón, los había atraído. Algo en lo profundo de ellos quería liberarse de tanta mentira de la sociedad y era muy bueno que aprendan a escuchar la voz de su corazón. Ya entonces la voz había dejado atrás el temblor inicial y ganaba dosis de convicción crecientes.

Como lo hacía en algunos de los videos de internet que Pablo había visto, fue a uno de sus temas favoritos, los Balnearios Privados. El Mumi se quejaba de que daban demasiado espacio a estos espacios privados, que estaban todos vacíos porque eran carísimos y que la gente debía apelonarse sin lugar por culpa de esta privatización de la playa. Según se queja, ya quedaba muy poca arena para la gente que iba libremente a la playa.

-Ya les advertimos muchas veces, sino lo resuelven los políticos, entonces lo vamos a resolver nosotros, los anarquistas, a nuestra manera.

Se sobreentendía que iban a volver a tirar bombas caseras y que los iban a incendiar ( esa era su estupenda manera de resolver las cosas), pero, por lo menos, hacía ya mucho tiempo el grupo tenía un comportamiento mucho más pacífico. Tras ello, comenzó a hablar de las actividades del grupo e ingresó, progresivamente, en contenidos más filosóficos y hasta quizá esotéricos. Escucharlo hablar, en aquel lugar lleno de fantasmas, aquel lugar que invocaba horrores que ellos querían ver siempre de cerca, espectros de sufrimiento y sangre a los cuales ellos pretendía honrar, con el ruido de las olas que rompían sobre el hormigón abandonado de la Confitería, era una sensación onírica. Todo lo que estaba pasando allí pegaba en todos sus sentidos –la vista, el olfato, el tacto, el oído- y lo desconcertaba, el inicio quizá a una nueva consciencia.

-Una vida con propósito, una vida con significado es lo importante. En mitad de un mundo lleno de distracciones, por el ruido de actores bulliciosos y superficiales, es noble hacerse a un lado y decir quiero ser, nada más quiero ser.

Así, siguió hablando. Ejercía un raro magnetismo, por cada palabra que decía, daban ganas de escucharlo más y más. A su lado, en una silla situada más cerca de las antorchas, estaba situada Analía Belén, la chica que lo había traído hasta allí.

El hombre, con la cara tapada, en aquel edificio abandonado, bajo el sonido de fondo de las olas que rompían contra las rocas, ejercía un raro carisma. Afuera, estaba la camioneta Kombi Transporter. Dentro de las palabras más que más utilizaba el personaje enigmático aquel estaba la de *“Domesticación”*.

- Ellos quieren que vivamos para consumir lo que venden las publicidades y que estemos endeudados y debemos trabajar sin parar para pagar esa deuda. La *“Domesticación”* nos aleja de la esencia de la Vida.

Todos estaban ahora en silencio. Y sí, como el Balneario aquel se había construido al dinamitar unos acantilados, entonces daba directo sobre las olas del mar que dormían ruidosas al estrellarse contra la dureza de la roca. El Balneario tenía varios pisos, había sido muy lujoso en su proyecto original y contaba con una pileta de natación con vista al mar, pero la pileta ya estaba abandonada y solamente quedaba moho. En ese ambiente, Pablo conoció al Mumi, el sujeto que hablaba, que se cubría el rostro con un pasamontañas y por el cual varios de los asistentes parecían proferirla admiración.

-Tenemos que lograr la Liberación de la Tierra y para eso es necesario que pasemos a la acción directa. Pero, primero de todo, es importante Liberarnos nosotros de la Domesticación.

Con acción directa se refería a los actos de vandalismo y de sabotaje. Algunos de estos actos eran tan mínimos que pasaban desapercibidos a la prensa, pero sin duda molestaban. Les pinchaban las ruedas con una navaja a los camiones que se llevaban arena de las playas, o, también, metían pegamento dentro de las cerraduras de los locales de ropa de surf o, también, en las cerraduras de ingreso a los paradores. Había que complicar al enemigo de todas las formas posible y todos los días.

Aquella fue la primera ocasión en que tomó contacto con ellos. Dejó su número en la entrada y, días más tarde, lo volvieron a llamar, pero para convocarlo a reuniones más chicas y también a salidas a surfear, ya que el grupo tenían una devoción mística por el surf. Surfeaban muy bien, tanto que sorprendieron con su técnica a Pablo, quien era un profesional. Rara vez estaba el Líder, pero sí había mucho respeto por las olas. Nadie le sacaba la ola a nadie.

Participó también de unos extraños rituales que ellos realizaban. Iban a realizarlos a un sitio abandonado, el Mirador Acantilados, una de las tantas edificaciones históricas que se habían dejado de aprovechar en Mar del Plata.

En su momento fue un mirador muy alto, porque se había hecho sobre un acantilado que también era muy alto y daba una vista panorámica del mar. A ellos les encantaban estos sitios abandonados, porque pensaban que si la sociedad los había dejado, era porque debían irradiar una energía especial. En cambio, los lugares que la sociedad quería, debían ser, por el sentido inverso, portadores de civilización y alienación consumista, poco aptos para ellos. En el Mirador Acantilados ellos bajaban por una escalera que daba a la playa, pero era una playa desde donde se podía ver, como una montaña, el enorme acantilado y el eco de los ruidos de las olas allí era más fuerte que en otros lados. Para realizar aquel rito –ellos le llamaban experiencia de meditación–, se sentaban todos con las piernas cruzadas en la arena y el rito consistía, simplemente, en estar en silencio por una hora seguida, tratar de escuchar la esencia natural de uno mismo con el ruido de las olas del mar

También, luego de ello, realizaban típicas actividades de “moon light” surfing. Surfear a la luz de la luna, una actividad que Pablo ya conocía y había practicado muchas veces antes, sobre todo en los festivales de la Almeja Amarilla, pero que a ellos les gustaba más. La noche les atraía más, porque decían que permitía una mejor unión mística con las olas.

Uno de ellos, en medio de una noche de playa con antorchas, se lo dijo así:

-La sociedad te enseña a ser egoísta, te enseña a ser ambicioso y te condena a una vida de sufrimiento. El mito del Paraíso, del Edén, se ve parecido en muchas civilizaciones. Ese mito lo han advertido los antropólogos en muchas culturas. El mito del Paraíso es la nostalgia por una etapa anterior a la división del trabajo, una etapa salvaje y de armonía con la naturaleza,

donde no había ambición ni sufrimiento, sino amor y generosidad.

Según ellos predicaban, había distintos niveles de conocimiento interior, de aprendizaje, de búsqueda de la esencia del ser para escapar de las imposiciones de la sociedad, de la cultura, de la superficialidad. Por eso, todavía no le contaban todo. Había muchos secretos que no le revelaban porque él recién se estaba iniciando.

La Agrupación “*Los Rebeldes de las Olas*” tenía, dentro de sí, una agrupación mucho más selecta llamada “*La Logia de los Amigos del Mar*”, a la que pertenecían los miembros históricos y quienes conocían la verdadera cara del Líder, el Mumi. Para poder llegar a pertenecer a La Logia, debía avanzarse muchísimo en la auto-exploración interior, en el aprendizaje.

Después de asistir regularmente, a veces, a las reuniones –aunque sin llegar a hablar con el Mumi en persona, solamente en charlas que daba- llegó el día en que Pablo Araldi debía realizar su gran prueba. Era la gran prueba de fuego que no todos habían realizado. A muchos ni siquiera se las habían transmitido ni la conocían, porque era una prueba que nada más superaron los integrantes de “*La Logia de los Amigos del Mar*”, el subgrupo interior más selecto de la Agrupación Anarquista “*Los Rebeldes de las Olas*”. Era una prueba que, insistieron, no se la confiaban a todos, porque la mayoría no estaban preparados para enfrentarla.

Lo llevaron a la playa de noche con la tabla de surf, a las dos de la mañana, puntual, comenzaba la prueba. Debía meterse mar adentro con brazadas, le llaman “remar” a dar brazadas para que la tabla avance. Pasar la rompiente, sin surfear, recostado boca abajo sobre la tabla y seguir para adentro.

La consigna era remar con los brazos, rumbo hacia alta mar, en soledad, sin mirar atrás, hasta que el día amanezca. Cuando los primeros claros del día llegasen, le estaría permitido volver de nuevo hacia la playa. Según decían, todos los integrantes del selecto subgrupo “*La Logia de los Amigos del Mar*”, habían pasado, al menos alguna vez, por el ritual.

El ritual se veía peligroso, porque el mar, como él aprendió de niño, se respeta. Además, las corrientes, sobre todo en las zonas profundas, pueden ser muy fuertes y podrían llevarlo a cualquier lado. Pero ellos decían que “*Mumi*” incluso lo solía realizar varias veces al año. Aquello, insistían, era un ritual

muy necesario porque ayudaba a sentir el peligro de la muerte y la unión con la naturaleza y con la oscuridad. Debía ir solo.

-Nunca te detengas de remar hacia mar adentro, lejos de la costa. Solamente cuando salga el sol y se acabe la noche podrás empezar la vuelta a la orilla. Es una experiencia única.

Acostado boca abajo sobre la tabla comenzó el rito. Sintió, a pesar de que era Febrero y tenía un traje, un frío muy importante. No tardó en cruzar la rompiente e ingresó, con la fuerza de sus poderosas brazadas, rápido en mar abierto. Vio alejarse rápido a las distintas escolleras, tapadas en las sombras, bajo la tenue luz de las estrellas. Pablo estaba entrenado. Era un surfista profesional. Si otros con menos experiencia lo podían realizar, mucho más lo podía realizar él. Tenía sus recuerdos del surf a la luz de la luna, pero se practicaba en los días de luna llena. En cambio, aquello era la oscuridad, porque no habían elegido un día con fuerte luz lunar.

Se escuchaba el chapotear de la tabla sobre la línea del mar. No había noticias de ataques de tiburón en Mar del Plata, pero, a pesar de toda esa experiencia, en ese momento, cuando se alejaba de la costa, la idea giraba en torno suyo, como la espumita de la cresta de las olas por el viento.

Quizá los tiburones agresivos, de aguas frías, como el tiburón martillo, no se acercan a las costas. Tal vez por eso no hay ataques en las costas de Argentina. Pero remar con los brazos mar adentro, muy adentro con la tabla, puede llevar a resultados distintos. Por la falta de buena luz de la luna, no se notaba bien si había corriente que lo arrastraba, pero se veían las estrellas en el cielo. Se veían las luces de la ciudad de Mar del Plata, como puntos en la noche, desde esa ubicación, en el medio de la nada, en el medio del mar y de la noche.

La idea del ejercicio era depender, del todo, de la naturaleza. Desarrollar la capacidad extra-sensorial de percibirse como parte de la naturaleza y no como agresor o depredador. Con brazadas sin parar, debía alejarse más y más de la orilla. Había que pasar esa prueba espiritual y de valor para convertirse en un verdadero Miembro de la elite de Los Rebeldes de las Olas. Era como si se tratase de un retiro espiritual, en comunión con la naturaleza, para escucharse a sí mismo, no como eco de la cultura que te domestica, sino como ser salvaje, como parte amorosa de la naturaleza. Era importante la experiencia profunda mística, porque se trataba de unirse con el



mar, de ser parte de las olas.

Conectarse con su esencia más salvaje, con los resquicios del estadio anterior a la civilización que aún quedaban dentro de sí. El mito del Edén, el lugar donde no se trabajaba. Era una nostalgia por el estado anterior a la civilización, donde los hombres no eran ambiciosos, sino que compartían todo lo que recolectaban, o lo que cazaban. Aquello era el paraíso porque no estaban podridos con la civilización. Allí había paz, la serenidad, la profunda calma que significa alejarse de los ruidos de la sociedad, de lo artificial, de las presiones culturales por “destacarse”, por “triunfar”, esas presiones artificiales que tanto sufrimiento nos traen.

Por ello, en estos ritos que se practicaban en aquella Agrupación, la idea de la ceremonia era tratar de revertir el proceso de la *Domesticación* para recuperar la paz de la esencia salvaje.

Días atrás, por indicación del grupo, había leído dos libros que le prestaron, “*Cartas a un buscador de sí mismo*” y “*Walden, La Vida en los Bosques*” de Henry Thoreau. En el grupo daban muchísima importancia al autor y a su pensamiento. Thoreau se había alejado de la sociedad, de la civilización, para construirse él mismo una cabaña en el bosque y vivir allí, sin trabajar y generándose su propio sustento con la agricultura y la pesca. Thoreau estuvo dos años en el bosque, sin contacto con nadie, en una purificación y búsqueda interior. La idea de Thoreau fue escapar de las esclavizaciones de la sociedad, cultivando sus alimentos, en conexión con la naturaleza, como parte de la misma naturaleza.

Al participar de varias de las reuniones del grupo, donde se hablaba mucho de la esclavitud de la sociedad de consumo y de la superficialidad de la gente, se había impregnado de esa visión de la vida del ascetismo y de la importancia de alejarse de toda la sociedad. Y con ella entraba a capas y nuevas capas interiores de su propio desánimo.

Quería ser anónimo como una gota del mar para escapar del peso de su nombre real, de su propia biografía, de toda la sucesión de hechos patéticos que había sido su vida. Creía que siempre había sido un tonto y que ya las cartas de la vida le habían mostrado quién era y dónde estaba, si iba a pertenecer a la sociedad que lo esclavizaba estaba dicho que era para ser un tonto.

Por eso, el rito tenía también cierto dejo de riesgo deliberado. A pesar del traje, la noche estaba muy fría. Era como si el mar, en alta mar, estuviera muy frío de noche, mucho más frío cuando es alta mar. No se veían bien las olas por la falta de luz, sino más bien, a esas horas de la noche, serían las tres, el mar era como una gran manta negra, algo tenebrosa. Acorde con la consigna, él seguía empujando el agua, con los brazos, para que la tabla avance hacia mar adentro, pero, a veces, se daba vuelta y veía chicas, muy chicas, la luces de la ciudad y la franja de la costa.

En ese momento, sintió un chapotear cerca de la tabla. Algún animal le había golpeado la tabla. Como si hubiera visto algo mover la tabla, un animal. Acaso sería un tiburón. Pero pocos segundos después se dio cuenta que era un lobo marino que estaba jugando. Igual un lobo marino en esa situación puede ser peligroso, agresivo. Tal vez había escuchado el ruido de la tabla y se acercó. Se arrepintió, se dijo “¿Cómo me metí en este asunto?”, se arrepintió de estar allí, pero ya era tarde. De todas maneras, los integrantes de Los Rebeldes de las Olas le habían advertido que iba a arrepentirse, que iba a sentirse mal, pero que no se preocupe. El arrepentimiento y el miedo es parte del proceso. Hay que conocer nuestro miedo.

Siguió braceando, hacia mar adentro y el lobo se alejó. Entonces, cubierto por aquella gran lona negra que representaba la superficie del mar, miró hacia el cielo. Se veía todo estrellado. Mirar las estrellas, en esa completa soledad, fue la ocasión para tratar de sentir la percepción extra-sensorial sobre la naturaleza, sentirse parte del mar.

No ser ya más un elemento dentro de esa sociedad odiosa, destructiva, predatoria de la naturaleza, que le había injertado esas ambiciones por trabajar sin parar para consumir sin parar, no ser ya más su nombre, ni sentir ya la pesada carga de su historia personal, sino ser parte del mar y poder experimentar su indefensión. El Mumi le había advertido que muy posiblemente sentiría miedo y que eso era bueno, porque el miedo nos conecta con el peligro, con la muerte, con nuestro carácter superficial y transitorio. No era distinto que el mar, sino que era parte de esas olas, de esa noche, mientras braceaba más adentro, cada vez más mar adentro. Si llegaba a ver los primeros claros del día, esa sería su señal de que debía empezar con las brazadas de la vuelta. Pero, por cómo se distribuían las luces chiquitas y lejanas de la costa, todo indicaba que había corriente allí. Así que, cuando viniera el nuevo día, quién sabe en qué parte estaría, donde lo decidan las olas

y las corrientes y la soledad aquella.

Su vida era tan insignificante. Su papel en el mundo había sido tan patético, según se veía. Tenía tanta vergüenza de verse a sí mismo, de ver a sus estúpidos sueños, que estar allí, en el medio de la noche y de la nada, era como le habían prometido un consuelo. Debía intentar la experiencia de meditación, entrar hacia sí mismo pero, antes, rompiendo todas las capas de civilización y cultura y ambición, entrar hacia la parte más esencial de sí mismo.

Había que liberarse de las esclavitudes de la sociedad de masas, salir de la manada de esclavos. Muy a lo lejos, en la costa, las lucecitas de los edificios de la ciudad, le recordaban lo que era la gran sociedad, la gran cantidad de gente que corre desesperada para poder consumir productos para “ser alguien” allí, o para poder pagar las deudas contraídas con el consumo. Pero, él, en cambio, como lo mostraban sus brazos cada vez que se sumergía, estaba lejos de todo eso y además en riesgo. Las corrientes podrían conducirlo hacia donde quisiera y eso era lo bueno, abrazar el riesgo. Había que asumir los riesgos de la naturaleza, estar en manos del mar, escuchar el ruido del movimiento de las olas debajo de la tabla, en esa noche y saber que, si se moría, se moría. Si se moría, lo habría decidido el mar

Tras muchos años de esfuerzo, gracias a los líderes, al empuje de la comunidad local y, sobre todo, especialmente, por las fuertes inversiones de la *Almeja Amarilla* y por las negociaciones personales de Martín Taglione con la gente de la World Surf League, Argentina, por fin, organizaba su primer punto de evento en la liga mundial de surf.

El “*Almeja Amarilla Surf Pro Mar del Plata*” se llamaba. Las olas de Mar del Plata iban a ser determinantes en la elección del campeón del mundo de surf de ese año.

Había inscriptos de Chile, Brasil, Uruguay, Ecuador, México, Australia, Nueva Zelandia, Sudáfrica, Perú, Colombia, España, entre otros.

El “*Almeja Amarilla Surf Pro Mar del Plata*” era el evento número diez de los organizados ese año por la World Surf League. Solamente lo seguía la parada en Pipeline, Hawaii para que se complete la liga. Con los puntajes que obtuviesen los deportistas iba a elegirse al campeón del mundo de ese año.

La disputa comenzaba esa mañana de 27 de Marzo allí, en Playa Grande y terminaba el 1 de Abril. Se habían dispuesto dos podios en inmejorable altura y posición para ubicar a los jurados que iban evaluar el desempeño de los surfistas, uno de ellos en Biología y el segundo en el Yacht. Esa semana santa empezaba con toda la fuerza y, a pesar de que todo había costado una fortuna para Taglione, el *Almeja Amarilla Surf Pro Mar del Plata* iba a ser la vitrina para proyectar su marca hacia todo el mundo. Y, quizá, abrir nuevos mercados a la exportación. Quizá posicionarla como una de las marcas de cultura surfista más importantes del globo. Taglione había supervisado todos los detalles para que saliese todo a la perfección.

Por la tarde, se iba a realizar un recital de rap del estilo Freestyle, donde algunos de los artistas más conocidos se iban a dar cita para desafiarse en competencias de versos raperos. Entre las estrellas que había contratado, algunas eran internacionales y ello traía más repercusión en las redes sociales, con llegada a México, Chile, España, Colombia, porque el rap freestyle tiene su propio público. Pero, entre las estrellas locales, estaba “El Panduro”, un ex delincuente de Mar del Plata que había dejado el delito y se dedicaba a estas competencias de rap.

El Panduro tenía la particularidad de que improvisaba versos con algunos contenidos tumberos, propios de su paso por el polémico Reformatorio de Santa Clara y que los utilizaba en rimas muy agresivas con gran apoyo del público. También iba a competir “*Mama, la reina del freestyler*”, una rapera que tiraba rimas contra los varones. Se había hecho conocida por cerrar una competencia diciendo “*Soy mamá, la reina del freestyle, vengo a matar al puto patriarcado, ¡todas esas bolas al árbol de navidad! ¡acá llegó mamá!*”.

Se iba a armar por la tarde, no bien terminaba la competencia de surf, el recital de *Almeja Amarilla* donde los raperos iban a competir. Pero, sin dudas, por la repercusión en la prensa, la estrella era el Panduro.

El día acompañaba, apenas nublado pero sin amenaza de lluvia de ningún modo, desde la mañana que unas olas profundas surcaban Playa Grande. Lo único molesto eran unas cruces que habían puesto sobre la arena de Playa Grande los activistas la noche anterior, como signo de protesta contra el mundial de surf. Las cruces simbolizaban la muerte del surf a manos del negocio, según un video que había publicado el activista “Wave Rebel” y que se había viralizado por internet y por los teléfonos celulares, como una sombra de mala propaganda que perjudicaba el tan costoso evento.

Era un video grabado la noche anterior. Con dos antorchas en la mano, un pasamontañas y un traje de neoprene puesto, indumentaria habitual de sus videos, el activista decía que la llegada del torneo mundial significaba la muerte del surf en Mar del Plata. Convocaba al repudio de todos los surfistas que surfeaban por amor al mar y no querían que el negocio se metiese en su relación con las olas.

Martín Taglione estaba con su infaltable gorra en Playa Grande. A su lado, lo acompañaba su hijo mayor, Felipe. Tras una negociación durísima con su ex posa Maria Laura en el comedor de la casa de Nordelta de ella y con el apoyo de Felipe, había logrado que le “presten” a su hijo ese año para recibirse de “Super Papa”.

Taglione lo había invitado a su hijo Felipe a presenciar juntos todos los puntos de la World Surf League de ese año. Habían viajado a todas las playas del mundo donde se hicieron las distintas competencias de la liga. Una de las durísimas condiciones de negociación de Maria Laura para el viaje fue que no viaje Constantina, la nueva esposa de Martín Taglione. Debía ser un viaje de

padre e hijo.

El *Almeja Amarilla Pro Mar del Plata* era el último punto de la competencia, bajo cuyo promedio se decidiría el campeón del mundo de surf de la WSL de ese año. Pero, antes de este punto, hubo muchos anteriores en distintas playas, distintas olas. El torneo recorría tres puntos distintos de la costa de Australia, la ciudad de Brasil Río de Janeiro, la isla de Fiji, Sudáfrica, Tahití, Estados Unidos, Francia, y Portugal antes de Argentina, Mar del Plata. En todos esos puntos, Taglione había reservado una semana en el mejor Hotel del lugar, una habitación para él y su hijo Felipe y nadie, nadie, nadie más. Los Hoteles cinco estrellas de distintos países, los baños de hidromasajes y los saunas, los desayunos majestuosos, las comodidades más suntuosas, estaban en la retina de ellos dos.

¡Felipe se va a quedar libre! ¡No puede tener todas esas faltas! había dicho Maria Laura, precavida. Pero...¿Qué más da? Si se quedaba libre, daba todas las materias en Diciembre de nuevo. Pero, perderse un viaje así con su padre, sería algo mucho más grave que dar todo de nuevo, o que perder el año. Igual Taglione lo iba a arreglar y no se iba a quedar libre, de alguna forma iba a pactar con el director de ese colegio exclusivo del barrio de Nordelta. Todo era cuestión de hacer algún favor, aunque sea mostrar disposición para realizar una donación cuantiosa para una gigantesca capilla que el colegio se proponía construir con los fondos de los padres y listo. No se quedaba libre Felipe, de alguna manera eso se iba a arreglar.

No era lo mismo para ellos dos estar viendo ahora las olas de Mar del Plata que para otros espectadores que se acercaban a Playa Grande y a los periodistas. No era lo mismo porque, antes de las olas largas y marrones de Playa Grande, habían visto las olas de Francia, las de Sudáfrica, las de los mejores puntos de Australia.

Semanas atrás nomás, ellos dos habían estado en la Bahía de Jeffreys, Sudáfrica, parando en On the Beach Guesthouse, un hostel boutique que estaba sobre la misma playa, que daba al océano índico. A cuarenta minutos de la rompiente de *supertubes*, una de las olas derechas más importantes del mundo y donde se habían desplegado los podios de la *World Surf League*, porque esa ola era la que iban a surfear en la competencia. Muchos de los surfistas y organizadores lo conocían a Martín Taglione y lo saludaban, el dueño de la *Almeja Amarilla* era una celebridad en muchas partes.

El hostel boutique sudafricano donde estaban parando tenía una vista panorámica al mar y un balcón con zona de estar sobre la misma playa, el desayuno lo servían al aire libre, en la terraza, se podía llegar a ver las condiciones en que iba a romper la ola de supertubes, durante la competición.

Como esos departamentos estaban dentro de la misma playa, Martin Taglione y su hijo, salieron varias veces a caminar al costado del mar por la nochecita y aprovecharon para ponerse al día, padre e hijo. En esas caminatas, al costado de las olas de Sudáfrica, hablaron de todo, de las dificultades y adversidades de la vida, de las veces lo que parece no es lo que es y que hay que saber aprovechar las oportunidades. En la vida, lo importante es aprender a ser útil, pero todos quieren ser importantes nada más.

-Los sueños, intereses y deseos de los demás son los ladrillos para construir el castillo de tus sueños. Siempre hay que pensar desde qué quieren los demás. Eso es lo que nos diferencia a los emprendedores y empresarios.

De las mujeres hablaron padre e hijo, por las playas de sudáfrica. De lo necesario que es estar preparado para el sufrimiento en el amor, porque no nos puede pillar desprevenidos. Mientras hablaban, dejaban pisadas en la arena de la playa, que luego eran borradas por las olas del mar índico.

Taglione le contó a su hijo que no se preocupe por las malas notas en el colegio. El había sido un pésimo alumno. Tampoco debía preocuparse demasiado por los resultados, sino por vivir y descubrir el sabor de cada momento, porque la juventud no vuelve más. Además, lo importante no es ser un buen alumno. Lo importante es tener el coraje suficiente para emprender, para salir de la comodidad, para arriesgarse por los caminos que nadie más recorre, para creer que se puede cambiar lo que ya está hecho.

Cuando Martín Taglione era joven, le explicó, nunca se iba a imaginar que él iba a traer el campeonato mundial de surf a Mar del Plata, pero se trata de ser intuitivo, de escuchar mucho a los demás y a nuestra intuición. Los caminos se abren solos después. Lo importante es creer que se puede hacer lo que nadie intentó antes. Creer que se puede liderar a la gente. No le dijo nada de la parte más importante de su carrera empresarial “*el lubricante que hace andar el motor*”.

También aprovecharon esos días en Jeffrey's para surfear. Surfear sobre África, el continente de origen, tenía un sabor especial. El fondo de la playa

de piedras y el viento frío los llevó a utilizar traje de neoprene completo.

Eran ya las ocho de la mañana en Playa Grande, Mar del Plata. Martín Taglione y su hijo, habían llegado muy temprano, por el paseo Victoria Ocampo.

-Estamos bien hoy, tiene buena rompiente. Hoy tenemos olas largas y tubulares. Vamos a dejar bien a Mar del Plata en esta edición.

Decía Martín Taglione a un asistente que recién había llegado a donde estaban ellos con una bolsita de churros con dulce de leche caliente “Manolo”, la casa que estaba a metros de allí.

-Va a estar buenísimo –contestó el asistente, tras darle un mordisco a uno de esos churros-. Tuvo una repercusión en la prensa espectacular y digo también en la prensa internacional.

-Además, está limpia la playa. Esto no lo conseguimos en pleno Enero que es un asco. No se puede estar acá. Hace muchos años que llegué a esta conclusión. Enero no es para el surfing, Enero es para el snobboard.

-No sé, porque quedé en ir a pinamar, pero te contestó. ¡Gracias!

Volvió a mirar hacia su asistente.

-Pinta bien esto...¿No te parece? Buenas olas, rippables. Me parece va a ser un gran point y podemos instalarlo para que integre para siempre el torneo. Playa Grande no tiene la ola de Pipeline – hablaba de una rompiente en la isla de Oahu, Hawaii, una de las más peligrosas del mundo, donde habían muerto muchos surfistas golpeados por la fuerza de la ola poderosa contra el fondo de coral-, pero está muy bien como un point anterior. Hoy tenemos olas muy largas que van a dejar bien a Mar del Plata.

-Sí –contestó el asistente- Lo importante fue la prensa. La prensa fue espectacular.

Si, pensaba Taglione, fue espectacular por la cantidad de plata que puso en los medios para que hagan “*notas periodísticas objetivas*” sobre el evento. Que seres detestables que son los periodistas y siempre la van de fiscales morales de la nación, pero hay que darles lubricante como a todos.

En total, organizar el *Almeja Amarilla Surf Pro Mar del Plata* le había costado un millón quinientos mil dólares, sumando todos los gastos, los



derechos y las inversiones en prensa. Esperaba recuperar algo con un convenio que había realizado con algunos hoteles y empresas turísticas para unos paquetes que vendían dedicados al evento. Era una fortuna ser el sponsor del evento, pero colocaba a *Almeja Amarilla* entre las principales marcas de surf del mundo. Más de 200 mil personas habían venido a Mar del Plata en Marzo solamente para poder presenciar el evento.

*“Varios de los mejores surfistas del ranking mundial estarán disputando en Mar del Plata una de las paradas de la World Surf League”* titulaba un medio electrónico. *“El Almeja Amarilla Mar del Plata Surf Pro, nombre oficial del evento, se llevará a cabo para deleite de los amantes del deporte de las olas de todo el mundo”* decía otro,

*“Siempre es un placer ir a Mar del Plata, su gente y sus olas son increíbles, estamos seguros que este evento beneficiará sobremanera a los nuevos valores tanto en la Argentina como en Sudamérica, refirió una autoridad de la WSL”* se recortaba en otro diario importante.

*“Es un honor trabajar de la mano con Almeja Amarilla, una marca identificada con el surf en Argentina, estamos seguros que vamos a realizar un evento de talla mundial”* se informaba que dijo otro de los productores.

Había gastado una fortuna para que los principales medios periodísticos y televisivos estén allí con sus filmadoras y cubran el evento. Pero todo iba a salir de maravilla, porque podían abrirse canales nuevos de exportación para los productos Almeja Amarilla y se estaba posicionando la marca como nunca antes.

De todas las noticias que –gracias a sus generosos aportes- había cubierto el evento, la que más le gustaba era la que decía así: *“Con la visión de posicionar a Argentina como la capital del surf en Latinoamérica, Almeja Amarilla trajo a la WSL, y se trata de una marca joven que promueve a los surfistas, al surfing profesional, la cultura surfer y la industria del deporte”*.

A Taglione le había gustado mucho especialmente a palabra “visión”, empresarios son todos, pero con “visión” muy pocos.

Ya a las diez de la mañana comenzó la competencia. Empezaba con el surf femenino. Algunas de ellas estaban ya demostrado sus habilidades sobre las olas de Mar del Plata, ante la mirada de los jurados. En uno de los medios

que cubrió la competencia (siempre con “*lubricante*”), se había leído declaraciones favorables respecto del surf femenino “*Es un orgullo que haya mujeres en la competencia, también entra en la filosofía del surf la igualdad de género, todos somos iguales en el deporte y qué mejor que tener a seis mujeres rompiendo olas*” decía la declaración de un surfista que el medio reproducía en la nota.

-Te fijaste que todos son rubios los surfistas

Le dijo Taglione a su hijo.

-Sí, es por la parafina.

Taglione se rió. Hacía años que muchos surfistas decían que el jabón de parafina, que se utilizaba para que la tabla resbale menos, cambiaba el cabello y lo dejaba rubio, al combinarse con el sol.

-No –contestó- Eso es un mito. Se tiñen con tintura, por eso hay tantos rubios. La parafina no tiñe, eso es lo que dicen estos que no quieren admitir que se tiñen como las minas.

Sobre el muelle de Playa Grande, la escollera que se introducía varias centenas de metros dentro del mar, había muchísimos coches que se habían acercado para poder mirar, desde las ventanillas, tal vez con una lata de cerveza fría en la mano, la competencia, el “*Almeja Amarilla Pro- Mar del Plata*” y las banderas de la marca ondeaban con el viento desde muy temprano. Se acercaba gente de todas partes a contemplar el espectáculo. Venían en las líneas de colectivos 581-22 que recorren la costa, 571-511 que iban por la calle Alem, o cerca de la costa.

-¡Cada día se van a quemar 500 mil dólares! Es un salto al vacío porque nadie te asegura que los vas a recuperar. Además, un compromiso de que el año que viene lo organizo de nuevo y para eso una seña de cien mil dólares más. Lo más caro de todo es poner tu marca en el nombre del evento, pero es lo más importante, que el point se llame Almeja Amarilla. Es lo que te asegura que todos los medios especializados de todos los países del mundo que lo cubran mencionen tu marca.

Hablaba Taglione de cómo era su negocio. Durante todo ese viaje que habían hecho con Felipe siguiendo a la liga por todas sus paradas, había tratado de transmitirle a su hijo el espíritu empresarial, el espíritu del

emprendedor.

Muchas veces lo invitaban Martín Taglione a exponer sobre emprendedorismo a colegios secundarios privados y a universidades privadas, en carreras como administración de empresas, economía, en maestrías de gestión de negocios, junto a otros empresarios y consultores. El iba vestido con estilo playero, entraba a la universidad con gorrita puesta aunque fuera de noche, decía *“vine por unos días nomás, porque las oficinas y los edificios me hacen alergia, necesito volver cerca de las playas”* y los jóvenes estudiantes lo adoraban. Como ahora, en ese momento único de su historia empresarial, no paraba de acercarse gente a saludarlo y a felicitarlo por el evento. Algunos agradecían por todo lo que él hacía por el surf en Mar del Plata.

En esas universidades que lo invitaban a dar “charlas” de vida (¡estaba hecho todo un intelectual!), una vez un consultor que compartía panel con él, mostró un estudio científico sobre emprendedorismo y familias. Las personas cuyos padres, o al menos uno de sus abuelos, habían sido emprendedores, tenían un 50% más de probabilidades de ser emprendedores. Así que, desde que escuchó eso, Martín Taglione procuraba inyectarles el chip, aunque sea el bichito, el bichito de creer que las cosas *“no son así”*, sino que *“se pueden crear, se pueden cambiar”*.

-¿Ves esto? A mí se me ríe hasta el culo cuando veo estas banderas flameando, estos periodistas. Cuando veo que los más grandes surfistas de este planeta están pisando esta playa. Sé que todo lo generé y que antes no estaba, estaba solamente acá –y se señaló la cabeza-. Eso es un orgullo muy importante que te lo quiero transmitir. Las cosas nunca son así como las muestra el mundo y nada más, sino que siempre se pueden cambiar. Se pueden crear.... ¿Ves lo que dice esa ola?

-¿Qué dice papá? ¿Fumaste algo?

-La ola dice sentite libre de crear. El mar te llama y te llama a que cumplas todos tus sueños.

En ese momento, ya estaban entrando al agua la primera ronda de competidores masculinos, de seis deportistas que iban a poder mostrar sus acrobacias. Con tiempo determinado, cada uno, entraba a las olas con una remera de distinto color para que resultase más fácil al jurado poder

identificarlos. Los espectadores gritaban y esperaban ansiosos la salida de los surfistas. Muchos de los que estaban mirando en coches estacionados desde la escollera gritaban o agitaban banderas. Los 34 mejores surfistas del mundo se disponían, uno a uno, a mostrar su talento con aquellas olas largas de Playa Grande. Por la playa, todo era alegría, poco viento, sol y bikinis y trajes de baño que lucían por doquier.

Stefania Martinez, una surfista de Mar del Plata que había competido hacía ya un rato, se acercó a donde estaban ellos dos. Había dejado la tabla ya. Y caminaba por la arena en decidida dirección a dueño de Almeja Amarilla y a su hijo. Llevaba puesta una gorrita para atrás al modo skater, un short estilo traje de baño masculino de Almeja Amarilla color azul, una remera roja que decía “*WSL Almeja Amarilla Mar del Plata*” y anteojos negros. Apenas llegó al punto a donde estaban ellos, hizo con la mano un gesto de sol y olas (el puño cerrado, salvo el dedo gordo y el dedo meñique para afuera) y Taglione la felicitó.

-Muy bien estuviste Stefy. ¡Me encantó!

-Es lo que habíamos hablado el otro día. Lo más importante es entrenar. Muy contenta de cómo está saliendo todo. Está buenísimo surfear en casa, dormir en mi propia cama, comer lo que estoy acostumbrada, surfear la ola de Playa Grande que es mi ola.

Decía ella. Pero no todo estaba saliendo como estaba planificado. Al menos, en ese momento Taglione se dio cuenta de que algo raro podía suceder aquella tarde. Y claro, algo que nunca se había visto antes estaba desplegándose delante de sus ojos.

Una inmensa manifestación en tablas de surf surcaba el mar desde lejos, a unos cincuenta metros mar adentro de donde terminaba la escollera. Al menos, unas cien personas acostadas en tablas de surf y remando con las manos, se acercaba directo a la zona del torneo, posiblemente estaban viniendo desde una playa cercana.

La manifestación venía en tablas de surf de parte de activistas que provenían del movimiento de *Los Rebeldes de las Olas*. Todos tenían la cara tapada para no ser reconocidos. Iban remando con sus brazos detrás de la rompiente, en una caravana de tablas de surf que se prolongaba varios metros y que suscitó la inmediata atención de todos los periodistas que cubrían el

evento.

-Hay que llamar a la prefectura. ¿Qué mierda es esto? –gritaba Taglione por su teléfono celular.

Ya venían más cerca, a pocos metros de donde los surfistas mostraban su arte al jurado. Entre la caravana de tablas que estaban detrás de la rompiente, algunos se bajaron de la suya y sostuvieron dos tablas. Entonces uno de ellos, se paró sobre las dos tablas mientras los de abajo la sostenían con el brazo y levantó un cartel grande que decía “BOICOT A TODAS LAS MARCAS, EL SURF NO ES UN NEGOCIO”.

El que estaba parado tenía un pasamontañas negro puesto, como si no fuera suficiente molestia que el agua de mar se mezcle junto con la arena y se pegotee en su cara. “PEDIMOS LA SUSPENSION DEL TORNEO DE SURF, NO QUEREMOS COMPETENCIAS!!” decía otro cartel que levantó.

Era el momento de llamar a la policía, ya que el individuo que se veía allí, parado sobre dos tablas de surf y alzando un cartel con sus brazos, era el mismo que subía los videos como el “Wave Rebel” y reivindicaba sus atentados nocturnos con bombas caseras incendiarias, a locales de marcas de surf internacionales.

Tenía un megáfono en la mano y comenzó a decir “NO QUEREMOS QUE NADIE SALGA LASTIMADO. EXIGIMOS LA SUSPENSION DEL TORNEO DE SURF”. Luego, el líder anarquista dijo “ESTE EVENTO COSTO UN MILLON Y MEDIO DE DOLARES A MARTIN TAGLIONE, ESTO ES CAPITALISMO, ESTO ES COMPETENCIA, ESTO NO ES SURF”.

En eso, se pudo advertir que una lancha de prefectura se dirigía hacia los manifestantes. La lancha avanzaba a quinientos metros de donde estaban ellos a mucha velocidad, saltando sobre las olas que, por esa zona, no estaban rotas, pero eran suficientemente grandes igual como para incomodar el paso de la lancha.

Entonces, el hombre que estaba parado se bajo y, junto a otros, que tenían tablas de surf exactamente iguales que decían “Rebeldes de las Olas” y el signo “A” de la anarquía, empezaron a dar brazadas directo hacia la rompiente. Pocos minutos después, ellos cuatro bajaban una misma ola, directo hacia la playa.

Era fácil identificar al que tenía puesto el pasamontañas y que pronto iría a ser apresado como el autor, líder y responsable intelectual de todos los atentados, proclamas y disturbios que se habían sucedido en Mar del Plata en los últimos tres años, desde que aquella agrupación comenzó a publicar sus videos en Youtube, exigiendo la desaparición de las marcas vinculadas al surf y de los torneos de surf. Detrás de ellos, cuatro, decenas de jóvenes que participaban de la caravana de protesta se zambulleron también sobre las olas, con sus tablas, buscando acercarse hacia la orilla. La lancha de la prefectura ya no podía llegar hasta ellos porque estaban entre las olas.

Los cuatro primeros se fueron acercando entre ellos hasta estar surfeando esa ola muy cerca unos de otros, de manera pegados. Entonces se tiraron al mar y se sumergieron entre las montañas de espuma. Las espumas eran tan grandes que no dejaba ver qué pasaba. Minutos después salían los cuatro a la superficie,. No había forma de reconocer cuál era cual, sino que, si habían sido decenas de manifestantes con la cara tapada, ahora estaban llegando a la orilla con sus tablas de surf. Era imposible detectar cuál había sido el que se paró sobre las tablas con los carteles.

Decenas de surfistas con pasamontañas ahora llegaban a la playa surfeando aquellas olas y desorganizando todo el torneo. Lo hacían en tablas destartaladas, malas tablas posiblemente porque las iban a dejar allí. La multitud de la caravana de surfistas era muy grande. Estaban corriendo por la playa hacia todos lados y trataban de pegarle piñas a todos como desenfrenados. Desenterraban de puntos estratégicos de la arena que ellos conocían, armas que tenían guardadas bajo la arena. Algunas de estas armas eran hachas y con esas hachas rompían las banderas de “Almeja Amarilla” y de otras marcas hasta hacerlas caer. Desenterraron aerosoles de pintura y pintaban graffitis sobre las paredes del parador “*1.5 millones de dólares en un torneo... ¡basta de negocio!*”, “*la arena es de todos, basta de privatizar la playa*” “*Surf y Anarquía*” , “*Basta de Negocio con el Surf*”

Un grupo de ellos pudo subir a la torre del mirador donde estaban los jurados y los sacaron a piñas y golpes de allí, los jurados de la WSL no tardaron en huir. Entonces pusieron una grabación que tenían preparada y que se comenzó a reproducir por los parlantes de la playa “*No queremos más balnearios privados.... ¡La playa es pública! ¡Rompan todos los balnearios! ¡No tenemos lugar en la playa por culpa del negocio de los balnearios y las carpas! ¡Hay que romper todo! ¡No queremos más negocio con el surf! ¡El*

*surf no es negocio! ¡Rompan todo! ¡Rompan todo! Anarquía, Anarquía !”*

Sobre la playa el escenario se había transformado ya desde un profesional torneo mundial hasta, poco a poco, una batalla campal. Tenían enterradas en la arena debajo de mantas tapadas con arena bombas molotov y ahora las tiraban sobre los balnearios y sobre las carpas. Estaban tirando todas las banderas y, mientras tanto, cuando la voz se callaba, se notaba que estaban poniendo una canción de rock punk de los sex pistols, e inclusive mucha gente que no participaba de la manifestación se acercaba a la playa a vandalizar los balnearios y a seguir la consigna de romper todo.

Taglione se estaba tratando de alejar de allí con su hijo Felipe, a las corridas como casi todos los organizadores del torneo. Su esposa María Laura le iría a decir de todo por “*Ponerlo en riesgo*”, pero cómo iba a saber él que un día de playa podía significar semejante manifestación.

Una sola pregunta rondaba en los pensamientos de Taglione: ¿Cómo demonios aquellos anarquistas habían averiguado que él se gastó 1.5 millones de dólares en todo el evento aquel? ¿Cómo habían accedido a esos datos, si ni siquiera muchos de sus más cercanos colaboradores de confianza lo sabían?

Estaba llegando la infantería de policía a la orilla, comenzaba a tirar gases lacrimógenos y había que escapar lo antes posible.

En eso, se acercó a donde estaban ellos uno de los manifestantes que tenía la cara tapada con un pasamontañas. Llegó justo donde estaba Taglione y le pegó una piña directo de derecha tan potente que cayó en el piso y su gorrita rodó por la arena y se la tuvo que levantar su hijo Felipe. Después de eso, el manifestante huyó junto a la turba de los otros que incendiaban carpas, rompían restaurantes, pintaban con graffitis que decían “*Basta de Balnearios Privados, la Playa es de Todos*” o decían el clásico de ellos “*El Surf no es un Negocio, Basta de Marcas*” . Al ver alejarse el manifestante entre la multitud, a Taglione le pareció reconocerlo, como si lo conociera, aunque estaba demasiado tapado para poder estar seguro de conocerlo.

Sebastian Astudillo se llamaba. Un surfista cordobés, de quince años, que todos los veranos iba a con su familia a Mar del Plata y aprovechaba para surfear.

No imaginaba, cuando se acercó al surf por primera vez, hasta dónde lo iba a llevar todo esto.

Fue inútil todo lo que lloró. Fue inútil también todo lo que hizo su padre, Agustín, un productor agropecuario de Córdoba, para evitarlo. Sebastián veraneaba siempre en Mar del Plata con sus padres, amaba el surf y había cometido una decisión difícil: acercarse al grupo clandestino “*Los Rebeldes de las Olas*”.

Sus familiares no sabían nada, pero le dicen la brecha generacional. Que los padres no entienden nada de grupos de wats ap, de redes sociales como instagram, de aplicaciones de ahora, de música. No se les puede explicar todo.

Sebastián no hablaba ya mucho con ellos, sino que hablaba más con perfiles de internet, con gente desconocida que se da una identidad nueva en internet. Años atrás, él tuvo buena relación con su abuelo, “El Nachito”, más cercana, cuando iban juntos a ver a Belgrano, equipo del que eran hinchas los dos, iban con las camisetas celestes. Pero, después, eso había quedado atrás, cuando “*El Nachito*” se puso mal y ya no tenía con quien ir a la cancha.

Desde que empezó a fumar marihuana y se los escondió, se juntaba en las plazas con chicos del colegio. Ya después empezó a esconderle más y más cosas, creando una distancia que ya era imposible de acortar. Sus padres tenían sus propios problemas; Agustín, su papá, quedaba en sus horas libres pegado a la Play Station, sin hablar con nadie, ni con su mamá, después con sus amigos de fútbol en el grupo de wats ap, estaba todo el día con el celular. Su mamá, con el grupo de wats ap de las madres del colegio y también en su trabajo, tenía muy poco tiempo libre. Ella estaba estresada, con él, con su vida, con sus dos hermanos menores. Sufría depresiones e iba al psicoanalista, algo que contaba con sus amigas de wats ap. Además, las presiones económicas, las cuentas, las deudas, las expensas, era todo una bola constante de preocupaciones sus padres, ya no lo entendían a él.



Al principio, la preocupación por “Nachito”, el padre de su mamá. Nachito había empeorado muchísimo cuando se murió la abuela. Había comenzado primero con la bebida y luego con problemas de alucinaciones y olvidos. Salía con chicas jóvenes que le robaban el dinero y, de tanto en tanto, explotaba su casa con algún problema como una hornalla que se olvida encendida, un colchón que se prende fuego porque se queda dormido fumando, una chica que lo denuncia por abuso sexual, problemas con los vecinos. Un choque con el auto, porque nadie le podía sacar el auto. Dos por tres, sus padres debían interrumpir sus tareas cotidianas y sus trabajos para ir al departamento de Nachito. Ello aseguraba también que no tengan tiempo para fijarse en él y sus problemas menores.

Luego, Nachito vino a vivir al departamento donde vivían ellos, pero se peleaba con todos. Tenía propensión a la bebida y mal humor y gritos. Se peleaba con su papá, a quien le decía “El Gorila”, porque, Agustín, su papá, era productor agropecuario y Nachito era peronista. Los peronistas decían que estaban en contra de “Los Gorilas”.

Nachito, cuando estaba más lúcido, le habló mucho del peronismo. Las tres banderas: a) la independencia económica b) la justicia social c) la soberanía política. Le contó la historia de Argentina, cuando jugaban al ajedrez, al lado de un reloj de mesa de pared. Cuando Nachito vino a vivir a la casa de ellos, aprovechaba para hablarle siempre de política a él y a sus hermanas, pero sus hermanas no lo escuchaban. En cambio, él sí lo escuchaba. La historia, para su abuelo, tenía dos bandos a) los Gorilas cipayos del imperialismo inglés (como su padre) b) los peronistas y nacionalistas. Entonces, él tenía que ser de Belgrano y peronista y no como el gorila de su papá, Nachito estaba todo el día en el living de la casa en pantuflas y cuando llegaba Agustín, después del trabajo, le decía “*Ahí llegó el gorilaje*” y Nachito se iba a su dormitorio.

Sebastián contaba todos los días del almanaque para que llegase el verano, vuelvan a ir a Mar del Plata, ver otra vez su tabla sobre el porta tablas del techo del coche cuando iban para la costa desde Córdoba, encontrarse con el mar. En la ruta de Córdoba a Mar del Plata, por la autopista 9, paraban todos los coches en temporada, en el peaje, y allí, en las filas del peaje, se podían reconocer, entre las filas de los coches cordobeses, a los que tenían una tabla de surf en el techo. Era como ver a sus aliados. Tan fuerte era el mensaje de alegría que irradiaban esas tablas, aún en medio del tráfico

distendido. A veces, se bajaba a ir al baño en el peaje; cuando volvía, esquivando los coches, al de su familia, veía de lejos su tabla de surf en el techo, lista para las olas. Una tabla marca “*Almeja Amarilla*”, una de las marcas de surf más representativas de Mar del Plata.

El surf era también todo para él. La calma ante esa vida llena de gritos y de quejas familiares. Quería escaparse de allí y también que terminen las clases en el colegio, el colegio no le gustaba mucho. Quería perderse en el surf y en las olas del mar para alejarse del insufrible mundo de su colegio cordobés y del no menos insufrible mundo de su familia.

Era un fastidio verlos, verlos gritar, discutir, discutir a los gritos. En los peores momentos de las crisis económicas, cuando no le alcanzaba para pagar las deudas que tenía como productor, cuando le estaban por rematar el pequeño campo, su padre también tomaba mucho y, además, comenzaba a gritar “*¡vamos a perder el campo! ¡vamos a ir a vivir a la plaza!*”.

También algunos gritos eran por la ropa. Porque, en los momentos que estaba muy borracho, sobre todo en épocas de angustia económica, la acusaba a su madre de vestirse como “una puta”. Las discusiones, a los gritos, de sus padres eran casi siempre las mismas y por los mismos temas. Su padre estaba muy agobiado con la suba de la tasa de interés, con lo difícil que era producir en el campo, con problemas laborales con los empleados de allí y con los impuestos. “*¡Está todo lleno de empleados públicos!*” decía, “*¡Nadie quiere trabajar, todos quieren prenderse del estado!*”, sino decía, “*¡Con esta tasa de interés ya no se puede trabajar!*”. La Play Station era una gran cosa, porque absorbía a su padre de sus preocupaciones y su furia. Mejor era nunca interrumpirlo si estaba pegado a la pantalla.

Sebastián se fue alejando, hablando de las cosas que entendían chicos de su edad. Ellos nunca iban a entender. Si les contaba que entró en contacto con la agrupación anarquista del surf en Mar del Plata, seguramente lo habrían disuadido. Mucho más cuando algún artículo en la prensa decía que “*Los Rebeldes de las Olas*” no era una agrupación anarquista nada más, sino también una secta. Se decía que allí se practicaban ritos esotéricos. Había una denuncia que llegó a los medios, realizada por unos mar platenses, donde se decía que alejaba a la gente de su familia y también que hacían orgías de sexo tántrico.

Era imposible que sus padres, tan alejados en sus preocupaciones

cotidianas, en el pagar las cuentas, en sobrevivir, en poder irse de vacaciones alguna vez, puedan entender eso. Tampoco iban a entender que no se sentía cómodo en el tradicional y caro Colegio cordobés que lo habían puesto. El clima que se respiraba allí era muy superficial, muy conservador. Solamente contaba los días del almanaque para el verano. No se los contó tampoco a sus problemas. No quería crearles una nueva preocupación a esos dos seres adultos de constante mal humor y preocupaciones que eran sus padres. Cuando les traía un problema, los sacaba del túnel de sus preocupaciones laborales y de jugar a la Play Station o de los grupos de wats ap, entonces ellos daban vuelta el rostro con cara de reproche y mal humor. Sus problemas eran demasiado triviales para sumar a la cuenta de sus “problemas verdaderos”.

Por ejemplo, una vez le contó a su madre que su amigo del colegio, Micky, años atrás, invitó a todos sus amigos a su cumpleaños a su campo, donde hicieron una cabalgata y caza de jabalí, pero no lo invitó a él. Su mamá, entonces, rápidamente, se sacó el tema de encima, contestó rápido y le dijo que, cuando él crezca, ya iba a tener “*verdaderos problemas*” para preocuparse, como, por ejemplo, los problemas económicos.

Ahora debía concentrarse en tratar de disfrutar la vida, que es lo único importante. Contestó de una manera que se notaba que su problema juvenil le incomodaba, que la pobre mujer ya tenía demasiados problemas sobre sus espaldas como para, encima, preocuparse por algo tan trivial como una no invitación a un cumpleaños. Y, luego, ella siguió metida en el mundo de sus preocupaciones de adulto, las preocupaciones importantes. Sebastian falsificaba el boletín en el colegio, cosa que sus padres seguramente agradecían, porque ellos reprochaban que le sume un problema a sus mal humoradas vidas cotidianas. Se sacaba algunos unos, pero les ponía un cero atrás para que se vean más presentables.

Así fue como la internet fue el lugar más lindo para escaparse. En la internet, se puede estar con un nombre falso, con una falsa identidad, donde uno ya no es responsable de toda su historia personal. En la vida cotidiana, te llaman por el nombre verdadero y el nombre está atado a todos tus fracasos, a todas tus vergüenzas, a toda la precariedad de tu existencia y de todos los problemas y griteríos de su casa. En cambio, en internet se puede ser otra persona, sin la pesada mochila de la propia biografía personal.

El surf le gustaba cada vez más, como si el mar fuera una salida a toda

esa existencia agobiante, se acercó cada vez más a entablar contactos con extraños en internet y a relacionarse con personas de distintas partes del mundo.

“*Los Rebeldes de las Olas*” le atrajeron como grupo y su mensaje político de destrucción del sistema también era lo único bueno que había escuchado.

Había conocido el grupo de entrar a la Youtube. En Youtube pudo ver los primeros videos y se enganchó. Los videos los publicaba el líder, que se hacía llamar “El Mumi” y aparecía, en esos videos, con el rostro tapado con un pasamontañas. En ese tiempo, el surf, junto con la música rock punk (una música que ya no escuchaban mucho los chicos de su edad), era todo para Sebastián, era una puerta misteriosa a una vida más profunda, más plena.

Todos los veranos que iban a Mar del Plata, él iba a surfear, conocía algunos chicos de las playa, de las temporadas allí. Su familia alquilaba una carpa en “Mar y Pesca”, donde se podía ver el faro y usaban mucho la pileta del lugar, rodeada de césped cuidado. El se alejaba de allí con su tabla “Almeja Amarilla”, para tratar de ir a surfear a otras playas con olas. Porque en Mar y Pesca más bien no había olas, sino más bien rocas, donde se forman lagunas de agua. Siempre quedaba la imagen, en el fondo de su corazón, de caminar por el borde de la orilla con la tabla bajo el brazo, para buscar unas olas. Después, durante el año, en Córdoba, trataba de evocar esos momentos para sostenerse en el tránsito de la vida cotidiana y sus preocupaciones. Cuando iba al colegio, trataba de tener siempre algo que le recuerde el surf, para poder sentirse acompañado. Sebastian tenía imágenes de olas que empapelaban y forraban su cuaderno, como la ola izquierda de Mudaka con el puerto detrás en la imagen, la ola derecha Superbank (Australia), las olas Mavericks, de California.

Cuando se enteró de “*Los Rebeldes de las Olas*”, por noticias en los medios sobre los ataques del grupo a los balnearios privados, la atracción y la curiosidad fueron instantáneas. Se sintió atraído por el mensaje anarquista del grupo, por los destrozos que hacían sobre los supermercados que vendían bolsas de nylon, las proclamas que realizaban para cuidar el mar de la contaminación con la basura en la playa, o los ataques a los balnearios privados que le quitaban terreno a las playas públicas.

La primera vez que se acercó al grupo, ocurrió en una reunión

concertada en un lugar muy extraño, a las seis de la tarde. Les dijo a sus padres que iba a ir a la playa Horizonte a surfear con unos amigos y fue para allí. Hablaba poco con ellos y estaba acostumbrado a mentirles. La reunión era un cuartel militar abandonado, situado en las afueras de la ciudad, pero lo alcanzaron hasta allá en una camioneta Kombi Transporter.

Habían puesto sillas para una especie de recinto grande, que, en otro tiempo, habría sido utilizado para conferencias a militares. El lugar estaba todo gris, por el color del cemento que recubría el piso y las paredes y, sobre los agujeros de las ventanas, se veía el pasto y, más allá, a lo lejos, el mar. Las banderas negras y verdes de "*Los Rebeldes de las Olas*" estaban puestas allí alrededor.

Vio que había muchos jóvenes de su edad, 17 años entonces tenía él y estaba lleno de jóvenes en esas sillas, posiblemente iniciados como él, posiblemente en su primera reunión, en aquel grupo que se presentaba como anarquista, pero mucho informes decían que era una secta peligrosa.

El Líder habló con ellos, le presentaron como "El Mumi", Líder de la Agrupación, pero, como pasaba con los videos, no se lo podía reconocer, porque hablaba con un pasamontañas que le cubría el rostro. "El Mumi" les habló con carisma, con fuerza, con una voz vibrante, de una sociedad que te injerta imposiciones de vivir de una forma, de renunciar a tu esencia salvaje, de consumir y de vivir para trabajar y consumir, de olvidarte de conocer tu íntima voz interior. Un ejemplo de eso es que la sociedad te inocular que nunca debes estar callado, pensativo, reflexivo, que siempre hay que correr, correr para llegar a algún lado o huir del otro. Les les dijo "Aburrimiento es el estado previo, la frontera, hacia el silencio total donde podés escucharte a vos mismo. Cuando te acercás a ese lugar, suenan todas las alarmas de la cultura para que te alejes de ahí y salgas a "divertirte".

A partir de esa reunión, se sucedieron otras y se fue dejando acercar al grupo. Dejó a una especie de novia que tenía en ese momento, una relación que vivía una fase tormentosa de discusiones permanentes sobre celos. La gente del grupo lo recibió con mucho amor, lo felicitó por la valentía de acercarse a ellos y rebelarse contra la corrupta sociedad. Lo animó a tratar de estar más tiempo con ellos.

Luego, conoció algunos rituales del grupo. No a los más importantes, como el surf nocturno, que sus padres no lo dejaban, o las meditaciones que

hacían en el mirador acantilados también por las noches. Pero sí algunos, como las salidas de surf, simplemente surfear, el ritual más importante del grupo que buscaba la conexión con el mar. Iban mucho a “Luna Roja”, una playa situada camino a Miramar. Les gustaba surfear la ola izquierda de allí, se desarrollaba sobre un fondo de arena arcillosa, desde la punta de la escollera hasta la desembocadura de un río. La desembocadura de agua dulce del río, especialmente cuando estaba muy cargada por lluvias, provocaba algunas corrientes de cuidado en la zona de rompiente, pero lo que les gustaba de esa playa es que estaba siempre vacía.

No imaginaba a dónde le iba a llevar acercarse al misterioso “Los Rebeldes de las Olas”, grupo que, según la prensa, era prácticamente una secta. Desde que se alejó tanto del mundo extraño y angustiante de sus padres, estaba lleno de angustia y soledad, en internet pudo olvidarse de sí mismo y en el surf pudo encontrar un poco de paz, pero, en cambio, dentro del grupo, había un clima de amor y comprensión y lo llevó a estar mejor. Ellos comprendían lo que era el surf para él y que, además, siempre se había sentido un extraño en la sociedad y que no quería pertenecer a ella. Pero, de todas maneras, no imaginaba el desenlace a donde iba a terminar todo eso, sino que “Los Rebeldes de las Olas” parecía algo bueno, fascinante.

Cuando El Mumi los convocó a atacar el gran evento internacional de surf, el torneo “*Almeja Amarilla Surf Pro Mar del Plata*”, pudo encontrar ecos extasiados de aprobación en todos los participantes. Las marcas de surf para ellos representaban el comercio, la esclavización de una cultura de la competencia y del éxito, todo lo contrario de lo que representaba para ellos el surf, como conexión íntima con el mar. Cuando lo convocaron, Sebastián no dudó en aceptar.

La idea de subirse a su tabla con un pasamontañas puesto, hacer una remada hasta la otra playa por el medio del mar y caer todos en banda a atacar un torneo, era sensacional. Le gustó, hasta pareció como un juego. Ellos eran soldados de la causa del mar, contra la contaminación y suciedad del capitalismo, sus campeones y su competencia constante.

Sebastián no pudo participar de los preparativos, cuando varios integrantes de “*Los Rebeldes de las Olas*” fueron la noche anterior a la Playa a enterrar armas en la arena, para realizar los destrozos que tenían planificados. Era más difícil tramitar con sus padres la autorización nocturna y

diurna, mejor pasar la noche en familia y mentirles para ejecutar el plan del día siguiente. Les dijo a sus padres que lo habían invitado a una playa de un amigo y ellos lo dejaron ir.

Pero no. No fue como un juego. No esta vez. Porque en todos los medios salieron las imágenes de los destrozos que habían hecho con el ataque al “*Almeja Amarilla Surf Pro Mar del Plata*”. No solamente habían arruinado todo lo que quedaba del torneo, que no se pudo realizar y se tuvo que suspender, sino que también estaban rotos los vidrios de los paradores, habían incendiado varios de ellos, había carpas quemadas, gente que resultó lastimada por las bombas molotov y muchos otros desmanes. Además, en el medio del caos, otra gente ajena a la agrupación, pero simpatizantes de la destrucción, se acercó en banda a la playa para saquear comida de los paradores y participar de todo el rito de la destrucción, cuando por los parlantes salía la música de punk rock de los Sex Pistols.

Los destrozos fueron mucho mayores a los esperados, así como también hubo heridos, la situación se fue de control. Y todo eso se notaba con las fotos de altura de la playa que pasaban en los medios.

Cuando Sebastián estaba arrojando una bomba molotov sobre los vidrios de la paqueta confitería del parador, bomba hecha con una botella de cerveza Quilmes llena de alcohol de farmacia y cerrada con una gaza tipo mecha (bomba que habían dejado enterrada en la arena la noche anterior), lo enfocó la cámara de un periodista en plena acción. Y su propio rostro luego se hizo público en todos los medios cuando la policía montada, al entrar al balneario, pudo rodearlo y llevarlo detenido.

En los días siguientes, fue monumental el despliegue de cobertura mediática. Un festival de la indignación ante los hechos, pero, con una particularidad, él mismo, Sebastián, era el único de los organizadores que estaba detenido. Su propia cara, inconfundible por sus rizos oscuros, su tez blanca y sus pecas, estaba en todos los medios y era el blanco de todo el repudio popular a la violencia.

Un periodista, de traje, con bigote, en un programa de cable, se ensañó con ellos.

-Hay que temer presos a estos chiquilines -decía a la cámara el periodista del noticiero- Tienen que aprender a respetar y a ser responsables.

Dentro del despliegue de las muestras de repudio generalizadas, ellos también habían recibido la condena de los surfistas más importantes del país.

Entrevistado sobre la arena de Playa Grande, con los destrozos de los paradores a la vista, un surfista internacional decía:

-La violencia no tiene nada que ver con el surf. El surf es buena vibra.

Otro surfista, en un reportaje que le hacían con micrófono, decía, sobre la playa de fondo, con olas detrás, quemado, con el cuerpo trabajado por las olas y el ejercicio:

-Esto no es surf. Estos nenes que vinieron a destruir la alegría de las olas, no aman el surf de verdad. El surf tiene otra filosofía, nada que ver con la violencia y la política. Para nosotros, los que amamos el surf, el torneo de surf es algo de mucho trabajo y es nuestra cultura, nuestra forma de vivir. Realmente, no entiendo qué tienen en la cabeza los que destruyeron toda la playa, pero esto no es surf. El surf es amar el mar, divertirse, relajarte, no destruir y agredir al otro.

Además, con el pasar de las semanas, nuevos periodistas, en medios nacionales, se hacían eco de lo sucedido y pedían pena de cárcel perpetua para los anarquistas.

-Estos chicos no son unas víctimas de la sociedad, estos chicos son delincuentes. Tienen que ir a la cárcel y, además, que sus papis paguen todos los daños económicos que causaron con sus estragos

Decía un periodista, mientras que la cámara pasaba por la orilla de “Playa Grande” y mostraba los destrozos de las carpas quemadas, las paredes de los paradores pintadas con graffitis anarquistas, los vidrios rotos de las ventanas de los paradores, las banderas rotas con hachas que estaban tiradas sobre el piso y, debajo del zócalo, decía *“Desmanes en Mar dle Plata. Manifestación de surfistas anarquistas contra el torneo mundial de surf”*. Otro zócalo en un medio periodístico decía *“Papelón argentino: suspenden torneo mundial de surf por la violencia grupos de manifestantes”*.

Las críticas también caían sobre el comisario de la jurisdicción del torneo, Flavio Napolitano, por su reacción lenta a los hechos. Se criticaba la falta de una represión enérgica. Muchos periodistas, enardecidos, preguntaban en los medios nacionales por qué no se les podía poner nunca límites en



Argentina a los grupos de revoltosos.

Pero la cosa había llegado demasiado lejos. Ver a su madre llorando por lo que le había pasado hizo recapacitar a Sebastián. Lo idiota que él había sido. En los últimos años, su madre se había convertido en un ser adulto con el cual intercambiaba conversaciones rápidas y cortantes sobre cuestiones utilitarias -qué iba a comer esa noche, a qué hora se bañaba él, si venía con ellos a la salida, a qué hora venían sus amigos, etc.- qué compartía una casa y nada más.

Era un ser alejado su madre. No la conocía tanto como conocía a seres de internet. En internet, la gente abre las puertas y se comunica de forma más íntima, pero en la vida cotidiana, con su madre discutía cosas como los papeles tirados en el piso, el desorden de la habitación, la hora para bañarse y nada más. Ahora, al verla llorando, volvió a conocer que aquel ser alejado y adulto, que no entendía nada de sus códigos, era su madre. Estaba llorando mucho cuando lo detuvieron. Sebastián fue el único pobre idiota que la policía logró atrapar el día del ataque al “*Almeja Amarilla Surf Pro Mar del Plata*”. Demasiado dormido para escapar de aquel despelote.

Y esta vez fue demasiado lejos. No era nada más una travesura infantil, como cuando le pusieron amonestaciones en el colegio por pelearse en el patio del recreo. No, esto sí que era diferente.

Sebastián estuvo unos días detenido en la alcaldía de una comisaria, la que tenía jurisdicción allí. Durmió sobre un colchón delgado, húmedo, probablemente con pulgas. Flavio Napolitano, el comisario, adoptó medidas para protegerlo, lo puso en un calabozo especial, sin nadie. Lejos de otros reclusos. Así estaba, cuando el abogado que contrataron sus padres pidió que lo liberen. Su padre, en medio de las penas por eso, también sufrió los honorarios del abogado penalista que contrataron de apuro en Mar del Plata, les cobró quince mil dólares por intervenir en el expediente.

Las peores vacaciones del mundo, escaparon de los despioles laborales, matrimoniales y económicos de Córdoba, para estar en Mar del Plata y acá se encontraron con algo mucho peor. Sus dos hermanas también lloraban. En el escrito que presentó el abogado pidieron que lo liberen, pero no funcionó.

La presión mediática era muy intensa. En todos los medios había fotos de los destrozos, de la violencia, los periodistas que insultaban siempre por la

falta de ley. El fiscal pidió que lo encierren en un Instituto de Menores, el Defensor de Menores pidió que lo liberen, los periodistas pidieron en los diarios que lo encierren y que no salga nunca más en su vida y que pague el costo del encierro con su propio trabajo, “*el papelón argentino*” de la suspensión de la competencia mundial de surf.

Finalmente, en medio del enardecido clima de críticas mediáticas, el juez ordenó el traslado hacia un Instituto de Menores de Alta Seguridad. Entonces, cuando le dieron la noticia, fue una noticia abstracta. Leer el papel con la resolución judicial en la comisaria, con su madre y sus dos hermanas llorando. Leer un papel judicial con una resolución de un juez, sentados sobre los asientos de una comisaria de Mar del Plata, en familia, como quien lee, en familia, un diagnóstico médico aterrador. Sin embargo, en ese momento, no supo todavía lo que aquello significaba.

Lo supo, al ver por la ventanilla del coche de policía, que se abría el pesado portón de madera que daba inicio al Instituto de Menores de Alta Seguridad “Santa Clara”. También vio los murales que distintos artistas callejeros de Mar del Plata habían pintado sobre las murallas blancas del reformatorio. Los muros del reformatorio estaban revestidos, de forma externa, de murales coloridos. Murales de olas, gaviotas, amaneceres y playas pintadas sobre las paredes. Lindos murales, pero que muy mal podían disimular la realidad cruda que se vivía puertas adentro.

Esta institución había sido muy criticada por organismos de derechos humanos, por supuesta aplicación de procedimiento de tortura a los menores que estaban allí, alimentación inhumana, además de inadecuada protección de los reclusos de otros reclusos más agresivos. Se decía que las prácticas que ocurrían allí violaban no se qué Tratados Internacionales de Derechos Humanos, Derechos del Niño. Esas cosas que hablan los adultos siempre y que él, a sus quince años, pensaba que eran pura mentira, como casi todo el mundo de los adultos.

Cuando le dijeron que iban a trasladarlo allí, miró las noticias en el internet desde su celular y pudo enterarse de hechos espeluznantes.

*“Motín en el Instituto de Menores de Alta Seguridad Santa Clara”*

*“Tomaron de rehenes a los celadores y al personal”*

*“Otro adolescente murió en el Instituto Santa Clara por el incendio*

*provocado por la quema de colchones”.*

*“Motín generalizado en el Instituto Santa Clara. Incendiaron el automóvil de uno de los guardias y embistieron el portón principal con una camioneta del servicio penitenciario bonaerense”*

*“Las torturas y violaciones de Derechos Humanos son reiteradas en el Instituto Santa Clara. Los jóvenes son imposibilitados de realizar denuncias por la situación de violencia en la que se encuentran”*

Eran noticias que se podían ver en los titulares de diarios en internet como referencias sobre aquel lugar sombrío a donde él ahora ingresaba. Todo por culpa de una tarde de destrucción en una playa, una manifestación anarquista contra el “Almeja Amarilla Surf Pro Mar del Plata”, algo que parecía divertido. Apenas una remada sobre tablas de surf que empezó a las 7 de la mañana, sobre el azul del mar, unas bravatas motivadores del líder “Mumi” que los instigó en la noche anterior. Extrañamente, El Mumi, el principal responsable de la pesadilla, no había sido apresado, ni descubierto por los policías.

Como quiera que sea, parecía muy exagerada la medida de encerrarlo allí dentro por esos hechos. Ya era tarde, o se había despertado del largo sueño que significó acercarse a ese grupo misterioso y dejarse llevar por ellos. O el problema empezó mucho antes, cuando dejó de hablar con sus padres (a los que comenzó a ver como seres que no entendían nada de su mundo de adolescente digital).

El Instituto de Menores de Máxima Seguridad de Santa Clara también era conocido por su más famoso ex convicto: “El Panduro”, una leyenda del rap free style, que ya se había destacado con un digno segundo puesto en la Freestyle Master Series de Argentina y que era un ex- recluso del Santa Clara. “El Panduro” tenía, según había leído de los críticos, un buen flow, pero, sobre todo, era letal con sus “punchlines”, donde demolía a sus adversarios con alusiones tumberas acerca de lo mal que ellos la pasarían si visitaban el Santa Clara.

Haría ya unos cuantos años que “El Panduro” salió de Santa Clara y comenzó su carrera artística, pero ahora era su carrera tan amplia que el mismo Sebastián lo conocía. Y, ahora, cuando Sebastián entraba al mítico y tenebroso Instituto de Menores, pudo recordar también algunas rimas del

rapero que versaban sobre su paso por allí.

El “Santa Clara”, de acuerdo a las canciones, era horrible para vivir, pero, de acuerdo a la realidad, era todavía mucho peor.

Dos celadores lo acompañaron hasta un pabellón destruido. El olor penetrante a orín lo invadía todo. Para darle la bienvenida, había muchas cucarachas que caminaban por el techo y las paredes y que, alertadas por la presencia suya y del celador, corrían a la búsqueda de un escondite. Ellos caminaban por el pasillo de ese pabellón y las cucarachas corrían por las paredes a esconderse dentro de las grietas de la pintura descascarada y de los agujeros que provocaban las manchas de humedad y goteras. Así, entre olor a orín fuertísimo y cucarachas, se acercaban al terrible momento en que le iban a designar una celda e iba a conocer a sus compañeros.

Al entrar, el espectáculo de la celda provocó tanto terror que no podía sentir asco ya, a pesar de que el olor era inmundado. Todos los que estaban adentro lo miraron. Había uno que tenía equipo de radio, pero las instalaciones eléctricas eran con cables a la vista, desprolijos, que cruzaban por encima del techo. Más al fondo, la letrina, cuya puerta la habían arrancado, así que estaba a la vista desde las camas.

Como estaba sobresaturado el espacio, no le dieron una cama, sino un colchón tirado en el piso, con una única frazada para taparse, que iba a ser insuficiente. El olor que venía de la letrina era importante, todo lo cubría, pero de todas maneras no se quejaba de ello, sino de las caras de todos los que estaban ahí. Desde que lo vieron entrar, lo miraron todos y, ahora, cinco minutos después, todavía ninguno de ellos le sacaba la vista de encima.

Le explicó el celador que en su celda iba a ver chicos que estaban cursando la secundaria, su mismo nivel educativo. Había otras celdas en ese pabellón con chicos que no sabían leer ni escribir, chicos de pobreza extrema tan abandonados por la vida que ni siquiera nadie los había ayudado a terminar la primaria. Pero eran distintos en su lenguaje, en sus modos y en su vestimenta. Estos, al tener algunos años cursados de la secundaria, era porque recibieron algún tipo de apoyo en sus vidas. No eran chicos de la calle y eso se notaba, le dijo. Eran más cuidadosos en su forma de vestirse y de hablar, le insistió el celador.

-Mañana a las ocho pasamos por acá de vuelta para despertarnos. Nos

tenés que decir en qué talleres educativos te vas a anotar, hay pintura, fútbol, cultivo de una huerta, panadería, taller de rap tipo free style, literatura y gimnasio...

Le dijo el celador, antes de cerrar con candado la puerta de hierro de la celda. Luego, un instante después, volvió a entrar.

-Ah, una cosa más. En el gimnasio hay un toro mecánico que es una tabla de surf. No es lo mismo que surfear, pero es lo que hay.

Dijo y, en ese momento, todos en la celda se rieron. Por la forma en que se rieron, Sebastián dedujo que todos allí sabían perfectamente por qué había caído a ese lugar. No era para menos, su cara estuvo en los medios nacionales, el único tipo que habían atrapado de la manifestación anarquista en la playa contra el *“Almeja Amarilla Surf Pro Mar del Plata”*.

Luego de eso, el celador cerró de nuevo la puerta de la celda. Se escuchó el ruido del hierro del candado luego en la puerta del ingreso al pabellón. Esos ruidos de puertas, ruidos de candados, se escuchaban durante toda la noche, de gente que entraba y salía, por misteriosos motivos había mucho movimiento. El no saludó a los otros internos que estaban en esa celda y que lo miraban.

Entonces encontró en el colchón un elemento cortante. Era una faca. Un arma. Uno de los chicos que estaba en la celda se dio cuenta de que la tenía en la mano y le habló.

-Te podés cubrir con la frazada. Ahí tenés para defenderte.

Cuando salieron al patio, se producía el ritual. Debía pelear con esa faca. A todos los nuevos les tocaba la pelea inaugural.

-No es obligatorio pelear. La ranchada te va a respetar igual si sos buena gente. Pero si no peleas, tenés que lavar el baño.

El baño estaba ya tapado por el olor que había allí. Se notaba que ninguno de ellos lo lavaba hacía rato. Además, no solamente los de su celda, sino todo el pabellón sabía del desafío. Aceptar lavar el baño a cambio de no pelear no parecía un trato promisorio sobre lo que iban a ser sus próximos días allí. Entonces, salió al patio con la faca en la mano y vio que el otro, el local, tenía una faca también, pero era una faca cinco o seis veces más grande. Una pelea injusta, pero los de la ranchada (así le llamaban a los que

controlaban no solamente esa celda, sino todo el pabellón), se podían jactar que le habían prestado un arma para que se defiende.

Sebastián no tenía la más mínima noción de cómo pelear con el instrumento. Intentó propinarle un amague y golpearlo, pero fracasó el intento. No solamente el otro tenía una faca con mucha más distancia porque era más larga, sino que también su brazo lo era porque era más alto. El que peleaba era un chico alto, de unos dieciséis años aproximadamente, peleaba con una gorrita para atrás de la NBA roja, puesta en señal de canchero. Sonreía y le decía:

-No te quiero lastimar, porque sos nuevo.

Y todos los que miraban la pelea festejaban con risas el chiste. Por unos dos o tres minutos se midieron y se tiraron lances, sin heridas fuertes para ninguno, pero el retador se reía de sus intentos y otros que presenciaban la pelea, parecían festejarle eso. Cuando se le vino encima no lo pudo parar con la frazada, no sabía cómo hacerlo, trató de darle un codazo, pero el otro le pegó un puntazo profundo en el estómago. Los guardias vinieron y separaron.

Lo llevaron a la enfermería del Instituto Santa Clara. Las heridas eran tan graves que lo trasladaron al Hospital de Mar del Plata, le pusieron suero y desinfectantes con antibióticos. El peligro era que se infecte, pero a la semana salió bien de allí y lo llevaron de nuevo a Santa Clara. Otra vez, desde varios metros antes de llegar, vio los murallones del reformatorio pintados con murales por artistas callejeros. Murales que expresaban toda la tristeza y desolación que puede tener la vida. Acercarse hacia ellos era vivenciar un momento terrorífico. Pero esta vez, algo era distinto. El coche de policía que lo trasladaba no podía ingresar.

El Mumi, el famoso líder de “Los Rebeldes de las Olas”, convocó una manifestación para los alrededores del Instituto Santa Clara. El video, como siempre lo hacía con las proclamas, se publicó en Youtube, pero esta vez había decenas de millones de vistas. Las heridas que sufrió Sebastián conmovieron a la opinión pública y esta vez los anarquistas no estaban solos, sino que otros grupos se sumaron y estaban allí por decenas de miles. Era muy difícil entrar y culpaban a Napolitano, el comisario de la zona. Tuvieron que llevar carros hidratantes y la policía montada para poder para alejar a la gente del trayecto hacia el Instituto Santa Clara.

Las heridas de Sebastián llegaron a los medios masivos. Cayó una inspección de un juzgado federal al reformatorio, donde ordenaron mejorar las instalaciones y las condiciones de detención y la comida. También, hubo sumarios a personal penitenciario. Adentro, cuando entró por los pasillos, algunos internos lo saludaban “*vamos el loco anarquista*” dijo uno detrás de la ventanilla de las rejas. No imaginó que llegaba como una celebridad, pero así era. A tal punto celebraban su fama que el retador que lo lastimó con la faca, recibió una golpiza interna de parte de la ranchada del pabellón.

Afuera del Instituto, la gente no se calmaba. Había decenas de miles de personas, habían levantado carpas allí para no irse ni durante la noche de las afueras del reformatorio, gritaban y pedían por la liberación del pibe. “El Mumi”, en un nuevo video, que contaba ya más de seis millones de reproducciones, había convocado a “Rebeldes de las Olas”, o seguidores de la agrupación anarquista, de todas las provincias y de los países limítrofes y de todo el mundo, a que vengan a Mar del Plata a solidarizarse con el “preso político” hasta una fecha límite.

Si no soltaban al pibe, había convocado a que todos los “*Rebeldes de las Olas*” de todo el mundo vengan a romper todos los Balnearios privados de Mar del Plata en una noche que sería masiva y, así, liberarían para siempre todas las arenas de las playas,

*“Aunque nos encierren a todos en El Santa Clara, o en donde sea, no va a quedar nada de ningún balneario privado y las playas van a ser públicas y de todos”.*

Pero, aunque afuera las protestas eran importantes, dentro de los muros de aquel legendario Instituto de Menores de Alta Seguridad de Mar del Plata, su realidad no era distinta. Había que volver allí y, como su prisión era preventiva, era incierto saber si lo iban a liberar.

De todas maneras, esta vez lo trasladaron a un pabellón distinto que era mucho más seguro. Era el pabellón a donde iban los menores sin antecedentes penales que terminaban allí por estar dentro de familias conflictivas y otros que, a pesar de tener antecedentes, podían pagar para estar allí y recibir protección. El jefe del pabellón era un interno que le decían “Sandokan”, que superaba hace rato los veinte largos, pero, a pesar de ser adulto, seguía encerrado dentro del Instituto de Menores, porque tenía mucho ascendiente en la prisión y le servía a los celadores para mantener el orden. De hecho, a lo

largo de todas las celdas del pabellón que controlaba Sandokan, era garantizado que no iba a recibir ninguna otra agresión y estaban prohibidas todas las armas tumberas, pero prohibidas de verdad. Allí nadie se atrevía a molestar a nadie ni violar las normas, porque hacerlo era como fastidiar al mismo Sandokan.

Las celdas en este pabellón eran mejores. Apenas ingresó, no lo recibió el fuerte olor a orín y excrementos de baños rotos que había en el otro pabellón, sino el perfume de la pintura nueva. Todas las celdas de allí tenían heladera, mesa, estante para guardar libros y baños limpios. Dentro del pabellón, las paredes no tenían la pintura destartada, sino que estaban recién pintadas y relucientes. Los mismos reclusos estaban en mejores condiciones de ropa y de higiene.

Las autoridades del penal usaban ese pabellón para mostrarles una cara más linda del Santa Clara a los estudiantes que, frecuentemente, venían a visitar al reformatorio. Eran estudiantes universitarios de carreras como cine, periodismo, psicología y derecho. Los estudiantes habían filmado allí también reportajes e incluso algunos pequeños documentales de la vida interna. Entonces, como iban a filmar en esos pasillos estaba previsto, todo estaba limpio y reluciente. En esos documentales, las autoridades del Instituto Santa Clara se mostraban a las cámaras junto a internos, compartiendo un mate con la misma bombilla, en una imagen de camaradería fraternal, para exhibir que no había violencia entre ellos. La imagen, por supuesto, contrastaba con las miserables condiciones de torturas, hacinamiento y violencia que reinaban en los otros pabellones del Santa Clara, a donde jamás iban los estudiantes y mucho menos con filmadoras.

El estado del pabellón premium de inmediato causó sorpresa en Sebastián. Había sobre el pasillo del pabellón, algo inusual, unos estantes con libros, con títulos de Foucault, Bourdieu, Deleuze, Chomsky, Zaffaroni, entre otros. Eran autores que mostraban una mirada cuestionadora sobre la cárcel y la violencia del derecho penal. Por lo general, los estudiantes de cine o de derecho que pasaban por allí, veían con buenos ojos esos libros y pasaban un inventario de sus títulos. Era el pabellón que todos querían, el que manejaba Sandokan, donde, además, se utilizaba para las fotos que se usaban para el periódico que emitía el Instituto Santa Clara, un periódico que preparaban algunos internos de aquel pabellón. Las fotos mostraban un lujo que contrastaba muchísimo con el resto del reformatorio.



En la celda que le tocó, estaba con uno que había caído por drogas y prendía velas a “*San la Muerte*”. Cuando venían los estudiantes, entre otras cosas que se cambiaban para dar mejor aspecto, escondían la estatuilla de San La Muerte y las velas, porque Sandokan decía que podría causar una mala impresión. Los reclusos eran amables y procuraban evitar todos los conflictos, ya que, en un conflicto con otro recluso, podría llevarlos a ser trasladados a otro de los pabellones del Santa Clara. Los otros pabellones podrían ser un infierno y los internos lo sabían muy bien. Era realmente cinco estrellas si se lo comparaba con los otros espacios del Santa Clara. El tipo de imagen que la institución y su director podría brindar a la sociedad en los reportajes y documentales o entrevistas que se realizaban y filmaban. No había mal olor, ni insectos, ni gente sin cama que dormía en un colchón en el piso, ni cables pelados que bordeaban sobre los techos.

Pocas horas después, tuvo una visita que le explicó el motivo del traslado hacia el pabellón de mayor confort y protección de Santa Clara. Era el comisario Flavio Napolitano. Un tipo que, desde que lo conoció, siempre se mostró muy comprensivo con su situación. Ese mismo tipo que, cuando estuvo detenido en la comisaria, le había dicho que trataba de hacer todo lo posible por él, pero que dependía del fiscal y del juez.

Apenas lo vio, se sonrió con gesto amistoso. Su primera pregunta delataba que fue el mismo Napolitano el que logró que lo trasladen al pabellón más seguro de Santa Clara.

-¿Estás mejor ahora acá? ¿Te tratan bien?

Por ser el mismo Napolitano el que pidió la visita, no fueron a la sala común de visitas donde iban todos los demás, sino a una oficina interna del reformatorio. Había un cuadro grande con una foto del gobernador de la Provincia de Buenos Aires que tomaba un mate junto con gente que parecía de origen muy humilde y el eslogan decía “*Nosotros hacemos*”. Al ver el cuadro, Sebastián pensó en todos esos spots publicitarios de políticos tomando mate en las cámaras, siempre rodeados de gente humilde y con cero aprensión por compartir la saliva mediante las bombillas. Los políticos, en las fotos, estaban usualmente jugando al fútbol en potreros humildes, caminando por zonas humildes con un mate en la mano y botas, o, sino, sentados hablando en casas humildes con un mate en la mano. Nada más común que una foto de un político con un mate en la mano.

El comisario Flavio Napolitano, sentado sobre el escritorio de aquella oficina, una oficina inmensamente elegante, con un ventanal que era más alto que los muros -todos con graffitis de los internos del lado de adentro y murales de artistas callejeros del lado de afuera- del Instituto de Menores Santa Clara y permitía, a lo lejos, ver la inmensidad del mar, se lo veía tranquilo y pacífico. Le transmitía una confianza paternal. Pero a Sebastián le costaba escucharlo. Le parecía tan irreal como la foto del Gobernador de la Provincia de Buenos Aires con el mate en la mano. Le parecía mucho mejor perder la vista muy lejos de allí, buscar, en la ventana, los colores azules lejanos del mar. Napolitano hablaba de que él también era padre, que él había hablado con sus padres, que estaba muy preocupado con todo lo que había pasado. Se victimizaba de todas las dificultades que tenía en su rol de comisario.

-Estos pibes, los anarquistas del surf, ustedes, entiendo porque yo también fui joven, pero sabés todas las presiones que recibo yo. ¿Sabés todo lo que me costó a mi tener esta comisaria? Me llaman de los medios, me llama el Ministro de Seguridad de la Provincia de Buenos Aires, sabés todas las presiones que es ser comisario con el lío este. Yo lo que quiero es que a ustedes no les pase nada, que no se lastimen. ¿Será posible que tenían que hacer tanto quilombo?

-No era la intención. Pensábamos en una protesta pacífica, pero hubo gente que se sumó y se fue todo de las manos.

-Pero ya sé, querido, si ustedes son buenos chicos. Vos no tenés que estar acá. Tus viejos están deshechos, un pibe como vos, de buena familia, acá dentro. Es como ver a un pibe mio, es otra cosa. Esto es para los chorros. Cuando me dijeron que estos negros te lastimaron yo me quería morir.

-¿Sabés cuando me van a sacar?

-Ahora, inmediatamente. Está metido el gobernador en esto. Te llega a pasar algo y sabés el quilombo que voy a tener yo. O sea, hablé con el pelotudo del fiscal y le dije que el gobernador en persona pide que se deje de boludeces con esto. Ya pasó, una probation y listo.

-¿Una probation? El abogado me había dicho algo. ¿Qué es eso?

-Como que hacés una pelotudez a favor de la sociedad y te perdonan la pena. Por ejemplo, eso que hacen ustedes mucho. Juntar los papelitos de las

playas para que estén más limpios. Ofrecete para unas tardes que vas a ir a levantar los palitos de helados tirados en de las playas y salí de acá, esto no es para vos, podrías ser mi hijo, vos sos de buena familia.

-Con eso ya salgo.

-Sí, ya salís. No se puede aguantar este quilombo en los medios nacionales. Toda la gente que hay afuera pidiendo tu libertad. Vinieron periodistas de otros países. Ya hablé con el pelotudo del fiscal, un pibe joven pero uno pelotudo nuevo, le dije que está el gobernador detrás de esto y que no podemos aguantar más este quilombo en los medios. Me dijo que esta semana arreglan todo y ya estás afuera. Eso sí, te pido por favor que no vuelvan a hacer un lío así. Los canas recibimos muchas presiones. Nos putean de todos lados querido.

El Rulero le llamaban los taxistas al edificio. Es una torre ubicada al principio de la Avenida 9 de Julio, ciudad de Buenos Aires, justo en la intersección donde choca con Libertador. Tiene la forma de un cilindro y las ventanas espejadas de las oficinas hacen pensar en un rulo. Muchas de ellas logran una espectacular vista al Río de la Plata. El río más ancho del mundo, - cuando el viento es fuerte, puede llegar a juntar olas, incluso altas y de espuma blanca-. Como sea, el paisaje es cómodo para los abogados que tienen oficinas allí. La mayoría de ellos, abogados de grandes empresas.

El Dr. Rosatti venía en su auto BMW X6 -color metalizado flamante-, por la autopista. Había tráfico a las 10:30 de la mañana y bordeaban la villa 31 bis. Las casas de la villa eran ya edificaciones que superaban, en algunos casos, los cuatro pisos. En sus fachadas, a metros de la autopista, abundaban las escaleras caracol que conducían a las habitaciones superiores. Había banderas colgadas de cuadros de fútbol y también antenas de Direct Tv. Metros más adelante, el tráfico se despejó, y Rosatti presionó el pedal: una sensación a nave espacial se sintió inmediatamente. El pique turbo era lo que más le gustaba de ese carro. Levantaba de 0 a 100 kilómetros por hora en apenas 4 segundos. Al doblar por la 9 de Julio hacia El Rulero, Rosatti hizo un rebaje a la tercera con la caja de cambios automática. Hacía dos años que había comprado el auto. Manejarlo era una de las cosas que más disfrutaba de la vida.

Ahora, además, manejaba apurado. En pocos minutos tendría una reunión decisiva en su estudio jurídico: Achaval, Rosatti & Torino Abogados. Era una de las firmas de Abogados más prestigiosas del país. Rosatti era uno de los socios principales del Estudio, porque su nombre estaba en la razón social. Había otros socios que no tenían el nombre en la razón social, pero los más importantes sí lo tenían. Al ser penalista, no participaba de los negocios más importantes de la firma, pero su mérito radicaba en haber traído clientes muy acaudalados. La mayoría de ellos colombianos y mexicanos millonarios que estaban creando emprendimientos inmobiliarios y otras empresas en Argentina.

En las últimas semanas Achaval, Rosatti & Torino Abogados estaba viviendo una crisis que podía determinar que el estudio se desintegre para siempre. Era un destino que había sufrido otros mega estudios de la Argentina.

Los socios se separan, se traicionan. Se llevan los clientes para poder maximizar sus ganancias. Algunos salen ganando, otros quedan en la ruina.

Por algunas diferencias en el reparto de las utilidades que dejaban los asuntos, la separación era inminente. El Dr. Torino no había compartido la totalidad de la ganancia que dejó un asunto, escudándose en que fue él quien lo trajo. Eso estaba corroyendo la confianza como una mecha de pólvora. Salvo que se pueda llegar a un acuerdo, de momento lo esperable era que la firma se dividiera y todos peleen por mantener “sus” clientes.

Habían quedado en reunirse a las 12:00 los principales socios con una Mediadora, Experta en Resolución de Conflictos. La habían contratado para tratar de solucionar el entuerto.

En la recepción, una mujer de mal humor, teñida de rubio y con anteojos, seguramente con mal humor por recibir un sueldo miserable en una oficina llena de millonarios, abruptamente mudó su rostro a una sonrisa cuando lo vio, al abrirse las puertas de los ascensores.

-Dr. Rosatti...¿Cómo le va?

-Muy bien Fernanda. Muchas gracias. ¿Ya llegaron todos?

-No todavía dr.

Rosatti miró su celular. Eran las 11:30 de la mañana. Había llegado media hora temprano a la reunión. Era una reunión a la que no podía darse el gusto de llegar tarde bajo ningún punto de vista. Lo cierto es que cuarenta minutos temprano estaba allí. Mientras disfrutaba el café cortado en la sala de reuniones, trataba de perder su vista en el ventanal.

El Río de la Plata estaba tranquilo esa mañana. Se veían unos barcos veleros deportivos en la zona de los canales. Había llegado muy temprano a la reunión y todavía Rosatti tenía para un rato.

Con la inflación descontrolada de los últimos meses, la 9 de Julio dos por tres estaba cortada por reclamos sindicales que exigían nuevos aumentos. Un día eran los empleados bancarios. Carteles grandes del sindicato de bancarios y sentada de empleados de banco vestidos de traje en la calle Alem. Otro día eran empleados de la municipalidad, esta vez querían otro aumento o bono. Las pancartas tenía la cara de Ernesto Guevara Lynch, alias el Che Guevara. Otro día, eran los taxistas que buscaban que se apruebe una suba de

la ficha. Otra vez, un grupo de feministas, ellas querían el aborto libre y gratuito en los hospitales públicos.

Esas manifestaciones le servían al Dr. Rosatti para explicar sus horarios a su esposa. Toda su vida había transcurrido como la de un individuo gris, de esos que nadie tiene muy en cuenta y pasan desapercibidos. Pero, desde que dio el salto y se convirtió en socio del estudio, su situación económica, social y sentimental tuvo un giro. Ahora tenía tres amantes distintas, que reclamaban su atención siempre y, para esos casos, servían las explicaciones basadas en las demoras, en las protestas.

En los últimos meses, la inflación se había acelerado. Ello trajo, a su vez, como si fuera una calesita de juguete con una pila nueva, una aceleración de la frecuencia de las protestas. Por lo tanto, era muy difícil calcular el horario, dado lo impredecible que estaba el tráfico si no había una manifestación. La única manera era calcular el tiempo de la protesta. Si no había un corte, entonces se llegaba temprano.

Y eso le pasó a Rosatti que tuvo que ver llegar, uno a uno, a los otros abogados que iban a participar de la reunión. La primera en llegar fue la Mediadora que se pidió también un café. La mujer era abogada y “Coach Ontológico”, con un diplomado en resolución de conflictos. Tras ella, llegó Lisandro Torino, un joven y ambicioso abogado, del tipo “corporate”, con un diplomado en Derecho Empresarial y experto en mercado de capitales.

Torino era quien había traído a Rosatti al Estudio de Abogados. No tenían hasta entonces un penalista, pero, sobre todo, Rosatti fue bien recibido por los clientes que aportó. Inversores y empresarios mexicanos y colombianos que llegaron a participar en muchas de las operaciones importantes del estudio ya que contaban con fuerte liquidez.

Torino llegó escoltado por la Dra. Donatti, quien también era socia del estudio, pero que no llevaba su apellido en la firma por no ser socia fundadora. En la batalla que venía, Donatti era del bando de Torino. Luego, fueron llegando los otros socios. Se saludaban entre sí con nerviosismo y gestos de compromiso. Evidenciaban el malestar que tenían unos con otros. Al final llegó el Dr. Achaval, un abogado más callado, más calmo, que lideraba el otro bando.

La reunión empezó tranquila. Hubo un tiempo para que se pregunten por

el fin de semana y por los chicos. Luego, se fueron acercando al tema principal. La inminente separación de los integrantes del estudio Achaval & Torino y Asociados y, sobre todo, quién se iba a quedar con qué clientes en tal nueva situación.

El temor era una pelea generalizada, donde todos los antiguos socios se lancen sobre los clientes corporativos del estudio tirándola barro cada uno a los demás. Iba a ser una pelea sangrienta por mantener a cada uno de los clientes. Para evitar eso, había que llegar a un arreglo pacífico y celebrarlo con la Mediadora. Ella, una mujer que nunca había litigado y que no tenía ni la más remota idea de lo que era dirigir una gran firma de abogados, trataba de abordar el conflicto con metáforas de tipo psicológicas. Dos por tres tiraba preguntas como “*¿Y usted cómo se sintió con eso?*”.

Rosatti perdía la paciencia, pero se guardaba la bronca para sus adentros. “*¡Esto no es un divorcio! ¡Esto es plata! ¡Nada más que plata!*”. A pesar de ello, tenía una autoridad allí que le daba su rol y no podía desautorizarse así nomás su intervención. Decía:

-Hagamos un ejercicio. Olvidemos un poco quién tiene razón y pensemos cómo se sintió cada uno.

El punto principal de la discordia era quién se iba a llevar la marca del estudio y el nombre del dominio web. Los socios presuponían que, quien se quedaba con la página web y las direcciones de correo electrónicas del estudio, iba a quedarse finalmente con todos los clientes. Además, había un tema muy importante a tener en cuenta. Durante muchísimos años, le explicaba Lisandro a la mediadora, ellos se habían roto el lomo para lograr que el nombre del estudio clasifique dentro de los rankings internacionales que elaboraban ciertas revistas de abogados extranjeras. Eso les permitía puntuar con una escala estándar. Gracias a ese logro crucial, entonces empresas multinacionales podían contratarlos como proveedores. “Lo más importante de todo es estar en la revista”.

-Una empresa multinacional no puede contratar al estudio jurídico del Dr. Péndulo, porque tienen políticas internas de compliance. Deben contratar a los estudios que rankean en esas revistas norteamericanas, que son dos o tres revistas, y que indican el prestigio de todos los estudios de abogados y de todos los abogados de todos los países del mundo. El estudio que no aparece en la revista es como si no tuviera matrícula profesional a los ojos de las

grandes empresas que mueven los grandes capitales.

Explicaba. Rosatti era penalista y supervisaba sobre todo los aspectos impositivos penales, pero las operaciones más importantes eran las de M&A (Fusiones y Adquisiciones). Para eso, había que llegar a esos grandes grupos que compraban otras empresas. Los estudios jurídicos que estaban afuera de esas revistas no podían siquiera competir por clientes corporativos internacionales. Por lo tanto, aquel socio que se quedare con el nombre de la firma, y con la página web, iba a ser quien iba a capitalizar todo eso, porque era el nombre el que estaba en la dichosa revista. Y el Dr. Achaval, presente en la reunión, argumentaba que era su propio nombre y que lo iba a seguir usando por mucho que a los otros no les guste.

Lisandro interrumpió la discusión y lanzó su propia teoría sobre la base del conflicto.

-Acá el que tiene que estar sentado es Ivan –miró a la mediadora- A Ivan yo le digo el Mullah Ivan.

Se refería al Dr. Ivan Ramos Mejia. La mediadora lo miró interesada.

-¿Por qué El Mullah?

-Porque es el Mullah. Es como esos sacerdotes islámicos tan buenos y tan puros, siempre hablando del bien y de Dios. Pero luego estalla una bomba en otro lugar. Ivan le calienta las orejas de otros y los otros son los que vienen y se inmolan.

-Miralo que bien a Lisandro. Intolerancia con las religiones. Falta decir que es antisemita y racista, nos hizo perder clientes.

-De ninguna manera voy a tolerar esa falta de respeto. No soy racista ni tengo reparos con la religión islámica. Fue una metáfora.

La mediadora interrumpió.

-Sí, por favor, les pido que hablemos sin calificarnos. Eso puede evitar peleas que nos dificulten la comunicación.

-Si vamos a romper el Estudio tiene que ser una separación justa. Porque ustedes me quieren dejar La Represa S.A., que es un cotillón, y después los temas importantes se los liquidan...

La mediadora interrumpió.



-¿Qué es un cotillón?

-Acá, entre nosotros, dividimos los casos por la plata que dejan. Los casos grandes tienen nombre por la cantidad de millones de pesos: es un “tres millones” si deja tres millones de pesos. Pero menos de un millón de pesos, es un “cotillón”. Un cotillón son los casos que ayudan a pagar los gastos, los empleados, pero que no dejan nada. Eso... es un cotillón.

-El dólar está a 9. Así que para ustedes un tema que les deja 50 mil dólares es un cotillón -dijo la mediadora, con un gesto de respeto-

Ellos no contestaron. Seguían hablando.

-¿Y qué proponés entonces vos para separar el estudio? Decime...¿Cuál es tu primera medida?

- Nuestra postura es que la primera medida es la regularización de los asociados.

Lisandro Torino dijo con voz suave:

-La regularización de los asociados.

Hervía tanto de furia que dejó de mirar a los otros abogados, se levantó y apuntó su vista hacia el ventanal. Era un ventanal inmenso que rodeaba la sala de reuniones aquella. Se veía la inmensidad del río de la plata, las bollas que marcaban el canal y los barcos allí, a lo lejos. El Río de la Plata tenía profundidad de poco más de un metro de hondo en gran parte de su cauce y los barcos no podrían navegar nunca allí, pero por eso había que acertar a los canales dragados para navegarlo.

Lisandro Torino calmó su furia con la inmensidad del río, recordaba los viajes a Brasil y a Uruguay que realizaba en su barco personal, cuando avanzaba por esos canales del río. El río, el recuerdo de los viajes en su yate –valuado en setenta mil dólares, un cotillón-, pareció devolverle la tranquilidad ante el arranque de furia inmensa de la propuesta “*la regularización de los asociados*”.

Uno de las abogadas que estaban allí, la Dra. López, socia del estudio como ellos, pero con participación menor, y que pertenecía a la banda de Lisandro, abrió la boca.

-¿Y quién va a querer tomar los pibes después de eso?

Lisandro dejó de mirar hacia el ventanal, dejó la calma del río. Se dio vuelta de nuevo hacia la mesa de reunión.

-Nadie. Quedan para siempre quemados.

La mediadora volvió a preguntar.

-¿Qué es la regularización de los contratados?

El Dr. Rosatti, que había hablado poco hasta ahora, decidió ser explicativo.

-Es algo que no hacemos nosotros. Lo hacen todos los estudios corporate. Los abogados entran como abogado junior y luego si hacen carrera siguen como semi-senior, hasta senior. Después de senior, ya no se les sube el sueldo más, sino que se los convierte en “asociados”. Quiere decir que se les paga una parte de las utilidades de la firma o un bono a fin de año. Por eso, no se pagan cargas sociales ni jubilación ya que es por concepto de asociado.

-Regularizarlos es pagar todo el retroactivo y pagar todas las multas. No hay forma de hacerlo. Es como quebrar.

Lisandro volvió a hablar.

-Bueno si dicen eso entonces está claro. No quieren llegar a un acuerdo. Y además Ivan no está acá sentado –miró a la mediadora-. Ivan los manda a ellos a decir esto. La regularización de los asociados. Entonces desaparece el estudio Achaval, Rosatti & Torino y fiesta de largos para Saens Valente & Alzaga, fiesta de largos para Terán Echeopar & Nogues,

-¿Fiesta de largos?

-Fiesta de largos para los otros estudios de prestigio. Ellos se van a repartir todos los casos nuestros de M&A y después cada uno a lo sumo se queda con un cotillón o directamente se dedica a hacer divorcios por dos mangos. Bueno... ¿eso es lo que quieren? Eso vamos a hacer. Váyanse con Ivan. Que es litigador y no es corporate. Desde que está Ivan en la dirección de litigios del estudio, no falla. Se pierden todos los juicios. Y además, los pierde todos en segunda instancia. La otra vez ganó uno en primera instancia y parecía un milagro, pero después se dio vuelta en Cámara. El cliente perdió un interés que le va a provocar pérdidas millonarias todos los próximos años. Pierde todos los juicios en segunda instancia.

En eso estaban discutiendo, cuando sonó el teléfono celular del Dr. Rosatti.

Iba a tocar el “Modo avión” para que no moleste, pero cambio de idea cuando advirtió el nombre de quien lo llamaba: Taglione. El dueño de la Almeja Amarilla, una de las empresas más grandes del país, dedicada a la industria del surf, la ropa e industrias relacionadas. Taglione era uno de los clientes que él había aportado al estudio. Lo conoció por unos mexicanos que estaban invirtiendo negocios en el país y que eran clientes suyos. Tenía muchos contactos con inversores colombianos y mexicanos. Los ayudaban a concretar inversiones inmobiliarias y también a lograr participaciones en empresas.

En esos momentos de inminente explosión del estudio y de rapiña de clientes, urgía más que nunca cuidar la buena relación con las personas importantes.

Rosatti se paró en medio de la discusión.

-Colegas los dejo un segundo y ya vuelvo.

Se fue caminando hacia el pasillo. Atendió el celular. Pocos minutos después decía.

-¿Esa causa te informaron que va a resucitar? ¿La del chico de Mar del Plata muerto?

Desde el otro lado se dijo y luego Rosatti volvió a hablar.

-¿La Corte Suprema de Buenos Aires lo va a dar vuelta? ¿Se reabre la investigación?

Poco tiempo después colgaba el teléfono y volvía hacia la reunión. En el camino, se cruzó con la recepcionista.

-Dr. Rosatti...

-¿Si?

-Está el abogado junior que se quería postular para el estudio.

Entonces Rosatti recordó que tenía una entrevista con el postulante. Había ya pasado una entrevista previa con recursos humanos y, contando con un informe favorable, según el protocolo de selección que tenían allí, era el

momento de una entrevista con uno de los socios del estudio. No obstante, esa reunión se había acordado varios meses atrás y colisionaba con el horario de la reunión de emergencia con la inesperada crisis del Estudio. Pensó que era mejor atender al postulante que volver a esas discusiones de abogados que se daban en la sala general con vista al río. Pasó a una pequeña cubículo y allí estaba el postulante.

-Mi nombre es Mariano de Rose, el Dr. Mariano de Rose.

Dijo el joven.

-Ah... Hiciste un doctorado?

-No, es una forma de decir.

-Sí, no te hagas problema.

A Rossatti le gustaba probar a la gente. Si iba a ser penalista de su estudio, al menos debería poder ser útil para soportar la presión.

-Tengo una fila larga hasta la puerta de postulantes como vos que quieren trabajar en el estudio, que tienen un currículum igual al tuyo y que aceptarían el trabajo por mucho menos sueldo que vos. ¿Por qué tendría que contratarte a vos ?

-Tal vez por esto

El joven abogado le mostró sus manos vacías y entonces hizo aparecer un pañuelo de ellas.

-Soy muy especial. Siempre sorprendo.

Dijo. Rosatti le agradeció su presencia y lo despidió. La reunión laboral había terminado y se había llevado las impresiones justas sobre el candidato. Ahora podía volver a meterse en la gran pelea de los socios del estudio que se estaba desatando a pocos metros de allí.

Mariano de Rose volvió en colectivo de esa entrevista laboral. Una semana antes había llevado el traje a la tintorería y se había hecho lustrar los zapatos. Pero las cosas no iban siempre de acuerdo a lo planeado. El arrogante ése era mucho peor de todo lo que había esperado.

Al llegar al departamento donde estaba durmiendo, otra vez tuvo que

forzar la puerta. Era una puerta de madera vieja que costaba muchísimo abrirla. Entonces entró y vio de nuevo las enormes máquinas para “minar” bitcoins que estaban instaladas allí.

Por ese tiempo, Mariano ya no vivía en la casa de su madre.

Haría 6 meses que él y “*El Gallego*” habían montado el emprendimiento Mansión Beverly Hills. Concretamente, era una vieja casona del barrio de San Telmo, donde subalquilaban las habitaciones para extranjeros con avisos en páginas de internet, especialmente Craiglist.org. En Craiglist.org, el mayor sitio norteamericano de avisos clasificados, turistas de todos los países del mundo buscan una habitación compartida cuando vienen a la Argentina.

Se trataba de una casa descuidada de estilo antiguo, construida en San Telmo en el año 1905, desarrollada sobre una esquina, con seis dormitorios, tres baños, un importante lavadero de uso común, 243 metros cuadrados según constaba en el aviso. Ellos la alquilaron y le apodaron “*Mansión Beverly Hills*”, compraron en ferias de San Telmo muebles baratos para ambientarla, internet con Wifi poderoso que llegaba a todos los dormitorios. Y ya con una buena página web en “.com” y en Facebook y los avisos en Craiglist.org y otros, se lanzaron al negocio. En algunos de los dormitorios habían puesto dos camas y hasta tres camas para que turistas que eran amigos pudieran venir juntos y así tener un precio menor por cama.

No obstante, en ese tiempo, sucedió que todas las camas estaban ocupadas, cuando lo llamó su amigo el político Hipólito Manzanares. Estaban organizando un Congreso de Derecho Penal en la Facultad de Derecho, donde traían profesores invitados del exterior y había que darles una habitación ya lista como parte de los costos que cubría la Facultad. Hipólito, entonces, se acordó de él y le dijo que, como un gran favor, podía conseguir que este profesor vaya a su emprendimiento turístico. Eso era posible porque ellos ya podían facturar. Además, le dijo Hipólito, si cerraban el trato con ese académico extranjero, luego la Facultad podría solicitarlos para cubrir habitación a otros profesores y académicos, cuando se lleguen a organizar otros congresos. Así que Mariano aceptó el gran favor y le explicó a su socio El Gallego que había que darle a Hipólito el 20% de todo lo que pagase la Facultad. Así, por estas razones y para no desalentar una fuente de futuros hospedajes a otros profesores extranjeros, Mariano le alquiló su propio dormitorio.

En tanto, hasta que el profesor se fuera y termine el Congreso de Derecho Penal, se venía a dormir a este pequeño departamento de 20 metros cuadrados, la que era entonces la morada de Andrew Mark. El frustrado hacker que conocía de sus charlas o encuentros de la comunidad bitcoin. Es que no podía darse el lujo de desaprovechar un ingreso. Mucho menos una fuente de nuevos clientes a partir de Congresos de la Facultad. Es que las cuentas daban muy justas y, de tanto en tanto, tocaban malas rachas en las que no venían turistas y quedaban las habitaciones libres.

Andrew, orgulloso de ser emigrante de Inglaterra, colgaba banderas inglesas por las paredes de aquel departamentito de veinte metros cuadrados. E igual, dos por tres, se jactaba de sus maldades tecnológicas hechas en Inglaterra que lo llevaron a emigrar del país.

Andrew vivía allí, un departamento que alquilaba y que tenía una particularidad que para él era atractivo. La luz no se pagaba individual, sino que se repartía entre todos y venía con la cuenta de las expensas. Si gastabas mucha luz, luego todos tendrían que pagar parte de la cuenta con sus expensas porque no tenía medidor individual. En esas condiciones, el dueño del departamento lo alquilaba sin costo de expensas ni de luz, sino con un precio fijo que Andrew pagaba todos los meses. No importaba si gastaba mucha luz, porque, para el dueño, el costo se socializaba en las expensas del departamento de todo el edificio. Y para Andrew menos que menos porque pagaba un precio fijo de alquiler.

El edificio había sido una construcción originalmente diseñada para un hotel de alojamiento. No obstante, un colegio de monjas situado a pocos metros, se opuso a que terminen de construirlo con ese cometido. Entonces vendieron las distintas habitaciones del hotel como si fueran departamentos individuales. Por eso, las instalaciones eléctricas para medir individualmente la electricidad nunca estuvieron.

Era ideal para la llamada “minería de bitcoins”, como se le dice usualmente a la fabricación de nuevos bitcoins. Era una práctica que, en los inicios de bitcoin cuando era desconocido, podía realizarse con computadoras comunes y obtenerse cientos de bitcoins. Sin embargo, cuando se empezó a popularizar y a subir de valor, ya era imposible. Se necesitaban unas máquinas especiales que demandan muchísimo gasto de electricidad.

La minería de bitcoins era una práctica que Andrew conocía bien y

consistía en instalar unos mineros -unas máquinas- que usaban todo el poder de cómputo para descifrar algoritmos y producir bitcoins. Pero el costo de la electricidad de tener todas esas máquinas prendidas todo el tiempo era más caro que el beneficio de los bitcoins creados. Eso para todo el mundo, menos para Andrew que no tenía absolutamente ningún costo de electricidad - pagaban los vecinos-. Y el piso del pequeño departamento de veinte metros cuadrados estaba lleno de zapatillas de enchufes con esas máquinas negras instaladas, una sobre la otra, sobre pequeños estantes.

Como Mariano no tenía trabajo y era importante alguien que vigile las instalaciones de electricidad que cubrían todo el suelo del departamento, en estantes que llegaban tan alto que podía ser hasta la cintura, lo había invitado a vivir allí y él iba cuando se desocupaba Mansión Beverly Hills. No pagaba nada por vivir ahí, pero de vez en cuando lo invitaba a Andrew a comer afuera y, además, casi todo el tiempo estaba allí cuidando las instalaciones que era, básicamente, su paga por vivir allí.

Mariano se buscó una cerveza fría que estaba sobre la heladera bajo mesada, colgó el saco del traje en un perchero situado en la entrada y se tiró panza arriba sobre la cama. Tocó la computadora notebook thinkpad que estaba sobre una mesa. Dio una pasada por el twitter para leer a la gente. Todas frases superadas, llenas de cinismo reconcentrado repleto de ironía y desprecio por todo tipo de ilusión, unos usuarios que estaban de vuelta y se las sabían todas y tiraban frases despreciativas, llenas de cinismo.

Ya después de la entrevista laboral aquella, recibir una sobredosis de frases twitteras de gente brillante pero llena de acidez y de las formas más fuertes de la ironía por la condición humana, apagó esa página horrible. Estaba medio triste por la tarde de hoy, pero se puso mucho peor. Lo peor que te puede pasar en una tarde de desánimo es entrar a twitter y leer aquellos tipos que expresan un cinismo tan ácido y tan brillante. Algo de tranquilidad por favor.

Buscó en Youtube un poco de música. Y entonces puso la canción que en ese momento necesitaba escuchar para relajarse. Era una interpretación instrumental del violinista David Garret del tema “November Rain” de Guns N Roses. Apenas la música comenzó a sonar, el violín magistral de Garret tapó el ruido de los laboriosos mineros eléctricos de bitcoin. Era el momento para relajarse.

Los artistas hacen más lindo el mundo. A quién se le debía a esa pieza, a Axl Rose o a David Garret, o a los dos. Con quién tendría que tener esa gratitud. Encendió un cigarrillo de mariguana que tenía ya preparado debajo de la cama y dejó que suene la música. Que la música le enseñe los secretos del mundo.

El techo estaba bastante descascarado. Miró a su alrededor y vio todas esas máquinas sobre el suelo. Debía descansar antes de darse una ducha.

Esa noche, Mariano había quedado en una salida con su amigo el Gallego y dos chicas austríacas. Gracias a “Mansión Beverly Hills”, El Gallego dos por tres conseguía una extranjera de noviecita. Ahora estaba noviendo con una austríaca que no hablaba español, apenas un torpe inglés.

Pero esa noche le habían quedado en presentar una nueva austríaca. Habían quedado en ir al hipódromo. Desde que cortó su relación con su novia Agustina, Mariano comenzaba una nueva etapa de libertino. Las cosas habían mejorado. Ahora tenía que descansar, reponer energías, sacarse la mala onda que le había inspirado el abogado soberbio ése que le tomó la entrevista, estirar las piernas, disfrutar esa tranquilidad en medio de aquellas máquinas electrónicas. Lo peor de todo son los abogados y las discusiones de plata y derechos. Lo mejor de todo son los artistas.

Así estaba descansando, cuando sonó su celular. Por la pantallita del aparato, pudo ver que era una persona de la cual hacía muchísimo no sabía nada y que la había olvidado. Iamurri, la periodista. Qué personaje del pasado tan desagradable y olvidable. Pocos segundos después, ella le estaba dando otra noticia.

-¿Seguís con el caso de Muñoz, el chico secuestrado en Mar del Plata?

-¿Me vas a meter otra trampa?

-No, está vez no. Quiero ver si la información que tengo te puede ayudar. ¿Estás con ese tema todavía?

Dió un sorbo a la lata de cerveza oscura. Ya la canción había terminado y se escuchaba solo el ruido de fondo bajo de los equipos de bitcoins.

-Sí, lo tengo, pero no le doy importancia. Hace mucho que no sé nada porque está planchado hace dos años en la Corte Suprema de la Provincia de Buenos Aires. El expediente lo archivaron pero yo apelé a la Cámara, luego



apelé de nuevo y ahora estoy en la Corte. Podría pasar que se dignen a decidir darle vuelta. Si van a hacer algo y reactivarlo depende de ellos. Pero, bueno, se puede decir que sigo con el expediente.

-Tengo una noticia que puede ser de interés.

Mariano miró la heladera bajo mesada. Aquella heladera situada justo debajo de una vieja de mesa de poker donde Andrew, de vez en cuando, aspiraba cocaína solitario. Había papelitos tirados allí, pero él no los iba a probar. Pensó que debía buscar otra lata de cerveza fría y de un manotón la buscó mientras le dijo:

-Te escucho.

-Murió un nuevo surfer tras un secuestro. Murió en circunstancias muy parecidas a las de Ezequiel Munioz. Primero, lo secuestraron. Luego, pidieron dos millones de dólares de rescate. Como no pagaron el rescate, lo mataron.

-Ajá.

-Igual al caso de tu investigación. ¿No te parece raro?

-¿Cómo se llamaba él?

-Pablo Araldi. Llegó a ser campeón argentino de surf hará unos tres años. Era surfista y trabajaba en un parador.

- Surfista profesional. Llegó a ser campeón. Eso dice la gente de él.

Bebió un trago de cerveza y continuó.

- Qué más sería de la vida de ese chico. El día que te morís la gente hace tu biografía en un renglón. Parece que solamente cuentan los logros. Yo a veces pienso cómo sería mi funeral. Me lo imagino. Quiénes estarían. Qué cosas dirían de mi. Seguramente habría muy poca gente, pero eso no me importa. Poca gente y ningún aviso en el diario creo que es bueno, para saber que no fuiste un jetón. Pero pienso ¿Qué me gustaría que dijeran de mí en ese momento? ¿Qué me gustaría que relataran sobre mi vida?

-Empezás con esas cosas. Pasaron tres años desde que hablamos en ese bar. Seguí igual.

-Sí, pero cuando dijiste que se murió distintas cosas. Solamente te recuerdan por tus logros.

-¿Y querés que te recuerden por tus fracasos?

- Yo pienso en mi funeral para saber dónde está mi vida, dónde quisiera que esté. Es bueno porque la cuestión no es ser importante, la cuestión es ser útil para los demás.

-¿Util?

-Sí, desde que me lo repito como un mantra todo va mejor. No hay que ser importante. Hay que ser útil. Me lo repito siempre.

-Ajá.

-¿Qué dirían de mí? ¿Qué dirían de mí en el funeral, cuando tan solo quieran decir tres o cuatro breves frases y luego cada cual, en su mundo, en su vida, en sus proyectos, en sus intereses? Pienso en esa gente apurada, que tiene un día con muchas cosas importantes, como llegar en horario a una reunión laboral, el tráfico se atrasa y tienen poco tiempo, pasan unos segundos a velarme y después se van rápido en un taxi, en la lucha cotidiana con el tráfico de la ciudad, pensando en sus cosas importantes, pensando en si pagaron la factura del gas y esas cosas.

-¿Pero qué miércoles fumaste? ¿No vas a contar algo positivo?

-Lo pienso, porque entonces cuando digo ¿Qué me gustaría que dijeran en esas breves oraciones antes de seguir pensando en sus temas importantes? Entonces veo qué quiero construir en mi vida. Quiero construir mi vida para que se parezca más a lo que quisiera que sea.

-¿Para el funeral?

-No, para ver si estoy bien. El tiempo es muy corto, muy corto. Para ver si estoy trabajando para construir mi vida como yo quiero que sea. Bueno, volvamos a los temas legales. Los detesto y me aburren, pero es mi carrera. ¿Qué pasó con este chico?

-Lo secuestraron. Pidieron dos millones de dólares a la familia. Su única familia es su madre. No pudo pagar eso y lo mataron.

-¿Otra vez la misma historia?

-¡Te lo dije recién!

-Perdoname, no te había escuchado. Hay un ruido permanente en este

departamento.

Que gente tan loca o sádica podía llegar pedirle a una madre una suma que no tenía para devolverle con vida a su hijo. Se había provocado un silencio del otro lado del teléfono. Y él aprovechaba para disfrutar el sabor de la cerveza en la boca.

Ella volvió a hablar.

-Hay algo más. En el velorio de este chico Araldi, apareció una mujer misteriosa. Una mujer que nadie conocía y no saludó a nadie. Averigué que se llamaba Ana. Voy a tratar de seguir investigando el tema. Pero aparentemente sería una novia de la infancia o algo así.

-Eso no me dice mucho.

-¿No se te ocurre nada con esto?

-Creo que me sobre-estimas. No puedo hacer mucho por todos estos casos.

-A lo mejor no te cierra porque tenés una mente convencional. Quizá si tuvieras una mente especial lo entenderías. No todas las personas piensan como nosotros.

Dijo ella, pocos minutos antes de cortar. Ella también le ofreció una reunión, para hablar más de todo eso, pero Mariano se negó. No iba a terminar todo allí. Faltaban unos quince meses aún para que todo de un vuelco. En ese momento, solamente le quedaba cortar el teléfono. Se despidió de esa periodista loca con un corte de teléfono.

Intentó tratar de dormir una siesta. Las sábanas ya estaban un poco sucias. Andrew la llevaban a la lavandería dos veces por semana, igual que toda la ropa del departamento aquel. Andrew estaba casi todos los días drogado, con un importante mal aliento, tenía peleas con Mariano y, cuando se enojaba mucho, algo no poco frecuente, insultaba en idioma inglés.

Mejor era vivir en su dormitorio de Mansión Beverly Hills, pero allí había un importante catedrático español del derecho penal en esos momentos. Ahora Andrew estaba trabajando en el Hostel, pero bien entrada la noche volvería allí. Lo único que le importaba eran los malditos bitcoins al tal Andrew. Fabricar la mayor cantidad posible de bitcoins a costa de la electricidad que pagaban los pobres vecinos. Si arruinaba a los vecinos, no le

importaba. Debió haberles aumentado mucho la expensa con todos esos aparatos eléctricos desparramados por el piso, algunos con estantecitos de madera que llegaban hasta la cintura y las 24 horas en funcionamiento.

Harry Potter le dijo la madre. El tenía que hacer el show de magia de “Harry Potter” para el hijo que tenía nueve años, bastante grande ya como para creer en Harry Potter.

Hacía unos meses ya que acompañaba los ingresos de Mansión Beverly Hills, con los magros ingresos de las causas que tenía como abogado en causas penales, con la nueva actividad: animaciones de magia, en fiestas infantiles. Algunos sábados iba y desplegaba su rutina de trucos, con mucho intercambio con los chicos, desaparecer pañuelos, una botella de coca cola que se tomaba sola, entre otras cosas así. No requerían mucho talento al decir verdad. Talento se necesita para la cartomagia, no para esos trucos de fiestas infantiles.

Haría ya un año, o dos años, que el tipo de cambio de Argentina dejó de ser competitivo, además que la oferta de habitaciones para turistas se había hecho sobresaturada. Páginas de internet internacionales como Craiglist.org estaban repletas de avisos de habitaciones en Buenos Aires, no se podía conseguir ya demasiado fácil estudiantes que vinieran a las habitaciones, corrientemente ellos tenían una o dos vacías.

Si no fuera por los académicos extranjeros que venían de tanto en tanto a Congresos con los eventos que organizaba la Facultad de Derecho de la UBA gracias al contrato que le había conseguido Hipólito Manzanares, estaría ya todo por echarse a perder. Entonces, como ingreso extra y recordando los cursos de Magia que había realizado en una Academia de Magia haría años atrás, debió incursionar este tipo de actividad, porque muchos nenes querían la animación de un mago.

Pero, esta vez, fue terrible para Mariano de Rose. Una de las peores experiencias de su vida. La mamá de aquel nenito le dijo que le pagaba el doble por la fiesta, pero debía estar enfocada a Harry Potter, debía disfrazarse de Harry Potter y hacer trucos que estén vinculados a la serie de novelas del mago niño y también al Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería. Lo que le pagaba era tan alto que alcanzaba para pagar toda su parte del alquiler de la casona “Mansión Beverly Hills” a la dueña y ello sí que era una suma muy grande.

Se dibujó un rayo en la frente con un crayón, se puso anteojos, se puso

un sombrero y fue a la animación equipado también con una escoba. El nenito fue implacable:

-¡Mamá! ¡Ese no es Harry Potter!

Los otros nenitos gritaban y se sumaron a la protesta. Toda aquella casa elegante, espaciosa, del barrio de Recoleta, estaba decorada con motivos relacionados a Harry Potter. A todos los nenes les habían prometido que iba a ir Harry Potter y ahí estaba él: el Dr. Mariano de Rose, Abogado por la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, con un rayo en la frente dibujado y unos anteojitos sin aumento y una galera.

-La escoba de Harry Potter vuela. ¡Esa escoba no vuela!

Denunció otro nene. Los otros nenes se reían, pero la mayoría estaban muy enojados. Fue una de las peores experiencias de su vida. Había ocurrido, exactamente, la tarde anterior.

Ahora, se tomaba un desayuno en su habitación como a él le gustaba para sacar sus penas: café con leche, jugo de naranja recién exprimido, huevos revueltos, tostadas de pan integral, salsa inglesa y mucho picante. El jugo de naranja era el ingrediente clave y una de las atracciones para turistas de Mansión Beverly Hills. Lo hacían con una máquina juguera industrial, que habían comprado en la página Alibaba.com, que operaba desde China, pero se llegaba desde cualquier computadora. Era una máquina que media casi lo mismo que un lavarropas y donde se tiraban las naranjas enteras y las veías rodar por los conductos de alambre, cortarse, exprimirse y caer las cáscaras al costado en los tachos. Luego, había que abrir la canilla del medio y entonces caía el jugo recién exprimido. Era una máquina para alegrarse todas las mañanas con un gran desayuno con exquisito jugo de naranjas.

En el wats ap, estaban los mensajes de Agustina, su ex novia, hacía ya dos años casada con un tipo del Jockey. Ella le escribía para quejarse que el tipo le pegaba, violencia física. Extraño, porque, al principio, ellos dos se llevaban muy bien, a juzgar por las fotos del facebook y del instagram. Agustina y su novio iban juntos a marchas “*Pro-Vida*” en la discusión sobre el aborto, marchas que usaban pañuelo celeste y que criticaban los proyectos de ley para legalizar el aborto. Se sacaban fotos de ellos en la marcha y las subían a las redes sociales. No la extrañaba mucho, pero sí tenía un buen recuerdo sexual.

Debajo del escritorio, la escoba, la galera, el disfraz de Harry Potter del día anterior. Solamente de mirarlos, le volvía la vergüenza al rostro. Sobre la computadora, a unos metros, estaba el tesorero, el aparatito del tamaño de un pendrive que servía para poder enviar o recibir sus inversiones en bitcoins. Al abrir la computadora, aparecieron en el escritorio archivos relacionados al caso de Ezequiel Muñoz. Inevitablemente, miró hacia atrás en el dormitorio, donde estaba colgada la tabla de surf. La tabla de surf, no era la primera que tuvo, cuando comenzó a surfear en Playa Union, en la Patagonia, donde el viento y el frío golpean con más virulencia que en cualquier lado, pero sí le transportaba a muchos recuerdos. Lo alejaba de sus fantasmas interiores. Mejor pensar en los recuerdos de olas que trae una tabla, antes que en el extraño caso legal, del cual nada había resuelto.

Pensar en el caso de Ezequiel Muñoz le ocasionaba muchísima intriga y también lástima por la familia. Seguir revolviendo aquello era un problema feo para todos. ¿Cómo podía ser que le pidan dos millones de dólares de rescate a esa pobre familia?

Además, el tema de la extraña historia se había repetido una vez más. En efecto, había vuelto a ocurrir algo semejante con el surfista profesional Pablo Araldi. Lo secuestraron, pidieron un millón de dólares y, como no los pagaron, lo terminaron matando. Eso estaría bien si se tratase de familias que pudiesen pagar semejante barbaridad, pero eran familias de clase media que nada pudieron hacer para detener ese trágico destino. Además, nada se había aclarado.

Haría unas semanas que Mariano estaba recibiendo mensajes muy extraños en su email y en su celular. “*Hombre Enigma*” se llamaba quien se los enviaba y le aseguraba que debía contactarlo para pasarle información urgente sobre el caso de la muerte de Ezequiel Muñoz. Trató de rastrear de dónde provenían esos mensajes, pero habían sido enviados sin un celular, directamente desde portales de internet de empresas de celular y desde locutorios.

“*Hombre Enigma*” le enviaba emails, parecía saber quien era, decía tener información muy importante sobre la causa. Además, la causa recientemente había sido reabierto y había cobrado nuevo impulso.

Haría dos años ya que la investigación se reabrió, en tanto que a Corte Suprema de la Provincia de Buenos Aires escuchó su recurso. La noticia la

había recibido haría dos semanas, cuando estaba con “Leonie”, una extranjera, tomando cervezas en el bar de la Boca “El Samobar de Rasputin”. Se enteró por un mensaje de su socio el Gallego. Se reunió con su tutor de aquel programa de patrocinio de querellas penales, en un su paquete y clásico estudio situado sobre la calle Talcahuano y, con un dejo de música clásica que tranquilizaba los ánimos de todos de fondo, conversaron las estrategias a seguir para avanzar con todo aquello.

El Tutor fue tajante *“Tenés que ir a Mar del Plata de vuelta, hacer tu propia investigación, reunirte con los padres y después proponer una batería de medidas de investigación”*. Y así lo hizo. Fue a Mar del Plata a presentar un escrito que le sirviera para impulsar la investigación nuevamente y darle nuevos bríos.

Revisó el expediente en el juzgado en Mar del Plata. Al recorrer las distintas páginas del expediente sobre la mesa del juzgado, no pudo evitar sonreír cuando vio la apelación con el sello medalla trucho del juzgado y la fecha adulterada. Se sonrió, al recordar todo su enorme sufrimiento de angustia. Inofensiva se veía aquella apelación con sello medalla del juzgado hecho en una imprenta y fecha trucha.

Además, también vio otros elementos, como las investigaciones iniciales y que no habían dado resultados y el posterior archivo, recomendado por la fiscalía. Había informes de un policía, cabo, que realizó averiguaciones por la zona y que dieron resultado “negativo”. El informe, hecho en máquina de escribir, tenía groseros errores de ortografía. El expediente era chico, luego constaban las distintas apelaciones, hasta la decisión de la Corte Suprema de la Provincia de Buenos Aires que decidió rescatarlo. Evidentemente, pensó al recorrer el expediente, debía proponer nuevas medidas de investigación o, de otra manera, la causa se iba a archivar de nuevo.

Luego, para tratar de estar más informado y tener más hilos de investigación, decidió ir a ver al comisario de la jurisdicción, Flavio Napolitano. La comisaria estaba bastante prolija, había una imagen del gobernador de la Provincia de Buenos Aires. Napolitano estaba vestido de civil, lo convidó con un mate y fue muy amable.

Mariano decidió preguntarle por la Agrupación *“Los Rebeldes de las Olas”* y una nube de preocupación pareció surcar el rostro de Napolitano. Apenas unos meses atrás, un despiole monumental había ocupado las planas de



los diarios, revistas y portales web de todo el país. Primero, el torneo mundial de surf “*El Almeja Amarilla Mar del Plata Surf Pro*” había sido boicoteado por una banda de surfistas tapados con pasamontañas que, además, hicieron destrozos en Biología y en Playa Grande. Luego, habían conseguido atrapar a uno de los manifestantes, un tal Sebastián, un menor que había lanzado bombas caseras sobre la confitería de los paradores según las filmaciones. Tras ello, lo encerraron en el Instituto “Santa Clara”, lugar en el que resultó lastimado por otros reclusos y ello concitó una atención mediática mucho mayor.

Todo aquello había generado muchas manifestaciones y disturbios en Mar del Plata y, evidentemente, preocupaban al policía. Napolitano le dijo que recibía muchos llamados por esa Agrupación anarquista, incluso del Gobernador de la Provincia. Pero que no había podido dar con el nombre verdadero ni la identificación de su líder, “El Mumi”, ni de sus máximos referentes.

No obstante, si él, como abogado de los familiares de una víctima, pedía medidas de prueba para tratar de investigarlos en el esclarecimiento de estos hechos del secuestro, se lo iba a agradecer porque le iba a resultar más fácil investigar. Así que Mariano, en su nuevo escrito presentado en el Juzgado, pidió que se averiguie sobre la identidad de “*Los Rebeldes de las Olas*” y que se instruya a la División Tecnológica de la Policía Federal Argentina para que puedan dar con la verdadera identidad de los atacantes a partir del rastreo de sus direcciones IP y “otras medidas que crean oportunas”.

En realidad, no había ningún motivo sólido para vincular a los famosos anarquistas con la muerte de Ezequiel Muñoz, pero, al ser un hecho raro no esclarecido y ellos ser raros, la intuición era pedir la prueba igual. Los raros son los responsables de las rarezas... ¿y sino quién?

Desde que volvió de Mar del Plata y dejó ese escrito en el Juzgado Federal, habían pasado ya tres semanas. Por lo tanto, de alguna manera, él, en su fuero interno, se sacó el problema de encima. “*Hice lo que pude*”. No pensaba darle importancia a los mensajes de internet del tal “Hombre Enigma”. Ya había hecho lo que le tocaba. Y ahora estaba disfrutando de su merecido desayuno, con jugo de naranjas recién exprimidas y huevos revueltos. Así sí que valía la pena desayunar.

Abrió la puerta El Gallego, su amigo todavía tenía los ojos mal de todas

las mariguanas que se había fumado la noche anterior. Así, con tanta irresponsabilidad, el negocio nunca más iba a poder avanzar, pensó Mariano.

-Qué desayunito nos estamos tomando...¿eh Harry Potter?

-No me hablés. Fue una de las peores tardes de mi vida. Los nenes me volvieron loco.

- Y, bueno, tranquilo. Ya se va a ir el bitcoin a un millón de dólares y con eso no vas a tener que hacer más nada para sobrevivir. ¿O ya perdiste la fe?

-Este año es el segundo halving de bitcoin. Va a pegar un salto terrible. Acordate lo que te digo, ahora está a 400 dólares.

-Sí, pero no puedo comprar nada igual. Esto es una miseria total. Si no fuera por los profes, estaríamos en el horno.

-Así es. No te olvides que los profes los conseguimos gracias a mi contacto en la Facultad de Derecho.

- Si, pero tenemos que ponérsela todos los meses. Qué corruptos que son siempre ustedes los abogados. El desastre de este país es que haya tantos abogados que se dedican a la política. Tuvimos de vuelta problemas con Ivan.

-¿El soldado yankee?

-Sí.

Ivan era un yankee, de tez mestiza, que había servido al ejército de Estados Unidos en Irak. Cuando llegó a “*Mansión Beverly Hills*”, aún con las valijas en las puertas, extrañamente les avisó que él era homosexual y ellos le dijeron que no tenían problema con eso. Pero el que tenía problemas era August, un austríaco que dormía, siempre en calzoncillo slip, en el dormitorio con él. Cuando volvía Iván al dormitorio, veía a August destapado y en slip, le tocaba el culo blanco y August venía, a la mañana siguiente, hacia ellos y decía “*He touch my ass*” muy enojado.

-¿Otra vez le tocaron el culo? Siempre lo mismo.

-Esta vez Ivan fue más lejos. Parece que le dijo “Today i gonna fuck you” y está muy preocupado.

Problemas domésticos en Mansión Beverly Hills. Nada para

preocuparse demasiado. Ya habían tratado de hablar otras veces con el austríaco para que se arregle el problema y no se arreglaba.

Mariano salió de allí y se fue a tomar un colectivo. Iba al Instituto Frenopático, un hospital psiquiátrico en la ciudad de Buenos Aires. Tres días atrás, su padre había caído internado nuevamente. Le avisó su madre quien, aunque nunca vivió con él desde que se embarazó en un camping de Las Grutas, siempre mantuvieron una buena relación.

Durante la vida de Mariano, las internaciones psiquiátricas de su padre por la esquizofrenia se sucedían esporádicamente. Habían sido muchas. El era igual, de fisonomía, de rasgos, de carácter tranquilo, pero nunca lo habían internado. Seguramente, no tenía lo mismo, aunque una vez, un médico psiquiátrico lo diagnosticó también a Mariano y le prescribió medicamentos. Nunca los tomó, sino que se acercó al surf y al mar.

La gente lo veía raro a Mariano, se lo habían dicho muchas veces. La familia de su ex novia, por no tener “aspiraciones”, por no tener “impulso propio”. Otra gente le llamaba la atención por algunas conductas como reírse solo a veces, hablar solo por la calle, hacer algunos gestos bruscos para alejarse un mal pensamiento interior. Y una rareza que nunca había perdido. Pero no tenía esquizofrenia, el miedo que siempre tuvieron con él no se había concretado. Su vida no iba a transcurrir con internaciones esporádicas como las que se sucedieron a lo largo de la vida de su padre, ni tampoco con medicamentos tan potentes. Ahora, sin embargo, tocaba una y lo fue a visitar al Hospital Frenopático, sobre la calle Entre Ríos.

Era una tristeza para él verlo así otra vez a su padre. El perro negro, la depresión según Winston Churchill, acompañaba con demasiada frecuencia a su padre y, a veces, algo pasaba, algo sucedía, lo encerraban. Para llegar al Instituto Frenopático iba a tomar dos colectivos, el primero lo estaba esperando en una cuadra vacía. San Telmo, qué barrio era aquel. Todavía estaban por las calles vacías los fantasmas de La Peste, la epidemia de fiebre amarilla que azotó a Buenos Aires a fines del siglo XIX, cuando los muertos se contaban por decenas en las calles y la clase alta huyó de San Telmo, dejando abandonadas las casas. La mayoría de los negros de ascendencia africana que había en Argentina en esos tiempos murieron, porque la clase alta les encargó que se quedasen en las casas para cuidarlas, en medio de la epidemia.

Mientras estaba esperando el colectivo, vio de golpe un tipo con un celular en la mano que lo apuntaba directo al rostro a Mariano. ¿Lo estaba filmando? ¿Le había sacado fotos? Apenas Mariano lo miró, el tipo apuntó para abajo su celular, pero ya era tarde. Seguramente, ya le habría sacado fotos. Era un tipo que llevaba gafas de pasta, camisa toda ajustada hasta el cuello y le pareció recordarlo de algún lado. ¿Le había sacado una foto el idiota aquel? ¿Lo habría detectado con una rareza, como hablar solo?

Pensó en correrlo por la calle y sacarle el celular. Pero no. Podría ser un pensamiento equivocado suyo, hacía muchos años, cuando veía conspiraciones, las olas le enseñaron a tranquilizarse. Empezó a surfear, su madre trabajaba de ingeniera en Rawson, Chubut, él iba a una escuela de la zona aún, pero, en Playa Unión, conoció las olas, las olas de la Patagonia, donde el viento es fortísimo, inclemente y la playa no tiene arena, sino piedritas muy pequeñas. Pero, aún con el frío de las playas de la Patagonia, aún con la inquietante presencia de algún lobo de mar por la zona del banco de arena, aún con la soledad inmensa de esas playas, el surf lo ayudó a despejar la mente de ideas de gente malvada. Ahora, al mirar a su interior, era como si el rugido de las olas, tan profundo, le susurrara, otra vez, que se calme, que no escuche ideas conspirativas, que sea sereno.

El tipo de anteojos de pasta ya se iba por la calle. Recordó el pen drive con fotos suyas, los extraños emails que escribía un tal “Hombre Enigma” que había venido recibiendo las semanas anteriores y tuvo una mala sensación. Esas sensaciones premonitorias aparecían en su mente como certezas duras como el mármol. Otra vez, un paisaje interior con olas, una invitación a la serenidad. Pero era una sensación trágica, como si tuviera que escapar de allí. No obstante, siguió adelante con la mirada. Ya venía el colectivo.

No recordó si se había limpiado bien la frente del rayo de Harry Potter al entrar al Instituto Frenopático, un instituto psiquiátrico lleno de sombras, de huellas de la pobreza y de la precariedad. Ciertamente, con el rayo de Harry Potter en la frente, estaba para quedarse adentro. ¿Lo había borrado ya?

El Frenopático no era como otras clínicas psiquiátricas más sofisticadas y lujosas que había ido a visitar durante internaciones de su padre, el Frenopático estaba venido abajo. A Mariano le daban una cintita naranja, estilo pulsera, para indicar que no era paciente de allí, porque las puertas estaban cerradas en los distintos pisos y los enfermeros forzudos solamente les

abrían a los que tenían la cintita naranja de la libertad. Había distintos pacientes con ropa del Frenopático, estaban drogados por los medicamentos psiquiátricos, o también ancianos con demencia que deambulaban con la mirada perdida. Llegó a la habitación que compartía su padre. La compartía con un viejito que estaba rezando. La habitación compartida, muy rústica y pequeña, emanaba tristeza. El viejito fue el primero que notó su presencia y le dio un consejo a Mariano apenas lo vio.

-Hay que rezar. Siempre hay que rezar. Los demonios nos están esperando para atacarnos en el momento más débil.

El no le prestó atención. Se sentó sobre la cama, al costado de su padre.

-Me tienen encerrado. Los enfermeros acá dentro son unos hijos de puta.

Se quejó.

-Es otra crisis más, pero ya te veo mejor. Hacía varios años que te pasaba, me contaron que empezó esta vez con un problema con unos vecinos. ¿Qué tal este lugar ahora?

No le gustaba el Frenopático a ellos, pero ya había caído otras veces allí su padre. Los médicos del lugar le hacían firmar una enorme cantidad de papeles, como que el lugar no estaba para reemplazar de ningún modo una falta de vivienda ni suplir otros problemas sociales. La prepaga le aguantaba un mes de internación y lo devolvía a su casa.

-Siempre habrá locos, borrachos, putas y ladrones, hasta que la bomba atómica explote todo y se acabe todo.

Le contestó su padre, con una sonrisa, llena de amargura.

-Vamos a jugar ajedrez.

Entonces, salieron por el pasillo. La locura, con los medicamentos, presenta un rostro espectral. Había muchos allí que tenían ese rostro, jóvenes y viejos, que lo reconocían como intruso por tener la cintita naranja en la muñeca que documentaba que él no era de allí. O tal vez, como lo más profundo de sus sombras lo mostraba, él sí era de allí. Quizá, como a tantas otras personas, lo había salvado el surf, lo había salvado el mar. El mar lo protegió con el surf, lo envolvió -primero con las olas de Playa Unión, Chubut, donde comenzó a surfear, luego con las de Mar del Plata- y lo salvó de estar una vida entera pasando por lugares así, con caídas impredecibles. Por el

pasillo, rumbo a la sala donde estaban las mesas, vieron pasar a muchas personas encerradas.

Olvidados por su familias, muchos de ellos. La gente, por afuera, tenía demasiadas urgencias, demasiadas preocupaciones en la lucha económica por gastar y “ser alguien” o “sobrevivir”, que no tenía tiempo para toda esta gente encerrada. No hay tiempo nunca para los irracionales, porque la vida exige prioridades. Las prioridades son siempre otras. Otras distintas a toda aquella gente.

Al pasar junto a un adolescente lleno de rulos y cabello largo, advirtió que hacía un ademán pomposo con los gestos y las manos, como espantando un pensamiento interior “Manierismo” le llaman en internet. Mariano recordó que él también hacía esos gestos ampulosos por angustias internas y siguió su paso. Un hombre grande, de unos setenta años largos, caminaba con dificultad, con un andador, cerca de la entrada de la sala a donde ellos iban. Con solamente cruzarle la mirada una vez era suficiente, ya se había perdido en el mundo silencioso y tétrico de la demencia. La demencia, pensó Mariano, es como ir al baño un día, mirarte en el espejo del baño y que el espejo del baño te atrape hacia adentro para siempre, hacia un mundo silencioso y espectral, hacia un mundo de silencio.

Las piezas del tablero de ajedrez estaban puestas. Mariano eligió las negras. Su padre lo miró y, a pesar del fuerte cóctel de medicamentos, sonrió.

-La belleza y la felicidad es frecuente. Todos los días estamos un instante en el paraíso.

Dijo su padre, cuando empezó la partida con una movida de peón.

-¿Tengo un rayo en la frente de Harry Potter?

-¿Un rayo dónde?

-Acá, papá. En la frente. Me lo dibujé ayer por una función de magia y no sabía si se me borró.

-No, no tenés nada -contestó su padre y, a los segundos, hizo una movida de peón en el ajedrez y agregó- Este lugar es una mierda. No quieren que salga nunca. No les hagas caso a lo que te dicen, puede que te quieran encerrar también. Mienten.

Tantas internaciones habían pasado por su vida. Ya estaba un poco viejo

y otras veces descarriado, sobredosificado con medicación.

A la salida del Frenopático, Mariano venía caminando por la calle Entre Ríos con ciertos ruidos en la mente. Ruidos que le quedaron pegados por pasar por un lugar como aquel. La vida tiene momentos duros por todas partes. Momentos de mucho dolor, pero él ya estaba acostumbrado a la esquizofrenia. La había conocido de muy chico, cuando le preguntaron quién era su padre, una especie de caso perdido, un mochilero que recorría el sur a dedo y con una tendencia profunda hacia la soledad, una tendencia que él había heredado.

Iba por calle Entre Ríos, al lado de varios edificios más chicos que los del centro de la ciudad, con barsitos donde venden tostados. Buscaba tomar el colectivo, un colectivo que lo lleve para San Telmo. En eso pensaba, cuando algo inesperado ocurrió. Le pusieron una mano en la boca. Rápido, sin que lo pudiera detener, tres personas lo tiraron dentro de una camioneta. No pudo darse cuenta de qué tipo de camioneta era, pero supo que era una camioneta.

Segundos después, lo llevaban por la calle Entre Ríos. Aunque no podía estar completamente seguro porque tenía los ojos tapados, adivinaba que era la calle Entre Ríos porque la camioneta no había doblado. Se notaba que era una avenida y debía ser Entre Ríos. No podía ver más que color blanco, porque le habían puesto una cinta en los ojos de ese color para que no pueda ver dónde estaba, ni por qué estaba allí. De repente, sintió una voz gruesa pegada al oído, con aliento fétido.

-Desistí el juicio en el caso de la muerte de Ezequiel Muñoz. ¿Escuchaste pelotudo? Desistilo todo y no vuelvas a involucrar nunca más a Los Rebeldes de las Olas. No vuelvas a meterlos en este tema. Ellos no tienen relación.

-No se puede desistir el juicio, es una querrela. Igual sigue la fiscalía.

-Entonces ocupate de no involucrar a Los Rebeldes de las Olas.

Al poco tiempo, la camioneta dio una curva y luego se detuvo por una calle vacía. Lo dejaron contra sobre la vereda con la venda puesta.

-Contá hasta cien y después sacate la venda para poder mirar. Pero primero contá hasta cien.

Ezequiel Muñoz no sabía, no imaginaba, el destino del sendero que él, con el instinto del corazón, que siempre falla, estaba siguiendo cuando conoció a Analía Belén en el tren a Mar del Plata. Aquel tatuaje en el brazo derecho, con la ola de la Pepita, una ola que no surfeaban los chetos, podría haberle dado indicios de un pasado de violencia de la mujer aquella y que era mejor alejarse, pero no podía imaginarlo.

No sabía todo lo que iba a pasar en torno a su caso. Y no sabía que, a veces, es mejor nunca destapar algunas cartas.

Por aquellas semanas de la temporada de Mar del Plata de 2014, todavía vivía. Al igual que otras temporadas, había venido a trabajar en el local Teahupoo, un pequeño local surfer situado en una galería sobre la Avenidad Luro, en la ciudad feliz, apodada por muchos de ellos como MDQ, bajos las órdenes del dueño del negocio, Miguel Antunez.

Como tenía el turno de las mañanas, veía todas las mañanas, después de desayunar (a veces, se desayunaba un tostado en un bar enfrente al local, situado en la misma galería ) una imagen grande de una montaña de calaveras humanas, una gigantografía de calaveras. La decoración de Teahupoo, según le había explicado Miguel, se originaba en el nombre del local. Teahupoo no solo era una de las olas más poderosas del mundo, sino que literalmente, el nombre significa “*Muro de Calaveras*”.

Con el “Muro de Calaveras” detrás suyo, entre otras imágenes como un poster de Laird Hamilton, Ezequiel vendía todas las mañana tablas, decks, parafinas, peines de parafina, pitas, quillas, remeras, pantalones, zapatillas, entre otras cosas, a los turistas que se internaban en la galería, algunos atraídos por la tabla de surf decorativa que Miguel a veces colocaba a la entrada de la lúgubre galería.

Pero ver todas las mañanas, detrás suyo, una imagen con tantas calaveras apiladas no ayudó a hacerle sospechar qué le iba a pasar. No imaginaba cuál iba a ser su triste final.

Ni siquiera imaginaba que su final fue parte de algo que había comenzado mucho, mucho tiempo atrás.

Años incluso.



La camioneta cerrada marca Mercedes Benz era bastante grande. Era blanca y con el logo de “A qua”, junto a varias estelas de distintos colores, y el teléfono de “A qua”, el centro de rehabilitación de adictos a las drogas de Estevanet y Tasara. Era uno de los móviles que tenía la importante clínica. Tal vez una de las más conocidas de la Provincia de Buenos Aires, que llevaba convenios con distintas obras sociales y empresas de medicina prepaga.

La hija de Estevanet, el importante empresario que había creado el centro de rehabilitación, se llamaba “Sol Estevanet”, que se la apodaba “Solcito”. Usaba la camioneta prestada por el padre durante sus viajes a Mar del Plata y por la costa de Argentina. Llevaban un pequeño perro en la camioneta y un surtido de toda clase de drogas sintéticas y naturales, aunque lo que más consumían cuando iban en ruta era mariguana. Hasta podía tener una neblina interna de tanta mariguana que fumaban en un viaje “Solcito” y sus amigos. Aunque, visto todo ello desde afuera, se veía solamente una camioneta utilitaria blanco cerrado, con el logo grande de “*A qua*” y la aclaración de que se trataba de un centro de rehabilitación de drogas y teléfono para consultas, dentro había niebla de humo de mariguana.

-¡Solcito es terrible!

Así decía el novio, cuando Solcito metía mano en alguna de las drogas sintéticas que llevaban durante aquellos viajes. A resultas de lo bien que le iba a la clínica de rehabilitación de drogas, la familia de Solcito tenía varios departamentos en Mar del Plata. Pero, a pesar de que no tenían entonces un mal pasar, también se podían prestar para maniobras delictivas, si se trataba de conseguir fondos porque lo importaba que guiaba su estilo de vida era la adrenalina y la diversión. El delito puede ser adrenalina y diversión.

A Analía Belén le resultaba anómalo estas preocupaciones de la banda de la niña rica, que se prestase a las actividades más peligrosas. Además, como le dijeron sus jefes, una banda que operaba en Mar del Plata hace rato con la connivencia de autoridades políticas y judiciales, ya no había mano de obra para delitos pesados. Los muy profesionales eran demasiado astutos y demasiado caros para trabajar con ellos y los principiantes eran uno descerebrados que no podían hacer nada.

-Demasiados delincuentes de oficina, de escritorio, pero falta gente

preparada para realizar los golpes.

Le dijeron. Y era cierto. Había uno solo, que se llamaba “*El Correntino*”, que era el as de espadas del comisario Napolitano, pero servía para cerebro de las operaciones y ya no tanto para ejecutar la obra con sus propias manos, debido a sus antecedentes y a que, en teoría, debía llevar una tobillera por su libertad condicional.

Así que la banda de Solcito podía iniciarse bien en una carrera delictiva. Al verlos andar en esa camioneta grande de un Centro de Rehabilitación de Adicciones, podía anticiparse que era gente talentosa, podría sacarse provecho de ella si se la entrenaba bien. Cuando empezás a consumir, querés más, querés más adrenalina. Y ya la vida de comodidades no te lo puede dar, el delito es la próxima parada en una vida al máximo.

Se habían quedado en reunir en Nueva Atlantis, una colonia surfer a siete quilómetros al sur de Mar de Ajo, en una terraza de un parador que daba a la playa. Analía Belén había ido a surfear la mañana anterior, aunque las olas de Nueva Atlantis apenas tenían fuerza, pudo conseguir algunas buenas derechas. Analía Belén elegía siempre puntos de encuentro surfers. Ello porque Analía Belén le gustaba la cábala del mar, de las olas, como ese tatuaje que llevaba en el brazo con la ola de la Pepita, que era todo el símbolo de su vida. Analía Belén igual descreía de la gente que le iban a presentar y estaba inquieta.

-¿Entonces estos creés que son confiables para ayudarnos con lo que estamos buscando?

-Sí, no te preocupes. Son gente que no tiene miedo a nada. Va al frente.

-¡Pero no me alcanza con que no tengan miedo! Necesitamos que sean profesionales. Esto que vamos a hacer no es para cualquier tonto. ¿Creés que son confiables para laburar con nosotros?

-No importa, vamos a manejarlo bien y sin dejar detalles al descuido. Tenemos cerrado el tema con los azules, son caros pero te evitan inconvenientes. No vamos a tener problemas.

Pocos minutos después, venía Solcito, sus amigos y amigas a esa zona de la mesa del parador a donde ellos estaban parando.

-Hola a todos

Dijo con una sonrisa. En el estacionamiento se veía su camioneta con los colores del centro de rehabilitación de adictos a las drogas, la camioneta del papá de Solcito - un importante empresario que, según algunos decían, también tenía un pasado de uso de drogas que había dejado atrás-. Pero, seguramente, ella no, porque el olor a marihuana intenso era una característica inevitable de los interiores de aquella camioneta. Hicieron algunos comentarios sobre Nueva Atlantis, Analía Belén contó que las olas eran muy chicas para ella pero que se podía surfear igual. Pero después decidieron hablar del tema que aquí importaba.

-A ver contanos. Ustedes tienen experiencia en secuestros o va a ser la primera vez. ¿Saben laburar en este tema?

- Esto ya lo habíamos hablado la otra vez en Tamesí –se refería a una reunión anterior en un restaurante de ese nombre- Nosotros vamos a cumplir, pero el trato tiene que ser justo.

Respondió tajante Solcito, con un profesionalismo que daba miedo.

-Bueno, no hablemos más. Ya tenemos todos los datos de este trabajo que nos va a dejar buena cantidad a todos los presentes. Es un golpe grande. Es una familia de mucha plata que está vacacionando en Necochea. Tenemos que ir allí.

-Pero no me gusta Necochea Solchi, está lleno de alquitrán en la arena porque tienen un puerto enorme –decía una de las adolescentes que componían la banda de Solcito.

-Pero callate estúpida. Esto es un trabajo. ¡Qué van a decir nosotros! – dijo otro joven, bastante gordo, que usaba un pañuelo estilo de los 90.

Analía Belén había escuchado la discusión interna, pero decidió no agregar nada.

-Este es el pendejo que vamos a secuestrar –Analía Belén puso una foto sobre la mesa- Tiene que ser todo rápido y sin lastimar a nadie. Vamos a pedir doscientos mil dólares que es lo que pueden pagar rápido y lo repartimos entre nosotros. No se puede hablar nada de esto por celular ni por wats ap ni por email ni por ningún medio electrónico.

-¿Nos encargamos de todo? ¿Ustedes van a participar?

-Nosotros tenemos la parte intelectual y apoyo policial discreto. Es como una franquicia viste, tenemos el know how y la marca y ustedes hacen el negocio. Solamente cien mil dólares para nosotros, la mitad del pozo, pero nosotros también le pagamos al Correntino. El resto es todo para ustedes que son los que ponen el cuerpo.

-¿Quién es el Correntino?

-Un profesional, experto en secuestros, con mucha preparación en piratería de camiones de caudales y de otros camiones en caminos. Tiene mucho conocimiento de la forma en que se maneja el Grupo Antisecuestros de la Provincia de Buenos Aires. Está con libertad condicional, porque estuvo preso veinte años por secuestros extorsivos a empresarios, cayó primero por asesinatos y después, cuando lo soltaron, cayó en cana por varios secuestros más. El viene a ser la voz, el que habla y sabe negociar muy bien, enseguida consigue que le den todo. Maneja bien la prueba de vida y demás detalles de secuestros y sabe cómo escapar de las trampas de la policía. Ustedes solamente le tienen que hacer caso y el trabajo sale bien.

-¿Dónde está el Correntino?

-Está en una casa donde fijó domicilio cuando le dieron la libertad condicional, cerca de la comisaria tercera de Mar del Plata que nos va a dar protección también. No importa. Nosotros tenemos contactos, lo pedimos prestado por una noche al comisario. No se preocupen, lo único que quieren los canas de Mar del Plata es que los secuestros y robos no sean en su jurisdicción.

Poco a poco planificaron todos los pasos del secuestro. La banda de Solcito se componía de jóvenes mujeres y de jóvenes hombres que daban el aspecto jovial y culto de niños ricos de los cuales era más difícil desconfiar. Eso resultaba importante para lograr el éxito de la operación.

El Correntino se presentó a Solcito la misma tarde del secuestro. Era un tipo gordo, de pocas palabras, se notaba que estuvo guardado muchos años. Algún rato más tarde, ella chequeó en Google con su nombre completo sobre todos sus antecedentes y pudo darse cuenta de que era un hombre con mucha experiencia en ese tipo de delitos.

La primera vez que El Correntino había caído por robo seguido de muerte, decía un sitio periodístico de internet, lo soltaron a los dos años por

unos trucos procesales. Luego de eso, cometió varios secuestros, algunos con muertes, lo soltaron de nuevo a los tres años a pesar de que la pena mínima era de más de quince años. Por ese tiempo, había corrido mucho, en las publicaciones académicas sobre derecho penal, un estudio que aseguraba que las penas no ayudan a reencauzar a los delincuentes, que muchos delitos son causa de la exclusión y marginación social y que concluía que se les debe dar una oportunidad. Había citas a ese estudio en la sentencia, así como también al texto del filósofo francés Gilles Deleuze en un libro que se llamaba “Posdata de las sociedades de control”. Dentro de la sentencia que lo liberó, había muchas citas al filósofo y el juez desarrolló una aguda crítica al sistema penal.

Entonces, El Correntino salió y, apenas salió, formó una banda de secuestradores y pudo secuestrar a un empresario y cobrar el rescate. Por los antecedentes y por el hecho de las vejaciones -golpes con la culata del arma en la cabeza del empresario- le dieron veinte años. Sin embargo, a los cinco salió con tobillera electrónica en una sentencia que, según otro portal de internet, generaba muchas dudas por sus irregularidades.

Su nueva salida en libertad en su momento arrojó repercusión mediática, por sus antecedentes, algunos periodistas criticaron el “garantismo”, pero, después de unas semanas, todos se olvidaron. Se decía que había un soborno detrás de la sentencia y que lo había reclutado el mismo Napolitano para poder recaudar, pero nada de eso podría estar segura Solcito, cuando leyó en las publicaciones de internet viejas los antecedentes del nuevo tipo que le habían presentado.

Decidieron acatar la idea. Y siguieron el plan y lo incorporaron como el cerebro de las operaciones a realizarse. Y, así, marcharon con la camioneta grande –la misma con las insignias de la clínica de rehabilitación- a Necochea, tal como todo estaba preparado. Hubo un problema con uno de los chicos amigos de Solcito que lloraba, porque decía que iban a ir presos y que nunca más iban a salir, que se quería bajar.

El Correntino -que parecía callado, pero daba miedo con la mirada-, le habló. *“Si te bajás, vamos a tener que avisar y alguien te va a terminar matando. En la mafia nadie saca los pies del plato. Nosotros somos mafia. Si sacás los pies del plato, te arruinamos”*.

El chico quedó paralizado del susto, ante la amenaza del Correntino.

Solcito, más tranquilizadora, sacó de la guantera un frasco de pastillas de redoxon que tenía dentro de sí distintas pastillas de droga sintética y se lo arrimó a Antonio que iba en la camioneta a su lado. “Alcanzale esto” le dijo. Antonio estiró el brazo y le alcanzó al chico el frasquito.

-Tomate uno de estos y te vas a sentir mejor.

Dijo Solcito que seguía al volante de la camioneta. El otro ya tenía el pequeño frasquito de redoxón en la mano.

-¿Qué es?

Solcito contestó, mientras lo miraba divertida, usando para eso el espejo retrovisor de la camioneta.

-MDMA, tomate una pastilla de las más chicas, de 60 miligramos. Fijate que sea de las más chicas. Hay algunas grandotas de hasta 120 miligramos, esas no. Sino, te va a hacer mal.

Al abrir la redoxon y dejarlas caer sobre su mano, distintas pastillas cayeron con diversas formas y colores y tamaños. Había algunas con formas de sonrisas, otras que imitaban el ajedrez y parecían un alfil o una reina, otras muy grandotas que imitaban la forma de un lingote de oro, también el logo de diversas marcas como la cerveza heineken, entre otras. Vio, sobre su mano, una pastilla más chica que las demás, con el dibujo del logo del un conejito de playboy, color rosa. Esa debía de ser de las más chicas.

-¿La pastilla rosa que tiene el conejo de Playboy está bien? Es la más chica que vi.

-Sí, esa está bien. Es tu primera vez. Empezá con poco, sino te va a hacer mal -replicó Solcito, con voz maternal, mientras lo miró por el espejo retrovisor.

Entonces guardó las otras pastillas que estaban sobre la mano -llamaba mucho la atención el lingote grande de oro que decía “gold”, debía de ser de 150 miligramos de lo grande que era – en la mano y se embuchó, de un trago la pastillita, chica. Solcito que miraba su cara de miedo por el espejo retrovisor, lo tranquilizó,

-Todo va a ser como un sueño hermoso, bebé.

Pero, al rato, volvió, se puso pesado. Tuvieron que parar la camioneta

en el medio de la ruta que conducía a Necochea. Al borde de la orilla de una de esas playas desiertas que nadie nunca conoce y que pueden ser peligrosas en cuanto a corrientes o pozos.

-No lo puedo hacer. Yo no me animo. Quiero llorar.

Decía. Se bajaron todos. Fueron a caminar en la arena. La playa estaba vacía. Había hermosas olas desiertas que rompían sobre sus espumas sobre la extensión de la arena. Mucho viento y la desolación de una playa completamente desierta.

El Correntino estaba enojado, más bien mal humorado.

-No tenemos más tiempo. Estas cosas se planifican. No estoy acostumbrado a trabajar con gente que no es profesional. Cuando secuestras las personas gritan, dicen mis hijos, lloran. Hay que estar preparados y ser más profesionales. ¡Le dije Analía Belén que yo tengo que trabajar con gente más profesional!

Había viento que levantaba arena. La camioneta de Solcito la habían dejado sobre la ruta. A pesar de que estarían a unos cincuenta metros, se veían, sobre la camioneta, sus letreros con el logo grande de “A qua” y la aclaración de que se trataba de un centro de rehabilitación de drogas y teléfono para consultas.

-Es que no puedo. Yo solo quiero venir, divertirme y drogarme. No voy a secuestrar a nadie.

-Permiso –dijo el Correntino- Tengo ganas de ir a cagar. Así que voy ir a ese médano de allá. Cuando vuelva, quiero que este asunto esté cerrado así podemos seguir con el plan.

El Correntino tenía a mano siempre su pistola calibre nueve milímetros, pero había dejado en la camioneta otras armas que aportaba para realizar el plan. Eran dos ametralladoras, varios chalecos antibala, algunos teléfonos celulares robados que se iban a utilizar para el secuestro.

Antes de salir rumbo hacia el médano, el Correntino se dirigió hacia todos los jóvenes y les dijo algo para tranquilizarlos.

-El objetivo del secuestro es el dinero, la plata. No es hacerle daño a la familia. El secuestro es solamente una medida de presión, pero el único objetivo es la plata.

En ese momento, se sentaron en la arena fría de la playa, repleta de pedacitos de mejillones rotos cortantes y de piedritas.

-Raúl, no podés arruinarnos el plan a todos. Esto te prometo que va a ser rápido y en unas noches nos olvidamos del tema.

Quien hablaba era Antonio, el novio de solcito. Un ex rugbier que caminaba medio rengo por un golpe fuerte que se había dado cuando jugaba. Era el que usaba más la frase “*¡Solcito es terrible!*” y era bueno para consolarlo al llorón, quien seguía sollozando.

-¡No me animo! Yo quiero ser actor, artista. No delincuente.

En ese momento, venía caminando ya del médano el Correntino. Cuando llegó hasta ellos dijo:

-Hoy me almorcé un combo con Big Mc a la mañana. Siempre me dan ganas de cagar estos hijos de puta de Mc. Donalds. A ver, ¿Ya resolvieron el tema?

-¡No me animo! ¡No puedo!

- Escuchame...¿Cómo te llamás?

-Raúl.

-Con esos anteojos de tan grandes seguro que sos un adicto a internet. ¿Cuánto aumento tienen? Decime la verdad, se te salió ya la ralla del culo de tanto tiempo que estás sentado enfrente la computadora en internet.

-...

-¿Te gusta internet o no pibe? A lo mejor lo podemos arreglar.

-Sí.

-¿Tenés redes sociales?

-Sí.

-Bueno, de ahora en más sos nuestro investigador cibernético.

-¿Investigador?

- Arriba te dejamos todos los datos del pibe que vamos a chupar. Vos tenés que meterte en su facebook, instagram, lo que sea y en el facebook de sus



padres y tomar todos los datos, twitter, horarios, lugares que van, donde tienen la guita lo que sea. Y después de eso nos das la información. Quiero que investigues en internet otra gente que nos sirva para trabajar. Fijate la gente de guita. Fácil reconocer la gente de guita. La gente de guita es la que haces muchos viajes, pone fotos de muchos viajes y de hoteles caros es porque tiene guita. Anota el nombre de los hijos, los horarios, los colegios, los gustos, tenés que hacer un perfil.

-¿Y no voy a secuestrar?

El Correntino lo miró con frío desprecio.

-Te quedás afuera de la fiesta. No vas a ver ni una bala. Ni un grito de gente que pide ayuda. Pero queremos buenas investigaciones.

Así fue la primera vez que la banda de Solcito comenzó su carrera de secuestros en las costas de la playa Argentina. Siempre con la ayuda y asesoramiento de El Correntino, el cual tenía además los códigos tumberos de todo lo que había aprendido sobre juicios, pruebas, cómo salir rápido de prisión y también los secuestros. Aunque al principio Solcito y sus amigos eran principiantes, poco a poco lo fueron perfeccionando. Los datos más importantes eran los que tomaban de internet, de las redes sociales. *El Correntino* estaba contento con los datos que le suministraba Raúl.

-Investigaciones para secuestros eran las de antes. Ahora cualquiera investiga. La gente publica todo lo que necesitás en internet. Yo si tuviera un pibe, jamás publicaría nada, hay que ser pelotudo.

Por información que les daba el Correntino, desarrollaron varios trucos. Pero siempre daban sus golpes afuera de la jurisdicción de Mar del Plata. Entraba uno de ellos al restaurante junto con otra, como si fueran una pareja. Entonces la mujer se lastimaba a propósito y le salía sangre. Por eso, el joven le decía mi novia se lastimó, por favor mándeme a alguien del Restaurante a ayudarnos. Cuando la persona del restaurante llegaba a donde tenían estacionado el auto, lo secuestraban y luego pedían un rescate menor y todo rápidamente.

Otras veces, colocaban un coche con carteles que anunciaban que el precio del coche estaba en venta. Entonces, cuando alguien se acercaba a preguntar, lo hacían entrar al coche para preguntarle si le sentaba bien los cambios. Apenas la víctima entraba al coche, la secuestraban y pedían, como

rescate, el mismo valor anunciado a la venta. Otra variante era utilizarla a Damasia, una chica muy linda de la banda de Solcito, Damasía decía que se le había trabado la caja de cambios, sino podían ayudarla. Cuando la víctima entraba, le daban un masazo en la nuca para dormirlo y después pedían rescate.

Pero, más allá de esos trucos, los montos mayores se conseguían con secuestros de hijos de “gente de guita”, pero, para los secuestros de niños, usaban los datos de internet y era donde pedían rescates mayores. Para lograr los secuestros de chicos y de menores, usaban a un anciano que tenía una cara mucho más confiable, como un abuelo bueno. El anciano era un ex presidiario, veinte años atrás un asaltante de casas residenciales, pero hoy un ex convicto de la tercera edad que ya había cumplido su condena, conocido del Correntino y quien se prestaba para realizar estas changas. Repetían siempre la misma estrategia que se las había enseñado el Correntino. El anciano llegaba a donde estaba el menor manejando un choche, iba con todas las fotos y nombre provistos por la investigación de Raúl, el anciano iba bien vestido, con una cara muy confiable, un abuelo bonachón, levantaba la ventanilla, llamaba por su nombre al menor y luego le decía *“Tus papás tuvieron un accidente y están en un hospital los dos, me dijeron que venga a recogerte, subite al coche”*.

Pero todo estaba supervisado por Analía Belén que cobraba un cánon por permitirles secuestrar en las costas de Argentina y darles protección, junto con el Correntino que respondía a sus instrucciones. A su vez, Analía Belén debía reportar a gente que ella había conocido y que manejaba muchos delitos en la costa, debía compartir parte de lo que le pagaban. Entre ellos, al comisario Napolitano, al cual conocía gracias a su ex pareja “El Panduro”, aquel chico de la playa que muchos años atrás la había iniciado en el delito.

Cuando eran secuestros de montos mayores, usaban al verdadero profesional en el tema que era el Correntino. La voz del Correntino, distorsionada por un programa de computación, daba miedo a cualquiera. Era una voz calma y muy grave, experimentada en secuestros, que te hipnotizaba a cumplir con desesperación todo lo que decía. El Correntino sabía muy bien negociar y lograr que paguen rápido el rescate y, así, hacerse todos del dinero lo más fácil y rápido. Lo usaban únicamente para secuestros de montos grandes.

En esos casos, Analía Belén debía reportar a los capos, unos mexicanos que tenían una casa en un barrio cerrado de Tigre. Ellos muchas veces le exigían que le llevase parte del botín a políticos e intendentes de la zona, para financiar campañas políticas. Ello no hacía nada más que ir, preguntar por un asistente del político y dejarle el sobre con la cantidad de dólares que a ella le pedían desde Tigre, pero jamás ella fue en persona a llevar el dinero a ese barrio cerrado. Ellos le decían a dónde había que dejarlo directamente. Otras veces, debía usar el monto para conseguir drogas (casi siempre cocaína), luego iba al Congreso de la Nación a entregársela a unos tipos en una oficinita chica, con una mesa repleta de papeles desparramados, de esas antiguas de techos altos del Congreso, aparentemente asesores. Iba con el número de la oficina, dejaba la droga en una bolsa, un kilo o dos kilos de cocaína, no decía casi nada, si apenas saludaba y ellos, sin darle nada a cambio, la guardaban en un cajón. Luego, ella se iba. Y eso también era para pago de servicios o protección o lo que fuera. Ella no podía preguntar mucho, sino cumplir con la instrucción del reparto de la comisión que daban sus superiores. Cualquier pregunta en estos ambientes, había aprendido Analía Belén, siempre era mal recibida, lo importante es cumplir lo que te piden “como un soldado”.

La banda de Solcito vivió unas épocas muy importantes en cuanto a lo que ellos buscaban: adrenalina y diversión. Se daban fiestas con un surtido muy espectacular de drogas sintéticas, manejaban drogados la camioneta de Solcito y con la música a todo lo que daba y el perro adentro saltando de acá para allá.

En una de esas tardes, Raúl les dijo que les quería presentar a todos el resultado de su último trabajo cibernético.

-Más te vale que sea bueno. No puede pasarnos lo de la otra vez. Tiene que tener muchas fotos.

-Esta vez, imprimí muchísimas fotos

Raúl extrajo de su mochila una carpeta llena de impresiones con fotos tomadas de redes sociales, sobre todo Instagram y Facebook, y papeles. Puso todo arriba de la mesa. Era una mesa peculiar porque la habían construido ellos mismos con un cartel de la ruta. El cartel decía “*Respete las señales de la policía*” y a ellos les pareció artístico robarlo de la ruta y utilizarlo para hacer la mesa. Por eso, Raúl puso todas las fotos arriba de la

mesa. Una mesa de color amarillo que, en verdad, era un cartel arrancado de una ruta solitaria de la provincia de Buenos Aires.

-Tengo un nuevo candidato para un secuestro espectacular. Podemos pedir guita en serio.

Las fotos desparramadas sobre la mesa contrastaban con la leyenda del cartel que rezaba “Respete las señales de la policía”. Eran fotos de facebook, impresiones de imágenes de facebook de un chico y de sus padres. Decenas de fotos, fotos de un colegio en el barrio de Nordelta, fotos de un mismo chico jugando al fútbol, fotos de hoteles y de una casa lujosa. Todas arriba de la mesa.

-¿Qué tenés?

-Felipe, se llama. Es el hijo de Martin Taglione, el dueño de la Almeja Amarilla. Vive con la madre, esta es la madre, María Laura, vive en Tigre, estas son las fotos de la casa. Mirate los viajes que hace con el padre, estas son las fotos de los hoteles. Acá tenemos el colegio donde va que está, dentro de un barrio privado en Nordelta, pero va a tomar clases de fútbol afuera a San Isidro todos los jueves. ¿Ves? Acá tenés todo. Va a ser un golpe grande, millonario. ¿Se animan?

A las cuatro de la tarde, la Estación de tren de Jose C. Paz estaba prácticamente vacía. No se veían esos enjambres apurados de gente de otros horarios. Cerca de las boleterías, cinco perros tirados sobre el asfalto. No estaban muertos, pero parecían dormidos con un sedante. Ninguno se movía. Ni siquiera espantaban sus moscas. Los esquivó. Eran perros callejeros, olvidados.

Había también un Kiosko de lata de venta de panchos, con siete envases plásticos cilíndricos de salsas como ketchup, mayonesa, salsa golf y otras. Nadie compraba. El precio de los panchos estaba remarcado tres veces con birrome, huella de la inflación mensual descontrolada.

-¿En dónde están los que salen para Derqui?

Antes de contestarle, el guardia –de rostro amerindio- lo observó de arriba abajo.

- En la plataforma 2. Pasá por arriba del puente o, sino, hacia las vías.

El puente era de metal, como decía la indicación del email. Pero no había nadie arriba. Más que de metal, era de hierro oxidado, y recorría techado por encima de las vías. No había nadie, a pesar de que su celular inteligente marcaba las cuatro de la tarde.

Mientras caminaba por el hierro, pensó en las formas que tenía el piso de metal. Abolladuras intencionales para que nadie se resbale. Eran formas de semillas de acero, oxidadas. O almendras de acero. Eran útiles para evitar un resbalón. En los días de lluvia aquel metal podía verse peligroso. La gente apurada corre un tren en un puente.

En días de lluvia, pensó, esas almendras de acero que recubrían el piso del puente podían evitar los accidentes. Y los accidentes significan juicios. Y los juicios significan indemnizaciones. “Los abogados vemos los riesgos de juicios en todos lados” le dijo una vez un profesor. Era verdad. Una verdadera profesión de problemas. A veces la quería, pero casi siempre la odiaba. Sobre todo, detestaba a los abogados. Los abogados son lo más soberbio del mundo. Son detestables todos y él era uno de ellos.

Ni que hablar de las abogadas. Mariano sería misógino, sino fuera por el hecho de que también detestaba a los hombres. Una vez le dijeron que era

un “misógino” y contestó “*eso es una verdad parcial, porque soy misántropo, detesto también a los hombres*”.

Ahora, las formas de semillas oxidadas sobre el puente de metal le habían producido esa reflexión sobre la gente que se patina, se cae y le hace un juicio al estado y a la empresa de trenes.

Estúpidos abogados siempre hacen juicio por cualquier cosa y te sacan la plata. Miró su celular. Por el wats ap se veían muchos mensajes no leídos. Los recorrió sin tiempo. Un empresario idiota que no estaba contento con la demanda que había contestado. Tres meses antes de contestar la demanda les avisó que iba ser notificada y les pidió los papeles e información. Para poder hacerlo con tiempo. Pero no le dieron bolilla. Cuando llegó la demanda notificada tampoco contestaron sus preguntas. Le dieron todo un día antes de que se venza el plazo. La contestó como pudo y el imbécil del empresario le recriminaba por wats ap que no le gustaba la redacción. Se quejaba de que no la pudo leer.

A esa gente idiota hay que cobrarle muchísimo más, parte por el trabajo y parte por el mal humor que te producen. ¿No entendés lo que significan los plazos? Dejó el celular en el bolsillo porque ni ganas tenía de mirar ese wats ap. “*Si yo no contesto la demanda en plazo, quedás en rebeldía y perdés el juicio*”.

Al llegar a la parte más alta del puente, miró otra vez hacia la estación. Los perros seguían tirados, bajo la mirada de los anteojos Ray Ban puestos daban una desolación mayor. “*Salí de acá, es peligroso*” “*Salí de acá, siempre metiéndote en problemas*” sintió una voz interior que le recriminaba. Las voces interiores, cuando aparecían, era para criticar sus decisiones, pero Mariano las sabía tratar, sabía que eran producto de su imaginación. Quizá esos perros ladraban todas las noches y durante el día era la hora de la siesta. Desde el puente de metal, se veían las cuatro vías.

En el otro lado del puente, vio un hombre que se acercaba, pisando los escalones de acero. Tendría veinticinco años, o tal vez treinta. Vestido con camperas de jean y remera sencilla. Miró hacia el puente y se cruzaron la mirada. Mariano sacó de nuevo su celular del bolsillo. Miró allí el mail que lo había traído hasta allí. “*Estación Jose C. Paz. Puente. A las 4 de la tarde*”. Luego, miró su reloj de acero, plateado. Era un reloj que se había comprado en el free shop de un crucero. Lindo viaje por Brasil pagado con los

honorarios de una mediación. La imagen de las playas de Brasil –algunas de arenas blancas, como si tuvieran nieve y el agua transparente por la luz del fondo que reflejan- que le trajo su memoria, contrastaba con belleza con el paisaje imponente de cemento y jóvenes de gorrita y joggings de la Estación de Jose C. Paz, Provincia de Buenos Aires.

El tipo que se acercaba ya había pasado los escalones y ahora estaba frente a frente.

-¿Sos vos Hombre Enigma?

Ya estaba en el medio del puente junto con él. A pesar de los anteojos Ray Ban puestos de Mariano, no pudo sentir telepáticamente ninguna emoción de ese tipo misterioso. Sonreía amistoso, llevaba puesta una remera y unas zapatillas.

-Muchas gracias por venir. Disculpas que no pude explicarte más cosas. Un día vas a entender todo.

Mariano lo miró sin contestarle nada. Se auto-compadeció.

Solamente un idiota como él podía prestarle atención a unos emails de una cuenta yahoo de una tal “*Hombre Enigma*”. El primer email solo inquiría si él era el abogado Mariano de Rose que había estado en los juzgados de Mar del Plata la semana anterior. Luego vinieron otros emails. Y finalmente la cita en aquel extraño lugar.

Además, meses atrás, cuando fue al Frenopático a ver a su padre, le habían pedido que deje de involucrar a los anarquistas en el crimen y que deje de investigar. Eso también era muy raro, como para, encima, darle bolilla a cualquier tipo que escribe por email y firma como “*Hombre Enigma*”.

La cita era en un lugar extraño. El puente de la Estación de Jose C. Paz del ferrocarril San Martín, a las 3 de la tarde. Provincia de Buenos Aires. La provincia de los perros callejeros que ladran todas las noches y duermen tirados en las estaciones de tren. Más que estaciones de tren, aquello era un depósito de perros abandonados que dormían con tristeza sobre el asfalto. Ni siquiera se espantaban las moscas con la cola de tan tristes que estaban cuando el sol del mediodía los delataba. O mejor dicho, de jóvenes abandonados por la sociedad, drogados y mal nutridos, que buscaban en una bolsita de poxipol las respuestas de silencio a un futuro tenebroso y repleto de gritos de dolor y

humillación para todo ellos.

Era una película documental de la pobreza de Argentina, porque la verdad estaba en el conurbano de Buenos Aires, donde se sucedían las promesas incumplidas de los políticos, unas a las otras, mientras que el sol del mediodía encontraba más perros abandonados, más chicos devastados por la pobreza -pero la pobreza de esperanzas, devastadora- y más indiferencia.

Justo a la noche anterior, Mariano estuvo jugando al poker hasta las 4 con unos amigos de El Gallego sobre una mesa grande de madera que se ubicaba en el Hall de "*Mansión Beverly Hills*". La partida la ganó su pareja "Leonie", aquella chica extranjera que estaba saliendo por aquellos tiempos y que jugaba póker como nadie la desgraciada. Mezcla enigmática de talento o azar, no se sabe por qué una misma persona gana al poker muchas veces, pero pasa.

No recordaba con certeza hacía cuando ya que le llegaban los emails de "*Hombre Enigma*", pero deberían ser por lo menos unos cuantos meses. Al principio no lo escuchaba, pero después de las cosas que le pasaron, como cuando lo amenazaron el día que fue al Frenopático, estaba demasiado ansioso de información. Para que pueda concretarse, debía realizar la reunión. Finalmente, la reunión se concertó. El punto de encuentro, el puente de la Estación José C. Paz, donde no había nadie, ni un alma, pero era un buen punto de encuentro.

Y ese día, por una peligrosa estupidez, se levantó a las 10 de la mañana, se tomó un vaso de jugo de naranja exprimido con esa máquina grandota que tenían en la cocina, y, además, cumplió con la consigna prometida. Allí estaba. Frente a frente con el autor de los emails misteriosos que le habían llegado en los meses anteriores.

-Una sola cosa quiero saber. ¿Me podrías decir por qué no podíamos encontrarnos en un lugar más común, como en un simple bar de Buenos Aires?

El "Hombre Enigma" volvió a dar la misma respuesta que dio por email ante la misma pregunta.

- Lo que veo en tus ojos, es que sos una persona que tiene una intuición muy poderosa y eficaz, pero que nunca la usaste. No seas tan racional, porque el arma más poderosa que tenés es la intuición.



-¿Y me podrías decir al menos tu nombre?

-Sí, te lo puedo decir. Pero no en este momento.

Tras aquello, se produjo un silencio de impotencia. No había nadie arriba de ese puente de hierro a las tres de la tarde. Mariano miró hacia las vías de tren. En ese momento, estaba llegando uno desde Buenos Aires, era azul, y, desde las ventanas, se asomaban siluetas espectrales de chicos drogados. Toda la provincia de Buenos Aires estaba repleta de adolescentes con los rostros y los gestos marcados por el golpe de las drogas. Drogas como poxipol, y, sobre todo, paco. Eran flaquísimos.

El “Hombre Enigma”, que era misterioso, pero su cara le sonaba conocida de algún lado, miraba la llegada del tren a su lado y volvió a hablar.

-Vení. Acompañame.

El volvió sobre sus pasos. Caminó sobre el puente rumbo hacia la estación.

-Pará.... ¿Me decís de qué se trata esto? ¿En qué te puedo ayudar?

-Ahora te explico. Vení.

No tuvo otra que seguir al Hombre Enigma. Pero, a pesar de llamarse así, su rostro le sonaba familiar. En algún lado lo había visto antes y no podía recordarlo.

No quedaba otra que caminar detrás de él hacia donde estaba. Las pisadas sobre el piso de hierro oxidado –recubierto de aquellas formas de almendras de acero- producían un leve temblor, en cada avance. Como si el puente de hierro entero se pudiera caer ante cada pisada. Al dejar atrás el acero, se veía más gente en los banquitos esperando el próximo tren. Además, los pobres perros callejeros seguían tirados sobre el asfalto caliente de la estación. Tirados casi como muertos.

Era como si hubieran mezclado marihuana con vodka de mala calidad durante toda la noche. Perros con un porro grande, tomando vasos de vodka con fanta. Ese tipo de visiones mostraban que estaba arruinado. Más que los perros, llamaba la atención aquel tipo de jean y zapatillas que no daba información, pero transmitía algún raro carisma.

No podía explicarse Mariano cómo es que le hizo caso y llegó hasta

allí. Todo comenzó con un correo electrónico. Desde que estaba con aquel expediente, le daba miedo mirar el correo.

También, desde hacía mucho tiempo, tenía miedo de las redes sociales. Tenía en su dormitorio instalada la computadora. Su dormitorio era uno de los más grandes de aquella casona vieja que ellos, para su emprendimiento turístico, habían bautizado “Mansión Beverly Hills”. Le daba miedo ir a la computadora y recibir mensajes raros.

Dieron la vuelta por el molinete de salida de la estación. Había un grupo de gente apurada. Muchos estaban deshumanizados por la droga. La vida de acción que no te deja detenerte a pensar. Jóvenes de veinte años con el cuerpo al aire, flacos raquíticos. La mirada rota por las drogas de mala calidad. Gorritas y zapatillas importadas. Mes a mes, año tras año, década tras década, Argentina se hundía más y más en la pobreza y la pobreza hacía estragos en las caras. Pasaron por el borde de un local de venta de ropa a la calle. Muchos iban por allí, con un buzito cuya capucha les tapaba el rostro.

Dieron la vuelta por un puesto de diarios vacío, que daba a una playa de estacionamiento de colectivos. Inevitable ojear las malas noticias de los diarios. Un titular hablaba de un aumento mensual del 40% para la nafta.

El local a donde iban expedía olor a podrido y moscas, ya a la distancia, y tenía un curioso nombre en su cartel de metal oxidado. Decía “*Pancho Hitler, el verdadero sabor alemán*”, se llamaba y tenía, como logo del local, una caricatura del dictador alemán con su bigotito chaplinesco, mordisqueando un pancho con una sonrisa. Simpatías arias en Jose C. Paz, Provincia de Buenos Aires, Argentina. Era todo muy bizarro, pero ya nadie podría llamar la atención de Mariano de Rose con la cosas extrañas que pasan.

Fuera del nombre del local, era una de esas casas de comida rica rápida, características de la América amerindia, donde vendían hamburguesas y panchos como única comida. En cajitas de plástico se guardaban papas fritas viejas que se sacaban con una palita de plástico para poner encima de los panchos. El hombre que la atendía usaba una remera con letras de una leyenda norteamericana en inglés. En las paredes de local, había cuadritos con imágenes de las armas de los alemanes en la segunda guerra mundial, como por ejemplo el tanque Panzer IV. El mozo lo reconoció.

-¿Otra vez por acá Manuel?

Tenía una sonrisa.

-Dame lo de siempre.

Dijo el desconocido, pero ahora, al menos, tenía su nombre de pila: Manuel. Ya no era más un Nick de internet llamado “Hombre Enigma”.

Luego, por fin lo miró a los ojos.

-¿Vos que querés?

La verdad, no quería comer nada. Le encantaban las pancherías y las casas de comidas rápidas.

Cuando era estudiante trabajaba en un estudio jurídico como procurador. Entonces consumía esos panchos eran su deleite máximo. Todavía se acuerda de Natalia. La secretaria del jefe de aquel estudio jurídico. Una mujer que bordeaba los 40 años y que le recriminaba si volvía tarde, tras haber terminado los trámites. Le preguntaba: ¿Paraste a comer? Mariano mentía, y le decía que no. Pero ella intuía la verdad. Y le decía: “Mejor que no, porque a vos no se te paga para que comas, sino para que hagas trámites. Tu horario son cinco horas y no incluye la comida”. Claro, pero no se me hacen aportes basura. ¿O no es cierto que me tienen en negro pedazo de trola? ¿Entonces qué te haces la moralista forra?

Mariano, de las pancherías que pasaba cuando hacía esos trámites, conocía del arte del gourmet especial del pancho. No es para cualquiera, el chucrut con mostaza, las mayonesas con aceitunas trituradas, las rodajitas de pepino, las semillas de amapola. Todo eso podía reconocerlo. Mariano era respetuoso del pancho. Porque el pancho era lo único bueno de aquel estudio jurídico de mierda donde había trabajado cuando recién comenzaba con la profesión.

-Dame una cerveza de lata

Dijo. No iba a decir ni una palabra. Sabía que iba a estar allí un rato hasta que ese hombre, “Manuel”, o el “Hombre Enigma” se decidiera a hablarle del tema. Le gustó sentir el aluminio congelado de la lata de cerveza sobre su mano. Era premonitorio del gusto a cerveza fría en la boca.

-¿No comés ni siquiera un pancho?

-Bueno –se tentó- un pancho te acepto.

Miró el menú y, tras una rápida revisión de los distintos panchos de la casa que le costó porque aún llevaba sus anteojos negros puestos, se pidió un “pancho Goebbels”. Era un pancho que venía con salchicha tipo alemana, salsa barbacoa, chucrut, espolvoreado de semillas y curry picante y, arriba, papitas extraídas con una pala de plástico de un taper lleno de papitas chicas fritas rotas. Curioso una pancheria que se llame “Pancho Hitler, el verdadero sabor alemán” y que uno de los panchos aluda al Ministro de Propaganda de la dictadura nazi, cosas tan raras que pasan en Argentina.

Mientras el curry picante daba su bienvenida en la boca, Mariano se dedicó a observar. Lo miraba con sus Ray Ban puestos, no llegaba a captar nada. El misterioso sujeto, en tanto, estaba comiendo una hamburguesa con rodajas de tomate y lechuga. Con la mano, se espantaba las moscas.

-Ahora se que te llamás Manuel, pero de algún lado nos conocemos puede ser. ¿Puede ser?

-Sí, ya nos habíamos visto antes.

-¿Quién sos?

La pregunta fue tan ineficaz para obtener respuestas como el ventilador del techo del local, para espantar las moscas.

-No importa quién soy. Soy una persona más conocida en algunos ambientes, pero necesito de la reserva.

-Muy bien.

Tras un silencio, el misterioso sujeto se despachó con una definición más larga de sí mismo.

-Yo tengo un poco de ese tipo que conocías y que te maltrató, que fue tu enemigo, que se divirtió con vos. Tengo un poco de ese otro que te ayudó, que fue importante para que crezcas en la vida, que te dio un empujón cuando más lo necesitabas. Tengo algo de aquel otro que le diste una mano, cuando estaba caído, cuando todos pisaban su cabeza, vos lo ayudaste y eso fue todo para él porque te miró como salvador. Y lo demás, amigo mío, es original mío.

Se tomó un poco de cerveza fría. El chucrut (una mezcla que se hace con repollo) no era bueno. Podía reconocer un chucrut casero y fresco con medio

bocado y el chucrut del pancho no lo era. Tomó un trago de la lata de cerveza.

-¿No puedo tener ninguna información sobre cuál es tu verdadera identidad?

-Por el momento, prefiero no darte ni siquiera mi nombre.

-Escuché recién que te llamás Manuel.

-Ah cierto. Así es.

Se quedaron callados. Se escuchaba el refunfuñar del ventilador malo, sobrepasado el ruido por otro tren que habría llegado a esta hora a la estación de Jose C. Paz. Las moscas estaban gordas, como si acostumbrasen a probar las salsas de mayonesa burbujeantes de la pancheria, cual manjar exquisito y exótico de un embajador mundano que habla en francés y es un snob.

-¿Y para qué me citaste? No sé para qué vine yo hasta la Estación de Jose c. Paz, pero puede explicarse en que soy un tonto. Pero vos...¿Para qué me citaste?

- Tengo algo que sé que te puede interesar.

-¿Qué es?

-Como te dije, información muy importante que podría esclarecer las causas de la muerte de Ezequiel Muñoz y de un próximo delito que se quiere perpetuar muy grave contra un chico.

- ¿Ah sí? ¿Cuál es el próximo delito?

-Es un secuestro.

-¿Y a quién van a secuestrar? ¿Y cuándo lo van a secuestrar?

-A Felipe Taglione, el hijo del dueño de la Almeja Amarilla. Si supiera que yo me estoy preocupando por su hijo, no lo podría creer. Justo yo.

- ¿Por qué murió Ezequiel Muñoz? ¿Qué sabrías decirme sobre las causas de su muerte? ¿Por qué tendrías tanta información?

- Por ahora basta con decir que lidero una organización clandestina. Tenemos un sistema interno para seguir a la gente que no es muy confiable. Una mujer que se acercó a nuestra organización nunca nos pareció muy confiable, surfea muy bien. Y toda persona que surfea muy bien, es porque le

gusta el mar de verdad. Un signo de que es buena persona. El que ama el mar de verdad siempre es buena persona. Pero la señal nos falló esta vez. No es de las nuestras. Pero después pasaron otras cosas graves. Secuestraron a uno del grupo, un pibe buenísimo, que surfeaba y lo reclutaron desde nuestra organización. Mataron a Ezequiel Muñoz, un pibe espectacular que había venido a una de nuestras reuniones. Ya empezamos a sospechar que el problema estaba con nosotros. Desde, entonces, tenemos una investigación interna y pudimos rastrear hasta las causa de la muerte de Ezequiel Muñoz y mucho más de lo que pasó. Sabemos mucho sobre lo que pasó, por qué murió Muñoz y qué piensan hacer ahora.

-¿Cuándo empezaste a investigar esto que pasó?

-Para serte sincero, nosotros no confiamos en nadie. Por eso, primero te investigamos a vos. ¿Te acordás de Miguel, el dueño de Teahupoo? Ese con el cual surfeaste varias veces. Bueno, pertenece a nuestra organización.

-Sí, yo encontré un pen drive con muchas fotos que me sacaron en distintos lugares y vi también que...

El hombre interrumpió.

-Sí, lo sabemos. Burlaste la clave con la ayuda de un informático extranjero. También sabemos eso.

-¿Me seguían también en Buenos Aires?

-Queríamos saber si eras de los buenos o de los malos. En esta película solamente hay chicos buenos o chicos malos. ¿Te acordás del día de playa en La Paloma?

-Ah, ahora me acuerdo. Tu cara me sonaba conocida de algún lado, pero ahora lo sé. Esa vez que estabas comiendo una manzana mientras esperabas la ola, en la playa La Paloma. Me hablaste de Krishnamurti, el filósofo hindú.

-En ese momento te estábamos estudiando. Porque en esta película, solamente hay buenos y malos. Nunca te olvides de eso.

-Quisiera tener más información sobre lo que me decís y más claridad.

En un gesto que buscaba el auxilio de la fortaleza química, se tomó de un fondo blanco todo lo que quedaba de cerveza antes de continuar.

-Basta de misterio. Si no me voy a ir, porque no te voy a poder ayudar y

no me parece justo hablar con alguien que no muestra sus cartas.

Sacó de su billetera, que tenía dibujos sobre alpaca, la matrícula profesional y la puso arriba de la tarima antes de continuar.

-Soy abogado, tengo secreto profesional. Nada de lo que me digas va ser difundido por el secreto profesional. Pero necesito toda la verdad. Y no puedo ayudarte a lo que buscás si me das toda la información. ¿Quién sos? ¿Cuál es tu organización clandestina?

-Yo soy El Mumi, el líder de los Rebeldes de las Olas, una organización anarquista. Operamos en Mar del Plata. Surfeamos.

Algunas horas después, Mariano de Rose anotaba los datos dentro de su cuaderno de apuntes, en su dormitorio en “Mansión Beverly Hills”. Una de las posibilidades más lógicas era hacer la denuncia de todo aquello y deslindar así toda posible responsabilidad que pudiera acarrerar recibir esos dichos. No entrar en los anillos concéntricos de la locura y de la irracionalidad mística. Si era verdad que iban a secuestrar a otra persona, lo mejor era comunicarlo a una autoridad.

Otra de las posibilidades, era ir directo a donde el sujeto le había indicado que debía ir para profundizar la investigación. Según el tipo le dijo, debía dirigirse a un Balneario abandonado, situado a unos pocos kilómetros de Necochea, llamado “Centinela del Mar”.

En su habitación de “Mansión Beverly Hills”, él tenía un escritorio viejo. Era uno de los tantos muebles viejos que habían comprado con El Gallego en las tiendas de reventa de San Telmo. Sobre el mueble, apoyaba su laptop y buscaba información en internet sobre “Centinela del Mar”. Jamás había escuchado hablar de ese punto geográfico, pero la información contribuía al misterio de aquellos datos encerrados detrás de esto.

“Centinela del Mar”, haría unas décadas atrás, habría sido un balneario con muchas familias que lo visitaban. Pero, poco a poco, el paso del tiempo lo dejó en el olvido y se convirtió en una especie de pueblo fantasma sobre las olas del mar, o sobre la playa de las olas del mar. Allí debía dirigirse si quería atreverse a profundizar en el conocimiento de lo que había sucedido y - por qué no también- profundizar en el conocimiento de sí mismo.

El tipo tenía mucha información, pero no se la podía dar ahí. Había pasado la primera prueba al aceptar encontrarse con él, cara a cara, en el puente de hierro del tren de la estación Jose C. Paz. Pero, ahora, si quería conocer más del tema, debía ir a “Centinela del Mar”. Un lugar que tiene la fuerza de la energía pura, esa fuerza que solamente emanan los lugares abandonados por la civilización. Ese encanto que tienen esos lugares ayuda a despertar de la consciencia de nuestra unión con las olas del mar.

Más explicaciones el sujeto misterioso no pensaba darle, pero eso no era comprensible para ninguna persona normal, pero sí para quien se presentaba como el líder de una especie de secta. De acuerdo a lo que decían, “Los Rebeldes de las Olas” no eran nada más que una agrupación anarquista, sino que tenían componentes de mito, de esoterismo. Los que se acercaban a la organización, decían los informes, especialmente los publicados por la especialista Iamurri, se terminaban por alejar de sus familiares, de sus amigos, de sus parejas.

Dentro de una carpeta interna llena de folios cuyo título decía “*Querella: Ezequiel Muñoz*”, Mariano guardaba los recortes de diarios que daban cuenta de toda esa información de Mar del Plata que le podría haber resultado importante. No podía creerse todo lo que el tipo loco ése le había dicho, pero si era verdad estaba próximo a cometerse otro gran delito, posiblemente otra muerte. Eso lo inquietaba.

Abrió la puerta “El Gallego” y le increpó.

-¿Qué pasa? ¿Te olvidaste?

-¿De qué?

-Hoy tenemos que ir a la Cancha de Boca. Juega con Independiente y vamos con unas foráneas. En media hora salimos. Te estamos esperando abajo en el living de Mansion Beverly Hills. Preparamos salames, quesos y cerveza.

-Bueno, aguantame que me doy una ducha y salimos.

Las chicas estas estaban parando en un Hostel cercano, un Hostel situado a cinco cuadras de allí. A sus años, Mariano pensó que se estaba comenzando a hartar de esa vida de cambiar de mujer en mujer. Hacía un año y medio que se había casado su ex novia Agustina. Había vuelto con un novio anterior a él y pocos meses después se casaron. Le dijeron que ella estaba



embarazada. La noticia se la transmitió su hermana y él se alegró por Agustina.

Sintió, en un segundo, el peso de todas las presiones del padre de ella, de la época que le compraba el traje nuevo y los zapatos para que sea un “abogado ganador” y fue como un alivio. Aquel traje que le habían comprado aún lo conservaba. Se veía en el armario de su habitación junto a otros dos trajes más que completaban su vestuario formal. Pero era un traje con historia, apenas lo veía era inevitable que aparezca, como una imagen, la cara del padre de Agustina que lo miraba de atrás del vestidor mientras se probaba el traje, le cruzaba una palmada por la espalda y le decía “*Decilo... ¡yo soy un ganador! ¡yo me como el mundo!*”. No vio eso en el espejo tan seguro y lo que aprendió a reconocer fue el desdén de esa novia. El la dejó, es cierto, pero mucho antes ella dejó de admirarlo.

*“El hombre tiene que estar al lado de una mujer que no tenga una admiración exigente”*, pensó.

A todas las demás hay que tomarlas como un pasatiempo transitorio. No se puede estar por la vida con un traje de super héroe puesto, hace mucho calor y transpira. O sea, que, creía, no la extrañaba a ella, a Agustina, pero tampoco estaba tan comfortable en esta vida de sexo rápido y ocasional con distintas extranjeras que venía teniendo en los últimos años. Las llevaba a “El Samobar”, en La Boca, por las noches, reducto blusero del under, pero esas letras de blues transmitían una melancolía que comenzaba a entrar en él.

Había que buscar algo más, algo distinto y no sabía qué.

Tres semanas atrás de eso, lo llamaron de un grupo de wats ap de ex alumnos de la facultad. No quiso ir. Llegar y que todos vean que tu vida es un estropicio, mariguana, parejas esporádicas, soledad. Un negocio de turismo con extranjeros que apenas pagaba los gastos, tener de socio al delirante ése de su amigo, una carrera profesional que no arrancaba. Así que no fue, pero sabía que no era la mirada de los otros lo que lo perjudicaba, sino que ese tipo de reunión sea un espejo que lo muestre ante su propia mirada. Igual probablemente nunca, ante ningún destino de la vida, iría a ese tipo de reuniones.

En esos momentos, como un relámpago, pensó que la vida pasa a toda velocidad y que debía despertarse. Volvió a mirar su escritorio. Entre tantas carpetas de plástico con marcador, llenas de papeles judiciales desprolijos,

con el nombre del juicio anotado sobre ellas que descansaban en pilas debajo del escritorio -simulando una inserción laboral como abogado-, el caso de Ezequiel Muñoz era la más interesante. Había dos casos de concurso preventivo, una panadería uno y un emprendimiento de internet el otro. Unos diez casos de querellas y defensas penales en la Justicia de la Ciudad de Buenos Aires, la mayoría de ellos eran por la figura del “hostigamiento”, peleas de vecinos que usaban el aparato judicial para molestar a otros vecinos por rivalidades triviales.

Sin dudas, la investigación relativa a Ezequiel Muñoz era la más interesante, aunque no rindiese nada económicamente. Desde que la Corte Suprema de la Provincia de Buenos Aires hizo lugar a sus recursos y reabrió la investigación, el caso no tardó en atrapar su curiosidad y su interés. Ahora aquel tipo, mezcla de líder religioso y líder político, le hablaba de un filósofo hindú llamado Jiddu Krishnamurti y, como esos desafíos iniciáticos tan típicos de las sectas más peligrosas, le decía que debía ir, él mismo, a un Balneario abandonado a buscar las respuestas.

Entró El Gallego de nuevo.

-¡No bajaste! ¡Te estamos esperando! Son dos holandesas que tienen muchísimo sentido del humor y además les encanta el fútbol. Son pura alegría. Son de Boca.

-Estaba trabajando en un tema. Creo que podemos ofrecer un servicio exótico nuevo. Visitas guiadas a un Balneario abandonado.

El Gallego pensó unos segundos, callado. Luego volvió a hablar.

-Todo lo que sea exótico se hace atrayente para quien está de viaje. ¿Cómo se llama el Balneario?

-Centinela del mar.

Eran las 17 horas e Inés Gonzales Althave estaba apurada. Su hijo Juan Cruz se había atrasado de su clase de gimnasia en el colegio Saint Patrick, donde ese día les tocaba su campo de deportes. Ella y su marido le exigían mucho a Juan Cruz, pensó.

Juan Cruz debía ser el mejor en todos los deportes, el mejor en todas las materias, debía tener todos los amigos, debía traer todas las copas de rugby y de polo para colocarlas en el estante del living de ése departamento que, con mucho esfuerzo, habían comprado en una torre que se erigía en el barrio Puerto Escondido, Nordelta. Había apenas dos copas en el estante del living, obtenidas por su marido Federico, una de un torneo dobles mixto de tenis que él jugó en equipo con una vecina del mismo edificio. Pero todavía ninguna de su hijo Juan Cruz, quien había entrado nuevo a primer año al Saint Patricks School, hacía ya dos años y ahora cursaba tercer año.

Federico se llamaba su marido, quien ahora estaba tirado sobre la cama de su dormitorio, jugando al FIFA, con la Play Station, consola Ps4 Slim, Sony Era un departamento pequeño, de ochenta metros cuadrados, dos dormitorios, uno para ellos y el otro para Juan Cruz.

400 mil dólares les había costado en su momento y para ellos significó un esfuerzo inmenso. Pero no se imaginaba los otros costos fijos que llegaban después como las expensas de allí, los impuestos, el colegio, los viajes de vacaciones que había que realizar para no ser menos que las otras familias en Nordelta. Y todas las cosas que había que comprar porque la gente se fijaba mucho si no las tenían.

Posiblemente, ella sospechaba, había muchas otras familias allí que estaban igual, con muchísimo stress por los gastos fijos. Y eso se notaba en la entrada del edificio donde el consorcio ponía una lista con los apellidos de todos los morosos de las expensas. Cuando llegó la crisis, la inflación y la recesión generalizada en el país, entonces la lista de los morosos crecía sobre el cartel eléctrico de la entrada que denunciaba sus apellidos en el hall, como una pizarra de un aeropuerto que anuncia los próximos vuelos. Ellos habían pagado su expensa el mes pasado, y vieron su nombre desaparecer de la lista, pero igual era muy grande la lista y eso denunciaba que estaba caro vivir allí. La crisis estaba llegando como el agua debajo de una puerta y costaba mucho

poder aguantar todos esos gastos fijos.

No importa. Todo sea por poder darle a Juan Cruz, su único hijo, un estilo de vida más sano, en contacto con el verde y unas oportunidades que otros no habían tenido.

Juan Cruz no llegaba. Se debía haber retrasado esa tarde, pero ella debía salir a lo de su amiga urgente, Maria Laura Taglione, la ex esposa de Martín Taglione, el dueño de “La Almeja Amarilla”.

Desde la ventana del departamento, pudo recrear su vista con el lago, los barcos amarrados, la extensión de los campos que eran aire para su vista.

Trató de recordar el momento de cuando ella y su marido lo compraron, en parte en cuotas con un crédito hipotecario. Ambos habían pasado su infancia en barrios porteños que, en su momento, eran tranquilos, pero ya no lo eran más. Los barrios porteños estaban infestados de colectivos que tiran humo negro por un caño de escape viejo, aturdidos con una creciente cantidad de mendigos y de personas que revuelven la basura a resultado de las distintas políticas económicas de los distintos gobiernos, una marejada creciente de atracadores de celular y, además, sin mucha oportunidad de que Federico consiga amigos de gente de buen nivel social. Cuando lo compraron, la vista al lago con los barcos sobre la plancha del agua que irradiaban tranquilidad y paz, el olor a nuevo que nacía por todas partes, infundió el confort y la serenidad que ellos habían soñado.

No obstante, en aquellos momentos, todo parecía que iba a ser paz y tranquilidad, no imaginaba las dificultades futuras. Ella era licenciada en marketing, contaba con un MBA en Standford y era quien más contribuía al sostén de la familia. Su marido, Federico, agente inmobiliario, corredor, de vez en cuando conseguía una comisión, pero en los últimos meses todo estaba muy parado.

Las cuotas del Saint Patrick, el colegio que iba a su hijo, situado a diez minutos de allí, estaban carísimas y subían al ritmo de la inflación. Había otros colegios más baratos en Tigre, o la opción de la escuela pública del Municipio. Pero parecía imposible sacarlo allí de Nordelta y llevarlo a una escuela del Municipio de Tigre. Solamente pensar en esa posibilidad les provocaba una angustia inmensa. Cuando lo inscribieron en el Saint Patrick, les iba bien y podían afrontar el pago de sostener la cuota (aunque con gran

esfuerzo), pero, en los últimos meses, la cosa había ido cuesta abajo.

Sin embargo, ella misma había comenzado a ser aceptada por la gente importante del lugar. Su amistad más importante era Maria Laura Taglione, la ex esposa de Martin Taglione. No cualquiera podía acceder a esas reuniones, donde algunas de las mujeres más selectas del lugar, que vestían con tanta elegancia a sus ojos, se reunían y, entre las reuniones más prestigiosas, sin duda estaban esos cafés literarios que organizaba Maria Laura.

María Laura Taglione todos los jueves invitaba a una escritora feminista y organizaba un té donde ellas hablaban cosas como el “patriarcado”, “la sororidad”, cosas que Inés no entendía mucho, pero entendía que estaba “in” (como le llamaban allí), tal cual quería decir ser aceptada dentro de los círculos de familias de ahí.

Se había retrasado un poco Federico. Miró hacia la ventana del departamento, el lago, el césped, los barcos, los caminos y no vio a Federico caminar por allí. Así que le dijo a su marido que lo espere, ella se tenía que ir a lo de su amiga. Además, era importante llegar más temprano que las otras invitadas. Las otras señoras chismosas eran capaces de hacer un comentario si la veían entrar. Su marido apenas corrió la vista de la pantalla del “Fifa” un segundo para verla, asentir y luego continuar en lo suyo boca arriba.

Pocos minutos después, Inés iba a lo de su amiga, María Laura Taglione, toda una celebridad allí. En una ciudad donde había muchas celebridades que se veían muchas veces en la calle. Inés se había cuidado mucho con la ropa, porque era la forma que te podían ver. Era muy importante la ropa, la peluquería, la marca de la zapatillas para ir a correr. Manejaba el coche de ellos, un Audi S3 Sportback, de color gris metalizado.

Muchas veces pensaron, cuando los gastos eran demasiado fuertes con los ingresos, vender el Audi, pero no podrían conseguir ni quince mil dólares porque era un modelo viejo. Vender el auto sería como admitir una derrota económica delante de todos los vecinos. En otro tiempo, cuando era un modelo nuevo, habían publicado fotos del Audi en una cuenta de Instagram que tenía la familia, pero pronto supieron que no llamaba mucho la atención. Después, la cuenta de Instagram podría ser usada para difundir los viajes que hacían. Por ejemplo, cuando iban “all inclusive” a hoteles cinco estrellas, aunque después tuvieran que sufrir las cuotas de la tarjeta que apretaban la economía todo el año. Y, a veces, entre las expensas, la cuota del colegio y la tarjetas

recargadas, no llegaban y debían financiarse con el mínimo. Eso era terrible en intereses.

Estacionó el Audi en la casa de Maria Laura Taglione. Había allí, entre otros coches, estacionado un Maserati Gran Turismo, que sería modelo de ese año, o de tres años atrás como mucho, que la puso en su lugar a ella y al Audi. Era una casa situada en el barrio “El Golf”, que daba al lago central, con un muelle y kayaks para salir a remar por las tardes. En esa casa, vivía Maria Laura desde que estaba casada con el empresario Martin Taglione, legendario emprendedor de Mar del Plata y dueño de “*La Almeja Amarilla*”, aquella casa de indumentaria y artículos de surf. Cuando se divorciaron, ella se quedó con la casa y la custodia de sus dos hijos Felipe Taglione y Martina Taglione.

La recibió una cocinera que abrió el portón del jardín de enfrente y le explicó que estaban todas en la terraza del tercer piso. Había llegado tarde. Al pasar por la escalera, se topó con los portarretatos familiares. Muchas fotos en la playas, con tablas de surf, surfeando, con deportistas del surf conocidos. Ella recordó, al cruzarse con esas fotos familiares, que se trataba de los dueños de la famosa marca “*Almeja Amarilla*”. Entre otros muchos locales alrededor del país dedicados a la venta de accesorios y ropa de la cultura del surf, había también una franquicia en el Shopping de Nordelta que ella había ido con Juan Cruz y su marido.

En la terraza del tercer piso, el círculo de amigas de María Laura ya tenían a su invitada del día. Se trataba de la conocida novelista Claudia Gonzalez Allende. Una nueva estrella de las letras argentinas. González Allende, una de las feministas más conocidas del país, poblaba con sus apellidos los suplementos literarios de Pagina 12, Clarín y LaNacion, donde se solía destacar su perfil de izquierda y su retrato mordaz de las injusticias sociales de Argentina, a partir de novelas que tenían un estilo narrativo muy audaz, según la crítica especializada. Había recibido muchos premios, inclusive internacionales.

Como todas las literatas y personalidades de la cultura que María Laura solía invitar a esas reuniones, González Allende era partidaria de un feminismo muy batallador. La autora era frecuentemente consultada cuando se trataba de marchas sobre reclamos feministas como el aborto, las leyes de cupo, el lenguaje inclusivo, entre otros tópicos. Sus defensas a favor del “lenguaje inclusivo”, por ejemplo, eran tan vehementes que conducían a

debates en redes sociales y en distintos ámbitos de la escena nacional. Verla allí sentada en la terraza era una especie de triunfo para todas las mujeres de esas reuniones literarias.

-¡Hola Inés! ¡Qué bueno que viniste! Te presento a Claudia. Ella es la autora del ensayo “*Soy Eva, pero no te doy ninguna costilla*” que comentamos acá varias veces. Va a venir todo el próximo mes así podemos debatir entre todas.

Ella se sentó, como todas las demás. Al costado de su asiento, estaba Magdalena, una chica de 22 años que se había casado hacía unos meses con un empresario de la zona, el cual superaba largamente los 60 años. La chica igual había sido aceptada dentro del círculo de amigas de Maria Laura Taglione y parecía muy interesada en el tema de la filosofía como todas allí. Magdalena vivía con su marido en el barrio “Castores” y tenía una flor de casa de alta gama, que Inés rápidamente tasó, mentalmente, en dos millones de dólares. Ella sospechaba que todas allí tenían muy presente que vivía en un departamento pequeño y que, por eso, la menospreciaban, aunque quizá se tratase de ideas suyas. Y eso que no sabían, nadie lo sabía, que todavía estaba pagando la cuota de la hipoteca. A lo mejor, de verdad, todas estaban interesadas en el contenido filosófico y político que se ventilaba en esas reuniones literarias y no en el valor de sus respectivas casas.

Inés no entendía qué era el famoso “Patriarcado” del cual siempre Maria Laura hablaba, aunque debía estar relacionado el concepto con el juicio de divorcio que llevaba contra su ex marido, por el cual le podría sacar otra fortuna más. Y eso, de verdad, a ella, desde la humildad de su apretada economía, la hacía acreedora de todo su respeto.

Las mesas y sillas estaban dispuestas sobre la terraza de la casa. Desde allí, se veía el lago y, más allá, los árboles y, tal vez, más lejos, las islas del inicio del Delta del Paraná. Salió de su ensimismamiento porque la escritora estaba hablando.

-Una de las autoras más importantes para el despertar de la mujer en el siglo XXI es Betty Friedan. Ella es la autora de “La mística de la feminidad”. La mística de la feminidad es la mística que se usaba para confinarnos a las mujeres en un hogar, para que no aprovechemos nuestra plena capacidad como personas en la sociedad. La “mística de la feminidad” son esos mandatos que nos inoculan desde chicas acerca de qué tenemos que ser para ser “femeninas”

y ello nos remonta, inevitablemente, hacia un lugar de sumisión. Es sospechosa la mujer que piensa, la mujer que tiene carácter, la mujer que se cuestiona. Esa mística de la feminidad conspira, desde el fondo de la cultura, para que una mujer no se pueda liberar y decidir vivir de verdad la vida, con su pleno potencial.

Entonces, la chica de 22 años, que usaba lentes, pero tenía un físico escultural, un físico que había humillado a Inés, interrumpió.

-¿Viene a ser como el heteropatriarcado la mística de la feminidad?

-Claro, es parte del Heropatriarcado que censura las identidades disidentes. Pero el libro de Friedan está considerado una biblia del feminismo porque abrió nuevos puentes. Su pensamiento nos permite que las mujeres podamos cuestionar el lugar que nos reservan los discursos de la cultura, el lugar de la feminidad que es un lugar de sumisión, un lugar de no cuestionamiento, un lugar de no pensamiento. También es importante Kate Millet y la influencia de Foucault en su corriente de ideas, Millet habla del sexo como forma de disciplinamiento de la mujer. Millet también es muy importante en cuanto a que cuestiona el Amor Romántico...

Decía en ese momento la prestigiosa escritora, pero Inés la dejó de escuchar. Nunca llegaba a entender muy bien esas abstracciones acerca del "Patriarcado" que se hablaban dentro de las reuniones que organizaba Maria Laura. Ella no tenía un juicio de divorcio ahora, sino otros problemas más concretos.

Pensaba otra vez en cómo lo exigían ellos a su hijo Juan Cruz. Si no estaban siendo demasiado exigentes con él. Esa imposición de que debía ser el mejor en todos los deportes, en todas las materias, que debía sacar todo diez en todas las cosas de la vida, esa presión constante que cargaban sobre él. Y, sobre todo, esa insistencia para que sea aceptado por la gente del lugar, para que sea integrado allí.

Era tan caro el colegio que Inés y su marido pagaban que, más que aprobar las materias, lo más importante era que lleve muchos amigos a jugar a la Play al departamento de ellos. Y esa inversión servía si él era aceptado por esas gentes. Y si no lo era, tendrían que vender el departamento porque para eso lo habían comprado. Si su hijo podía hacerse muchos amigos de allí, que le abrirían las puertas de la oportunidad en la vida, pero no era tan fácil,



porque la gente del lugar era muy cerrada.

Ahora que ella era amiga de Maria Laura, su hijo podría ser amigo de Felipe Taglione. Al fin y al cabo, iban los dos al mismo colegio, el Saint Patrick, el primer colegio irlandés de Nordelta, pensaba. Era un triunfo muy importante de Inés poder estar allí en ese círculo selecto y, si ella había podido, entonces también Juan Cruz podría ser amigo de Felipe Taglione. Pero nunca lo habían invitado a esa casa. Era cuestión de trabajar sus intereses comunes.

Mientras Inés pensaba en esto, la escritora feminista seguía hablando. Ahora vinculaba la mentada “Mística de la feminidad” con el “Super Yo” de Freud. Y decía que se trataba de una “cultura patriarcal” que confinaba a las mujeres a perpetuar siempre un lugar de sumisión, pero que provoca deseos inconscientes reprimidos de ser mujeres de verdad.

No obstante, ella pensaba. Los amigos de Juan Cruz eran todos de departamento, o sea pobres. No eran de casa, eran de departamentos de esos de tres ambientes, como el que ella vivía. Algunos de esos departamentos chicos, sin la vista al lago del suyo, incluso podrían valer menos de 300 mil dólares. Pero si ella podía estar allí sentada, entonces su hijo también. Esa costumbre de elegirle los amigos a los hijos, se auto-reprochó Inés.

Pero, sin embargo, una de las razones por las cuales ellos hicieron el gran esfuerzo de comprar el pequeño departamento de dos dormitorios donde vivían, era por esto: “los contactos”. Su marido trabaja en la inmobiliaria y sabía lo importante que es tener contactos en la vida. Esos colegios eran muy caros, pero daban una enseñanza muy buena y, sobre todo, un ambiente social bueno que podría abrirle a su hijo las puertas de la oportunidad.

Pero, sin embargo, ni siquiera se hablaban con Felipe Taglione. A pesar de que las madres eran amigas, ni siquiera se llegaban a hablar los hijos.

Minutos más tarde, justamente Felipe Taglione saldría de allí.

Iba a clases particulares de fútbol que las tomaba afuera de todo el complejo Nordelta.

Felipe integraba el equipo de fútbol en su clase durante toda la primaria. Pero una vez, tiempo atrás, el entrenador decidió sacarlo del equipo de fútbol. Fue en una de las temporadas de los torneos intercolegiales.

Entonces Martin Taglione mismo fue furioso al colegio “Saint Patrick” y habló con el entrenador. Esa vez, fue como si explotara una bomba dentro de la familia Taglione, porque cayó como si fuera uno de los dramas familiares más graves que habían acontecido. Al principio, Taglione criticó a Felipe, porque no estaba entrenando, porque él le dijo que debía ser más agresivo, que la debía pasar menos y buscar el gol (“*como tantas veces te dije*”), pero, después de esos gritos, su ira se enfocó al estúpido del entrenador. Salió hecho una tromba para el Colegio, consiguió una reunión y le dijo de todo al pobre empleado. Funcionó. Tras sus reclamos en el colegio, Martin Taglione había logrado que lo vuelvan a incluir a Felipe en el equipo. Ni Maria Laura ni Felipe pudieron saber qué había pasado cuando hablaron con el entrenador del equipo del Saint Patrick, pero Felipe pudo jugar allí de nuevo como integrante del equipo.

No obstante, a partir de ese día, Martin Taglione dispuso que debía tomar clases de fútbol profesional. Para ello, recurrió a un ex jugador de la primera de River que daba clases en San Isidro. Eran clases particulares muy caras, pero Martín Taglione no tuvo problema con eso. Y, desde entonces, una vez por semana, Felipe iba con su profesor particular para mejorar su técnica y su desempeño. Nunca más lo volvieron a sacar del equipo, pero sí se incorporó la rutina de salir de Nordelta todos los jueves por la tarde a tomar la clase particular.

Ahora ya caía la tarde y Maria Laura llevaba a Felipe a su clase de fútbol, como lo hacía todos los jueves. La clase era a las 19:00 que, por ese Diciembre, todavía significaba que estaban los claros de la luz del día.

Maria Laura avanzaba con su coche, cuya marca no se acordaba nunca pero que fue parte del acuerdo de divorcio, por la Avenida Los Lagos, que le decían La Troncal allí. La “ciudad pueblo”, tenía, según las publicidades, doble cerco perimetral, control de accesos doble, monitoreo permanente con cámaras de seguridad. Igual, a pesar de las propagandas, ocurrían robos en las casas de la zona, pero ellos se sentían más protegidos allí. Felipe Taglione iba a su lado, junto a su madre, vestido con ropa de gimnasia para entrenar.

Cruzaron la guardia de su barrio “Golf” y, luego, la guardia de entrada a la troncal y salieron a Tigre. Maria Laura manejaba despacio por la ruta. Todavía disfrutaba de las frases que la escritora feminista había volcado en la reunión. Había sido descarnada con la cultura patriarcal y a sus amigas les

había gustado aquello. Otras veces, había invitado a una socióloga que pudo explicar la importancia del “lenguaje inclusivo” y las verdaderas razones por las cuales recibía tantas resistencias, pero esta vez había sido muy bueno sobre todo por la mordacidad despiadada de esa escritora.

Ahora salió de sus pensamientos interiores porque el manejo la requería. Llegó a una rotonda, pegó la vuelta sobre la curva y salió en dirección hacia el camino de los remeros, rumbo a San Isidro. Su hijo Felipe iba callado, con unos auriculares puestos, tenía una pulsera de telas de colores, quizá comprada a un artesano. Ella le habló.

- ¿Cómo te fue hoy en el colegio?

Felipe no escuchó. Ya habían pasado dos rotondas e iban por el ramal Tigre. Felipe miraba hacia ventanilla del auto, por donde se veía el pasto cortado y prolijo como una alfombra y, de vez en cuando, algunos árboles. No la escuchaba porque estaría escuchando música fuerte. Esa música rara que los chicos escuchan ahora.

Felipe, frecuentemente, se encerraba a escuchar música en su dormitorio por horas y, si se lo interrumpía, devolvía con cara de mal humor y mal modo. No era justo, porque lo único divertido de su vida parecían ser los viajes de snobboard que realizaba con su padre, como cuando iban, por ejemplo, a Val d'Isere, y la tabla de snobboard bajaba por las fuertes pendientes de los alpes franceses. O, sino, algunos viajes de surf a distintos puntos alrededor del mundo. Ellos traían las fotos, algunas de mares con olas inmensas. Hablar de esos viajes iluminaba los ojos de Felipe de entusiasmo. Eran viajes peligrosos, podrían salir lastimados. Sin duda, no correspondían a su edad, pero demasiado difícil para María Laura discutir con padre e hijo y tratar de coartarlos. Pero allí sí que se divertía Felipe y la pasaba bien, en los programas del inmaduro de su padre; su padre que, como mal ejemplo, se vestía igual que un adolescente y usaba tatuajes. En cambio, para ella, su madre, solamente Felipe tenía tatuada su eterna cara de ojete y sus respuestas cortantes. Esas respuestas que se dan para acabar, rápidamente, con la conversación.

Cuando estaba con ella, Felipe se ponía los auriculares, como si una conversación con su madre fuese lo más aburrido e inútil del mundo y la quisiera evitar. Pero, esta vez, María Laura exigía una respuesta de su hijo, así que lo golpeó en el hombro para que la escuche.

-¿Cómo te fue en el colegio?

Volvió a decir. Felipe se sacó los auriculares con imprevista amabilidad y respondió.

- Bien, hoy tuvimos clase de economía.

-¿Qué aprendieron?

-Hablamos de la inflación. Por qué en Argentina hay inflación hace mil años. Nos habló de Milton Friedman. Un economista premio nobel, dice que la inflación siempre es un fenómeno monetario. O sea, que imprimen mucho. Ah se me acercó un flaco, de la otra división, Juan Cruz González Althave...me dijo que su vieja es amiga tuya. No tenía nada que ver, estaba almorzando un paty en el campo de deportes y apareció el flaco y me vino a a decir eso. ¿Conocés a la mamá vos?

-Sí, los González Althave. Inés González Althave. Son unos nuevos acá. Hoy estaba ella en casa.

El coche ya iba por la ruta 17 de Tigre rumbo hacia San Isidro, donde Felipe iba a tomar su clase particular de fútbol. En los últimos años, había mejorado mucho. Al principio jugaba de defensor, después de mediocampista por la precisión de sus pases pero, ya en los últimos tiempos, su técnica había mejorado en piques cortos, en gambetear defensores y jugaba de 9. Todo eso lo había aprendido en sus clases particulares, pero también por el entrenamiento de todos los días. Por lo menos tres veces por semana, Felipe salía a correr con unos amigos del barrio y ganaba mucho más estado atlético.

En ese momento, Maria Laura vio que había gente sobre el puente. Estaban llegando a la altura de la estación Victoria por la ruta y un puente recubría la ruta y había gente. Muchas veces podía haber gente arriba de los puentes que, ocasionalmente, traspasaban la ruta hacia San Isidro, pero esta vez a ella le llamó la atención por una especie de intuición femenina y bajó la velocidad del coche. Era como si la estuvieran mirando y una alarma interna femenina se encendió en ella.

Entonces, la gente de arriba tiró un rulemán entero que cayó sobre el capó del auto con un ruido fuertísimo. Otro rulemán que tiraron cayó sobre el parabrisas produciendo que rebote sobre el vidrio y se cubra todo de astillas de rajaduras y se pierda toda visibilidad. María Laura, con mucha dificultad,

tuvo que acercarse el auto hacia la banquina.

Entonces vio acercarse tres hombres con una media puesta en la cabeza y armas largas sobre la mano. Les apuntaron a los dos

-El se baja, vos te quedás.

Le dijo una de las voces a ella. Luego le pusieron una mano en la boca a Felipe para que no grite. El arma larga la presionaron sobre la frente de Maria Laura.

-Dame tu celular

Ella se los dio y después ellos dispararon un tiro sobre el celular en el piso y se lo llevaron roto y un tiro sobre el celular de Felipe y un tiro más, una a una, sobre cada una de las ruedas del coche. Al costado de ellos, sobre la ruta, pasaban los coches, al menos dos, en su trayecto habitual y nadie parecía darse cuenta de nada. Luego, Maria Laura vio que lo cargaban a Felipe en otro auto, un fiat sena y ella se quedó sobre el volante del suyo. Sin teléfono ni cómo pedir auxilio. Sola sobre la ruta, llorando con la cabeza caída sobre el volante.

Un rato después, salió del coche. Caminó hacia atrás, donde estaba el puente, el puente era ancho como un túnel. Estaba exhausta. Sobre la sombra de adentro, encontró un letrero pintado con letras gruesas, el nombre de algún político. Había una pintada también, con dibujo de tres calaveras El sol pegaba fuerte sobre el césped, más lejos se veían los árboles.

Caminó unos metros y vio que entraba otra ruta por el costado. Era una parada de colectivo, que estaba tapada con plástico. Había, de la cara de adentro, propaganda de un político que la miraba con cara sonriente. Alguna gente esperaba el colectivo, el techo de plástico de esa parada podría cubrirlos con el sol. Nadie se dio cuenta de que ella estaba llorando.

Yendo hacia “Centinela del Mar” en el auto, con un mapa de papel enorme en el asiento del acompañante, parecía que tenía más sentido haber estudiado esa odiosa carrera. Aunque todo eso lo llevase a la muerte, aunque fuese estúpido seguir las ideas que da el líder de una agrupación anarquista, igual tenía más sentido.

Era importante ocuparse no de un ruido molesto, no de un hostigamiento, sino de un delito de sangre, eso sí que daba más sentido a toda la vida. Era importante darle una respuesta a esos padres que una vez confiaron en él, entre lágrimas confiaron en él para que haga algo para movilizar ese engranaje oxidado y perezoso que era la Justicia y, así, tratar de que se pueda investigar algo de lo que pasó allí.

Para enfocar rumbo hacia “Centinela del Mar”, dobló por un camino de tierra, un camino de tierra rodeado de árboles y, de tanto en tanto, el típico poste de luz. El pasto crecido a los costados y, por momentos, en el mismo camino, daban idea del signo más característico del lugar: “el abandono”. Después de los árboles, el camino dio una curva rumbo hacia el mar y atravesó un campo lleno de girasoles. Se estaba internando más y más por ese camino de tierra hasta que por fin se vio el inmenso azul del mar en el horizonte.

Afortunadamente, tenía puesto debajo del pantalón de jean, un traje de baño así que pudo bajar a las aguas desiertas de esa playa. Muy a lo lejos, se veían, con el tamaño de tizas diminutas, los edificios de Necochea. Los acantilados de la playa eran inmensos, altísimos, paredes inmensas de roca, no trabajados. Cerca de los acantilados se veía un lobo marino muerto, rodeado de moscas, aunque el viento de la playa impedía que se expanda el olor. No pudo evitar recordar sus experiencias de surf, las primeras experiencias de surf de su vida, en Chubut, Rawson. Allí las playas eran más ventosas, las olas más azules, pero también había lobos marinos en el agua con mucha más frecuencia.

Bajo la mirada de los anteojos Ray Ban, la playa estaba bien. El aire inmenso, sin ninguna persona a la vista. Ni una persona, arena y olas y campo en un pueblito marino abandonado. Eso era bueno. Una justificación para estar allí, aunque la investigación no condujese a ningún lado. Se sentó sobre la

arena, con mucho cuidado de no cortarse con los restos de costras que abundaban y se tomó un maté, tranquilo. Había algo en ese tal Manuel, “Mumi” según el apodo que él mismo se daba, “Wave Rebel” como le llamaba la prensa, algo que dejaba traspasar unas sombras siniestras y también una luz al final, envolvente.

Por las cosas que Mariano había investigado sobre sectas religiosas, sabía que el comportamiento del sujeto tenía sentido. En las sectas, suelen ocurrir estructuras de conocimiento en anillos. Los que están afuera como él, apenas pueden ver el anillo más exterior, pero, a medida que se avanza dentro de la organización, se puede acceder a un conocimiento superior. Son muy comunes “Las Pruebas”, donde el iniciado tiene que superar alguna clase de reto para poder merecer acceder a cierta información que, por definición, le debe estar velada o prohibida a los ojos de quienes “aún no están preparados”. Así que, mezcla de incredulidad, curiosidad y un deseo ardiente de poder llegar a la verdad de esta historia que lo acompañaba hace unos años, Mariano querría conocer.

El lugar aquel podía ser beneficioso para un cambio de la conciencia espiritual. Se trataba de disfrutar de la inmensidad de la soledad. Estar solo con uno mismo y mirar un largo tiempo el mar, sin que nada importante sea importante hacer.

Un rato más tarde, se acercó a las ruinas de lo que era un gran salón de Restaurante, donde miles de personas en otra época se acercarían con sus familias a alimentarse. El techo se había venido abajo y solamente quedaba el asfalto y las columnas, todo lleno de escombros. Distintas clases de graffitis con leyendas adornaban sus destartadas paredes interiores. La mayoría de los azulejos habían sido robados. En los baños abandonados, quedaban algunos azulejos verdes que no habían sido todavía robados y, en la zona de la cocina, una parrilla gigantesca de hierro oxidado, parrilla giratoria donde los gauchos antes harían sus asados.

Se sentó sobre el hierro oxidado de la parilla y dio una vuelta, fue como una calesita. Desde esas ruinas de lo que habría sido el único restaurante del balneario, se veía la costa, las olas implacables, imperturbables. Estaba a cielo abierto porque el techo se había destruido. Solamente quedaban en pie algunas paredes, pero era tan grande que podrían estar allí almorzando unas quinientas personas.

En décadas anteriores seguramente allí habría familias veraneantes. Familias con niños chicos que gritan y quieren volver al mar, pero ahora ya no había nada. Solamente se veían las olas impecables. Las olas que recuerdan que el tiempo pasa rápido como un instante, que todo lo que creemos importante un día desaparece. Todo lo que creemos importante solamente deja sus ruinas y las olas siguen igual, rompen a la orilla del mar, sobreviven con su ritmo tan espectacular de belleza. Su ritmo que trasmite un mensaje filosófico que aún los poetas no han podido descifrar, pero que llega para enseñar algo.

Ver todas esas ruinas de un viejo restaurante de un balneario fallido, hoy todo sumido en el abandonado, evocaba, con fuerza de imagen, un símbolo de la perdición. O, también, un símbolo del paso del tiempo. Atrás de los pedazos de cemento rotos de esa ruina al aire libre, flotaban las historias de los nenes de las familias que veraneaban allí. Hoy esos nenes serían unos panzones hombres de familia, o estarían destrozados en algún destartado bar, o no habrían sobrevivido a alguna de las crisis económicas recurrentes de la Argentina y habrían quedado marginados, desplazados de la vida económica y de la historia.

Abrió un libro que le había recomendado aquel sujeto misterioso, líder de una secta que decía ser líder de un grupo político. Se sentó sobre la piedra de asfalto de la ruina del restaurante. Era complicado porque el viento fuerte marino corría las páginas. El libro era una recopilación de textos que ellos habían hecho editar hacía unos años ellos. El autor era el místico que se lo habían citado aquella primera vez que los conoció, cuando fue a surfear con Miguel, el dueño de la pequeña tienda de surf “Teahupoo”, años atrás, cuando recién comenzaba la investigación.

El autor era Krishnamurti, el místico.

*“Darse cuenta, significa darse cuenta de los árboles, del cielo azul a través de los árboles, de aquellas colinas lejanas, del ruido del mar, de los colores que están enfrente. Tan solo darse cuenta.*

*Darse cuenta sabiendo perfectamente que no se puede cambiar. No se puede cambiar las montañas. No se puede cambiar la belleza de los cielos.*

*Pero cuando vemos lo que es, insistimos constantemente en cambiarlo. Así es como empieza el sufrimiento. Y cuando termina el sufrimiento, es*



*cuando empieza la sabiduría. El final del sufrimiento, es la comprensión de lo que es. Y la comprensión de lo que es, solamente es posible cuando uno observa, cuando uno se da cuenta. Cuando la mente ya no quiere cambiar lo que es, que eso no significa que esté satisfecha con lo que es.*

*Esto quiere decir sacarse una tremenda carga de los hombros, entonces como es libre, puede mirar”*

Extrajo su celular del bolsillo y le envió por chat algunas fotos del lugar a El Gallego. “*¡Esto les va a encantar! Es un parador abandonado hace muchos años*” le puso en el mensaje.

Luego se levantó de allí y caminó unos doscientos metros, bajo la luz del sol, rumbo hacia la orilla. El viento ya era mucho mayor.

Bajo la mirada de los anteojos Ray Ban, la playa estaba bien.

El aire inmenso, sin ninguna persona a la vista. Ni una persona, arena y olas y campo, en un pueblito marino abandonado. Eso era bueno, una justificación para estar allí, aunque la investigación no llevase a ningún lado. Se sentó sobre la arena, con mucho cuidado de no cortarse con los restos de costras que abundaban y se tomó un maté, tranquilo. Disfrutar de la inmensidad de la soledad, estar solo con uno mismo y mirar un largo tiempo el mar, sin nada importante que hacer.

Algún tiempo después de eso, se recostó boca arriba. Vio el azul del cielo un rato, trató de respirar el viento marino. La calma del viento marino. Había dejado el coche estacionado, pero no le daba importancia.

Mariano se acercó al almacén –el único local con gente de todo el poblado- para comprar una cerveza fría y una bolsa de papas fritas. La idea era tirarse en la playa y esperar, al menos pensar de qué se podía tratar todo ello. A lo mejor, el sujeto, “Manuel”, le había tendido una trampa y le había dado aquella información falsa para poder llevarlo, precisamente, hasta allí. De cualquier manera, estaba dispuesto a dormir unas noches en Centinela del Mar y, para eso, se había llevado su propia bolsa de dormir.

Al entrar al almacén, lo atendió un hombre calvo, con anteojos.

-Buenos días señor

-Buenos días.

El hombre parecía sufrir el peso abrumador de la serenidad. Mariano se sintió tentado de preguntarle.

- ¿Viene gente en la semana por acá?

-No mucha, a decir verdad.

Se fue hacia el interior del pequeño local. Buscó bolsas de papas fritas, jamón, encontró bolsas de yerba, galletitas envasadas hacía décadas, latas de conserva.

Mariano quería ser respetuoso, pero era necesario averiguar algunos datos, debido a que, para alguna razón, él había ido hasta allí para investigar. No era rentable la investigación sobre Ezequiel Muñoz -mucho menos mezclada de pretendida búsqueda espiritual-, pero ya iba a compensar cobrando un buen monto por algunas denuncias de vecinas ricas, o vecinos irritables por “hostigamiento” en la Justicia de la Ciudad de Buenos Aires, una buena idea.

Cada vez, en el siglo XXI, la gente está más sola. La gente es cada vez más individualista. Por eso, cada vez los delitos menores –delitos o contravenciones menores-, esos que antes a nadie le importaban, van a cobrar una mayor dimensión e importancia. Antes la gente, como vivía en pareja, en grupos, con amigos, tenía la gimnasia de soportarse mutuamente, tolerar la dosis habitual de caras malas y peleas. Ahora, en el siglo XXI, un siglo de soledad y tecnología, la distancia entre persona y persona sería tan grande, que cuando dos vecinos se cruzan en el ascensor, dos universos solitarios colisionan y la sensibilidad podía ser mucho, pero mucho, pero mucho mayor.

Así, esos delitos de sangre eran importantes, aunque no rindiesen. Pero, en cambio, el gran negocio de los abogados del siglo XXI sería, seguramente, capitalizar peleas intrascendentes de gente sensible, porque iba un mundo de cada vez mayor ensimismamiento en la propia soledad y de intolerancia al otro. Un mundo donde nadie se banca ni siquiera la cara mala del otro es lo que se avecina.

Más allá de sus casos legales rentables -las peleas de vecinos que tramitaban en la Justicia de la Ciudad-, otro negocio que podrían instrumentar con “El Gallego” era llevar turistas de Mansión Beverly Hills, a Centinela del Mar, a pasar unas noches con bolsas de dormir y carpas. Visitar un lugar abandonado por la civilización con playas y mar podía llegar a ser atrayente

para los turistas y eso convertirse en un ingreso extra. Si se acompañaba con mariguana, el producto podía ser tan atractivo y comercial como el producto estrella de la casa, los paseos a la cancha a ir a ver a Boca. Probó el celular para llamar al Gallego y comentarle de la idea, pero no tenía señal. Le escribió un wats ap y quedó el mensaje sin salir. Ya se había acercado de nuevo hasta el hombre que atendía el almacén, es decir, el único lugar de la zona. El hombre le dijo.

-La verdad es que no viene gente. A veces parejitas que vienen. Hace unas décadas venía bastante gente a este almacén y era rentable. Ahora lo mantenemos porque nos gusta el lugar, pero perdemos plata.

-Desde que llegué, lo veo vacío. Sin nadie. Estuve en el parador. No hay nadie, nadie, nadie.

El almacenero consintió la observación.

-Antes había jornaleros y trabajadores permanentes en el campo. El campo generaba trabajo para mucha gente que vivía en ranchos y que venían al almacén a caballo para los vicios, yerba, azúcar y tabaco. Ahora, la tecnología cambió todo eso y los ranchos desaparecieron. Hoy se necesita mucha menos gente para la cosecha. Antes la cosecha se hacía a mano y se necesitaba mucha peonada. Ahora, las cosechadoras levantan la cosecha de forma mucho más rápido, pero los campos quedaron vacíos. Las cosechadoras no vienen a comprarme yerba y cigarrillos.

- ¿No hay manera de que este lugar resucite no? Es un lugar tan lindo.

- Hace poco cerró la escuela. Alfonsina Storni se llamaba. Tenía seis alumnos. Al gobierno de la provincia no le importamos.

-Usted no cierre.

El hombre se sonrió.

-Vuelva para acá.

-Voy a volver. Se lo prometo. Le voy a traer turistas.

Dijo Mariano, pensando que las excursiones al “*pueblo fantasma*” , sobre la costa, excursiones con mariguana, carpa y bolsas de dormir, iban a ser un éxito seguro. Le mando por chat al Gallego fotos del almacén “*Es lo único que existe acá, este almacén moribundo*”.

Se dirigió de allí a la única hostería del lugar, se llamaba Hostería “El Castillo”, quedaba en un descampado a pocos metros de la orilla y estaba abandonada hacía dos décadas. Por falta de sustentabilidad económica dejó de funcionar.

Ahora era un caserón, con forma de castillo, abandonado, con una tranquera sin candado como único cierre a su paso. El líder anarquista le había suministrado una forma de entrar allí, un pasadizo interno. Le dijo que no se preocupe que ellos llevaban años celebrando reuniones en ese mismo lugar. Era propiedad privada, pero nadie lo iba a molestar si entraba y, para eso, se había llevado su bolsa de dormir. “*Tiene una energía especial*” le dijo.

Como le habían indicado, una de las paredes internas, contaba con un agujero muy importante –al parecer, hecho a martillazos- por donde se podía ingresar, cualquiera podía ingresar. Aunque era de día, debió encender la linterna al ver lo que, en algún momento, habría sido el hall de entrada de un viejo y elegante hotel y que, ahora, estaba hecho escombros. Había, en su lado interno, una gigantografía de papel pegada sobre la pared con propaganda política: “*Nosotros hacemos*”.

También habían puesto allí una imagen que decía grande “*Si tu no tienes discernimiento, mejor no te metas a este camino ni a este proceso*”.

Se escuchaba solamente el ruido de los pájaros y de las olas. Horas más tarde, colocó, en la parte de arriba del hotel abandonado, sobre el piso, su bolsa de dormir y algunas provisiones para pasar la noche allí.

A la mañana, lo despertó el sol que entraba por la ventana del hotel abandonado. Desde esa terraza, se podía ver la orilla, con las olas del mar que estaban llegando. Tomó algunas de sus provisiones y se fue de allí.

Afuera del hotel, el coche todavía seguía allí. Se alejó del hotel abandonado. Subió a un faro, una especie de mirador de hierro. Desde arriba de allí, algo raro vio sobre los caminos de tierra que bordeaban Centinela del Mar. Era una camioneta que se acercaba, rompía la soledad del paisaje. Rodaba a toda velocidad, como desprecio por los pozos del camino, tan rápido iba que levantaba una polvareda de tierra a su paso. ¿Vendría, por fin, el sujeto aquel a darle las respuestas que le había negado, tras pasar la noche allí? ¿En una camioneta así?

Ahora ya estaba más cerca. Era una camioneta que tenía una inscripción, una camioneta que pertenecería a alguna empresa. No llegaba a ver bien lo que era, por la luminosidad excesiva del sol de la mañana. Mariano estaba sin sus anteojos rayban puestos y le costaba tanta luminosidad, desde ese mirador.

El sol pegaba muy fuerte, hasta el mar parecía reflejarlo y potenciar una luz muy poderosa que hacía muy difícil ver qué estaba pasando, pero la camioneta se había detenido. La conductora de la camioneta era una mujer, una mujer joven y se había bajado de allí y caminaba hacia él. Avanzaba sobre el pasto.

Mariano empezó a bajar de a poco del faro aquel, con escalones y pasos leves, uno a uno. Entonces vio que la mujer lo estaba apuntando con un arma.

Cuando la tuvo enfrente, pudo ver que la camioneta tenía la inscripción de una marca, correspondiente a un Centro de Rehabilitación de Drogas. “Aqua” decía llamarse. Dentro de la camioneta había más gente.

-Así que vos también te creíste la historia del grupo de los idealistas anarquistas y te viniste hasta acá. Ahora me parece que estás en problemas.

Dijo la mujer, era bastante joven ella. A su lado había un tipo, que rondaría también la mitad de los veinte años, que caminaba con una leve cojera. El tipo le habló.

-Vení con nosotros.

Como ella lo estaba apuntando, no le quedó otra que meterse dentro de la camioneta. Allí dentro, amordazado, pudo reconocer a “Manuel”. Eso le dio la inútil tranquilidad de que al menos no lo habían engañado. Vio más allá y también, detectó, había tres o cuatro personas más amordazadas y atadas. A algunos de ellos creía reconocerlos y a otros no. Ya la camioneta estaba andando por los caminos de tierra, iba tan rápido que saltaba los pozos. Uno de ellos era Miguel, el surfista, que había conocido cuando comenzó con aquella investigación. Le sacaron el teléfono pocos segundos después.

Lo que le era inquietante es que ninguno de ellos tenía la cara tapada. ¿No les preocupaba a esa mujer y a todos los que iban en la camioneta que ellos luego los reconozcan o los denuncien? ¿Por qué ninguno se tapaba la cara con una media o algo?

Encerrado, dentro de un sótano de una casa, situada en algún lugar de Mar del Plata. Mejor dicho, no sabía si era Mar del Plata, pero creía que lo era. Horas atrás, bajaron unas personas y le dejaron un vaso de agua. Los sentía acercarse por el crujir de la madera vieja de las escaleras a ese sótano donde lo tenían. No le iban a dar más comida. Era evidente porque esa mañana le sirvieron un plato de arroz y esa era toda la comida que se comía allí. Sobre sus pies, corría la soga desde la cual lo tenían atado a la silla.

Se veía que estaba ese tipo Manuel, en otra silla, en el mismo sótano. Sin el pasamontañas puesto, era un joven muy común y corriente, demasiado común y corriente. Imposible darse cuenta de que comandaba una especie de secta, grupo anarquista, o lo que fuese. A Mariano no le daban importancia. Era como si estuviese allí parado.

Y un tipo, sobre un banquito, con una media puesta en la cabeza para no ser reconocido, que los vigilaba a los dos, con un arma en la mano. Tenía un termo de mate y un celular en la mano. La mayor parte del tiempo se la pasaba mirando el celular y tocando botoncitos allí dentro. A veces, al mirarlo, se reía solo. Cuando escuchaba que abrían la puerta del sótano, escondía rápidamente su celular en el pantalón, como si no quisiera que sus cómplices descubrieran su pasatiempo. Cada algunas horas, el guardia abandonaba lo que estaba haciendo, dejaba el mate y se iba hacia donde estaba un viejo piano desafinado, lleno de polvo, uno de esos pianos olvidados y viejos y tocaba una canción para ellos dos.

-¿Vieron que bien toco?

Les decía, como si estuviese completamente afuera de la realidad de la tragedia dramática que ellos dos estaban viviendo allí. La canción que tocaba era siempre la misma. Quizá la única que sabría tocar. Era el Himno a la Alegría. Esa parte tan conocida de la novena sinfonía de Beethoven. Y siempre erraba alguna tecla de aquel piano viejo, eso producía un sonido exasperante.

-¡Dejá de tocar el piano tarado! ¡Se escucha desde arriba!

Le decía alguno de los que bajaba por la escalera de madera al sótano, con una media puesta. Pero, de tantas horas de estar ahí mirándolos, no tenía nada que hacer y volvía a tocar el Himno a la Alegría. Cuando volvían al

sótano a darles la comida, se producía el mismo diálogo.

-¡Otra vez tocando esa mierda! ¡Se escucha hasta arriba!

-¡Y qué querés que le haga! ¡No soporto lo que estamos haciendo y lo que va a pasar! Por lo menos música. Como el Titanic.

-Sí, pero en el Titanic tocaban músicos buenos. No esa mierda que hacés vos.

Algunos días después de estar así, no podía recordar cuantos, estar atado a una silla por las noches destroza el sueño, quita toda lucidez, vio que hacían bajar por la escalera al sótano a dos tipos más y una mujer. Los reconoció rápidamente, uno era Miguel Antunez, el dueño del local Teahupoo, otro era uno de sus amigos con los cuales había ido a surfear aquella vez. La mujer no la conocía. Los dos lo conocían a Manuel, inmediatamente se reconocieron cuando estaban allí. Miguel también saludó a Mariano, con un gesto casi imperceptible. Minutos después de que los otros se fueron y quedaron de nuevo con el guardia, les habló a ellos.

-Ustedes son anarquistas. ¿Qué eso de la anarquía? Eso ya pasó viejo.

Después agarró la bombilla de mate, bebió un sorbo y los observaba, tranquilo y divertido. Ellos no podían contestarle porque, como todos allí, estaban amordazados. Parecía un poco drogado o, al menos, una persona que consumía droga a veces.

Hacía ya dos días que estaban allí los dos. Casi no comían nada. Pero se veía que le realizaban extrañas exigencias a Manuel (alias El Mumi) y esas tres personas. Venían con un revolver 38 sin balas que tenían dentro de una caja de zapatos. Quitaban el arma de la caja de zapatos con guantes. Le obligaban a tocarlo. Luego lo devolvían a guardar dentro de la caja de zapatos, tocándola también solamente con guantes. Después venían con las balas. Le obligaban a tocar las balas. Luego guardaban las balas en otra caja. El anarquista estaba colmado de una completa docilidad, cumplía con mansedumbre todo lo que ellos le pedían. En silencio dócil, como entregado a su destino.

Mariano querría hablar con esa gente, pero no era posible porque todos estaban amordazados. La única comunicación era ese tipo con una media en la cabeza que hacía la guardia para vigilarlos a todos. Se hacía el chistoso y

pretendía que escucharan la única canción que sabía tocar en un piano viejo, lleno de polvo, olvidado en el sótano aquel. Un tiempo después, días más tarde, imposible saber cuántos, vieron que traían amordazado a un chico, a un joven de unos catorce o quince años. Tenía puestas unas esposas.

Lo llevaban delante de Manuel y de los otros prisioneros que estaban allí. Lo llevaban agarrándolo de los pelos, hasta donde estaban ellos. Se produjo, entonces, una situación de una violencia intensa.

-¡Tocalo! ¡Tocalo!

Aparentemente, querían que lo toque en las manos, en las ropas, para dejarle sus huellas dactilares. El tipo se negaba, entonces le pegaban al joven hasta hacerlo sangrar. Con una cucharita abollada quitaban las gotitas de sangre del chico golpeado y las tiraban en los hombros y en la cabeza de los otros prisioneros que estaban amordazados allí.

-Tocalo... ¡sino querés que lo lastime!

Entonces le pegaban más y más. Habían extraído una tabla de madera con clavos que estaba tirada en el sótano aquel y con ella le pegaban en la cara al chico. Cuanta más sangre caía más la levantaban con cucharita y la ponían encima del cuerpo de los otros prisioneros. Después, fueron a una pileta grande de lavar, una pileta de cemento y limpiaron la cucharita de todo rastro de sangre, delante de ellos, tarareando una canción.

La situación se puso mucho más violenta. Pensaban que el chico y los otros prisioneros tengan sexo allí. Sobre una esquina del sótano, se encontraba una tijera de hierro oxidada para cortar las plantas del jardín. Habían sacado esa tijera y le decían que le iban a cortar el dedo ahí mismo, sino se forzaba una práctica sexual. Pero los otros prisioneros se negaron.

Al rato, bajó uno por la escalera sin una media puesta. Uno que no había bajado antes y se lo veía más seguro y más frío. Un verdadero psicópata pensó Mariano. Venía con un cuaderno en la mano. Se acercaron al chico. Le sacaron la mordaza de la boca.

-Esto es una prueba de vida. Necesitamos que nos digas algo que de tu vida que solamente vos sabés así tu papá sabe que estás bien.

El chico los miraba callado. Ya se le habían ido los golpes y se habían cicatrizado las heridas de la violencia anterior.



-Tu papi dice que él a los trece años te regaló algo que vos le pedías siempre. Algo que le pedías de chico. Dale, contanos...¿Qué es? Así él se queda tranquilo. Piensa que te matamos. Necesitamos darle una prueba de vida, así él nos paga, nosotros te soltamos.

De estar callado, conteniendo la bronca, de repente estalló en un grito.

-¡Nunca les voy a decir la verdad! ¡Ustedes nos van a matar a todos!

El tipo se sonrió, como si la respuesta no lo sorprendiera. Agarró entonces un diario Clarín. La tapa de un diario Clarín. La puso detrás de la cabeza del chico. Luego, extrajo del bolsillo un teléfono celular y lo comenzó a filmar de forma que saliera la imagen del diario.

-Decile algo a tu papi. Dale, decile, así se queda tranquilo.

-¡Papá no les pagues nada! ¡Me van a matar igual! ¡Están preparando una escena falsa del crimen para culparlos a ellos! ¡En esta casa se reunía la Agrupación, pero igual ellos no tienen nada que ver! Yo los conozco porque pertenezco al grupo. Te traicioné papá, porque estuve con ellos y ayudé a que arruinen el día del campeonato de surf. Pero quiero que sepas que te quiero, que te admiro.

Entonces el hombre se sonrió, dejó de filmar y le habló.

-Con esto va a ser suficiente. Tranquilo. Lo vamos a editar antes de mandárselo. Así no se preocupa. Gracias por ayudarnos. Sos muy inteligente. En esos colegios caros que vas te enseñan muchas cosas. A mí nunca me las enseñaron. Ni siquiera se hablar inglés. Pero yo soy muy inteligente también.

El joven no cesaba en su furia.

-¡Ustedes le quieren sacar la plata a mi papá y después nos van a matar a todos! ¡Están armando la escena para culparlos a ellos y también los van a matar! ¡Van a decir que fue un tiroteo y seguro que la policía la tienen arreglada también !

-Te voy a explicar algo. Hay algo muy importante de todos los delitos perfectos. Los delitos más imperfectos son los que dejan pistas para que los investigadores te puedan atrapar. Eso es falta de profesionalismo. Los delitos más profesionales se ocupan de borrar las pistas para que no te puedan encontrar, pero no es excelente porque te siguen buscando. Los delitos perfectos son cuando no se dejan pistas verdaderas, pero se dejan pistas falsas

para que encuentren un culpable de lo que pasó. Los mayores crímenes de la historia nunca se descubrieron, fueron a la cárcel pelotudos que los verdaderos criminales los pusieron allí para hacerse invisibles.

Dicho esto, le tapó la boca de nuevo con un trapo y subió de nuevo por las escaleras de madera que daban aquel sótano y se desapareció. Quedaron de nuevo con el tipo que los vigilaba, quien tenía el termo y el mate al lado de la silla.

Pocos minutos después de que cerraron la puerta de arriba, el tipo de nuevo prendió su celular y se puso a mirarlo y a jugar de nuevo. Así pasaron largas horas, delante de la quietud del silencio del sótano. Había manchas de humedad, telarañas, olor a humedad, unas bicicletas viejas rotas sobre una esquina, una heladera apagada y muy vieja y el piano. Cuando ya habrían pasado cinco o seis horas, el hombre se fue de nuevo al viejo piano y se puso a tocar el “Himno a la Alegría”, errando algunas teclas como siempre lo hacía.

Algún tiempo después, vino otro y con las manos con guantes y cintas, abrió una caja de cartón y de allí comenzó a quitar y colocar algunas noticias de diarios sobre las paredes del sótano.

Mariano llegó a ver algunas. Era noticias sobre secuestros. Algunos habían ocurrido muchos años atrás. Después, puso fotos de niños, fotos de adolescentes. Entre esas fotos, vio que estaban varias fotos de Ezequiel Muñoz, fotos de Ezequiel en un asiento del tren a Mar del Plata, fotos de Ezequiel en la playa Varese, fotos suyas siempre solo. No había ninguna foto con esa mujer Analía Belén. Luego, también ponían fotos de Pablo Araldi, fotos de Pablo saliendo del Parador Lo de Goya, fotos de Pablo surfeando en horizonte, otras fotos más.

Muy rudimentarios estos tipos, pensó Mariano. Los secuestradores nunca dejarían un sótano lleno de fotos de sus secuestros para que los incriminasen más. Podría notarse que estaba armado. El que era un idiota total era el guardia que miraba el celular a escondidas. Seguramente podrían rastrearlo por señal satelital cuando tuvieran la ubicación de la casa. Es así en la vida. Los planes más brillantes se frustran por los detalles inesperados que provoca la idiotez del ser humano. Nadie puede evitar que haya un tonto dentro de una organización y, por estas cosas, todo se estropea. Mejor para ellos. Pero, de todas maneras, el celular seguramente sería robado y sería destruido.

Algunas horas después, bajó de nuevo aquel hombre que no se cubría el rostro y que parecía ser el cabecilla de la organización. Le sacó la mordaza al Mumi y lo dejó sentado en la silla, atado a ella.

-Necesitamos sexo entre ustedes. A la prensa le gustan los detalles escabrosos. Sexo con un menor es el detalle que queremos.

-No vamos a hacer nada de eso. Pueden matarnos.

-¿Ah no? ¿Están seguros de que no nos van a ayudar con eso?

El hombre fue hacia un reducto del sótano donde había unos frascos de aceitunas. Levantó unos de los tarros, llenos de polvo, levantó uno de los tarros de las aceitunas. En ese momento, salió disparada de ese sector del fondo una pequeña lauchita o un pequeño ratón, no se llegó a ver bien qué era. El tipo, sin inmutarse por el animalito, llevó el tarro de aceitunas hacia la pileta, las tiró en la basura y lavó el frasco. Prendió la canilla y limpió su contenido. Después secó el tarro –de plástico transparente- con un trapo viejo de la pileta. Luego, se dirigió a las paredes del sótano con el frasco vacío en la mano y una pequeña linterna de bolsillo. Apuntaba hacia los rincones.

-Vamos a ver si encontramos alguna amiga por aquí. Vos –apuntó hacia una esquina- Loxóceles, loxóceles.... No, es una kukulnania, una arañita buena. No es lo que necesitamos hoy.

Después siguió revisando las paredes del sótano con la linternita de bolsillo. En ese sótano la iluminación total consistía en una pequeña bombilla que colgaba de un cable, una bombilla de 40 wats. Por eso, la luz era insuficiente y debía revisar todo con la linternita. Levantó unas baldosas llenas de polvo y agarró con la mano una araña grande allí, era bastante grande con las piernas con pelos y piernas gordas. Los apuntó con la linterna con la araña en la mano para llamarlos.

- Esta es una hembra de Lycosidae. La gente tiene miedo, pero no hace nada. Es buena.

Tras ello, la depositó de nuevo en el suelo y la aplastó de un golpe con su zapatilla. La bondad no es garantía para sobrevivir. Siguió con la linternita mientras revisaba las esquinas, las paredes. Estaba de rodillas debajo de una mesa de madera, una mesa apilada junto con sillas viejas y un sillón apulgado, con la linternita que apuntaba hacia los ángulos internos, cuando

exclamó:

-¡Qué tenemos acá! Loxóceles.... Nuestra amiga.

El chico se puso alarmado y preguntó.

-¿Qué es eso?

-Una araña venenosa. Te pica y en 48 horas sin el antídoto nadie sabe más quién era Felipe Taglione.

Con la misma cucharita que habían usado para tirarles sangre a los otros prisioneros, jugaba con la araña atrapada dentro del tarro vacío de aceitunas. Era una araña muy chica y veloz.

-Vamos a dejar el frasco acá para la noche. Van a pensar si están dispuestos a colaborar. Queremos sexo. Lo siento, pero los detalles tienen que ser oscuros. A la prensa le gustan esas cosas.

Lo miró al guardia que tenían allí.

-Sacale la mordaza al Che Guevara este a ver qué nos puede decir y si cambia de opinión. Parece que el padre no pagó todavía y esta historia va a seguir. Que tipo sorete, tiene varios millones de dólares y no puede darnos uno cuando la vida de su hijo está en juego.

Luego de eso, enfiló por la escalera rumbo afuera del sótano, mientras se escuchaba el crujiente ruido de los escalones de madera. El guardia le sacó la mordaza al Mumi, quien estaba callado, con la mirada tranquila.

-Decime que sos, una especie de Che Guevara del surf. Mirá que hay pelotudos, pero como vos no conocí ninguno.

-No, el Che Guevara era marxista. Nosotros somos anarquistas y ecologistas.

-Mirá que lindo. Anarquistas.

Entonces se quedaron callados. Pocos minutos después, el guardia sacó de nuevo su teléfono celular. Algo miraba dentro del celular, cuando Manuel, alias el "Mumi", el líder de los Rebeldes de las Olas que estaba allí atado a la silla, le habló.

-Te tienen atrapado con eso. Es la dopamina.

-Dopamina. ¿Qué es eso ?

-El celular. Aunque sea cuando tocás el piano hacés arte. Si no fuera por el celular, con todas las horas que pasamos acá, ya podrías tocar bien el piano. Pero no, estás preso con el celular, con la dopamina.

-Ya...ya...¿Pero qué mierda es la dopamina?

-Es la dopamina, un neurotransmisor de la recompensa en el cerebro. Cada vez que posteas algo en una red social, en un mensaje de wats ap y alguien te contesta, lo mira, se activa la recompensa y tu cerebro produce dopamina. Cada estímulo, cada noticia, cada novedad, es dopamina. Un chorrito de dopamina cerebral, da placer. Es placer cerebral fácil sin pensar, entonces pensar es un esfuerzo y cada vez sos más idiota si podrías tener la dopamina sin pensar. Tu cerebro queda perezoso. No quiere hacer más actividades sin dopamina fácil como leer, pensar, disfrutar del arte.

El guardia se sonrió, pero optó por seguir escuchando. No hacía nada. Apenas bebía mate, sin convidar. El Mumi comenzó a hablar. A esa situación dantesca, solamente le faltaba alguna suerte de proclama anarquista, pensó Mariano de Rose.

- La cocaína también produce dopamina, pero más fuerte. Esto es una cocaína más baja, te van tirando chorritos de dopamina con las redes sociales para tenerte atrapado con la tecnología, para que no la puedas soltar. Y cuando estás ahí dejás tus datos, con el celular te espían, te escuchan, anotan tus datos en una gran computadora y luego lo usan para domesticarte. Te disparan propagandas para que compres cosas, para que te endeudes y estas más atrapado que nunca pegado a ese aparatito del celular.

-¿Nos están escuchando con este aparatito? Vos sí que estás loco.

-Sí, nos escuchan. Pero nadie humano. No merecemos tanto gasto en una persona. Nos escucha un programa de computación que clasifica nuestros gustos, nuestros intereses, para después poder vendernos publicidad que nos crea necesidades de consumo. Esa mierdita te hace adicto y el cerebro adicto a los chorritos instantáneos de la dopamina ya no puede esforzarse y quiere el camino corto de postear algo, de escribir algo, de mirar algo... ¡A nadie le importás una mierda lo que escribes hombre! Ni siquiera te escucha una persona, es una computadora.

-¿Toco bien ese piano? ¿Te gusta lo que toco? Recién empecé ahora a tocar y ya toco con las dos manos.

-Tocás para la mierda hombre, pero al menos es algo tuyo, es el sonido que producís y traes a este universo. Si te esforzarás podrías mejorarlo. No renuncies a eso nunca.

- No me dejan tocar pero en un rato voy a volver a tocar. Que tipo raro que tenemos acá. No sabe que lo podemos matar en cualquier momento y nos quiere dar discursos.

- Tu cerebro ya no puede esforzarse en vivir con intensidad la vida, quiere el chorrillo de dopamina fácil de la internet y prefabricado para atraparte. Estás preso. Tu vida se te va, se van las horas de la vida que no van a volver nunca, esa mierdita que tenés en la mano se la lleva. Los minutos no vuelven nunca, un día vas a ser un viejo con artritis, te va a costar hasta caminar por la calle, y nos vas a tener nada de vida, te la quitaron para venderte porquerías con eso. Vos me tenés preso, pero para tenerme preso tuviste que atarme porque soy libre de espíritu. Me liberó el mar. Me liberó el surf. En cambio, vos estás libre por afuera, pero estás preso en la mente, con esa mierdita que tenés en la mano que te va a llevar directo a un shopping a comprarte cosas que nunca necesitás y a mantenerte endeudado y esclavo.

-No las necesito tal vez, pero las voy a disfrutar. A vos te van a culpar de la muerte de todos estos pibes, de todos estos secuestros. Tu ego, tu movimiento va a desaparecer. Vas a morir vos, pero también el mito que lograste. Sos mediocre como nosotros.

-Sí, soy mediocre. Tal vez me voy a morir ahora. Tal vez van a tirar una montaña de mierda sobre todos nosotros. Pero hay algo que todos nosotros tenemos en el corazón. Nosotros quisimos cambiar el mundo. Nosotros somos amigos del mar.

-¿Y qué hace el mar por ustedes ahora?

-En diez minutos va a venir un tsunami, va a romper todo y nos va a rescatar. Porque somos amigos del mar.

- ¿En diez minutos?

-¿No lo creés no?

-Estás chiflado viejo. El mar solamente es agua. Ustedes son una secta.

Es perfecto el plan de involucrarlos a ustedes y limpiar nuestras culpas. La gente cree que las sectas hacen cosas malas. Vamos quedar limpios como un recién nacido.

-Por eso no lo crees. Porque te alejaste de los Mitos. Sin los Mitos, el ser humano no es nada. En todos los rincones del planeta, en todas las épocas de la historia, en todas las civilizaciones, el bicho humano siempre creyó en algo. ¿Qué hizo con vos esa mierdita que tenés en la mano y te tira chorritos de dopamina que ya no crees en los Mitos?

-Me cansaste. Sos insoportable hermano.

-No podés leer ni un libro. No aguantas el mínimo esfuerzo continuado sin estímulos fuertes. Tu cerebro está achanchado. Tu cerebro escapa de todo esfuerzo mental, está atrofiado, quiere noticias de internet todo el tiempo, no puede esforzarse. Estás manejado por un celular que solamente quiere que compres porquerías en un supermercado, en un shopping, en cualquier otra basura. Se te va la vida. Vas a ser un viejo con reuma en poco tiempo, pasa rapidísimo y esa mierdita te chupó todas las horas de tu vida, que es lo único que tenías, horas de vida.

-Solamente decime si vamos a realizar el sexo. Es lo único que necesitamos y, sino, en un rato te van a meter esta araña arriba de la cara.

Luego de eso, todos se quedaron callados. La luz de la bombilla del sótano muy poco ayudaba para terminar con la atmósfera de encierro y de angustia que se vivía allí dentro. Mariano de Rose ya estaba con las piernas acalambradas. Dormir sobre una silla atado era doloroso, tenía diversos tipos de dolores musculares y en el cuello. El cuello sufría las contracturas.

Un rato después, pasó algo sorpresivo. Se escucharon unos ruidos arriba. Unos gritos de discusión tan intensos que llegaron hasta ese sótano. Era una voz femenina la que gritaba. Luego, se abrió la puerta que daba la escalera al sótano. Una mujer comenzó a bajar por la escalera con un arma en la mano.

Mariano de Rose la reconoció, era la periodista Iamurri.. ¿Qué hacía allí? Estaba traspasada por la violencia que le confería la portación del arma en la mano. El guardia se dio vuelta al mirarla y amagó con agarrar la suya.

-¡Ni se te ocurra que disparo! –gritó la mujer- ¡Dejá el arma!

El guardia empujó con la zapatilla el arma lejos de allí.

- Analía Belén... ¿Qué pasó? ¿Qué hacés acá? ¿Te volviste loca? Este plan lo habíamos ensayado muchas veces.

Maldita sea, pensó Mariano de Rose. Esta chica parece que tiene dos nombres, no es la periodista Iamurri, sino que es una tal Analía Belén y siempre lo estuvo usando y engañando. Esto sí que es raro. Quería hablarle e insultarla, porque ya era el colmo. Ella lo había engañado muchas más veces de lo que él creía. Hacía ruidos con los trapos que tenía en la boca para hablarle. Quería aclarar las cosas y que le explique todo esa mentirosa.

Ella detectó sus ruidos y se sonrió divertida, pero no le sacó la mordaza. Ni siquiera le dio más importancia. No le importó. La mujer, sin contestarle, sin prestarle mucha atención, se dirigió hacia donde estaba el Mumi. Le sacó la mordaza y le habló.

- Te podemos dejar vivo. Solamente jurame por el mar que no nos vas a delatar y te dejamos vivo. Tenemos la camioneta a cuatro cuadras de acá. Todos van a morir a tiros y va a entrar la comisaria para armar la escena y plantar las pruebas como que fue un tiroteo y por eso murieron todos. Van a echarles la culpa de todos los secuestros y del secuestro y muerte de Felipe Taglione, pero ustedes no se van a poder defender porque van a estar muertos. Solamente falta que Taglione pague el rescate y se activa el plan... Pero vos venís con nosotros, te llevamos lejos en la camioneta, te damos pasaportes falsos y escapás. Solamente jurame por el mar que no nos vas a delatar.

-¿Y por qué?

-¿Qué es por qué?

-Por qué voy a quedar vivo.

-No soy tan falsa como todos piensan. Me metí en tu grupo para armar esta escena hoy, pero no soy tan falsa. Nunca pude lograr que mi familia me ayude a ser alguien. Cuando tenga hijos, les voy a dar todo, no van a ser pungas como yo. Ahora, cuando cobremos el rescate, no voy a robar nunca más. Me duele que tenga que morir tanta gente. ¡No soy una hija de puta como todos dicen!

Mariano de Rose no creía lo que veían sus ojos. Esa mujer, tan mentirosa que lo había usado como a muchas otras personas, hacía una defensa moral de sí misma y se la veía incluso emocionada. Era como si estuviera



enamorada del líder anarquista, pero, por él, Mariano, ni siquiera valía molestarse en darle explicaciones, a pesar de que estaba destinado a morir igual que todos. Algunas lágrimas caían de los ojos de la mujer, mientras ella sostenía el arma en alto.

-Si puedo confiar en vos Manuel, entonces te prometo que salís con vida de esta. Me pelee con todos arriba recién. Rompí el plan, pero no soy una heladera. Yo siento cosas. ¿Puedo confiar en vos? Te puedo dar cien mil dólares del rescate para que armes tu vida de nuevo, lejos de acá.

- ¿Sobrevivir yo y matarlos a ellos? Eso es para los líderes capitalistas o los líderes socialistas. Yo soy anarquista.

- Te amo Manuel.

Le dijo ella y empezó a llorar fuerte.

-Amás todo lo que no sos, porque te detestás. Cuando entraste al grupo yo nunca confié. No tenías la mirada de las olas. Igual el plan no va a funcionar y todos nosotros vamos a sobrevivir.

-¿Y cómo?

-Va a venir un tsunami y nos va a rescatar.

El guardia, que venía de presenciar toda aquella escena, por fin habló.

-Este tipo está completamente chiflado. Es una secta.

Ella se acercó a donde estaba él. Le dio un beso en la boca. Lo acarició en el cabello y en el rostro con ternura y le dijo:

-Me tengo que ir. Hasta siempre. Solamente quiero que sepas que yo no fui una delatora que los usó para un plan criminal. Yo también, en alguna parte de mí, fui una integrante de Los Rebeldes de las Olas.

La mujer sonrió con tristeza. Le acarició el rostro, con los ojos llorosos. Y subió por la escalera para abandonarlos. Cuando ya estaba subiendo las escaleras hacia afuera del sótano, se dio vuelta para mirarlo una vez más y luego se fue.

Pasaron unas horas, cuando se escuchó de nuevo un ruido muy fuerte arriba. Ruido de golpes y gritos. Entonces, se abrió de nuevo la puerta de la escalera que conducía al sótano y apareció un hombre armado con una ametralladora Uzi, con un tubo largo sobre la punta del cañon que era un silenciador.

Apuntó sobre el guardia, quien ya había guardado su teléfono celular y bajó por las escaleras. El chico de inmediato lo reconoció, aunque tenía la boca tapada con un trapo, se notaban sus intentos de gritos de entusiasmo. El hombre que había entrado le sacó rápidamente el trapo de la boca a Felipe quien exclamó al verlo.

-¡Halcón! ¿Cómo entraste?

El hombre no se inmutó.

-Tengo mis mañas -le contestó, mientras lo desataba de la silla- Tu papá ya sabe que estás bien. Todos estos hijos de puta van a ver que no se tendrían que haber metido nunca con vos.

Halcón miró hacia el recipiente de aceitunas donde estaba la araña. Le disparó un tiro con la ametralladora, el frasco se agujereó y la arañita salió de allí caminando y se fue para uno de los rincones oscuros del sótano.

En ese momento, el guardia se levantó de su silla y avanzó por la espalda sobre Halcón para intentar darle un palazo. Halcón detectó el movimiento, dio un salto y le pegó una limpia patada voladora que lo tiró al piso de inmediato. Luego, se fue hasta donde estaba y le pegó una piña tipo directo de derecha de boxeo en la cara y sonaron todos los dientes al romperse, caía un chorro de sangre desde la boca sobre el piso.

-Quedate quieto ahí o hay más. Tus compañeros están arriba todos atados. No te van a poder ayudar.

Le advirtió. Luego, se fue a sacarles el trapo de la boca a Miguel, el surfer, a otros integrantes del grupo anarquista y a Manuel, al Mumi. Ellos estaban callados.

-Vienen todos conmigo. Apúrense. Tengo el auto afuera

Les dijo Halcón y, poco tiempo después, iban subiendo todos por la escalera de madera fuera de allí. En el piso de arriba había una gran pantalla de televisión, equipos de radio y varios hombres atados a las sillas y amordazados. Halcón los había dejado vivos, pero hubo un tiroteo porque algunos de ellos perdían sangre. Afuera, pudieron ver que estaban situados en una casa con sótano, situada en las afueras de Mar del Plata. Cuando iban con el coche por la calle rumbo hacia la casa de Taglione, todos estaban callados menos Felipe Taglione quien no paraba de hablar.

-Ellos hicieron muchos secuestros. Pero algunos secuestros los hicieron por un millón de dólares y todos de integrantes del grupo anarquista. Hicieron secuestros por montos menores todos estos años en la costa en Mar del Plata, en Necochea, en Pinamar. Pero pensaban dar el gran golpe con mi secuestro y para eso echarle la culpa al grupo anarquista. Yo participé del grupo anarquista. La idea que tuvieron es endilgarle la culpa de mi secuestro a los anarquistas y, para eso, secuestraron a dos más y los mataron. A mi también me iban a matar. Querían armarles la causa.

A la par que Felipe hablaba, todos permanecían callados en el coche. El hijo de Taglione contaba cómo ingresó al grupo anarquista, cómo les dio información estratégica para facilitar el ataque al torneo de surf internacional “Almeja Amarilla”, cómo él mostraba admiración por todos los integrantes del grupo. Por qué él creía que todo aquello había sido una especie de emboscada para endilgarle a un grupo clandestino, objeto de sospecha social, la culpa de todos los secuestros en la costa y de lo que iba a ser la muerte del hijo de Taglione.

Por qué habían usado a Analía Belén para reclutar personas para el grupo que sean útiles para luego secuestrarlas y matarlas poco tiempo después de su entrada al grupo. A la par de ello, los mismos delincuentes habían realizado otros secuestros menores en todos estos años. Mientras avanzaba el coche por las calles de Mar del Plata, Felipe hablaba de todas las cosas que él creía haber descubierto de escuchar a los secuestradores durante su tiempo de reclusión. Todos los otros integrantes del coche, incluido Mariano de Rose, permanecían callados, a la espera de que un inesperado protector que había surgido revele qué pensaban hacer con ellos.

-Falta Analía Belén. La mujer. Ella es la que tiene mucha culpa de todo esto y se escapó. Está afuera de la casa.

-No te preocupes Felipe. Vamos a llegar a casa de tu padre y averiguar bien de qué se trata todo esto. Nosotros hicimos nuestra investigación privada y, por eso, pudimos llegar hasta acá.

-Hay una cosa más. Ellos están en una camioneta Kombi Transporter, que les robaron al grupo anarquista. La usaron para realizar otros secuestros menores y mancharla con sangre. Ahora, la van a querer dejar al costado de la ruta, en un campo que tienen y después irse a otro lado. Van a llevarse de rehén a algunos del grupo anarquista. Es un plan que ellos tienen...

-No te preocupes. Hablamos con tu papá después. Todo va a estar bien. No se van a llevar gratis esto que hicieron.

En eso estaban andando, cuando unos coches de policía trababan el paso y les hicieron señas de que debían detenerse. Había tres policías con radios. Uno de ellos, se acercó hasta la ventanilla.

-Me van a tener que acompañar a la comisaria señores.

-¿Qué comisaria?

-La segunda.

Halcón se bajó del auto y habló con los policías. Les dijo algo en privado y les mostró algo que sacó de su bolsillo. Ellos cambiaron de actitud. Lo dejaron ir. Se volvió a sentar al volante.

-¿Qué les dijiste?

-Nada importante, pero ellos me entendieron.

Un rato después, el coche daba la vuelta en el camino de tierra con banderas de “Almeja Amarilla” en la entrada que conducía a la Casona donde la marca albergaba a sus deportistas todas las temporadas.

En la oficina de Taglione, aún nervioso, el empresario los recibió a todos con una gorra puesta, como era su costumbre. El escritorio de Martin Taglione estaba todo lleno de papeles tirados, que mostraban horas frenéticas que habrían pasado los días anteriores. Apenas lo vio a Felipe, sin siquiera saludar a nadie más, se abalanzó y le dio un abrazo larguísimo, interminable. Sus ojos estaban humedecidos por lágrimas, detrás de ellos dos el gran ventanal de la oficina mostraba los árboles del campo.

-Señores, bienvenidos. Esto es Almeja Amarilla, están en su casa.

Cuando terminemos con esto, me dicen dónde quieren que los dejemos y los llevamos. También, si quieren llamar a alguien, algún familiar, para decirles que están bien, tienen los teléfonos a su disposición. Si quieren quedarse unos días acá hasta estar más tranquilos y seguros, son todos mis invitados. Acá van a estar protegidos por mi seguridad personal hasta que se calmen las aguas.

Eran las palabras del legendario Martín Taglione. Mariano, callado, se preguntaba si el empresario sabía que, entre las personas que ahora estaban allí, se encontraba, callado, tranquilo como un niño bueno, con una remera tranquila puesta, zapatillas adidas comunes, nada menos que el Mumi, el Líder de la agrupación anarquista que tiempo atrás había destrozado y arruinado su evento mundial de surf. Como sea, en ese momento nadie decía nada.

Un rato después, trajeron una bandeja de sándwiches de miga y la dejaron sobre la mesa. Había allí un hombre vestido de traje cuya presencia desentonaba con la informalidad deportiva de todo el lugar. Era un detective privado que ellos habían contratado para “*hacer inteligencia*”.

El Halcón, entonces, comenzó a darles una escueta explicación acerca de por qué estaban allí. Ellos habían hecho inteligencia propia. Conocían mucho sobre la maniobra. Estaban implicados los policías, especialmente los de la comisaria quinta del comisario Napolitano, pero iba a ser difícil probar todo lo que pasó.

-Son una banda de secuestradores. Los mismos que hicieron muchos estos años en la costa. Pero esta vez tenían un plan distinto.

En ese momento, Taglione, que estaba callado, fue como si entrara en la cuenta de quiénes eran sus invitados.

-¿Ustedes son los anarquistas de las olas? Los mismos que estuvieron jodiendo todos estos años.

Manuel había permanecido en silencio respetuoso todo el tiempo, interrumpido solo por los monosílabos de la cortesía que practicaba, amable y humilde, hasta quizá tímido. Ahora había que contestar esa pregunta. Pero ni siquiera contestó esa pregunta. Se lo veía desarmado, privado de la protección que dan las mantas del anonimato, con su propia cara descubierta delante de todos e indefenso como los demás. Seguramente, el tipo les tendría que estar agradecido a todos ellos, porque le habían salvado la vida a él y a su gente. Pero no decía nada, apenas esbozó a sonreír como respuesta de cortesía

simpática a esa frase. Como si no se hubiera desmentido el contenido de la acusación.

-No se enojen. Hoy no me importa nada que tenga que ver con la empresa, con la política, con los negocios, ni con la ideología.

Dijo Taglione.

Mariano después se fue de allí. Le pidió a Taglione que le presten un teléfono, porque le habían sacado el suyo. Habló con su padre, para decirle que estaba bien. Habló con el Gallego para explicarle que ya estaba bien y su amigo le pidió que vuelva. Había mil despelotes en Mansión Beverly Hill que requerían su atención.

No podían pagar las cuentas, porque con la suba de las tarifas no alcanzaba para soportar los costos, ahora que estaban vacíos tres cuartos. El Gallego decía que comenzó con la venta de marihuana también a turistas que venían de un Hostel cercano, pero que era gente confiable. Mariano no tenía tiempo de enojarse ni de retarlo.

No tenía fuerzas para librar otra vez la misma discusión. Además, tuvieron unos problemas de plomería que llevaron a unos costos importantes y necesitaban su ayuda en Mansión Beverly Hills. Además, habían llegado unas suecas nuevas, estudiantes, ojos celestes, buen inglés y nada de castellano, tetas con pezones rosados. Había que tratar de salir con ellas e invitarlas a la cancha de Boca a ver el fútbol.

Pero Mariano solamente quería descansar, al menos unos días. Pocos metros afuera de la casa, donde estaba la oficina de Taglione, cruzó un espacio común con palmeras y plantas del tipo palo de Brasil, con banderas grandes de la “*Almeja Amarilla*”, arena sobre el piso, había una pantalla grande de cine, pasaban videogramas de surf, estaba unos tipos con surf de ola grande, surfeaban unas olas Maverick en el video, paredes de agua gigantescas. Tal vez esa pantalla emitía videos de surf todas las horas. Y llegó a la otra casona, donde estaban, en hileras, sobre un pasillo, las habitaciones donde se hospedaban usualmente los deportistas. En el camino, por el pasillo, se cruzó con un metegol que tenía el detalle de que, en lugar de jugadores, había tablas de surf. Nunca se le hubiera ocurrido una idea tan mala como esa, pensó mientras buscaba la número 12º, que era la habitación que le habían asignado en la Casona Residencial de la Almeja Amarilla.

Se tiró para descansar, después de tanto tiempo de dormir atado a una silla. Era necesario y reparador recostarse y olvidarse de todo el endemoniado asunto aquel.

Qué lindo era tirarse boca arriba sobre esa cama. Qué lindo que toda la pesadilla rarísima aquella, en esos momentos, por fin habría terminado. No sabría qué estarían haciendo los demás. Estaba solo de nuevo, pero no le importaba. Sobre las sábanas. Boca arriba. Había una mosca sobre la ventana, la única molestia del lugar.

Era fuerte. Pero, a veces, él también necesitaba que alguien lo tome de la mano, lo abrace y le diga que todo va a estar bien. En poco tiempo, volver a Buenos Aires, veríamos cómo terminaba todo eso. Pero el caso se lo había sacado de encima.

A la mañana siguiente, desayunaron todos en el gran comedor que tenía la casona de La Almeja Amarilla. Se sorprendió, al cruzar la intemperie rumbo a la casa de Taglione, de la fría llovizna que había comenzado por la mañana. Pero, por eso, era más sabroso que nunca el café con leche que lo esperaba. Había una mesa larga con gente que ayudaba a servirles y bandejas con platos y dulces. Los anarquistas ya se habían ido de allí durante la noche. No quedaba ninguno de ellos. Mariano no podía saber qué se dijeron, pero, ante hechos más graves como un hijo en riesgo, Taglione parecía haber olvidado que la arruinaron su gran evento de torneo de surf.

Allí, en ese lugar, Mariano era un residuo, alguien que no le importaba a nadie. Así pasa muchas veces en la vida. Uno se mira con sus propios lentes y se ve importante, se ensimisma en sus propios errores con la mirada del otro. Pero el resto de la gente tiene muy poco tiempo para darle atención, cada uno está con sus propios asuntos importantes.

El estaba en silencio mientras que los otros hablaban. En ese momento, Martín Taglione decía:

-Bueno, ahora vamos a organizar la estrategia. Por todos los elementos que tenemos acá y la inteligencia que hicimos de esto, podemos ver cómo fue y podemos suministrar las pruebas para que los encierren de por vida a esta lacra social.

Entonces creyó que era el momento para intervenir.

-¿Qué pruebas? ¿Cómo sabés que tenés las pruebas suficientes?

-¿Y quién sos vos para poder ayudar?

-Soy abogado, de la familia de Ezequiel Muñoz. Impulsé la querrela y gracias a mí la causa está abierta, además conozco todo el expediente y una vez me amenazaron y...

Taglione lo interrumpió.

-Ya sé pichón. ¿Creés que podrías estar acá sentado si yo no supiera perfectamente quien sos?

Mariano entonces decidió que era el momento de descolocar al empresario arrogante aquel.

-Bueno, pero van a tomar una mala estrategia.

-Ajá, ¿Te parece que no podemos tener suficientes pruebas para encerrarlos de por vida?

- En absoluto. Si me pagás, te puedo dar un consejo legal ahora mismo. Creo que es el mejor consejo legal que podrías recibir en este momento, en una situación como esta.

-Ya tenemos abogados. Nuestro estudio es “*Achaval, Rosatti & Torino Abogados*”

-Cuando estás en una situación de salud delicada, consultás en varios médicos. En tu lugar, consultaría la opinión de otro abogado porque estás en una situación legal delicada. Y justo a punto de tomar una decisión difícil.

-Bueno, ¿Cuándo te debo pagar por tu asesoramiento legal?

-Veinte mil dólares.

Miró para abajo, directo a su taza de café con leche espumeante, con un esbozo de sonrisa y de asombro. Casi se le cae la taza de café con leche.

- Bueno, supongamos que te digo que sí, porque ya me estás dando intriga, no tengo acá la plata.

-Cheque puede ser. ¿No tenés chequera?

-No, tampoco. Nunca traigo chequera aquí.



-No importa. Me basta tu palabra. El precio de la consulta son veinte mil dólares, pero va a ser el mejor asesoramiento legal que podrías tener en este momento. Mucho mejor que el que te podría dar cualquier otro abogado. A tus abogados los conozco, además. Son un estudio grande en la torre donde termina la calle nueve de julio, no es muy bueno. No me confiaría del consejo legal de ellos, porque son estudios grandes que facturan las horas y no el resultado, no están orientados a resultados.

-Bueno, es un trato. Pago.

-Ok. Hecho. Mi asesoramiento legal es este, no los llesves a juicio. No va a funcionar. Entran por una puerta y salen por la otra. Van a estar sueltos todos en un ratito. No recurras a la ley, porque la ley está pensada para joderte. No va a funcionar.

- Ah, excelente. Entonces, ¿Qué tendría que hacer?

-Matarlos. Matalos a todos. Ese es mi consejo legal y profesional.

-Veinte mil dólares el asesoramiento legal. Eso te enseñan en la Facultad.

-Es mi consejo legal luego de todo que estudié el derecho en Argentina y el funcionamiento de la Justicia en Argentina. Dedicué mi vida al estudio del derecho y por eso puedo decirte que, de acuerdo a mi conocimiento científico sobre todos los aspectos de la situación, la mejor decisión que podrías tomar es matarlos a todos.

-¿Con todas las pruebas que tenemos decís que no alcanza para meterlos en la sombra toda la vida?

-Absolutamente no. Ellos son víctimas del sistema que tuvieron una vida difícil y se vieron forzados a cometer delitos pobrecitos y sus derechos humanos.

-Pero...¿Conocés esa historia? ¿Conocés esas pruebas?

-No, pero no importa. Conozco el derecho.

-. Te voy a pagar veinte mil dólares por una consulta, lo mínimo que podrías hacer es escuchar bien.

-Vos ganás. Te escucho.

-Mirá, ahora que sos tan genio vas a enterarte de algunas cosas. Cuando quedaste en reunirte en Jose C. Paz con el activista anarquista o como se llame, no eran ustedes dos nada más allí en el bar de panchos.

-¿El bar roñoso de los panchos con salchicha alemana?

-Sí, ese mismo. No estaban solos. Atrás de ustedes, había una persona de ellos. Lo estaban siguiendo por todas partes. Los canas estaban muy presionados por el despelote de los activistas y por los hechos de secuestros. Lo estaban estudiando para tratar de culparlo por los secuestros, armarles una causa y, además, sacarse los problemas de encima de estos tipos. Los filmó en el puente de Jose C. Paz, los siguió. Entró a ese bar de panchos detrás de ustedes.

-¿Atrás nuestro? Solamente había unas mesitas con sillas, tres o cuatro si mal no recuerdo. Nosotros estábamos en la barra. La barra estaba vacía.

-Sí, exacto, se sentó en una de las mesitas. Pero ellos tienen un micrófono amplificador. Con eso, aunque estaba sentado a más de cinco metros, graba la conversación igual.

-¿Y vos cómo sabés de todo esto?

-Nosotros estamos haciendo inteligencia también. Desde que nos empezaron a atacar la marca, queríamos averiguar quiénes eran estos tipos.

-No vale como prueba si es tomado contra la voluntad. Teoría de los frutos del árbol venenoso.

- Sí, no vale, pero sabemos todos los datos, sabemos quiénes son todos. Son idealistas, unos pelotudos, pero no soretes. Cuando lo secuestraron a Felipe, nos llegó un email de "*Hombre Enigma*" que nos puso en la pista de quiénes podrían llegar a ser. Así que nosotros también estuvimos haciendo inteligencia.

-Muy bueno. Los anarquistas me espían a mí. Los chorros espían a los anarquistas. Ustedes espían a los chorros. Increíble.

-Sí, increíble. Pero Halcón entró y obtuvo todas las grabaciones, todo lo que pasó, sabemos todo cómo fue. Tiene tus fotos con cara de boludo arriba del puente de Jose C. Paz. Sabemos a quiénes mataron y por qué los mataron. Tenemos todas las pruebas, dónde lo secuestraron, dónde lo tuvieron, filmaciones de cuando lo rescatamos. Por qué mataron y a quiénes mataron.

Dejaron tirado en el sótano donde los tenían secuestrado el mismo revolver que usaron para asesinar a Ezequiel Muñoz y a Pablo Araldi tras los secuestros.

-¿La misma arma? Eso se puede detectar por las huellas de las balas, cada arma dispara distinto. Los peritos en balística lo pueden reconocer. ¿Cómo pueden ser tan estúpidos de dejar ahí la misma arma que usaron para matar a Muñoz?

-¡No entendés todavía! Encima que me cobrás veinte mil dólares la consulta y es tan evidente todo. Ellos dejaban ahí el arma para incriminarlos a los anarquistas. Por eso, le robaron también la camioneta. Mataron gente solamente para armar una cama y culpar a un grupo de tarados. Pero les salió mal. Porque ahora sabemos que son los mismos que mataron a los otros dos. Crímenes, asesinatos, secuestros, corrupción policial. Tengo medios que van a bajar la noticia si se los pido tal como se los pido, porque les pago pauta publicitaria. No soy un pichón. Soy Martin Taglione, tengo las pruebas, tengo abogados y se metieron con mi familia.

-No va a pasar nada. Sos una persona honesta y la ley está pensada para joder a la gente como vos.

-Pero me dijeron mis abogados que, con todo lo que tenemos, no salen más de la cárcel, Con toda la información, ¿de verdad pensás que lo mejor que puedo hacer en mi lugar es mandarlos a matar?

-Absolutamente. Tenés que matarlos. Es mi consejo legal. El mejor asesoramiento legal que podrías recibir en esta situación. A la ley le importa una mierda tu familia, a vos te importa tu familia. Si se quedan afuera, un día pueden venir a buscarte de vuelta. No vas a dormir tranquilo nunca más. Si los meten presos, en realidad los largan por la corrupción de los sistemas penitenciarios.

-Mis abogados me dicen que podemos llevarlos a juicio oral y encerrarlos.

-No lo creo. Lo mejor que podrías hacer es matarlos a todos. Mi consejo legal es que los mates.

Martin Taglione entonces se empezó a reír, casi a carcajadas. Parecía muy divertido y algo diabólico aquel hombre con su gorra puesta a las diez de

la mañana. Cuando terminó de reír, habló.

-De ahora en más, vas a trabajar en el estudio SSSS, ellos te van a contratar y vas a llevar a la cuenta de La Almeja Amarilla y de mis otras empresas como socio del estudio. Ellos te van a tener que aceptar cuando yo se los pida. ¿Sabés por qué? Porque sos un pichón, pero me gustan los abogados que me recomiendan que haga exactamente lo mismo que ya hice por el consejo de mi intuición.

-¿Ya los mataste?

Martín Taglione no le contestó. Solamente, dio otro sorbo a taza de café con leche.

La camioneta seguía estacionada sobre la calle solitaria y oscura. No era la camioneta “*Mercedez Benz*”, utilitario, del Centro de Rehabilitación de drogas. No, esta vez tenían una camioneta Kombi Transporter, era la que le habían quitado a los anarquistas. Como parte del plan.

Ya estaba a pocas horas del amanecer y no llegaban noticias. Supuestamente, según el plan, cada tanto iba a venir alguien de la casa, situada a cinco cuadras, para informarle los detalles, pero habían pasado ya unas horas y no aparecía nadie con las noticias.

No podían usar teléfonos celulares. Ni siquiera los robados. Hoy con la tecnología queda todo grabado en alguna parte. Es mejor volver a la mensajería de transporte humano y una vez, cada dos horas, alguien tenía que acercarse a donde estaban ellos. La última noticia que recibieron se las trajo Analía Belén, que ahora estaba con ellos. Les dijo que ya habían dado la prueba de vida a Taglione, pero que todavía no se habían pagado el rescate. El rescate debía entregarse en bolsas negras de residuos en una zona prefijada para ello. El mirador acantilados, donde había otro de ellos que los estaba esperando. Pero no había noticias y las horas pasaban.

Sobre el volante estaba Hernan, el novio de “Solcito”. Era uno de los “trabajos” más importantes para todos ellos. Una verdadera fortuna que iban a cobrar esta vez, dos millones de dólares de rescate. Lo suficiente para repartir y para que pueda retirarse del negocio. Se iba a vivir a otro país, a un país con menos violencia y con menos corrupción. Iba a tener hijos, pero le iba a

alcanzar para darle todo a ellos, darle lo que nunca nadie le dio en su infancia.

Acorde con el plan, cuando les avisen que el rescate estaba pago, se iban en la camioneta a El Marquesado, un complejo abandonado, en las afueras de Mar del Plata, donde ellos sabían que hacían, a veces, sus reuniones los anarquistas. Allí iban a dejar la camioneta, porque allí se subirían en otro coche que los estaría esperando, ya con los millones del cobro. Allí iban a dejar la Kombi Transporter junto con las bolsas de residuos negros vacías a donde tendría que estar el monto del rescate. Luego, acorde a lo planeado, se irían en otro vehículo, dejando todo lo demás tirado allí.

La misma Analía Belén les pidió que traten de no hacerle sufrir al líder anarquista, al Mumi, que no muera sufriendo, que lo maten de un tiro y que lo traten bien. “*No hay manera de dejarlo vivo*” le preguntó, esperanzada, a Napolitano, pero sabía que la respuesta no podía ser distinta. “*No hay que dejar cabos sueltos*”.

No era su jefe, sino un socio, pero el plan no podía fallar esta vez. Les habían suministrado armas robadas. Todo tenía que salir perfecto, se cobra la plata primero y luego se matan a todos. No queda ninguno de ellos vivo, pero fingen un enfrentamiento con la policía al entrar.

Tenían uno de ellos en la Brigada Anti-Secuestros de la Provincia de Buenos Aires. Había que hacer un tiroteo fingido y después rearmar la escena del crimen.

Sin embargo, algo andaba mal. El plan no estaba saliendo como se había planeado. Ya poco faltaban para las primeras luces del amanecer y todavía no tenían noticias. Algo complicado cuando ellos, desde el vehículo, una furgoneta de los años 80 que le habían quitado a los anarquistas, no podían hablar, ni por radio, ni por celular. Envueltos en una llovizna que había comenzado hacía pocos minutos, también estaban rodeados por la incertidumbre.

El Correntino no estaba con ellos. Hablaba desde otro lugar, una casa ocupada por ocupantes clandestinos que tenían contacto con ellos y les prestaban una habitación, hablaba mediante internet cifrada desde la deep web, para comunicarse con la familia. El era “La voz”, quien intimidaba a los Taglione para que paguen el rescate. Desde esa camioneta, ellos estaban totalmente incomunicados. Solamente debían esperar que venga alguien desde

la casa, les avise que estaba ya pagado el rescate y arrancar la camioneta. Pero eso simplemente no ocurría.

-Voy de vuelta para allá.

Dijo Analía Belén y, tras ello, se perdió entre las sombras de la noche. Desafió a la imperceptible y fría llovizna, su cuerpo desapareció entre la calle oscura rumbo hacia la casa. Pocos minutos después, volvía corriendo con ellos.

-Escapar de acá. A cualquier lado, pero escapar. ¡Salgamos!

Ella se sentó sobre la camioneta, en uno de los asientos de atrás. La intentaron encender, pero hacía algo de frío y estuvo muchas horas apagada. Tal vez, la llovizna era más fría aún. La furgoneta no arrancaba, sino que provocaba un ruido a tos de anciano mezclado con metal y luego se detenía el motor. Era una Kombi Transporter, de los años 80, un vehículo viejo, se lo habían quitado a los anarquistas como parte del plan de culparlos de todos los secuestros. No arrancaba al segundo intento. No era un vehículo nuevo, estaba bastante golpeado y, además, la sal del mar de Mar del Plata podía producir óxido que estropea la chapa de la carrocería y los elementos internos del motor.

-Vamos hija de puta. ¡Arrancá!

Finalmente, la Kombi Transporter, fabricada en los años 80, durante la época del gobierno radical de Alfonsín, hizo otra tos de anciano y el motor cobró impulso y arrancó. Pronto se deslizaba por la calle, rumbo hacia la avenida. Manejaba Rodrigo, el novio de Solcito. Movía el volumen de la música y se le notaba un anillo. Iban por la calle a creciente velocidad, para tomar la ruta. Lejos de Mar del Plata.

De a poco, la llovizna juntaba agua sobre los vidrios de la furgoneta suficiente para limpiar todo el polvo y la tierra que tenían. Desde atrás de los vidrios mojados y con polvo, se veían pasar los balnearios de la Perla, Punta Iglesia, Playa Grande, Cabo Corrientes. Las olas, como siempre, como todas las noches, rompían oscuras en medio de la noche, detrás de las cortinas de la noche con llovizna.

Se detuvieron en un semáforo y entonces, a Rodrigo, el novio de Solcito, le pareció que un vehículo que estaba detrás los seguía y miró por el

espejo retrovisor, aunque era difícil ver bien por la llovizna. Igual no podía estar seguro. La camioneta arrancó de nuevo y, pocos minutos después, pasaron al costado del legendario y criticado reformatorio “Santa Clara”, donde, tiempo atrás, estuvo preso el anarquista de “Los Rebeldes de las Olas” y se concentraron las multitudes con pancartas que pedían su libertad. Aquello había sido titulares de diarios y un escándalo que llegó a los medios nacionales, pero entonces ya había pasado hacía mucho. Los murales del reformatorio Santa Clara, que tenían motivos de playa y gaviotas, apenas se distinguían por las sombras de la noche y la llovizna. .

Entonces, tomó un giro hacia la autopista, la furgoneta derrapó en un patinón sobre la ruta resbalosa, pero no perdió el equilibrio y subió su velocidad. Los edificios de Mar del Plata se comenzaban a ver lejos ya, más chicos, como sombras más oscuras con puntitas de luces algunos, entre las sombras de la noche, algo iluminados igual por los primeros, muy lejanos, rayos del amanecer.

Rodrigo, novio de Solcito, conductor de la furgoneta, pudo sacarse entonces las dudas. Lo estaba siguiendo un vehículo, el cual, ahora, en la ruta, había acelerado y se puso detrás de ellos.

-¡Cuidado con el de atrás! ¡Parece que es poli!

Dijo y fue suficiente para que Analía Belén saque su revolver y apunte hacia atrás, por el vidrio de la camioneta. Otros de ellos también comenzaron a sacar sus armas. Pero era tarde. Desde atrás, las balas, calibre 5.6 mm, perforaban la chapa vieja de la Kombi Transporter y una le dio en la cabeza a Rodrigo que no pudo sostener más el volante y, segundos luego, el vehículo cayó sobre la banquina.

La Kombi quedó volcada sobre la banquina, pero las balas del fusil HK33 seguían cayendo sobre ellos. El vehículo de atrás se estacionó detrás de ellos. Pocos minutos después, Analía Belén, dificultosamente, pero sin heridas, empujó la puerta de la camioneta y salió corriendo desde allí, con el arma en la mano, rumbo a la playa. Su silueta, que corría por encima del médano hacia las olas del mar y del amanecer, se veía como un ciervo en la mira de un cazador, porque, desde atrás, parado, Halcón la estaba apuntando, pero no tuvo los instantes suficientes para hacerlo. Desde atrás suyo, se escucharon otros disparos y Halcón se dio vuelta para tirarle al improvisado agresor.

El Halcón lo reconoció. Era el Panduro, aquel rapero del free style que era conocido en Mar del Plata y que tenía un pasado tenebroso. Le dio un disparo, pero el Panduro llegó a moverse de la precisa puntería de Halcón y el disparo le dio en el hombro, Panduro cayó de inmediato al pasto, sobre unos arbustos y desde allí le disparó a Halcón que cayó en el piso, sin señales de vida. Luego, Panduro le tiró otro disparo.

Allí estaba el Panduro con el hombro con sangre, parado sobre la ruta. No había nadie en la ruta. Eran las siete de la mañana. Panduro le disparó otro tiro sobre el cuerpo de Halcón. Aquel rapero sabía de manejo de armas.

Analía Belén y Panduro rengueaban por las heridas, pero salieron de allí. Las heridas de ella eran menores por el vuelco de la camioneta, posiblemente una quebradura, pero Panduro, en cambio, tenía un disparo de un HK33 en el hombro. Brotaba mucha sangre que se pegaba con la llovizna y la trataron de detener con la remera.

Cruzaron unos médanos con arbustos. Eran unos médanos muy altos. A lo lejos, se veían acantilados. A duras penas siguieron caminando por la arena, fría aún porque conservaba los fríos de la noche anterior. Delante de ellos apareció el inmenso mar, las olas rompían como siempre, como si no supieran todo lo que habían vivido. Nada de tiempo para escapar, ni para pensar en nada más.

A él le salía sangre del hombro aún, por la herida. En un tiempo, tal vez, deberían pedir ayuda en un hospital cercano. Por el momento, se quitó las ropas y se metió desnudo en el mar. La sal entró por la herida y provocó un ardor muy fuerte.

Entonces Panduro miró a su alrededor y se topó con la hermosura delicada de una playa inmensa, sin más personas que Analía Belén. Como una cinta de película que se aprieta en alta velocidad, pasaban imágenes por su mente de cuando la conoció. Entonces eran tan niños y surfeaban en la ola de la Pepita. Ella era una chetita pero se acercó a ese mundo al que él pertenecía y del que ella nunca pudo salir. Tan culta que era, tan buena en el fondo de su corazón, pensó. Ella merecía otro tipo de vida y, si no fuera por culpa suya, no habría terminado así como terminó.

Panduro había leído ese tiempo sus artículos en “*Mar del Plata Inquietante*”. Al conocerlos, al saber que era ella la que firmaba con



pseudónimo, se colmó de una profunda felicidad, porque supuso que por fin se había alejado del mundo del crimen.

En ese tiempo, en sus competencias de free style, el público vio en el Panduro que se componía unos versos libres mucho más optimistas, con mucho mayor amor a la vida que los que había cantado siempre. Con su buzito capucha, Panduro igual sorprendía a su público, igual conservaba su fiereza, pero con versos con amor a la vida igual se podía ganar una competencia de freestyle si se tiene buen flow.

Como era conocido en el ambiente que él había sido chorro, acorde a la agresividad que dominaba esas contiendas, los oponentes solían improvisar versos sobre ello. En uno de esos escenarios montados sobre la playa, por ese tiempo, en una “pelea de gallos” (tal como llamaban ellos a las competencias de freestyle, donde dos raperos se desafiaban a duelos de improvisaciones verbales y música de fondo), Panduro, a un freestyler que, como otras veces, le había refrescado su pasado de chorro para humillarlo delante de todos, simplemente le había contestado así: *“No seas tan violento chabal, dejá que el odio se vaya con el mar, tengo muchos espíritus de sombra dentro de mi mente que me hablan, pero ya no los escucho, tampoco escucho a los espíritus de luz, no los escucho ya, creeme que la agresión no sirve chabal, todos tus demonios no dicen la verdad, escucha mejor esta voz, escucha mejor el susurro de esta voz? La escuchas?”* Dejo un silencio de suspenso y recorrió con la mirada a todo el público que estaba en la playa y después dijo más bajito y con tono profundo: *“Es la voz del viento... Es la voz del mar”* Se paró la tribuna a ovacionarlo, porque muchos sabían de su pasado de sombras, porque cada uno de esos versos los cantó con el corazón. En ese momento, ya los espíritus de sombra de su mente se habían dado por vencidos. Verla a Analía Belén con un oficio decente fue muy importante para Panduro y en las competencias de freestyle el público hasta pudo ver un estilo más optimista.

Verla rescatada fue como cerrar un capítulo, porque él siempre pensó que Analía Belén no debió caer en ese mundo del delito, un mundo que no era para ella. Era demasiado buena y solamente actuaba de mala. Pero después comprobó, tras seguirla desde lejos, que no había sido así, no había logrado reformularse como él y construirse de nuevo en una vida nueva. Aunque escribía en un portal web de noticias generales, ella seguía en ese mundo del delito, es un mundo del cual cuesta salir porque, cuando alguien viene de allí, lo rechazan en todas partes, solamente le cabe volver ahí. Cuando el chorro

sale de la cárcel es despreciado en todos los circuitos de la sociedad, solamente debe ir al subsuelo del mundo, a donde están los que también delinquieron, porque solamente con esa gente puede estar bien. Pero esa gente, la gente del subsuelo, habla de nuevos “trabajos”. El mundo del delito, una vez que te atrapa, no es fácil salir. El que sale debe soportar la mirada cuestionadora de la otra gente, la que gente que nunca estuvo allí.

Es un mundo que no era para ella. Panduro lo conocía, pero no era para ella. Ella era muy inteligente, era culta, era leída. Podría hacer otras cosas mejores. Pero, tras seguirla desde lejos, con el pasar de los meses, pudo advertir que no estaba totalmente alejada de eso y sus peores presentimientos se cumplieron. Panduro la siguió de lejos todo ese tiempo. Como esos amantes que nunca se dejaron de amar, pero ahora se piensan desde lejos. Por eso, ahora le había salvado la vida. Tuvo que ensuciarse de nuevo las manos de sangre, él, Panduro, que hacía años, ya que solamente vivía del rap free style, sean los sponsors, los recitales o las clases de teatro y de música que él daba para iniciados. Se había ensuciado de sangre de nuevo las manos. Un cadáver al lado de la ruta tenía sus balas. Pero no importaba, él le había salvado la vida y eso era lo importante, no había tiempo para otros cálculos.

Ahora la veía en la playa, sola sobre la arena, sola sobre el paisaje. La herida de bala le ardía con furia por la sal marina, pero a veces el dolor sana. Panduro tenía una mirada muy condescendiente con ella, trataba de conocer su parte buena, que él la había conocido cuando era una niña inocente que se acercó a su mundo. Ahora las olas, que rompían en nieve como siempre, le acercaban los recuerdos de la infancia, las historias que estaban allí, que estaban siempre. Miró hacia atrás en el tiempo y se dio cuenta que ya no era el mismo, que todo era diferente, que todo había cambiado. Ella tenía su tatuaje en el brazo, el tatuaje que traía los recuerdos, la ola de la Pepita. Panduro creía reconocer su parte buena en medio de una vida que no le servía. Panduro la había introducido en ese mundo del delito. Ella nunca había podido salir de allí. O, tal vez, ahora sí era el momento de salir.